

EDUARD FREUNDLINGER

# PATA NEGRA

THRILLER



---

# **PATA NEGRA**

---

**Thriller**

**EDUARD FREUNDLINGER**

# ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

Eduard Freundlinger  
Apto. de Correos 649  
18690 Almuñécar  
Granada  
España

Cover: Wolkenart - Marie-Katharina Wölk - [www.wolkenart.com](http://www.wolkenart.com)

©Phongphan - Bigstockphoto.com, ©thanasus - Bigstockphoto.com, ©ooddysmile .  
Bigstockphoto.com, ©Martina\_L - Bigstockphoto.com

**La trama de esta novela y las personas que aparecen en ella son ficticias. Los lugares descritos son fieles a los originales, solo el “Hotel Costa Tropical Palace” es ficción.**

*Para mis dos Paulas – la viva y la muerta.*

---

## PRÓLOGO

---

Carmen recobró el conocimiento lentamente. Algo agudo le estaba punzando en el costado y no podía moverse. La sangre goteaba de su nariz hacia el polvo gris. Solo alcanzaba a respirar superficialmente y le dolía demasiado.

—¿Qué había pasado? La boda... el camino a casa...

—¡Tenemos que llevarla al hospital ahora mismo! —escuchó a una chica gritar—. ¿No era Elena?

—¡Cállate, carajo! —dijo un hombre—. Esa voz también le era familiar.

Carmen trató de gritar, pero solo le salían gárgaras de la garganta. En ese momento alguien la agarró de los brazos como si fuera una bolsa de mortero. Lo último que oyó antes de volver a perder el conocimiento fue el portazo de un maletero como si fuera la tapa de un ataúd.

Cuando se despertó, sentía como si estuviera tumbada en una cama de agua, solo que ésta olía a pescado. ¿Acaso estaba en un barco?

Quería levantarse, pero su cuerpo no se movía. La conexión entre la mente y las extremidades parecía no funcionar, solo el constante dolor le recordaba que su cuerpo renegado estaba al menos intentando responderle. El pánico se apoderó de ella y quiso gritar, pero sus labios estaban sellados, ni siquiera podía abrir los ojos para asegurarse de que todo estaba siendo una pesadilla.

Su dolor seguía latiendo al ritmo de las olas que chocaban contra el barco.

¿Qué había pasado? ¿Se había caído? Pero entonces, ¿por qué no estaba en el hospital?

En algún momento se apagó el motor. Alguien pasó por encima de ella y la pisoteó tan fuerte que el bote comenzó a mecerse.

—¿Dónde está el maldito cinturón de plomo? —maldecía la voz del

hombre.

¿Cinturón de plomo? Necesitaba un vendaje, no un cinturón de pesas.

El hombre dejó caer algo pesado y se inclinó sobre ella. Su aliento apestaba a tabaco y alcohol. Sintió una mano apretando entre el fondo del barco y su cadera y la otra deslizándose bajo su blusa. El hombre aprovechó para sobar sus pechos antes de girar a Carmen boca abajo. Un dolor mordaz la atravesó y algo frío y duro apretaba sus costillas. ¿Una piedra? ¿O acaso el cinturón de plomo?

Su corazón, lo único que parecía funcionar bien en su cuerpo, latía violentamente. Esto solo puede ser una pesadilla, pensó. Se las arregló para abrir los ojos. El hombre saltó como si hubiera visto un zombi. Carmen también estaba asustada. No era una figura imaginaria de un mal sueño, sino un colega de su hermana Joana.

—¿Todavía estás viva? —tartamudeó.

A pesar de su dolor, asintió.

Se frotó la barba de tres días. Parecía estar pensando algo. ¡Pero no por mucho tiempo! Se agachó para cerrar el cinturón de plomo sobre su ombligo. Mientras el hombre la levantaba en un lateral del barco, los frágiles dedos de Carmen buscaron en vano un punto donde agarrarse en las tablas del barco.

Cruzaron las miradas. La pierna izquierda de Carmen resbaló y se sumergió hasta la rodilla en el agua helada. En silencio, pidió compasión: — Por favor, déjame vivir... Solo tengo quince años... No te he hecho nada... No quiero morir...

Pero el único sonido que emitieron sus labios fue un “no”. Sintió al hombre tocarle los pechos por última vez, y antes de que perdiera el conocimiento por el dolor y el miedo, le oyó decir: —En realidad es una pena por ti.

---

## CAPÍTULO UNO

---

Xavier siguió las indicaciones para llegar al hotel, salió de la carretera principal y condujo recto hasta un cruce, pero no se veía ninguna dirección. A su izquierda pasó un estadio de fútbol y se detuvo frente a un hospital para preguntar cómo llegar. Salió del coche y se dirigió hacia una mujer mayor.

—Perdone señora, ¿podría indicarme el camino al hotel Costa Tropical Palace?

Lo dijo muy orgulloso. Después de tres cursos de idiomas en Múnich y los últimos diez días en Andalucía, su español se estaba volviendo más fluido.

La mujer, vestida con ropa de viuda, lo miró como si estuviera pensando en ignorarlo y seguir su camino. Luego se limpió los ojos con la manga de su chaqueta de punto y se sonó los mocos con un pañuelo arrugado antes de acercarse a él. En ese momento, Xavier se dio cuenta de que la mujer acababa de llorar. Ella se apartó un mechón gris de la cara y le contestó con voz débil. Xavier apenas entendió nada y le pidió que repitiera la frase, pero ella se limitó a levantar la mano y señalar en dirección a una colina donde había un camino.

—¿Allí arriba? —preguntó Xavier.

La anciana asintió y le habló tan bajo que Xavier tuvo que inclinarse hacia ella para entenderla.

—No debes ir allí —le advirtió la anciana.

—¿Por qué no? —quiso saber Xavier.

—Porque no —la mujer puso los ojos en blanco como si le molestara que fuera tan lento de entender. En ese preciso instante, las piernas de la anciana flaquearon y se desplomó ante él. Xavier alcanzó a sostenerla antes de que

cayera al suelo. La cabeza de la anciana descansaba sobre el pecho de Xavier, parecía ligera como una pluma. Miró a su alrededor impotente. Estaban a cien metros del hospital, pero había un banco en el parque a menos de diez pasos.

Xavier levantó a la mujer y trató de arrastrarla hasta allí, pero a mitad de camino, ella despertó en sus brazos y se precipitó para escapar de sus garras. Así que la dejó ir. La mujer se balanceaba en dirección al banco del parque como si estuviera borracha. Se sentó junto a ella y señaló el hospital.

—Debería acercarse al hospital —le recomendó en español—. Le habló tan lenta y claramente que parecía que se lo estuviera explicando a un niño.

La anciana agitó la cabeza. —¡Ni siquiera Dios puede ayudarme!— Se miró las manos ajadas por la edad.

Xavier la miró fijamente. No parecía estar borracha, pero sí un poco desorientada.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? —le preguntó. La mujer se mordió los labios, como si dentro de ella tuviera una batalla que librar. Entonces sacó una biblia negra de su bolso y la agarró con tanta fuerza que los nudillos de sus manos se volvieron blanquecinos. Después de rezar una oración en silencio, la volvió a meter en el bolso.

—Si vas al hotel —dijo finalmente— habla con mi hija Joana. Trabaja en recepción. Dile...

El final de la frase fue apocado por el ruido del motor de un coche patrulla que pasaba. La mujer comenzó a sollozar. Xavier puso su brazo con torpeza alrededor de sus hombros huesudos. El coche de la guardia civil se detuvo con brusquedad frente al banco. Dos agentes se acercaron. Uno de ellos habló con la desconsolada Inmaculada, mientras que el otro se plantó frente a Xavier y le exigió su carné de identidad.

La ira se apoderó de Xavier. ¿Qué se había pensado ese agente de él? Solo pretendía ayudar a la mujer, no robarle el bolso. Sin decir palabra se levantó, fue al coche y sacó el pasaporte de su bolsa de viaje. El hombre uniformado lo siguió como si temiera que Xavier fuera a huir. Justo cuando le estaba entregando el pasaporte, el otro agente le gritó algo a su compañero que hizo que el interés por los datos personales de Xavier desapareciera.

Xavier miró a la anciana, pero ella parecía tener la mirada perdida. Finalmente se acercó a ella y le preguntó cortésmente si quería que le diese algún recado a su hija Joana en el hotel, aunque dudaba que existiese esa tal Joana.

Inmaculada le miró como si no recordara lo que le acababa de decir y las

lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Dile que está muerta. Lo sé...—

Xavier miró a los agentes con horror.

—Y dile que lo siento. —añadió entre sollozos.

Xavier quería preguntar quién había muerto, pero uno de los agentes le lanzó una mirada que le hizo entender que su presencia allí no era deseada. Xavier se dio la vuelta despidiéndose con un breve adiós y dejó a la confusa mujer con los agentes. Se metió en su coche de alquiler y subió la colina, después de la tercera curva encontró el hotel Costa Tropical Palace.

Dejó el coche en el aparcamiento subterráneo y tomó el ascensor hasta el vestíbulo. Se detuvo un momento para admirar la majestuosidad del recibidor del hotel. El vestíbulo contenía media docena de tiendas a un lado, incluyendo una de alquiler de coches, un quiosco y una tienda de delicatessen andaluzas. La entrada acristalada se encontraba en la parte delantera y detrás un pórtico con arcos de medio punto, parecidos a los que había visto esa misma mañana en la Alhambra.

Afuera, frente a la entrada, un empleado del hotel conversaba con un hombre que estaba de pie junto a un autobús, probablemente era el guía turístico. Una enorme e imponente escalera de mármol conducía desde el vestíbulo hasta el comedor. El suelo estaba revestido de un mármol beige brillante, en el centro una roseta de color cobre de unos diez metros de diámetro representaba los puntos cardinales como si estuvieran sobre una brújula. Una magnífica araña de cristal colgaba desde una cúpula dorada que parecía provenir de la Ópera Estatal de Viena.

Xavier se acercó a la recepción. Las dos recepcionistas encajaban perfectamente con la imagen del impresionante vestíbulo. La que estaba a la izquierda llevaba una placa grabada con su nombre, Maite Hernández, en la chaqueta azul oscura que combinaba con su pantalón. Xavier sabía que Maite era la abreviatura de María Teresa. Desde la distancia, miró el torso de la otra joven recepcionista con los ojos entrecerrados intentando enfocar su nombre, pero no pudo descifrarlo.

—Can I help you? —le preguntó la empleada de nombre Maite quien se inclinó tanto que la apretada tela de su blusa marcaba descaradamente su pecho.

—Sí... lo siento, estoy buscando a Joana.

Maite señaló con la pluma hacia su colega y una sonrisa pícaro se escapó de sus labios. La otra joven se acercó inmediatamente.

—¿Sí, señor?

—Bueno... quiero decir... —Xavier se calló. Quería hablar en español, pero explicar adecuadamente los acontecimientos de la última hora excedía sus habilidades. Se sorprendió de que realmente existiera la tal Joana. Aparentemente, la anciana estaba en lo cierto.

—También hablo alemán —Le informó Joana.

—Eso es bueno. Su madre no me lo dijo.

Joana lo miró sorprendida. Xavier hurgó en el bolsillo lateral de su bolsa de viaje, se arrepentía de haber sacado a relucir aquel extraño encuentro.

—¿Mi madre?

—Me encontré con ella en la ciudad. Le pregunté cómo llegar, y me dijo que trabajabas aquí.

Joana comprobó la confirmación de la reserva e hizo una mueca de extrañeza. —Creo que fue un malentendido. —Ella le entregó el formulario de inscripción—. Mi madre no pudo ser.

Xavier asintió vagamente, aunque creyó ver cierto parecido entre ambas.

—Supongo que me habré confundido, lo siento —Era mejor así, porque de lo contrario habría tenido que considerar seriamente si debería darle a esta joven el misterioso mensaje: Dile que está muerta. Lo sé... ¡Y dile que lo siento!

Sonrió a Joana y empezó a rellenar el formulario.

Al recogerlo, Joana le preguntó:

—¿Recuerda qué ropa llevaba esa mujer?

—Iba vestida de negro, como una viuda.

Esta vez la expresión divertida de la cara de Joana pasó a ser de preocupación.

—¿Hablas español? —preguntó.

Xavier estaba un poco sorprendido. Joana podría haberlo deducido por sí sola. ¿Cómo si no podría haberle preguntado a la anciana cómo llegar hasta allí? Sin embargo, le dio una breve respuesta sobre sus conocimientos, lo que pareció despertar aún más la curiosidad de la chica.

—¿Por casualidad no sabrá el nombre de esa mujer?

—Creo que Inmaculada.

—¿Inmaculada? ¿Está seguro?

Xavier asintió.

—¿Y habló con ella?

Xavier se mordió el labio. ¿Debería contarle a la joven que su madre casi

se desmaya solo porque le había preguntado cómo llegar al hotel? ¿Debería confiarle que tenía la impresión de que su madre estaba bastante desorientada cuando la encontró? Sacar el tema a colación podía ser embarazoso. Tampoco quería preocupar a la recepcionista con el ominoso mensaje de muerte.

—No —dijo finalmente—, solo le pregunté cómo llegar y ella me lo explicó. De paso mencionó que trabajabas aquí en la recepción. —Xavier esperaba que la joven no preguntara más.

Joana lo miró pensativa por un momento, luego sacó una tarjeta del cajón, la puso en un sobre con el emblema del hotel y anotó un número en el reverso.

—Habitación 328, tercer piso a la izquierda —dijo formalmente, mientras levantaba la mano buscando a un botones. Xavier agitó la cabeza, agarró su bolsa y se despidió con un “muchas gracias” en dirección a los ascensores. Mientras caminaba, escuchó a Maite decir a su compañera en español: — ¡Bonito trasero! —En el ascensor se dio media vuelta y notó que Maite le sonreía descaradamente.

Dejó su bolsa sobre la cama y miró a su alrededor. La habitación del hotel era más espaciosa y lujosa que sus anteriores alojamientos en Andalucía. Sobre la almohada de la ancha cama yacía un trozo de chocolate envuelto en papel brillante y sobre el escritorio reposaba un tazón de fruta. Encendió la televisión que colgaba de la pared opuesta a la cama e hizo zapping por los canales en español y francés hasta que se quedó en la CNN. Corrió las cortinas, abrió la puerta corredera de cristal y salió al balcón.

La vista resultaba mucho más atractiva que el programa de la bolsa de valores. A sus pies se extendía la piscina del hotel, bordeada de palmeras, que podría eclipsar a muchas piscinas al aire libre de Múnich. Solo una docena de tumbonas estaban ocupadas y a juzgar por el color de la piel de sus ocupantes, se podría decir que acababan de escapar del largo invierno escandinavo. Desde el bar de la piscina, amortiguado por las ramas de palma, se escuchaba la voz de Andrea Bocelli, cantando la pegadiza canción de “Bésame, bésame mucho”. Al oeste de la zona exterior el terreno descendía abruptamente hacia Almuñécar, y en el lado sur, una caída vertical se precipitaba al vacío.

Por su guía de viajes sabía que Almuñécar tenía veinticinco mil habitantes. El lugar había sido fundado hacía tres mil años por los fenicios. En esa época, el nombre de esta pequeña ciudad había sido más memorable: Los antiguos fenicios llamaban simplemente a este lugar “Sexi”, razón por la cual sus habitantes todavía eran llamados “sexitanos” por algunos.

Xavier dejó que su mirada vagara por la bahía. Almuñécar estaba ubicada

entre dos playas separadas por una gran roca, el Peñón de Almuñécar, en cuya cima se levantaba una cruz. A unos dos kilómetros por detrás del Peñón, un promontorio se adentraba en el mar, a sus pies había un puerto deportivo. El faro esperaba la puesta del sol para enviar las primeras señales de luz a través del mar, y el sol del atardecer bañaba las casas blancas anidadas que subían por una colina desde la fortaleza morisca en el sur hasta una iglesia en el norte, mientras una luz apastelada se proyectaba sobre ellas.

Xavier sacó su cámara del bolsillo y capturó esa imagen. Desde el balcón no podía ver el Mulhacén, la montaña más alta de la Península Ibérica con 3.482 metros, pero desde su viaje de Granada a la costa había podido comprobar que todavía quedaba nieve en su cima, derritiéndose gradualmente bajo el sol de primavera. Al menos desde aquí, Almuñécar parecía ser el lugar más pintoresco de su viaje por Andalucía hasta el momento. Le invitaba a pasear por los estrechos callejones y a conocer el pueblo más de cerca, pero sintió hambre y antes quiso comer un bocadillo.

Miró su reloj, justo antes de las siete. Demasiado temprano para una cena española. Comería un sándwich en el hotel, descansaría un poco y luego se tomaría unas tapas en Almuñécar.

De pronto, sonó una explosión. Xavier salió a la terraza y se inclinó sobre la balaustrada. Junto a la piscina una camarera estaba ocupada recogiendo las piezas rotas de una botella que rodaba por el borde, el líquido goteaba en el agua.

Xavier recordó el encuentro de esa mañana cerca del hospital con Inmaculada. En Cádiz había conocido a una camarera del mismo nombre y ella le había dicho lo que significaba, aunque no coincidiera en absoluto con su apariencia.

Inmaculada —La Inmaculada.

---

## CAPÍTULO DOS

---

Inmaculada vio el coche alejarse rápidamente.

—¿Quién era? —quiso saber Paco.

—Un joven alemán —contestó, limpiándose los ojos con la manga.

—Preguntó por la dirección al Palace.

Paco se quitó la gorra y se rascó la frente. Inmaculada conocía aquel gesto, lo hacía sobre todo cuando tenía que dar malas noticias.

—Inmaculada, —comenzó vacilante, pero ella solo asintió y se levantó.

—Otra falsa alarma, —añadió.

Paco asintió. —Sí, desafortunadamente. Nuestros colegas de Madrid lo han intentado todo, pero todavía no ha aparecido ningún rastro que confirme la pista. Lo siento, Inmaculada —El agente miró hacia abajo. —María Lucía ya no está tan segura.

Inmaculada pensó en la cuñada del alcalde, a quien solo conocía brevemente: Hacía dos semanas María Lucía había visto en Madrid a una chica que se daba un aire a Carmen. Al parecer, la chica se asustó al verla y desapareció tan rápido como había aparecido. Ella “huyó” declaró María Lucía a la Guardia Civil. Por supuesto, la benemérita tuvo que seguir esa vaga pista, pero Inmaculada ya sospechaba que la búsqueda sería infructuosa. Lo sabía hace tres días antes de aquella dudosa llamada, cuando aún tenía alguna esperanza. No creía que su hija estuviera en Madrid huyendo. Tampoco creía que se estuviera escondiendo de su familia durante dos años.

Los dos agentes se despidieron. Querían pasar por el hotel de todos modos para informar a Joana sobre la situación actual. A Inmaculada le pareció buena idea. Ya no quería hablar más de ello con su hija, estos comunicados deberían llevarlos a cabo los agentes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en su hija Joana, la única persona que le quedaba, y ahora también tenía algo que ocultarle.

Inmaculada se levantó y cruzó la Avenida Juan Carlos hacia el casco antiguo. Tenía que ir a la iglesia, quería estar sola con sus pensamientos y su destino. Estaba desesperada, no podía revelárselo a Joana. Pero Joana también tiene derecho a saber la verdad, se dijo a sí misma mientras los transeúntes la saludaban de pasada sin que ella se percatara. Tenía que decírselo.

El joven alemán vino a su mente. Recordó que había perdido los estribos. Algo se le había escapado. ¿Por qué le había confiado a un extraño algo de lo que nunca había hablado, ni siquiera con el sacerdote?

Simplemente no podía recordarlo. Tantos medicamentos estaban causando cada vez más lagunas en su memoria.

Entró en una farmacia que se hallaba en la esquina de la plaza del ayuntamiento en el centro del casco antiguo y compró el medicamento recetado. Luego subió a la iglesia y se sentó en un banco situado en la quinta fila a la derecha, donde lo hacía siempre. Además de ella, solo había otra viuda y un par de jóvenes turistas.

Inmaculada unió las manos, agachó la cabeza y rezó un Padrenuestro. Luego rezó por su difunto esposo y por sus hijas Carmen y Joana. Terminó sus oraciones y dio rienda suelta a sus pensamientos.

Su decisión había sido la consecuencia lógica del cambio de circunstancias de las últimas semanas. Primero los síntomas, luego el chequeo médico, las muestras de tejido, la conversación aclaratoria con el médico y, finalmente, la certeza. Y unos días después, de la nada, la llamada que había estado esperando en vano durante los dos últimos años. De nuevo certeza, o al menos redención de la incertidumbre, pensó. Pero solo para ella. Nadie más lo sabía, ni siquiera los dos agentes con los que acababa de hablar. Joana tendría que saberlo. Pero solo después de... cuando todo se acabara. Se lo debía a su hija. Ella también debería tener paz en su interior.

Inmaculada se levantó, se santiguó y encendió una vela en un altar lateral. Ignoró la caja para los donativos. Era muy religiosa, pero no podía soportar la conexión entre Dios y los negocios. Después salió al patio. De nuevo le sobrevino el dolor. Otra vez estaba sufriendo. Sostuvo su vientre y se inclinó sobre una balaustrada. Se suponía que debía estar en el hospital, se lo había prometido a Joana. Pero todavía no se permitía descansar.

Todavía no.

---

Cuando Paco entró en el vestíbulo del hotel, el joven alemán, a quien acababa de conocer Inmaculada, estaba cogiendo el ascensor. El agente se volvió hacia la recepción y se quitó la gorra. Su colega hizo lo mismo.

—Joana... la pista de María Lucía... —Paco se mordió los labios. Odiaba traer malas noticias, pero desde la desaparición de Carmen, él era el contacto con la familia. El padre de Joana había sido un buen amigo suyo antes de que aquella maldita apoplejía le matara.

—Desafortunadamente, la investigación no aclaró nada, —continuó—. Por el momento se ha suspendido la búsqueda.

Maite se acercó a Joana, la abrazó y le susurró al oído unas palabras reconfortantes. Joana se quedó callada. Paco miró hacia abajo. Mejor se iba, allí no había nada más que hacer. Se despidió mientras se alejaba, pero se dio media vuelta. —Olvidé decirte que tu madre lo sabe, acabamos de encontrarla cerca del hospital.

Joana salió de detrás del mostrador.

—Así que tú también la viste. —Dijo seriamente—. Un huésped acaba de contármelo. Al principio no me lo he creído, pensé que estaba en el hospital de Motril.

Paco se quedó pensativo, acariciándose el bigote. —Sí, estaba hablando con ese alemán rubio, —dijo señalando hacia los ascensores—. Tu madre parecía muy alterada.

—¿Estaba alterada porque le diste el mensaje sobre Carmen?

—No, antes de eso. Y en cuanto al supuesto descubrimiento de María Lucía, tu madre parecía no esperar nada más de todos modos. No te preocupes, se lo tomó con mucha calma.

Joana asintió. Paco admiraba la valentía y entereza de la joven. Tal vez era como su madre. Ambas estaban a punto de perder la esperanza.

---

Maite observó a los dos agentes salir del vestíbulo mientras Joana regresaba al mostrador. Conocía a Joana lo suficiente como para saber que no quería hablar del asunto en esos momentos. Ni siquiera con ella, su mejor amiga. Por eso se sorprendió aún más cuando Joana rompió su silencio por primera vez

desde que Carmen había desaparecido.

—Sabes, Maite, no creo que vuelva a ver a mi hermanita. Creo que está muerta. Pero yo...

Rápidamente se dio la vuelta y se dirigió a la oficina detrás de la recepción. Maite quería seguirla, pero lo dudó al ver acercarse a Carlos, el gerente del hotel, quien puso sus peludas manos sobre el mostrador y señaló con su barbilla hacia la oficina, desde donde se escuchaba a Joana sollozar.

—La pista de la chica en Madrid —Maite le explicó la situación a su jefe —. Ya sabes, la chica que supuestamente se parecía a Carmen, por desgracia era otra falsa alarma.

—Lo siento mucho. —contestó Carlos con sequedad, volviéndose hacia los ascensores—. Por favor, díselo a Joana, ¿quieres?

¿Por qué no se lo dices tú mismo? Pensó Maite para sí y le sacó la lengua a sus espaldas. Sergio, que estaba clasificando las revistas en el quiosco, sonrió a Maite. Como a la mayoría de los empleados del hotel, a él tampoco le gustaba el jefe.

Maite se sentó, tomó su lima de uñas, mientras calculaba cuánto tiempo había pasado desde esa tragedia: casi dos años, oficialmente ella misma había sido la última persona en ver a Carmen con vida.

Todo ocurrió un sábado a principios de abril. Carmen se fue de la boda de su prima a medianoche. Maite lo recordaba con exactitud. Se había quedado fuera con Carmen frente a la iluminada entrada del Palace y había tratado de convencerla de que tomara un taxi, pero Carmen prefirió irse caminando. Tras los hechos, Maite se culpó a sí misma por no haberle insistido. Pero, por otro lado, mirándolo con frialdad, supo que lo sucedido iba a pasar de todas maneras. Ella no podía saberlo entonces.

La desaparición de Carmen había sucedido a un kilómetro y medio de su casa. Maite recorrió la ruta mentalmente varias veces. La conocía muy bien. Desde la entrada del hotel, Carmen debió de haber seguido la carretera durante trescientos metros hasta llegar a un lugar donde se podía girar a la izquierda hacia Almuñécar. Después, debió de haber salido al final de un camino empinado y sinuoso que se hallaba detrás del bloque de apartamentos de “Las Góndolas”. Entonces, habría tenido que pasar por el centro médico y la escuela a la que asistía. En el cruce del Edificio El Mayoral, debería de haber girado a la derecha por la calle Juan Carlos I, donde vivía.

Esta carretera era una de las principales arterias de Almuñécar. Carmen debería de haber pasado por “Mama Matiu”, un pub muy frecuentado, la

librería Dayda, y el hotel “Bahía de Almuñécar”, pero nadie recordaba haberla visto. Frente a la estación de autobuses estaba el Edificio Huerta del Barco, un edificio donde Carmen vivía con su madre y al que nunca llegó después de la boda.

La Guardia Civil había reconstruido esta ruta como el camino más directo a casa de Carmen. Cualquier otra ruta habría sido un desvío. Pero no se encontró ningún rastro, y nadie había notado nada inusual esa noche. En las semanas y meses posteriores hubo algunas indicaciones vagas de personas que pensaban haber visto a la niña, pero desafortunadamente solo sirvieron para mantener viva la esperanza de la familia. La Guardia Civil no sabía nada, según acababan de demostrar. Paco se ponía en contacto con Joana y su madre de vez en cuando, pero probablemente lo hacía por su sentido del deber y un viejo apego a la familia.

Joana salió de la oficina. Parecía un poco más tranquila.

—Carlos dice que lo siente mucho —dijo Maite, con un tono irónico—. Ya te digo.

—Gracias —contestó Joana.

—¿Estás bien?

Joana asintió y sacó un espejo de la bolsa. Maite la miró incrédula. Joana rara vez se maquillaba, su cara al menos no tenía manchas.

—No lo sé, Maite. Ya no tengo fuerzas ni esperanza. No quiero pensar más en lo que pudo haber pasado esa noche.

Maite se quedó callada. No era un tema nuevo. Había habido demasiadas especulaciones y chismes sobre la desaparición de Carmen, pero ahora que Joana hablaba sobre eso, se sentía un poco incómoda. Miró indecisa su taza de café vacía.

Algunos recién llegados se dirigieron hacia Joana. Maite aprovechó la oportunidad para ir a por algo de comer y beber a la cafetería. En el camino, pensó en que Carmen no tenía un novio con el que pudiera huir. Solo su amigo Rafael, el chico tímido de su clase, pero él no había desaparecido y por lo tanto, no podía tener nada que ver con su desaparición.

Tampoco tenía problemas en el instituto ni en casa de los padres y todos los que la conocían dudaban mucho de que la chica hubiera querido escapar por capricho. La Guardia Civil les había dicho que se habían dado casos así, pero según las estadísticas, los jóvenes solían volver llorando a casa de sus padres al cabo de una semana. Además, Carmen no llevaba dinero ni identificación en ese momento. No, algo más había pasado. Alguien debía de

haberle tendido una emboscada esa noche.

El resto del personal del hotel pensaba lo mismo: una violación, un crimen sexual. Era algo que se veía en la televisión todas las semanas, y con todo tipo de teorías, chismes e hipótesis, basadas en suposiciones. Lo mismo sucedía en un lugar como Almuñécar, donde no pasaba nada más, y la gente se dedicaba a cotillear. Aquellos que no creían que Carmen simplemente había huido, especularon sobre quién podría haber sido el asesino. ¿Alguien de Almuñécar? ¿Un huésped de hotel? ¿O un empleado? Maite prefirió no pensar demasiado en eso mientras le pedía dos cafés a Antonio, el camarero. Por supuesto que el asesino también podía trabajar en el hotel.

En cualquier caso, el perpetrador no había sido descubierto y seguía deambulando libremente por la zona.

Esta idea preocupaba tanto a Maite que dejó de coger la ruta desde el hotel hasta el pueblo, lo que había hecho siempre en el pasado para mantenerse en forma. Y desafortunadamente también significaba para ella que ya no podía meterse en la cama con cualquiera que le gustara. Uno nunca podía saber.

La Guardia Civil había inspeccionado a mucha gente en las semanas posteriores al incidente, pero no pudo obtener ninguna información.

Cuando Maite volvió a recepción, Joana estaba atendiendo a una pareja escandinava y sonreía a los huéspedes como si nada hubiera pasado. Hay que tener fuerza para hacer eso, reconoció Maite. Si hubiera tenido que vacilar entre la esperanza y la desilusión durante los dos últimos años, no podría sonreír tan amistosamente a estos europeos del norte, aunque se lo prescribiera su trabajo y, sobre todo, su jefe Carlos.

Joana entregó a los clientes el formulario de registro y se retiró un mechón de la cara. Maite se alegró de que su compañera se preocupara más por su aspecto últimamente; la semana pasada había ido a la peluquería y sus rebeldes rizos ahora solo le llegaban hasta los hombros.

Después de lo sucedido, Joana había perdido peso de una manera aterradora en pocas semanas y eso también parecía mejorar. Todavía estaba delgada como una espiga, pero ya no tenía el flaco y lánguido cuerpo de antes. Sus curvas femeninas se le empezaban a marcar bajo el traje azul oscuro.

Joana recogió el formulario y volvió a sonreír de manera encantadora. Su sonrisa podría calentar cualquier corazón, pensó Maite sin envidia. Lamentablemente, su compañera sonreía en muy raras ocasiones desde aquel fatídico día y, por lo general, solo en relación con su trabajo.

Joana, al igual que su hermana menor, era lo que muchos hombres

llamarían una mujer sexy. Con sus cejas pobladas, fuertes, sus ojos marrones como la teca con trazos verdes y sus largas pestañas que algunas de sus envidiosas compañeras sospechaban que eran postizas y estaban pegadas. Podría pasar por una hermosa sudamericana sin ningún problema. Maite sabía que a Joana le acomplejaba algo de su apariencia, era el crecimiento superfluo del vello en algunos lugares, una pelusilla que se extendía un poco por la mejilla, así como algunos finos pelos esparcidos ligeramente por encima de las cejas hasta la frente, algo que Maite no encontraba antiestético. La madre de Joana y Carmen también lo tenían.

Joana también destacaba por su fuerza que, a simple vista, resultaba imperceptible. Sin hacer deporte, tenía una figura atlética y brazos fibrosos. Maite recordó que una vez ella había intentado levantar la maleta de un huésped para dejarla en el mostrador y casi se rompe la muñeca. Joana, sin embargo, la alzó con una facilidad asombrosa, como si fuera la mochila de un niño de la ESO.

Maite puso el café junto al ordenador de Joana. Los escandinavos siguieron al botones hasta los ascensores. Habían reservado por dos semanas de vacaciones y, obviamente, estaban deseando disfrutar del ocio y el sol.

---

## CAPÍTULO TRES

---

**E**l pequeño bote de madera se mecía cuando las olas causadas por una moto de agua llegaban a la proa. No solo estaba perturbado por el ruido de sus pensamientos —¡ese cerdo de la moto de agua estaba ahuyentando a los peces!

Durante una hora, había estado navegando a media milla náutica de la costa, cerca del Parque acuático Aquatropic, el mar estaba liso como un espejo. Aquel solía ser un buen lugar para pescar, pero ese día no había suerte.

La moto acuática se dirigía hacia la playa, al final su conductor había entendido sus amenazas. El parque acuático estaba abierto desde junio y pronto la discoteca, que también se encontraba allí, abriría sus puertas. Sonrió. Ese era uno de sus caladeros en tierra. Peces y mujeres: ¡sus dos pasiones! Las mujeres eran más importantes, por supuesto, pero cuando le molestaban, podía calmarse de nuevo pescando. Igual que ahora. Era algo práctico.

Cogió una lata de cerveza San Miguel de la nevera, sorbió haciendo ruido y se lió un cigarrillo, añadiéndole algo de la hierba que guardaba en una bolsa de plástico en su maletín de pesca. Fumaba para relajarse.

Aquella chica le estaba estresando otra vez. Hacía una semana le estaba esperando frente a su coche al salir del trabajo y le montó una escena desagradable. Él pensó que todo había terminado entre ellos y ella finalmente acabó por darse cuenta de que así era. La pequeña era bonita, pero tan inútil como un tarro de galletas vacío. ¿Por qué no se buscaba a otro tipo? ¿Por qué no podía dejarlo en paz? ¿Solo porque él había sido la primera persona con la que se había acostado?

Acabó la cerveza de un trago y tiró la lata al mar.

Luego estaban aquellas ridículas amenazas.

Por supuesto que lo sabía, pero ni siquiera ella podía ser tan estúpida de abrir la boca ahora, después de más de dos años de silencio. Aun así, ella le había amenazado con hacerlo y él no había tenido más remedio que pegarle. —¡Te odio!—, gritó antes de empezar a llorar miserablemente. Luego él la amenazó violentamente. Se aseguró de que no había testigos en el parking, la agarró del pelo haciéndola inclinar la cabeza hacia atrás, y mirándola directamente a los ojos le dijo: —Te prometo que, si dices una palabra sobre esto, te mato, perra—. Después la golpeó y la tiró al suelo para enfatizar sus palabras y se fue a casa.

Desde aquel día había procurado evitarla, hasta que se la encontró el día anterior en la puerta de entrada de servicio. Primero quiso ignorarla, pero luego decidió disculparse por pura estrategia y le aseguró que lo sentía. —Está bien—, contestó brevemente. Le acarició el pelo y le dijo algo estúpido que las mujeres esperan oír en una situación así... ¿Y qué hizo ella? Le abrazó y dijo que lo amaba, aunque su labio roto aún no se había curado.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella no solo estaba enamorada de él, sino que, realmente, estaba obsesionada con él. ¡Podía ser su esclava! Aunque le resultaba desagradable, pensó que, por otro lado, tenía su parte positiva. La estúpida tonta continuaría manteniendo la boca cerrada, mientras lo amara patológicamente.

Miró su reloj e hizo girar su caña de pescar. Era hora de ir a trabajar, aunque no sentía el más mínimo deseo de hacerlo.

Dentro de poco, saldría de allí a cualquier parte. Lejos. A algún lugar donde las mujeres no fueran tan complicadas como en España, tal vez a Cuba o a la República Dominicana. Pero primero la pequeña tenía que calmarse, y si no, se vería obligado a cumplir su promesa.

Tiró el porro al agua y puso en marcha el motor. Estaba de mejor humor que esta mañana, aunque ni un solo pez había mordido.



Al día siguiente, Joana no tenía que trabajar hasta las cuatro de la tarde.

Después del desayuno caminó por la playa con su madre hasta el final de Cotobro, para luego desandar lo andado. Normalmente tardaban una hora, pero

esta vez se demoraron mucho más. Su madre dijo que ya estaba mucho mejor y que el chequeo del hospital probablemente no sería necesario, pero Joana desconfiaba de todo. Inmaculada trató de infundir confianza en su hija. Estaba segura de que pronto podría volver a trabajar.

Inmaculada finalmente regresó a casa, y Joana se quedó paseando.

Alzó la vista, ese día el cielo de Almuñécar estaba tan sombrío como sus pensamientos. Las gaviotas graznaban alrededor de un barco pesquero que estaba recogiendo su red de arrastre. Al pasar al lado de un curtido pescador que se hallaba reparando su red, pudo oler el aroma a vainilla de su pipa. Ella lo conocía, como a casi todo el mundo en la ciudad, y le saludó amablemente. Se detuvo en un quiosco, compró una pequeña botella de agua mineral y fue a sentarse en una de las grandes rocas que se elevaban hacia el mar al final de la playa de San Cristóbal.

El mar estaba agitado por el fuerte poniente. Las olas, que chocaban con fuerza contra las rocas, provocaban unas grandiosas fuentes de agua verticales y envolvían a Joana en un fino rocío. Se limpió la cara y subió unas cuantas rocas más. Entonces miró hacia Marruecos. El horizonte estaba borroso por los inmensos nubarrones.

Carmen tenía quince años cuando desapareció y pocos meses después, el doce de septiembre habría cumplido dieciséis. Joana tenía veintisiete años cuando sucedió y en agosto celebraría su trigésimo cumpleaños. ¿Celebrar? ¿O despertar lentamente de su letargo? Tenía que recuperar el control de su vida y no seguir cuestionándose siempre las mismas preguntas: si Carmen había muerto hacía tiempo o si había huido.

Su próximo cumpleaños sería un buen día para dejar atrás el pasado. Podría empezar una nueva vida, dedicarse a otros pensamientos, ser más abierta, sociable y, quién sabe, quizás incluso enamorarse y tener un hijo. Si era una niña, la llamaría Carmen. Hacía dos años era feliz con José, su novio de entonces. Incluso tenían planes románticos para el futuro. Querían casarse, formar un hogar y tener hijos. Pero cuando su hermana desapareció, estuvieron juntos seis meses más y después se acabó. Él se fue y ella ni siquiera pudo culparlo.

Por muy extraño que resultara, Joana no podía recordar lo que sentía por José por aquel entonces. El luto por Carmen había ensombrecido todos los demás sentimientos y teñido su felicidad, del mismo modo que las cenizas de una erupción volcánica cubren un prado de flores.

Joana se levantó y continuó su camino. ¿Podrían los pensamientos

negativos ser simplemente suprimidos y reemplazados por pensamientos positivos? ¿No volvería a resurgir todo como la última vez que alguien dijo haber visto a una chica que se parecía a Carmen? ¿No brotaría la esperanza en ella de nuevo y haría desaparecer esa incesante tensión? Por supuesto que sería así.

Al menos tendría que tratar de encontrar la manera de no seguir haciéndose las mismas preguntas: ¿Carmen seguía viva? ¿Dónde estaba? ¿Por qué se había escapado?

¿Su desaparición estaba relacionada con su padre, que había muerto de un derrame cerebral hacía cuatro años? Aún le estaban guardando luto cuando Carmen desapareció y algunos conocidos sospecharon que aquella era la verdadera razón.

Joana no lo creía así, pero, por otro lado, Carmen era más inestable que ella y doce años más joven y podía... ¡no! Carmen no aparecería. Poco a poco tuvo que aceptar la incertidumbre en lugar de dejarse destruir por ella.

Ella misma había pasado los primeros doce años de su vida como hija única. Nunca se había dado cuenta de por qué sus padres habían tardado tanto en engendrar una hermana. Le había preguntado a su madre al respecto, pero siempre recibía respuestas evasivas. Joana quiso entender que después de ella, la cosa no funcionaba bien con la virilidad de su padre, hasta que varios años más tarde llegó la sorpresa.

Había sido una buena hermana mayor para Carmen. Cada día, después de la escuela, había asumido el papel de madre hasta que ésta regresaba de trabajar a altas horas de la madrugada. Y, en temporada alta, durante las vacaciones de verano, mientras su madre trabajaba todo el día en el restaurante, Joana cuidaba sola de Carmen. La pequeña había sido mucho más que su hermana. La había amado como una madre ama a una hija.

Joana había llegado al final de la playa cerca de Cotobro y se volvió. A su regreso del paseo, el poniente se incrementó aún más, y con el viento a sus espaldas era más fácil caminar, solo que le molestaban los latigazos de su melena contra la cara. Buscó en su bolso una cinta de pelo y sacó su móvil. Tres llamadas perdidas. Todas de Maite.

Cuando consiguió domar sus rizos, le devolvió la llamada, pero estaba ocupada. Joana continuó su camino, no había recorrido treinta metros cuando su teléfono volvió a vibrar.

—Quería llamarte antes... —dijo Joana, pero Maite la interrumpió. — Joana, el atractivo alemán al que registraste anoche... ¿Sabes a quién me

refiero? ¡Está muerto!

---

## CAPÍTULO CUATRO

---

Una docena de patrullas verdes y blancas de la Guardia Civil estaban aparcadas en la entrada del hotel. Cada vez que Joana se enfrentaba a la muerte, ya fuera en las noticias, en los chismes del hotel o en forma de tela blanca al lado de una calle principal, se acordaba de sus parientes y de la crueldad de aceptar la pérdida de ese ser querido de un momento a otro.

Incluso ahora, pensaba en los parientes de ese joven en Alemania. ¿Quién les daría la noticia? ¿El consulado? Y, ¿quién me dará la noticia de la muerte de mi hermana? Pensó amargamente, y pasó junto a dos agentes que estaban hablando con algunos empleados del hotel.

El foco de atención lo tenía la señora Valdez, la camarera de pisos de la tercera planta, describiendo los hechos a los agentes y sonándose los mocos con un pañuelo. Unos huéspedes extranjeros, que salían en masa del comedor alrededor del mediodía y que todavía no conocían la noticia sucedida en la habitación 328, se pusieron a reír frente a los ascensores.

Joana encontró a Maite en el office detrás de la recepción, estaba contándole el incidente a una amiga por teléfono.

—La empleada lo encontró en el tercer piso. Al principio, ella no sabía lo que estaba pasando y pensó que el tipo estaba dormido. Había llamado antes, ya sabes, pero al verlo acostado, volvió a salir para no despertarlo. Tres horas más tarde regresó y volvió a llamar, sin obtener respuesta. Así que decidió entrar, y se lo encontró todavía acostado en la cama, estaba de espaldas a ella y no se le veía la cara. Al ir al otro lado de la cama, descubrió que su cara estaba azul como una pastilla de Viagra... Probablemente se suicidó. Qué lástima, te digo, porque era muy dulce...”

Maite interrumpió el reportaje en directo, tapó con su mano el micrófono

del teléfono y le susurró a Joana que después le contaría todos los detalles. Luego siguió hablando por teléfono.

Imagínate que el tipo todavía tenía los ojos abiertos y miraba a la cara a la camarera de pisos. La mujer gritó tan fuerte que tuvieron que interrumpir el programa de animación en la piscina. Estaba totalmente conmocionada. Después de recuperarse del susto, vino corriendo y me lo contó todo. Yo se lo dije a Carlos, el jefe, y subió a la habitación. Cinco minutos después, volvió bastante pálido. Pensé que iba a vomitar su desayuno en mis pies, pero me ordenó que llamara a la Guardia Civil. Yo le dije, —¿por qué no una ambulancia?— y él contestó, -no, un coche patrulla es suficiente.

Maite terminó la conversación alegando que tenía que volver urgentemente a la recepción. Colgó y se dirigió a Joana.

—¿No es horrible? Acabo de mirar el formulario de registro. Xavier Huber. Veintinueve años.

—¿Sabes...?

—En realidad no. Estaba muerto en la cama. Vestido. Zapatos incluidos. ¿Quizás un ataque al corazón? ¿Pero a quién le da un ataque al corazón a los veintinueve años, encima en vacaciones? Estoy segura de que no... —Se pasó el pulgar por encima de la garganta antes de continuar con sus suposiciones—. ¿Por qué alguien vendría a España solo para quitarse la vida? Podría haber saltado a un lugar mucho más cómodo en Alemania. Lo que ya pensaba...

La puerta se abrió, apareció Carlos y le llamó la atención a Maite, el hotel tenía que seguir funcionando, un huésped quería irse. Carlos se acercó a Joana suspirando. Aquel hombre, de pelo negro estrictamente peinado, parecía cansado y molesto. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Uno espera que algo así no ocurra nunca, pero con trescientas veinte habitaciones tenía que suceder en algún momento. ¿No librabas hoy, Joana?

—Maite me llamó, y yo... —Joana vaciló. No quería que su jefe pensara que iba al hotel para curiosear en su tiempo libre.

—Conocí al hombre —explicó—, aunque solo fuera de haberlo registrado, pero aun así, pensé que podía ayudar, y quizás la Guardia Civil quiera hablar conmigo.

—Sí, han preguntado por ti. Están arriba en la habitación investigando todo. No sabemos de qué murió exactamente, pero el cuerpo debería ser trasladado pronto. Pedí que se hiciera discretamente por la puerta de atrás, ¿entiendes? Lo que menos necesitamos es un escándalo entre los huéspedes — Carlos se dio unos golpecitos en los muslos y se levantó—. Bueno. Eso es

todo, excepto que la habitación 328 no está disponible porque está precintada.

Joana apretó los puños. Un joven acababa de morir y al gerente solo se le podía ocurrir preguntar por qué no se había ido a otro hotel a morir.

—¿Quién se lo comunicará a la familia? —preguntó Joana en voz baja, pero Carlos se encogió de hombros.

—El consulado alemán se encargará de todo, creo. ¿Y a nosotros qué nos importa? Lo principal es que el cuerpo finalmente desaparezca y que se lo lleven por la puerta trasera.

Joana le lanzó a Carlos una mirada de odio y salió corriendo de la oficina, porque temía no poder mantener su boca cerrada.

---

## CAPÍTULO CINCO

---

La Guardia Civil acababa de terminar su trabajo en la habitación número 328 del hotel Costa Tropical Palace. En casos así, el procedimiento a seguir no era del todo claro, ya que todavía no se había podido determinar la causa exacta de la muerte. Maite Hernández había informado al centro de operaciones de la Guardia Civil, vinculado al puesto de Almuñécar, que un huésped del hotel yacía muerto en su habitación. Dos patrullas se habían puesto en marcha para aclarar la situación. El teniente Lozano se había presentado ante la Policía Judicial que había llegado poco después, con un juez de instrucción y un médico forense, al lugar donde se encontraba el cuerpo. Si hubiera signos obvios de asesinato, se habrían puesto en contacto inmediatamente con el departamento de homicidios de Granada, pero tanto el teniente Lozano, como el fiscal, el señor Puertas, y el médico forense, Dr. Manuel Castillo, habían coincidido en que no existían tales signos.

Por este motivo, la habitación del hotel fue inspeccionada solo superficialmente. No se habían encontrado pruebas de que hubiera habido otras personas en la habitación. Las puertas solo podían abrirse desde el pasillo del hotel con una tarjeta de acceso. La camarera de pisos aseguró que había cerrado la puerta las dos veces que había ido a limpiar. La tarjeta de entrada del huésped estaba en el escritorio al lado del televisor. Cuando llegaron, el canal CNN seguía transmitiendo las noticias, hasta que al teniente Lozano le resultó demasiado molesto y lo apagó. El doctor Manuel Castillo examinó el cuerpo. Si un hombre de ochenta años hubiera sido encontrado muerto en su cama sin signos de violencia, habría rellenado un formulario en unos pocos minutos y habría dejado todo lo demás a una funeraria. Pero para un hombre que, según su documento de identidad, solo tenía veintinueve años,

era otra cosa. Castillo examinó el cuerpo en busca de signos de sobredosis o posible ingesta de drogas, pero no había ninguna marca de punción en los antebrazos ni ningún síntoma particular en el iris, así que descartó esa opción hasta nuevo aviso. A menos que fueran cantantes de rock, las muertes relacionadas con drogas se producían sobre todo en almacenes abandonados, y no en un hotel de cinco estrellas.

El alemán, Xavier Huber, era en apariencia un turista normal con una guía de viajes de Andalucía en el bolsillo. Yacía vestido con jeans y camiseta gris, sobre la colcha de la cama del hotel. Ni siquiera se había quitado los zapatos. Probablemente el joven se había tumbado a descansar un momento. Después podía haber querido salir y explorar el lugar, pero eso eran especulaciones.

Castillo se quitó los guantes y se rascó la frente. Dada la temperatura corporal del hombre muerto, concluyó que llevaba fallecido trece o catorce horas. Como el joven alemán había sido visto en la cafetería a las ocho de la tarde del día anterior, su muerte debió haber ocurrido entre las veintiuna y las veintitrés.

El médico preparó su maleta y compartió sus conclusiones con el juez de instrucción. Decidió hacer la autopsia del muerto en el instituto forense de Granada. Debido a alguna sospecha sobre el globo ocular, la lengua y el color de la cara, también enviaría muestras de tejido del difunto al Instituto de Toxicología de Sevilla. Después de cuatro o cinco días sabrían lo que realmente había pasado allí esa noche. Él mismo ya tenía una sospecha.

---

Ella golpeó el maletero con el puño y echó a correr detrás del coche, pero él aceleró tan rápido que los neumáticos chirriaron y no tuvo más remedio que gritarle hasta que las luces traseras desaparecieron tras una curva. Se volvió hacia el hotel y, por un momento, pensó en coger su moto y seguirlo, pero ¿para qué?

No tenía sentido.

Se quedó sollozando y tirándose fuerte del pelo hasta arrancarse unos mechones.

El corazón le latía con fuerza, tenía las venas del cuello inflamadas. Se detuvo un momento, en ese preciso instante un coche se aproximó al aparcamiento. ¿Sería él que volvía para pedirle perdón? El coche la pasó a

cierta distancia y cuando se paró en la entrada del hotel, ella reconoció su error: era solo un taxi con huéspedes. Se sentía perdida. Le ardían los labios y tenía sangre en la boca. Sacó un espejo, su labio estaba hinchado y el rímel se le había corrido por sus mejillas, dibujando una mancha negra poco atractiva, así no podía volver al trabajo.

Se dio la vuelta y se retiró tras las sombras de un árbol. Sus tacones puntiagudos se hundían en el húmedo suelo del bosque. Consiguió abrirse paso a través de la oscuridad, hasta que encontró el tronco de un árbol, se sentó y dejó que sus lágrimas corrieran libremente por su cara. —Quiero matarle—, pensó, mientras apretaba los puños con fuerza y se clavaba las uñas profundamente en la carne, como si el dolor de su cuerpo pudiera ahuyentar su dolor interior.

Después de que la golpeará por primera vez hacía una semana, ella había hecho algo de lo que se arrepentía amargamente.

Había marcado ese número de teléfono.

Quería vengarse de él, quería hacerle daño, pero afortunadamente había sido astuta de marcar con número desconocido y cubrir con un pañuelo su teléfono antes de comenzar a hablar.

Pero cuando sintió la desesperación al otro lado de la línea, todo empezó a ir completamente mal. Su propia desesperación y dolor llegaron a su fin, lloraba la mayor parte del tiempo, y después ya no estaba segura de lo que había dicho.

Pero luego se sintió aliviada. Se había vengado de él y había servido a la justicia.

Más tarde hubo una reunión en la entrada de servicio del hotel. Él le pidió disculpas y le acarició el pelo. ¡Había sido tan bonito! Pero ya era demasiado tarde, ella le había traicionado, aunque no podía recordar bien si realmente reveló su nombre durante la llamada telefónica o no.

En los siguientes días tenía tantos remordimientos que lo evitó hasta que no pudo soportarlo más y le llamó para ver si podían encontrarse. Pero supuestamente, él tenía que reunirse con unos amigos. ¿Quizás podrían hacer algo juntos en su día libre? El día que se encontraron, él le dijo que lo dejara en paz, ahora tenía otra novia.

¿Cómo? Después de todo lo que habían pasado juntos, no podía ser verdad. Claro, solo quería hacerle daño, ¿no?

Pero el maldito hijo de puta se rió y ella se volvió loca y le arañó los brazos hasta hacerle sangrar. Luego él la golpeó en la cara dos veces. El

segundo golpe fue tan violento que la tiró al suelo. De su boca salió una amenaza que ella nunca olvidaría. —Si dices una sola palabra sobre esta historia, te mataré, perra.

Sacó su móvil, temblaba tanto de rabia que se le escapó de los dedos y cayó al suelo entre las ramas. Lo buscó, lo encontró y se torturó a sí misma.

Había alguien más a quien quería llamar. Se secó las lágrimas con un pañuelo y respiró hondo para calmarse. Luego marcó el número que estaba más abajo de los dos números y cubrió su teléfono con un pañuelo.

Sí, soy una perra, —pensó—, y te lo voy a mostrar.

---

## CAPÍTULO SEIS

---

**E**l sol descendió y los rayos rojizos se reflejaron en la cocina donde Joana estaba preparando su cena. Echó sal a la tortilla y se sentó a la mesa.

La Guardia Civil no había sido capaz de revelar nada interesante sobre el desconocido, pensó con cierta apatía, mientras clavaba su tenedor en la tortilla. Supuestamente, Antonio había sido la última persona que vio a Xavier Huber con vida: el alemán había llegado a la cafetería alrededor de las ocho para comer un bocadillo de jamón y beber una cerveza. Después había pagado en efectivo y se marchó. Nadie más lo vio, hasta que la señora Valdez lo encontró muerto la mañana siguiente.

Joana seguía comiendo su tortilla.

No se sentía bien y tampoco tenía apetito. Pensó en la llamada que acababa de hacer a su madre. Inmaculada estaba de baja por enfermedad y, afortunadamente, no había oído hablar de lo acontecido en el hotel.

Dejó el tenedor sobre la mesa, presionó el botón del mando a distancia y comenzó a cambiar aleatoriamente los canales. No podía quitarse de la cabeza la muerte del alemán. ¿Por qué había muerto?

Parecía un tipo saludable y deportista. ¿Quería morir? Joana no lo creía posible. Xavier Huber era atractivo, pero si Maite no lo hubiera mencionado varias veces, Joana no lo habría notado. En ese aspecto, seguía bastante cerrada, además, a diferencia de Maite, nunca se le ocurriría tener una aventura con un huésped mientras estuviera trabajando en el hotel. Excepto con Roberto.

Puso el resto de la tortilla en la nevera y enjuagó la sartén. Se encontraba mal y se sentía mareada. Se tiró en el sofá de cuero y tocó su frente, estaba

caliente como el techo de un coche en verano.

Roberto había pasado una semana en el Palace, de alguna manera había conseguido sacarle su número de teléfono. La llamó y la convenció para que cenaran juntos. El fin de semana siguiente había recorrido los quinientos kilómetros que separan Madrid de la costa, por lo que ella no tuvo más remedio que salir con él. En algún momento de la comida, entre el entrante y el plato principal, ella le había hablado de Carmen, aunque ni siquiera había hablado con Maite al respecto. Luego empezó a llorar en medio del restaurante. Roberto estaba conmocionado. Rápidamente cambió su táctica de ser un macho a ser un oyente sensible, pero antes de terminar su filete, parecía tener muy claro que aquello no llevaba a ningún lado. Apenas dijo nada y pagó sin pedir café o postre. Esa había sido su única cita en los últimos dos años.

El personal del hotel era comprensivo con ella. Ni siquiera Antonio, un empleado de la cafetería, se había atrevido a flirtear con ella. Hace unos meses estuvo con Maite, poco tiempo, y también con una de las jóvenes camareras del restaurante del hotel y una de las chicas de la zona de wellness. Aunque él prefería a las huéspedes del hotel, básicamente porque no las iba a volver a ver. Sus compañeras del hotel le duraban más tiempo del que a él le hubiera gustado.

Carlos, su jefe, había cambiado desde su divorcio. Estaba más amable con ella últimamente, y si le pedía que hiciera algo, ahora era: —Por favor—... en lugar de: —¡Hazlo aquí y ahora!—. Si había algo importante que discutir, él solo hablaba con ella. Los otros ya la llamaban la mano derecha del jefe, y ella era consciente de no estar en una posición particularmente deseable.

Pero hoy había podido volver a comprobar que Carlos era la última persona con la que ella podría tener algo. Un ser simplemente grosero y sin corazón; probablemente esa sería la razón por la que su esposa también se había separado de él. Nadie lo soportaba, lo que no parecía molestarle. Era el director y podía comportarse en su palacio como un rey, aunque el Palace pertenecía a un grupo internacional de hoteles con sede en los EE.UU., casi nadie desde la dirección del grupo aparecía por allí. Para ellos, sin duda, había destinos más excitantes que el complejo vacacional andaluz de Almuñécar con sus veinticinco mil habitantes y, sin duda, también hoteles con mayores ventas que el Palace de la Costa Tropical. Solo el señor Maldonado, jefe de la filial española del grupo hotelero, visitaba Almuñécar dos o tres veces al año para comprobar que todo estaba en orden.

Joana echó un ojo a la programación de la tele, luego la apagó y se acercó

al cajón del mueble de la cocina a por una aspirina. Tuvo que agarrarse a la encimera para no caerse, porque se le nubló la vista. Bajó la cabeza y cerró los ojos. Se quedó allí un rato hasta que sonó su móvil. Solo podía ser su madre. Se dirigió hacia la mesa de café de la sala de estar, en la pantalla figuraba “número desconocido”. Joana se apoyó en la pared y volvió a cerrar los ojos para disminuir el mareo.

—¿Qué me pasa? -Se preguntó-.

Entonces cogió la llamada.

—¿Hola?

Sonó como si alguien estuviera soplando en el micrófono.

—¿Hola...?—, preguntó de nuevo.

Una mujer respiraba fuerte al otro lado.

—Hola... hola, ¿quién es?

Joana se dirigió a un rincón del salón, donde la cobertura a veces mejoraba, de hecho consiguió entender solo una palabra de aquel mensaje casi incomprensible y distorsionado: Carmen.

Su corazón pareció detenerse por un momento.

—¿Carmen? ... ¡Carmen! ¿Eres tú? —presionó el teléfono contra su oreja, pero todo permaneció en silencio al otro lado de la línea.

—¡Carmen! —gritó—. ¡Di algo... por favor!

Se desplomó en el suelo, temblaba tanto que apenas podía sostener el teléfono en la oreja. Por mucho que lo intentara, no entendía nada, solo lograba escuchar sollozos y llanto al otro lado de la línea. Prestó atención y alcanzó a deducir algunas palabras: —Lo siento... no puedo explicar... el largo tiempo... Carmen está muerta...

Joana quería levantarse, pero no sentía las piernas. El móvil se le escapó de la mano y cayó al suelo de mármol deslizándose por debajo de la mesa. Joana se arrastró hacia él para volver a escuchar, volvió a apretarlo contra su oreja, pero ya habían colgado.

---

## CAPÍTULO SIETE

---

No sabía cuánto tiempo llevaba acurrucada en el frío suelo de mármol, balanceándose de un lado a otro como un enfermo mental. —Esto debe ser lo más parecido a sufrir un shock o un ataque de nervios. -Pensó, mientras los objetos que la rodeaban volvían poco a poco a tomar forma y sus sentidos volvían a la realidad. Ni siquiera el día en que Carmen desapareció, le había pasado algo similar. Durante las primeras horas estuvo preocupada y, al día siguiente, cuando su hermana aún no había aparecido, estuvo conduciendo su moto en su busca por Almuñécar hasta caerse y romperse la clavícula.

Pero eso fue en aquel momento... ahora estaba sintiendo lo que se siente al recibir el mensaje de una muerte.

Por un momento pensó que había sido la propia Carmen, al otro lado de la línea, pero no era su hermana. La voz era de una chica joven, pero diferente, con voz más grave y sonora. Sonaba distorsionada y apagada, como si fuera de algodón; además, debía de estar manipulada. Joana creía haber escuchado esa voz antes, pero, ¿dónde? Ahora no podía pensar en eso.

Carmen está muerta. ¿Qué significaba eso?

La Guardia Civil había recibido varias llamadas sobre el posible paradero de su hermana en los últimos dos años, pero hasta ese momento, nadie le había llamado para decirle que Carmen estaba muerta. Entonces, ¿quién llamaba? y, sobre todo, ¿estaba diciendo la verdad? Eso solo podía significar que aquella chica tenía algo que ver con la desaparición o muerte de Carmen. Pero, ¿por qué no lo había comunicado hasta ahora, después de dos años? ¿Acababa de hablar con la asesina?

Tonterías.

Joana se levantó y se lavó la cara con agua fría. Eran las diez y media. La

llamada se había producido hace veinte minutos. Joana debió de estar desmayada un cuarto de hora. ¿Debería ir a la Guardia Civil? Bebió un vaso de leche y se puso el vaso frío en la mejilla.

Mejor que no.

Sobre todo, no podía contarle nada a Inmaculada sobre esta llamada.

Se sentía muy cansada. Puso su teléfono sobre la mesilla, por si acaso aquella desconocida volvía a llamar. Luego lo cogió de nuevo para revisar los detalles y los datos de la llamada. No, ella no se había imaginado todo eso. La conversación había durado cuarenta y ocho segundos. ¿Solo? A ella le había parecido toda una eternidad. Y si se había equivocado en el concepto del tiempo, ¿qué pasaba con la conversación en sí? ¿De verdad la chica le había dado el nombre de Carmen?

Joana trató de recordar los detalles sin éxito. Todo lo que sabía era que quería irse a dormir.



El día siguiente era sábado y, por lo tanto, día de llegada y salida. Aunque no eran fechas tan agitadas como en verano o Semana Santa, el hotel estaba al setenta por ciento de ocupación y Joana tenía demasiadas cosas en las que pensar como para darle vueltas a la llamada del día anterior.

Carlos ayudó en la recepción para que, según su criterio, todo saliera bien. Maite y ella estaban de acuerdo justo en lo contrario. No dijo una palabra sobre el hombre muerto del día anterior. Los negocios eran siempre negocios.

Joana observó a su jefe de perfil, mientras él se inclinaba sobre un formulario de registro con su pluma estilográfica Montblanc.

Carlos Roig celebraría su quincuagésimo cumpleaños en noviembre. Últimamente parecía tan cansado que se le podrían añadir otros diez años más.

Quizás la separación de su mujer, quien había regresado a Barcelona con sus dos hijas adolescentes a principios de año, le había dolido más de lo que cabía esperar del insensible Carlos. Cuando aceptó el puesto de director del Palace hace seis años, había traído a su familia con él. Las niñas asistían a la escuela internacional de Los Pinos, y de puertas afuera, todo parecía estar en perfecto orden, hasta que un día Carlos le dijo a Joana que su esposa acababa de dejarlo así como así.

Joana apenas conocía a la ex esposa de Carlos, pero si éste la trataba

como lo hacía con su personal, ella podía entender su decisión. El cabello frondoso de Carlos se había vuelto más gris en las sienes y menos abultado en la parte posterior de la cabeza. También había ganado mucho peso últimamente. Incluso aquel traje, hecho a medida, ya no podía ocultar sus kilos de más.

Procedía de una rica familia catalana y le encantaba alardear de su patrimonio. La ostentación estaba a la orden del día. Los gemelos y alfileres de oro para sus corbatas combinaban con el color de su Rolex Yacht—Master. Por supuesto, Carlos conducía un Mercedes por las calles de la Costa Tropical, aunque había tenido que reemplazar a su pesar un 500 Clase S por un 270 diésel. Ese tipo de divorcio cuesta dinero. También se rumoreaba en el hotel que ya había puesto a la venta a través de una inmobiliaria la villa de la que era propietario junto con su ex mujer, en la exclusiva urbanización, Punta de la Mona, y que después se había trasladado a vivir a un humilde y sencillo apartamento en Almuñécar.

Carlos tenía sus propios asuntos, pero Joana estaba lejos de sentir lástima por su jefe. Otra de sus preocupaciones era su sobrino Narcís, hijo de su hermano, quien era dueño de un pequeño hotel cerca de Girona y la frontera francesa. Para desgracia de todos, había enviado a su grosero hijo al sur. Narcís iba a hacer una especie de internado bajo la protección de su tío en el Palace o, simplemente, madurar a paso lento, según pensaba todo el personal del hotel. El chico ya había trabajado en tres zonas hoteleras y sacaba de quicio a todo el mundo.

Joana se dirigió a su ordenador para comprobar los huéspedes que aún no estaban registrados. Al otro lado de la pantalla vio a una persona cruzando el vestíbulo, era Elena, la joven del restaurante. Llevaba su uniforme de trabajo y la estaba mirando, pero apartó los ojos cuando Joana levantó la vista. Aceleró el paso y no la saludó.

Le resultó extraño. Por lo general, el personal del restaurante entraba a trabajar por la entrada de servicio y no por la principal. Poco antes de que Elena diera la vuelta a la esquina del restaurante, volvió a mirar hacia la recepción y ambas cruzaron las miradas.

Elena...

Joana volvió a recordar la llamada del día anterior. Ella tenía poco que ver con Elena, ya que rara vez comía en el restaurante. ¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

Una joven pareja se acercó a la recepción, Joana les informó sobre los

horarios de apertura en el área de wellness, les entregó el folleto correspondiente y les deseó un buen día.

Joana trató de recordar la voz de la joven. En el hotel trabajaban setenta empleados y no podría reconocer a todo el mundo por sus voces, especialmente si... Decidió confiar en su instinto, le hizo una señal a Maite y se volvió hacia el restaurante. ¿Y si Elena hubiera sido la que llamó?

Eso significaba que ella sabía algo.

---

## CAPÍTULO OCHO

---

Cuando Joana entró en el restaurante, encontró a Elena limpiando una mesa.

El restaurante tenía capacidad para cuatrocientas personas, pero cuando los miembros de las familias numerosas de Almuñécar celebraban sus bodas allí, incluso aquel gran espacio podía quedarse pequeño. En aquel momento, a las cuatro de la tarde, los huéspedes extranjeros estaban comiendo y solo había tres mesas ocupadas por españoles.

Joana la estaba esperando en la entrada de la cocina. Un cocinero cruzó por la puerta batiente, a través de la cual el olor a pescado frito se filtraba al exterior. Elena se dirigió hacia Joana haciendo equilibrio con una pila de platos vacíos, pero se detuvo al verla.

—Parece bastante asustada por este encuentro casual—, pensó Joana.

—Hola, Elena, —saludó cordialmente.

—Hola —contestó Elena y se acercó para abrir la puerta con el pie.

—Un momento, Elena. Dime, ¿podría ser que me llamaras anoche?

—No, ¿por qué debería? —Elena miró fijamente el plato de mejillones vacíos flotando en los restos de la salsa marinera.

—Bueno, recibí una llamada ayer y la voz sonaba similar a la tuya.

Elena dio un paso adelante. —Pero no lo era —contestó indignada—. ¡Ni siquiera tengo tu número de teléfono!

Un cliente pidió la cuenta. —Ahora tengo que irme —pasó casi rozando a Joana y entró en la cocina.

Joana se detuvo un momento y luego se encogió de hombros. La reacción de Elena había sido un poco extraña, pero por el momento no tenía más remedio que pensar que sus suposiciones eran infundadas. Las voces eran

similares, pero ¿qué podría tener que ver Elena con la desaparición de Carmen?

De regreso a la recepción pidió dos cafés a Antonio, uno para ella y otro para Maite. Tal vez sería mejor que olvidara esa estúpida llamada. Tal vez alguien solo quería gastarle una broma de mal gusto.

Cuando Joana volvió a la recepción y le dio el café con leche a Maite, ésta le sonrió. Se lo agradeció sin levantar la vista, tomó un sorbo y continuó hojeando el “Jueves”, la revista de culto española para adultos, que no escatimaba en palabras y opiniones sobre política y sociedad. Incluso la familia real estaba en el punto de mira, algo que era un tabú absoluto dentro del panorama mediático español.

Joana miró a su amiga, que parecía completamente absorta en la revista, que bien podría escribir ella misma. Maite tampoco tenía miedo de decir lo que pensaba abiertamente y le encantaba probar su afilada lengua con Carlos.

Maite y ella se habían conocido en la Universidad de Turismo de Granada, luego se habían perdido la pista. Maite se había mudado a Madrid y Joana se había ido a hacer unas prácticas a Hamburgo. Cuando el Palace abrió sus puertas hace seis años, consiguió el trabajo que siempre había soñado como recepcionista en el mejor hotel de la ciudad. Dos años más tarde, colocó a Maite como asistente de dirección. Su amiga, que ya estaba harta de la capital y sus hombres, quería volver a la costa. Pero Maite y Carlos no se llevaban bien, solo aguantaron seis meses juntos, y ahora Maite estaba sentada a su lado en recepción y ella misma ejercía como asistente de dirección además de su trabajo real. Esto significaba, sobre todo, que a Carlos se le permitía descargar su mal humor exclusivamente sobre ella.

Llevaban tres años trabajando codo con codo, y Maite era la única con la que no podía escaquearse. No podía atrincherarse frente ella, como había hecho con muchas otras amigas. Con el paso del tiempo había perdido el contacto con la mayoría de sus amigos de la escuela o de la juventud. Al principio, algunos la llamaban de vez en cuando para saber cómo estaba y preguntar si se sabía algo de Carmen. Sin embargo, la respuesta era siempre la misma, su estado de ánimo siempre era malo y nunca había noticias sobre su hermana, por lo que ella no se ponía en contacto con sus amigos y ellos se cansaron y finalmente dejaron de hacer aquellas llamadas de cortesía obligatorias. Aun así, dos de ellas le invitaron a su boda, pero Joana no se sentía con ánimos de celebrar nada y había rechazado las invitaciones, lo que terminó con la ruptura final con aquellos amigos que, en otros tiempos, habían

sido sus colegas más cercanos.

Maite pasó la página con una sonrisa y tomó otro sorbo de café. Joana estaba agradecida de ser su amiga, la única que conservaba, para ser exactos. Mucha gente detestaba a Maite. Era demasiado directa, demasiado abierta, muchos se sentían ofendidos por ella, pero eso era exactamente lo que Joana apreciaba de su pequeña amiga, la esbelta mujer. Maite apenas pesaba cincuenta kilos, e incluso con sus tacones altos, —Joana nunca le había visto con zapatillas de deporte o algo similar—, tenía que subirse a un taburete para llegar adecuadamente al mostrador de recepción. Maite era vanidosa, pero de una manera desinhibida. Normalmente dejaba su crema anticelulítica de pie junto a la pantalla y todas las compañeras que pasaban por allí reconocían aquel tubo cónico verde. Ella confesaba que, por supuesto, lo usaba en algunas de sus áreas más problemáticas.

También era explícita sobre su aumento de senos, que se había hecho hacía ya tres años por uno de los especialistas más caros y cotizados de España. —Conocido por operar a personajes de la televisión y embellecer a mujeres de toreros y futbolistas —resaltaba. Su banco había financiado su sueño con treinta y seis cuotas mensuales, y hacía unas semanas Maite había anunciado con orgullo que sus senos ya estaban pagados y que ahora ella era la propietaria al cien por cien.

Estaba menos satisfecha con su cabello. Desde que cumplió dieciséis años, se teñía el pelo de varios colores con una regularidad similar a la de su menstruación. Recientemente Maite había querido tonificar su cabello rubio oscuro, pero desafortunadamente el peluquero se confundió en la tonalidad, por lo que prefirió que le cortaran el pelo. El peluquero cortó demasiado y a Maite no le quedó otro remedio que ponerse unas extensiones trenzadas. Su cabello era de color caoba, con algún mechón castaño que le llegaba a la altura de los hombros. Según su estilista, aquello era antes la melena de una muchacha boliviana.

Joana sonrió. Más de una vez, había visto como tomaban el pelo a Maite con la táctica: —Disculpe, ¿pero usted es Penélope Cruz?—. Joana se sentía bien trabajando con la loca de Maite y siendo su amiga. Por un impulso repentino, se acercó a la silla de su oficina y la abrazó.

—Gracias, —le susurró al oído—. ¡Gracias por todo!

---

Poco antes de las siete de la tarde, Joana estaba trabajando con el ordenador de la oficina cuando Carlos abrió la puerta y le dijo que la necesitaba por sus habilidades lingüísticas.

Para ser un gerente de hotel, Carlos tenía pocos conocimientos lingüísticos. Hablaba un inglés deficiente y con un fuerte acento. Solo atendía a sus propios compatriotas, el resto se los remitía a Joana por su perfecto conocimiento de inglés, francés y alemán, o a Maite, que además del inglés también hablaba fluidamente portugués e italiano.

Joana siguió a Carlos y se quedó helada cuando entró en el área de recepción.

No se lo esperaba...

El parecido del hombre que estaba un poco perdido al otro lado del mostrador con el del difunto de la habitación 328 era sorprendente. Joana se preguntó si debería volver a la oficina. Ella no quería enfrentarse a él. ¿Por qué Carlos no había hablado con aquel desconocido? ¿No era ese su trabajo como director?

Pero Carlos solo señaló con el dedo a Joana, con una sonrisa torcida y trató de encontrar la excusa para irse lo más rápido posible. La cara del desconocido se iluminó un poco cuando vio a Joana, parecía aparentemente contento de haber encontrado finalmente a alguien a quien trasladar su preocupación de una manera comprensible.

Tenía el pelo castaño claro y le llegaba hasta los hombros. Aparentemente era mayor que su hermano. Joana pensó que debía tener unos treinta y cinco años, pero la similitud más llamativa entre los dos eran los ojos azul zafiro y sus llamativos pómulos.

—¿Hablas inglés? —preguntó él.

—Sí, y también alemán.

—Mi hermano Xavier murió aquí ayer.

Ella se vio obligada a afrontar la realidad y abiertamente mirarlo a la cara. Tenía los ojos rojos. Sintió un nudo en la garganta y se lo tragó. —Sí, —dijo y carraspeó—. Lo siento muchísimo. Mis condolencias.

Él asintió con la cabeza. —Gracias... yo... —rompió a llorar.

A Joana no le había pasado desapercibido el temblor de su voz, él rebuscaba en su bolsillo sin sacar nada. Tal vez solo estaba avergonzado de sus lágrimas. Finalmente se levantó y respiró hondo.

—¿Conoció a Xavier? —quiso saber.

—Sí, estaba trabajando cuando llegó. No esperaba... quería decir que

alguien de la familia viniera.

—Me enteré anoche y cogí un vuelo a Málaga esta mañana.

Joana asintió. —¿Ya ha estado en el consulado?

—Sí. Pero no pudieron decirme mucho allí. Alguien organizó un coche patrulla para llevarme a Granada, donde tuve que identificar a mi hermano. En el consulado me dijeron que necesitaban hacer una autopsia a Xavier, porque no saben qué lo mató.

Joana asintió con compasión.

—Y ahora estoy aquí —él puso la mano en el antebrazo de Joana, como si temiera que se fuera a ir—. ¿Puede darme algún detalle más?

Joana agitó la cabeza. —No soy yo con quien debe hablar, yo solo hablé con su hermano durante tres minutos y...

—Entiendo, —la interrumpió—. Lo siento. Pensé... Esta incertidumbre me vuelve loco, ¿sabe?

Sentía lástima por aquel hombre. Viajar a un país extranjero tras la muerte de un hermano y no obtener ninguna respuesta sobre lo sucedido debía de ser horrible.

Desde que su hermana desapareció, nadie mejor que ella sabía lo que significaba eso. El hombre cogió su bolsa de viaje, se despidió y se dirigió a la salida.

—Espere, ¿qué va a hacer ahora? —se escuchó a sí misma gritando.

—No lo sé. Ir a la policía, supongo.

—¿Habla español?

—Solo inglés.

—Entonces no conseguirá mucho con la policía. Además, quien se encarga de estos temas es la Guardia Civil.

Bajó los ojos y dudó por un momento. —¿Hay algún abogado alemán en Almuñécar o alguien que pueda hacerme de traductor?

Joana agitó la cabeza vacilante.

—No lo creo. No conozco a nadie de todos modos. Le atormentaba no poder darle más información. Por supuesto que ella quería ayudarlo de alguna manera, incluso se sentía responsable, después de todo, su hermano había muerto allí, en el Palace.

—¿Por qué no se queda en el hotel por ahora? Mañana podría acompañarle a la Guardia Civil y traducir para usted.

—Tiene razón. Gracias por la oferta.

Joana sacó un formulario de registro de la carpeta. —¿Cómo se llama?

—Kilian, —dijo, extendiendo la mano sobre el mostrador— Kilian Huber.

---

## CAPÍTULO NUEVE

---

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó Joana a la mañana siguiente.

—Mejor. Gracias —dijo Kilian.

—¿Quiere primero un poco de café?

Kilian asintió y la siguió hasta la cafetería. Joana pidió a Antonio un café cortado sin azúcar para ella y un café con leche para Kilian.

Mientras esperaban sentados en dos taburetes, Joana observó a Antonio preparando las bebidas con mucha práctica. Antonio llevaba trabajando allí desde que abrió el hotel. Nació en Sevilla, pero hacía años que se había trasladado con sus padres a la vecina ciudad de Salobreña. Su trabajada musculatura en la parte superior del cuerpo delataba sus largas horas de entrenamiento diario en el gimnasio. Llevaba rasurada la cabeza y mostraba una calva que brillaba bajo la lámpara del mostrador.

Mientras la mirada de Kilian deambulaba por la cafetería, Antonio guiñó un ojo a Joana.

—Antonio, este es Kilian, hermano del difunto.

Era mejor evitar los chismes del hotel en primer lugar.

—¡Oh! —dijo Antonio—. Siento mucho su pérdida.

—Gracias —contestó Kilian, cuyo vocabulario en español abarcaba poco más que un par de palabras.

—Joana —continuó Antonio y puso las tazas de café en el mostrador—, dile que conocí a su hermano por un momento.

Kilian quería saber más.

—Bueno, llegar a conocernos puede ser un poco exagerado —dijo Antonio y se frotó la barbilla— Su hermano pidió una cerveza y un bocadillo de jamón. —Se agachó y golpeó con dos dedos la vitrina de cristal, donde había unos

cuantos bocadillos uno al lado del otro—. Se quedaría aproximadamente un cuarto de hora, luego pagó e incluso dejó dos euros de propina, realmente generoso. Después de aquello no lo volví a ver. Esto mismo es lo que le conté a la Guardia Civil.

Kilian asintió y se volvió hacia Joana.

—¿Podría preguntarle si notó algo especial en mi hermano? ¿Parecía enfermo?

Antonio pensó un instante, pero luego agitó la cabeza de un lado a otro.

Kilian quería saber si Antonio había notado algo más sobre Xavier. — ¿Habló del viaje? ¿Estaba solo?

—No, no me dijo nada del viaje. Y estaba solo. Eso es todo lo que noté. Había otros clientes a quienes tenía que atender —Se volvió hacia Joana y señaló el taburete—. Por cierto, su hermano se sentó donde estás sentada tú ahora.

Joana se deslizó y miró el asiento como si acabara de ver un fantasma.

—Lo único extraño, tal vez, fue que su hermano comió aquí en la cafetería. Normalmente los huéspedes que se alojan con el todo incluido comen en el restaurante. Pero si lo pienso, su hermano no parecía ser ese tipo de huésped.

Kilian sacó su cartera, pero Antonio insistió en invitarle. Le agradecieron el café y se volvieron hacia la salida.

—¡Esperad! —Antonio los llamó—. Ahora me viene algo a la mente. Su hermano llevaba una guía con él y había una página señalada sobre Ronda.

—¿La ciudad? —preguntó Joana.

Antonio asintió. —Me di cuenta cuando le llevé el bocadillo de jamón. Dijo algo así como, bonita ciudad. Quería saber si yo había estado allí. Pero nunca tuve la oportunidad. Bueno y luego dijo que pronto lo descubriría por sí mismo y me diría cómo era. Su hermano era una buena persona. ¡Díselo, Joana!

Entraron en la N340, la carretera que atraviesa Almuñécar, con el coche de alquiler de Kilian, un Volkswagen Polo plateado. Solo cuando pararon en un semáforo en rojo, Kilian volvió a abrir la boca. Joana podía imaginar lo molesto que debe haber sido saber lo que su hermano había hecho en sus últimas horas, aunque en realidad solo hubieran sido banalidades: Beber cerveza, comer un bocadillo, hacer planes de viaje, hablar con el camarero... pero, ¿qué había pasado después?

—Se lo agradezco mucho... —Kilian comenzó vacilante—. Gracias por venir.

Joana lo interrumpió y le dio un par de palmaditas en la mano, que agarraba la palanca de cambios.

—En España, solo se trata de usted a las personas mayores. Así que, si sigue llamándome de usted, me sentiré bastante vieja. Llámeme Joana, por favor.

Kilian la miró y por primera vez relajó su rostro.

—Bien —dijo, asintiendo—. Soy Kilian. Gracias por venir, Joana.

El cuartel general de la Guardia Civil estaba situado en la planta baja de un antiguo edificio residencial, a menos de cincuenta metros de la carretera. A la derecha de la entrada estaba la recepción, que parecía estar desocupada cuando entraron Joana y Kilian. Al final del pasillo una señora de la limpieza fregaba el suelo; no había nadie más aparte de ella. El lugar parecía desierto. Joana agudizó el olfato. Olía a lejía de limón. La empleada levantó la vista cuando la puerta se cerró tras Kilian.

—¡Joana! —llamó la mujer y corrió hacia ella. Joana sonrió. Todos allí la conocían. ¿Cuántas docenas de veces había estado con su madre para preguntar si había novedades sobre el caso de Carmen?

—¿Cómo estás, Joana? —preguntó la limpiadora, pero Joana no quería quejarse sobre el asunto de su hermana. Así que respondió brevemente y preguntó por Paco. La mujer les dijo que tenían suerte. Hasta hacía unos minutos, el policía había estado patrullando y ahora probablemente estaría ocupado introduciendo sus sentencias en el ordenador.

Mientras caminaban por el pasillo, Joana pensó en Paco. Hacía décadas que había asistido a la misma escuela que su padre. Los dos habían sido muy buenos amigos hasta que su padre, Pepe, había muerto de un derrame cerebral. Aunque Paco patrullaba mucho y solo podía trabajar en el caso de su hermana a ratos, él era el contacto de Joana con la Guardia Civil. Paco le daba el consuelo de pensar que todavía había alguien que estaba seriamente preocupado por el destino de su hermana, a diferencia de sus colegas.

Llegaron a la oficina, llamaron a la puerta y entraron. Paco tenía cincuenta y tantos años. La camisa verde de su uniforme le quedaba tan ajustada por su protuberante barriga que uno podía temer ser torpedeado por uno de los botones. Cuando Paco vio a Joana, se levantó del escritorio y le dio un beso en ambas mejillas.

Entonces le dio la mano a Kilian.

Joana miró a Paco. El agente supo de inmediato a quién tenía delante. Tomó una segunda silla de oficina, la colocó frente a su escritorio y le dijo a

Kilian que se sentara. Luego se detuvo un momento y miró seriamente a Joana.

Paco estaba regordete y era calvo, excepto por un leve mechón de pelo gris ceniza. Su amplia cara estaba dominada por una nariz del tamaño de una media pera y un bigote girado cuyos extremos llegaban hasta la barbilla. Probablemente no habría sido suficiente para un presentador de televisión, pero Paco era simpático y amistoso y, por lo que Joana podía juzgar, un agente competente.

—Kilian vino desde Alemania para averiguar qué le pasó a su hermano. ¿Habéis averiguado algo ya?

Paco se rascó el cuello y le pidió a Joana que se sentara también. Abrió una ventana, el ruido del tráfico llenó la habitación. Cogió un paquete de Marlboro de la mesa, le ofreció a Kilian un cigarrillo, pero éste lo rechazó con la mano. El policía enrolló el cigarrillo entre los dedos y luego se lo encendió.

—Bueno, en realidad es demasiado pronto, pero... —sacó el humo dirigiéndose hacia la ventana abierta y tosió.

—¿Pero qué? —siguió Joana.

Paco miró fijamente a su escritorio. Joana trató de interpretar su reacción. Se conocían de hace mucho tiempo, pero esta situación era diferente a la de Carmen. Tal vez Paco estaba pensando en lo que le estaba permitido hablar.

—La autopsia se completó anoche —continuó Paco—. El informe aún no está terminado, pero el forense ya nos ha informado que, probablemente, Xavier Huber no murió por muerte natural.

Joana sintió su rigidez. Miró rápidamente a Kilian. Seguramente no había entendido una palabra.

—La causa de la muerte aún no está clara, —continuó Paco—, el médico ha enviado muestras de tejido y sangre al Instituto Toxicológico de Sevilla para su análisis. Sin embargo, aún no se han evaluado. Esto puede llevar unos días, el forense sospecha que el fallecido pudo tomar una sobredosis de varios medicamentos diferentes al mismo tiempo.

Kilian le tiró de la manga a Joana, pero ésta lo ignoró. Ella podría contarle todo eso en un rato.

—¿Y qué significa eso, Paco? —Ella lo intuía ya, pero quería que Paco se lo explicara con sus propias palabras.

—Bueno, eso es obvio —Paco tiró la ceniza por la ventana—. Probablemente signifique que es un suicidio. Pero, como dije, Joana, todavía tenemos que esperar los resultados del Instituto de Toxicología.

Joana tragó saliva y Kilian agitó la cabeza como si fuera a cámara lenta. Aparentemente había entendido la palabra suicidio sin necesidad de su traducción.

Kilian se levantó de pronto y golpeó el escritorio con el dedo índice como para hacerse oír. Joana y Paco estaban pasando un mal trago.

—¡Mi hermano fue asesinado! —gritó exaltado en inglés— ¡Ha sido asesinado!

Paco tiró su cigarrillo por la ventana, la cerró y se quedó en silencio en la habitación. Se sentó en su silla murmurando y se cruzó de brazos.

—Bueno, Sr. Huber, por favor dígame... ¿quién es el asesino?

La rotunda pregunta de Paco tuvo efecto. Mientras Joana preguntaba de dónde había sacado Paco sus conocimientos de inglés, Kilian se tapó la cara con las manos y se agachó. Todo su cuerpo comenzó a temblar.

Joana le puso el brazo sobre sus hombros. En ese mismo momento se abrió la puerta, la señora de la limpieza quería ver lo que estaba pasando, pero Paco le hizo señas para que se fuera con gesto de impaciencia. Después de un rato, Kilian consiguió calmarse, se frotó la cara y dirigió una mirada perdida a un punto fijo de la pared detrás del oficial.

—No sé... —dijo finalmente y se volvió hacia Joana—. Xavier nunca, nunca se habría suicidado.

Joana asintió con la cabeza, buscando alguna palabra reconfortante, pero Paco se le adelantó.

—Me imagino que es muy difícil de aceptar, por favor dígaselo. Un momento... —se dirigió a su ordenador y abrió el expediente—. Me gustaría tener el informe completo de la investigación para que pueda entender mejor nuestro seguimiento del caso.

Joana asintió.

—Bueno, Xavier Huber llegó al Palace a las 18:40. Lo atendiste en la recepción, ya hablamos de eso ayer. Luego se fue directo a su habitación. Lo incorporaste al registro.

—Miró brevemente a Joana y ella volvió a asentir—. Huber se quedó en su habitación poco más de una hora, y luego bajó a la cafetería, donde se tomó una cerveza y se comió un bocadillo de jamón. Antonio confirmó que el huésped se había quedado aproximadamente un cuarto de hora y salió de la cafetería alrededor de las ocho de la noche. No tenemos información clara sobre si fue a su habitación a esa hora o más tarde, pero lo suponemos, porque nadie lo vio después de las ocho. Hasta donde hemos podido reconstruir, en la

habitación tomó una bolsa de papas fritas del armario del minibar y se bebió otra cerveza. Encontramos la bolsa de papas fritas y la lata de cerveza en la basura debajo del escritorio. También podemos decir con certeza que usó el inodoro, porque el rollo de papel estaba empezado, según la camarera de piso siempre se pone uno nuevo sellado al cambiar de huéspedes. Por lo demás, solo podemos considerar lo que realmente sabemos seguro. Estaba acostado en la cama, completamente vestido y con la televisión encendida. El forense asume que la muerte se produjo entrada la noche, entre las veintiuna y las veintitrés horas. Los huéspedes de las habitaciones contiguas no notaron nada especial. No hay indicios de que hubiera otra persona en la habitación además del fallecido. No se hallaron pelos, ni lápiz labial, ni ningún rastro extraño. La puerta de la habitación estaba cerrada con llave cuando la empleada entró por la mañana. La posibilidad de que alguien entrara por el balcón... bueno, eso sería teóricamente posible, pero la puerta corrediza de cristal del balcón también estaba cerrada por dentro cuando entramos en la habitación. No había señales de que se produjera una entrada forzada, por lo que tenemos que descartar que alguien pudiera acceder desde fuera.

Eso sonó convincente.

Joana le contó todo a Kilian lo más suavemente posible. Él escuchó atentamente y luego permaneció en silencio durante un largo rato.

—Bien —dijo finalmente en voz baja—, parece ser que la policía no tiene pruebas de que se haya cometido un asesinato. Ahora, ¿puedes preguntarle si hay algún indicio o evidencia de suicidio? ¿Qué tal una nota?

Joana le tradujo la pregunta a Paco, pero él sacudió la cabeza.

—El médico forense cree que la muerte fue causada por un cóctel mortal de drogas. ¿Se encontraron paquetes vacíos de medicamentos en la habitación?

Paco agitó la cabeza. ¿Alguna carta de despedida o cajas de medicamentos? ¿Algún paquete perdido? No habían prestado mucha atención a estos detalles en la investigación. Sin embargo, la suposición de que el alemán había muerto realmente por una sobredosis de medicamentos, tenía que corroborarse con el informe de los especialistas de Sevilla. También podría haber una explicación simple para los paquetes perdidos, que podrían estar en otro lugar. Y no todos los suicidas dejan una nota de despedida.

Paco buscó un Marlboro, acto seguido dejó el paquete. Podía entender al hermano del difunto. El suicidio siempre es difícil de aceptar para los familiares. Si uno moría en un accidente, era trágico. Si uno moría de cáncer, podría ser visto como un golpe del destino. Pero si alguien se quitaba la vida,

quedaban tantas preguntas sin resolver para los familiares, sobre todo, la duda de si podrían haberlo evitado. Sabía que la incertidumbre se anidaba en los parientes como una metástasis maligna, pero resolverla no era su responsabilidad.

Paco se levantó. —Lo siento por él, Joana. Por favor, díselo cuando salgas. Nuestro trabajo está hecho. Entiendo que el cuerpo de su hermano solo será liberado después de que las muestras de tejido hayan sido analizadas y el consulado organice la repatriación. No hay nada más que pueda hacer por él.

Joana tiró suavemente de Kilian por la manga.

—¿Qué más ha dicho? —quiso saber Kilian.

—¡Te lo diré afuera!

Paco dio dos besos a Joana y estrechó la mano a Kilian. Kilian la agarró con fuerza sin soltarla. Miró al oficial fijamente a los ojos. —Estoy seguro de que lo han matado.

---

## CAPÍTULO DIEZ

---

Joana bebió un sorbo de agua. Estaban sentados a la sombra de un naranjo en la esquina norte de la plaza del Ayuntamiento de Almuñécar.

Kilian volvía a estar ensimismado. Había llamado al consulado alemán en Málaga, que también era responsable de la provincia de Granada. Allí le confirmaron lo que Paco les había explicado. El cuerpo de su hermano tenía que permanecer en el Instituto Médico Forense de Sevilla hasta que las muestras de tejido fueran evaluadas y se pudiera completar el informe forense.

Joana miró a Kilian, quien, perdido en sus pensamientos, giraba su vaso medio vacío de cerveza. Sus caminos pronto se separarían. No había nada más que ella pudiera hacer por él. El consulado se encargaría del resto y él podría hablar con ellos en su propio idioma.

Joana empezó a mover los pies con cierto nerviosismo. Que Kilian fuera tan callado y considerado era comprensible, pero como española, se sentía incómoda cuando tenía que sentarse con alguien en silencio en una mesa durante tanto tiempo.

—Háblame de tu hermano —Nada más decirlo, se arrepintió. Le habría encantado morderse la lengua.

Kilian levantó los ojos y Joana bajó la mirada rápidamente hacia una naranja aplastada y comida por las moscas que yacía sobre los adoquines. No era asunto suyo y además pensó que eso le haría entristecer aún más.

Kilian dio un trago a su cerveza, se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

—Xavier era mi hermano menor. —Comenzó pensativo— No tengo más hermanos ni hermanas. Hemos hecho muchas cosas juntos. En realidad, yo también iba a venir a Andalucía, pero entonces... —tomó otro trago—, entonces simplemente no pude.

Joana esperó. Ella imaginaba que él se estaba preguntando si todo habría sido diferente si él y su hermano hubieran viajado juntos a Andalucía como estaba planeado. ¿Xavier seguiría vivo? Probablemente esta pregunta le perseguiría durante mucho tiempo. Un famélico gato se acercó a Kilian y le maulló como rogándole que le diera su tapa. Kilian tiró los restos de una sardina al suelo.

—Hace solo dos semanas nos inscribimos en el maratón de Berlín, — prosiguió—. Los maratones han sido nuestro objetivo deportivo durante mucho tiempo, y este octubre por fin la íbamos a hacer juntos. Después de su regreso, queríamos empezar con el entrenamiento para correr...

Kilian dejó que sus palabras fluyeran: anécdotas, experiencias compartidas, infancia. Habló sin detenerse ni una sola vez, durante casi media hora. Según Kilian, Xavier era mucho más extrovertido, alegre y sencillo que él. Alguien que no se tomaba las cosas muy en serio, que se reía mucho, sobre todo, de sí mismo. Xavier dejaba que las cosas le llegaran, disfrutaba de la vida y casi nunca se sentía desconcertado.

Kilian, por otro lado, era el planificador, y sufría cuando sus planes no salían exactamente como él los había planeado, lo cual era habitual para disgusto de Kilian.

Su hermano se enfrentaba a las situaciones de la vida con calma, mientras que Kilian, como él decía, se ponía cada vez más nervioso y ansioso a medida que envejecía.

—Si hubiera sido al revés, Joana, si Xavier se hubiera tenido que venir a España porque yo hubiese muerto en esa habitación de hotel, no habría tenido dudas sobre las sospechas de la policía.

Joana quería comentar algo, pero el camarero se acercó a su mesa. Kilian pidió dos cañas más y continuó.

—Xavier era simplemente una persona muy positiva. Se llevaba bien con todo el mundo, era ambicioso y el banco donde trabajaba le enviaba constantemente a cursos de formación continua. También le interesaban los idiomas, quería aprender español y ya había tomado varias clases en el Centro de Educación de Adultos. En Andalucía quería mejorar sus conocimientos lingüísticos antes de viajar cuatro semanas en invierno a Chile y Bolivia.

Joana sintió adónde quería llegar Kilian.

—Y recientemente había alquilado un apartamento chic muy bonito en Múnich, porque tenía buen sueldo como asesor de inversiones. En nuestro último encuentro me contó sus planes, en la medida en que uno puede hablar

de planes en la vida de Xavier, bueno ya sabes a lo que me refiero. En cualquier caso, él quería crear su propia oficina en este sector en los próximos años. En cierto modo, estaba lleno de planes. Quiero decir... tú misma lo oíste de Antonio, Xavier quería ir a esta ciudad al día siguiente de su llegada. ¿Cómo se llamaba? ¿Ronda?

Joana asintió.

—Entonces te pregunto, Joana: ¿Por qué planeó este viaje, todo su futuro y una nueva vida, si quería suicidarse?

Joana miró fijamente el cartel de una corrida de toros en Granada. Todo era realmente muy extraño. Ella rompió el silencio con una pregunta típica de un thriller de televisión.

—¿Tu hermano tenía algún enemigo?

—¡Dios mío, no! Al contrario, tenía muchos amigos y era popular en todas partes.

Joana le interrumpió como si fuera un interrogatorio.

—¿Conocía a alguien aquí en España?

Kilian agitó la cabeza. —No lo creo. Nunca había estado en España, excepto una semana en Mallorca hace diez años.

Joana cogió su posavasos y apoyó su cerveza. Miró a Kilian a los ojos durante mucho tiempo. —¿Qué crees que es menos probable? —le preguntó finalmente.

Kilian se puso las gafas de sol en la frente y se sentó derecho en su silla. Joana se inclinó hacia adelante. —Según dices, Xavier no tenía ninguna razón para suicidarse y estoy de acuerdo, pero acabas de hacerme entender que tampoco nadie tenía ninguna razón para matarlo. Entonces, si descartamos la muerte natural, ¿qué es menos probable? ¿Asesinato o suicidio?

Una hoja de naranjo cayó y aterrizó en la mesa. Joana la cogió y levantó la mirada. Kilian la miró como si la estuviera viendo por primera vez.

—Esa es una buena pregunta... ¿Qué piensas, Joana?

—Creo que nunca puedes llegar a conocer al cien por cien a otra persona, incluso si se trata de tu propio hermano o hermana. Ni siquiera somos capaces de conocernos a nosotros mismos, puedes juzgarte a ti mismo o, incluso, podemos ser imprevisibles ante nosotros mismos. Creo que la Guardia Civil tiene razón.

Kilian se tocó la punta de la nariz y bajó la mirada. Parecía estar concentrado. Joana trató de interpretar su expresión. Probablemente se estaría preguntando si había conocido a su hermano tan bien como creía. Después de

un rato, Kilian agitó la cabeza, como si quisiera ahuyentar los pensamientos negativos. Entonces miró hacia arriba.

—¿Tienes hermanos o hermanas, Joana?

Ella se quedó helada. —No lo sé —dijo finalmente en español.

—¿Disculpa?

—¡No lo sé!

—¿No lo sabes? ¿Qué quieres decir?

Joana comenzó a narrar a aquel desconocido todos los acontecimientos, preocupaciones y anhelos de los dos últimos años: la desaparición de Carmen, su sentimiento de impotencia, el miedo a la certeza de corroborar su muerte, las falsas pistas que, sin embargo, hacían renacer la esperanza una y otra vez. Le contó todo, incluso le habló sobre su ataque de nervios y la extraña llamada que había recibido tres días atrás. Le soltó todo lo que llevaba callado y acumulado en los últimos dos años.

Solo cuando sintió un toque suave volvió a mirar hacia arriba. Las lágrimas nublaban sus ojos. Kilian había cambiado de lugar, se había sentado a su lado y le había puesto la mano en el antebrazo. Ella se sonó los mocos y se secó las lágrimas.

Ahora que se había desahogado, se sentía como si alguien le hubiera quitado un peso de encima, pero, por otro lado, estaba avergonzada. Miró la plaza, pero nadie parecía haber escuchado su franca confesión. Todos estaban tapeando y charlando como si nada hubiera pasado.

—Lo siento por ti -dijo Kilian-.

Ella asintió y evadió su mirada. Kilian era un huésped del hotel. Nada más. ¿Cómo había podido dejarse llevar así?

Se disculpó y entró al restaurante para ir al baño a refrescarse. —Lo siento por ti—. ¿Pero qué más se puede decir después de escuchar una historia tan complicada? Joana se secó los ojos con una toalla de papel y buscó en su bolso el lápiz labial y el colorete. Entonces se detuvo. ¿Lápiz labial y colorete? ¿Qué estaba haciendo? Tuvo que admitir que le gustaba Kilian con sus sensibles y tímidos modales. Nada que ver con los hombres españoles que había conocido. Además, sabía escuchar, acababa de demostrarlo. Trató de imaginar cómo sería su sonrisa, en lugar de mirar siempre con ojos perdidos. O cómo se recogería con suavidad un mechón de pelo detrás de la oreja, en lugar de tocar su barba de manera nerviosa.

—Esto no puede ser.

Cerró el bolso y se fue del baño sin empolvase la cara. Kilian

desaparecería de su vida tan rápido como había aparecido. Lo más tardar, cuando el consulado organizara la repatriación del cadáver de su hermano. No importaba si eso era una lástima o no.

Al salir vio a Kilian tratando de atraer la atención del camarero. Miró al alemán. Hacía mucho tiempo que no había tenido una conversación tan íntima con una persona. Le había revelado demasiado de sí misma a un desconocido. Así es como uno debía de sentirse después de una aventura fallida de una noche, pensó y se dirigió a la mesa. —Tengo que ir a trabajar.

Kilian asintió. —Bueno, te llevaré al hotel —se levantó y pagó la cuenta.

Ya estaban a mitad de camino entre el casco antiguo y el aparcamiento subterráneo del paseo cuando Kilian dijo sin ironía. —Estoy mejor que tú. Al menos sé que mi hermano está muerto.

Joana se quedó callada. No quería hablar más de la muerte y cambió de tema. —¿Cómo fue que te pusieron ese nombre de pila?

—Porque mi padre no era muy creativo, pero era muy religioso.

Joana disminuyó la velocidad de sus pasos involuntariamente. Así que su padre también estaba muerto. Kilian habló de él en pasado.

—Nací el 8 de julio, —continuó Kilian—, el día de San Kilian, así que mi padre zanjó el tema de los nombres fácilmente. Con mi hermano hizo lo mismo. Su cumpleaños era el 3 de diciembre, el día de San Francisco Javier, pero desde temprana edad, todos lo llamaban Xavier. En una ocasión le pregunté a mi padre qué habría pasado si hubiéramos nacido otro día, por ejemplo, el día de San Mamerto, Pancracio o Bonifacio, y él se encogió de hombros.

Joana esquivó una sábana llena de CD's pirateados que un africano vendía a los transeúntes.

—Tu padre... ¿está...?

—Sí, está muerto. Igual que mi madre.

—Oh... lo siento.

Apenas hablaron durante los quince minutos que tardaron en llegar al hotel, excepto que Kilian dijo que Almuñécar era un lugar adorable y preguntó si el clima era siempre tan agradable allí.

Cuando se detuvieron en el estacionamiento del hotel, Joana le dijo a Kilian que podía marcharse, ella tenía que hacer una llamada. Pero eso solo era una excusa para evitar los posibles chismes que surgirían en el hotel sobre ella y el atractivo alemán.

Miró hacia la bahía de Almuñécar, mientras marcaba el número de su

madre. Dos kitesurfistas saltaban al aire alzados por el viento y desafiando por unos segundos a la gravedad antes de aterrizar en la cresta de las olas. Joana giró la cabeza. Un autobús apareció por el camino que conducía al hotel. Ella se puso en la oreja el teléfono antes de establecer la conexión y entró en el vestíbulo. Allí descubrió a Kilian girando lentamente el estante de los periódicos en busca de una revista internacional.

—¿Qué vas a hacer ahora, Kilian?

—Aún no lo sé. En realidad, vine a España porque quería saber qué le pasó a Xavier. —Agarró un periódico alemán y lo ojeó pensativo—. Pero hasta ahora no he averiguado absolutamente nada. Por eso no puedo irme así. Le debo a Xavier que al menos trate de aclarar las circunstancias de su muerte. Sí, sé que la Guardia Civil está a cargo del caso, pero yo necesito saber qué ocurrió, ¿sabes?

Por supuesto que Joana lo entendió.

—Por tanto, me gustaría esperar el informe de Sevilla. Tal vez lleguen a una conclusión diferente y tal vez el informe del médico forense fue erróneo y Xavier murió por muerte natural.

—¿Quieres quedarte aquí en el hotel? —le preguntó y se sorprendió a sí misma esperando una respuesta positiva. Le ofreció un descuento en las habitaciones.

—Si eso fuera posible...

—¡Claro! Tenemos muchas habitaciones libres. Hablaré con mi jefe a ver si podemos conseguir un precio especial.

—Gracias, Joana, también por tu ayuda de hoy.

—No hace falta darlas —señaló hacia el patio del hotel, donde estaba aparcado el autobús—. Ahora tengo que irme.

—Por favor, espera, una cosa más. ¿Crees que sería posible tener una pequeña charla con tu madre mañana? Estuvo hablando con Xavier.

Joana se enrolló el pelo. —Sí, así es —contestó ella vacilante—. Es solo que... Ella no sabe que está muerto. No quería decírselo todavía, para que no se preocupara. Está muy sensible con estos temas desde que mi hermana...

—Entiendo. No es tan importante. Solo pensé...

Joana vio bajar al grupo del autobús que venía desde Portugal. Estaba pensando que, al final, Inmaculada se enteraría de la muerte de Xavier de todos modos, a más tardar cuando se incorporara a su puesto de trabajo —Pues bien —dijo finalmente—, podemos ir a visitarla a su casa mañana. Mi madre está de baja por unos días.

—¿Está enferma? ¿Qué le pasa?

—Nada serio. Algo en el útero, pero suena peor de lo que es. Se va a someter a una pequeña cirugía y va a tener que tomar medicación y... No importa, la llamaré más tarde, y mañana hablaremos con ella.

—¿Estás segura?

Por la puerta giratoria aparecieron los primeros portugueses, lo primero que hicieron fue parar para maravillarse del magnífico vestíbulo.

—Ella estará bien. Kilian, tengo que ir a la recepción ya. Mañana por la mañana estoy libre. Podríamos vernos enfrente de McDonald's a las diez. ¿Lo encontrarás?

Kilian asintió.

—Bien. Nos vemos mañana.

—¡Sí, y gracias!

---

Él vio al hermano del alemán muerto pagar el periódico y entrar en el ascensor. Al parecer el tipo se iba a quedar más tiempo y esa idea no le gustó nada. El día anterior habían tenido casi más policías que huéspedes merodeando por el hotel debido a su maldito hermano, quien, de todos los hoteles de la ciudad, tuvo que morir en el Palace. Eso le puso nervioso. Aun menos le gustaba el hecho de que ese tipo anduviera husmeando como un pastor alemán. Y además de entre todas las personas que había, justamente Joana le iba a ayudar con eso.

A veces ella lo miraba como si ya sospechara algo. Tenía que vigilarlos y adoptar medidas si era necesario. ¿Pero qué? ¿Dar al alemán una señal de que no era bienvenido allí y que debía desaparecer antes de que levantara más polvo? ¿Pero cómo lo haría sin llamar la atención? ¿Por escrito?

Sonrió.

Sí, por escrito: con una advertencia.

---

## CAPÍTULO ONCE

---

**A** la mañana siguiente, Kilian estacionó su coche en el aparcamiento de McDonald's a las diez en punto.

Veinte minutos después, apareció Joana. Tenía miedo de que ella se hubiera olvidado de la cita, pero esos minutos de retraso todavía podrían describirse como puntualidad en España. Por primera vez la vio sin su traje de pantalón azul marino y sin su nombre en la etiqueta de color latón, iba vestida de forma casual con unos vaqueros desgastados, botas y una sencilla blusa blanca. Llevaba el pelo suelto y no recogido en una coleta como el día anterior.

Kilian se levantó y se saludaron con dos besos, según la costumbre española. Joana se había maquillado discretamente, su perfume tenía un ligero aroma sensual a moras, maderas tropicales y flores de magnolia, lo que cautivo literalmente a Kilian y consiguió olvidar casi por completo la razón por la que había quedado con Joana esa mañana.

Mientras salían y caminaban juntos hacia el apartamento de su madre, Kilian no pudo evitar pensar que algunos de los transeúntes podrían pensar que eran pareja. Como Joana, él vestía unos vaqueros y camisa blanca.

—Ya hemos llegado —dijo Joana, sacándolo de sus pensamientos.

Se pararon frente a un edificio de varios pisos. En la planta baja había una farmacia, una cafetería, una ferretería, la librería fenicia y una tienda de deportes. Al otro lado de la carretera estaba la estación de autobuses de Almuñécar. Joana cogió una llave y abrió el portal número tres de los edificios “Huerta del Barco”, como pudo leer Kilian en una pequeña placa sin saber qué significaba.

Subieron en el ascensor. Inmaculada vivía en el tercer piso. Los

apartamentos restantes estaban alquilados principalmente a abogados, médicos y notarios, dijo Joana. Ella había vivido allí hasta hace cuatro años que se había mudado, a diferencia de la mayoría de los jóvenes españoles que se quedaban en casa de sus padres hasta que se casaban. Desde entonces vivía sola en la antigua casa del casco antiguo de sus difuntos abuelos.

Joana tocó el timbre. Alguien gritó algo en español desde adentro y Joana abrió la puerta.

El apartamento estaba amueblado a la antigua. Al entrar olía a medicamentos, como el pasillo de un hospital, pero por lo demás era acogedor.

Joana lo condujo a través de un estrecho pasillo hacia la sala de estar. Las persianas estaban bajadas y Kilian tardó unos minutos en acostumbrarse a la oscuridad. En la sala de estar resaltaba un majestuoso mueble de madera de cerezo que contenía libros, un televisor, una vitrina y algunas fotos enmarcadas de la familia, obviamente de los días más felices, cuando el padre de Joana aún estaba vivo y su hermana no había desaparecido.

Kilian se inclinó hacia una foto enmarcada en plata. Mostraba a una niña con un vestido blanco sobre un fondo pastel. El parecido con Joana era increíble. Kilian estaba seguro de que era Carmen. Al igual que Joana, tenía el pelo negro y rizado. En la foto ella apoyaba su cabeza sobre una mano con un guante blanco y sonreía a la cámara como la niña que era. Kilian pensó que sería un recuerdo de su comunión. Trató de imaginar el dolor que debía de haber sido para la madre de Joana cuando su hija desapareció sin dejar rastro. Era impensable.

También sobre la mesa, que estaba cubierta con una tela blanca bordada, semejante a la de un altar, reposaban más fotos de la familia, incluida una de Joana junto a su hermana, ambas se abrazaban a una tercera mujer en medio de ellas que llevaba un vestido de novia.

Joana se puso a su lado.

—Esta es la última foto de mi hermana. Fue tomada en la boda de nuestra prima Paula. De camino a casa... —Joana se quedó callada cuando su madre entró en el salón. Inmaculada estaba en la cocina y se limpió las manos con un paño.

—Hola mamá —Joana le dio un largo abrazo y luego le presentó a Kilian.

El dolor por la pérdida de su marido y la desaparición de su hija había dejado huellas imborrables en Inmaculada. La madre de Joana, tendría unos cincuenta y tantos años, pero parecía una abuela. Esta impresión se veía

reforzada por la ropa de luto que vestía: llevaba zapatos oscuros, medias ortopédicas que llegaban hasta la parte posterior de las rodillas, una negra y gruesa falda de felpa y un chaleco de punto.

Inmaculada puso el paño en el bolsillo de la falda, luego inclinó la cabeza y miró a Kilian a los ojos. De repente, sus rasgos se iluminaron, tomó su mano, la estrechó y estalló en un torrente de palabras, pero Kilian no entendió ni una sola sílaba.

Joana interrumpió a su madre. Las dos hablaron durante un largo rato mientras Kilian permanecía algo perdido a su lado, aunque Joana le miraba con ojos alentadores. Excepto la palabra “hermano”, que ya había aprendido, y “Alemania”, no entendía nada más. Por supuesto, sospechaba que Inmaculada lo había confundido con Xavier, pero entonces surgió otro término para el que tampoco necesitó traducción: muerte.

Inmaculada dio dos pasos hacia atrás y apretó las manos contra sus arrugadas mejillas. Con los ojos abiertos de par en par, le miró fijamente y suspiró profundo. —Dios mío, dios mío, dios mío —murmuró.

Entonces se acercó a él y lo abrazó, su pequeña cabeza le llegaba hasta el pecho. De nuevo le habló, empezó a llorar y luego limpió sus lágrimas con un pañuelo. Había algo sincero en su compasión, aunque solo había conocido a su hermano en una breve ocasión. Cuando su padre murió donde había nacido y formado parte de la comunidad del pueblo durante décadas, sus paisanos solo se acercaron a él con frialdad para ofrecerle sus condolencias. Nadie había hecho nada más. Ese fue el final del asunto para la mayoría de la gente. Cuando su madre murió, ni siquiera le ofrecieron sus condolencias, solo le criticaron a sus espaldas lanzándole miradas perniciosas.

Inmaculada se separó de él y se limpió los ojos con el pañuelo. Luego sacó un rosario de un cajón de la mesa semejante a un altar, se dio la vuelta y regresó a la cocina. Kilian entendió la palabra “café”. Le dijo a Joana que no molestara a su madre, pero Joana no hizo caso y se sentó en el sofá.

Kilian volvió a prestar atención a la mesa. Algo confundido, miró otra foto familiar. A juzgar por la edad de las hijas, parecía haber sido tomada hace unos seis o siete años. Todo el mundo sonreía felizmente a la cámara. También Inmaculada, que estaba junto a su marido y detrás de Carmen. ¿Podría la pena cambiar físicamente a una persona de esa manera? La atractiva mujer de la foto no tenía nada que ver con la viuda demacrada que acababa de conocer.

Afectado, Kilian se sentó en el sofá al lado de Joana y miró la puerta de la cocina. En realidad, había venido a hablar con Inmaculada sobre Xavier, pero

eso ya le parecía egoísta. En ese momento, también entendió la actitud vacilante de Joana del día anterior. Él había irrumpido allí y había hecho llorar a la pobre mujer con toda aquella historia que no era asunto suyo.

—Joana... Lo siento, no deberíamos haberlo... —Empezó, pero en ese momento Inmaculada salió de la cocina y puso dos tazas de café delante de ellos en la mesa del sofá.

Joana le hizo otra pregunta a su madre. Parecía que se trataba del momento en que Inmaculada habló con Xavier cerca del hospital.

La anciana se quedó dubitativa y comenzó a deslizar el rosario por sus dedos. Kilian la observaba de cerca. Obviamente le costaba mucho recordar. Luego mostró el horror en su rostro, pero después de un breve intercambio de palabras con Joana parecía estar más aliviada. Inmaculada respiró más tranquila. Kilian se preguntaba qué significarían todas esas emociones, pero Joana no quiso entrar en más detalles: —Tu hermano solo le preguntó por el camino y después siguió sus indicaciones. Eso es todo lo que hay. Lo siento.

Kilian asintió decepcionado, pero, ¿qué más podía esperar?

—Por favor, pregúntale si notó algo raro en mi hermano —le dijo a Joana.

Joana le tradujo, pero Inmaculada agitó la cabeza.

Kilian volvió a asentir con la cabeza, tomó un sorbo de café mientras se preguntaba si había algo más que pudiera preguntarle a Inmaculada. Pero no se le ocurría nada más.

—Muchas gracias —intentó sonreír y bebió otro sorbo de café.

Joana ayudó a su madre a limpiar las tazas. Kilian pudo oírlas hablar en la cocina entre el ruido de la porcelana. Ya entendía algunas palabras: habitación en la tercera planta, Guardia Civil, Antonio, cafetería, incluso, bocadillo de jamón. Obviamente Joana le estaba contando a su madre todo lo referente a la investigación sobre la misteriosa muerte de Xavier.

Kilian se puso de pie, se acercó a la ventana y se inclinó para asomarse a la calle a través de un pequeño hueco entre la persiana y el alféizar. Un conductor de taxis estaba metiendo una maleta verde y pesada en el maletero. De pronto Kilian oyó un fuerte chillido en la cocina, seguido de un estruendo y un grito ahogado.

Corrió a la cocina y vio a Joana inclinada sobre el cuerpo sin vida de su madre. Su corazón bombeaba adrenalina por todo su cuerpo y le picaba como si miles de hormigas estuvieran corriendo por sus venas. A Kilian le vinieron escenas y recuerdos de la sala de auxilios de la Cruz Roja de Múnich, donde realizó un curso de primeros auxilios hace años. Recordó que una vez simuló

salvar a una muñeca de plástico de un ataque cardíaco, tenía que presionar sobre el esternón entre respiración y respiración con las palmas de las manos superpuestas. Pero, ¿con qué frecuencia? ¿Cinco veces? ¿Quince veces...?

Trató de calmar a Joana y le pidió que llamara a una ambulancia. Ella, tremendamente conmocionada, le gritó en español, pero él la echó a un lado y se arrodilló junto a la inmóvil Inmaculada. Su pulso era débil, pero seguía ahí. Puso su oreja en la boca de la mujer y oyó que aún respiraba. Así que no podía ser tan dramático. Aún podían salvarla. Aliviado, se enderezó. Joana gritó algo al teléfono en la habitación de al lado. Momentos después, irrumpió en la puerta. Kilian agarró a Inmaculada de las axilas y la arrastró hasta el sofá. Joana se arrodilló frente a ella y se puso a llorar.

Pasaron unos cinco minutos antes de que pudieran oír una sirena entre el ruido del tráfico. Joana bajó corriendo para mostrar el camino a los enfermeros. Inmaculada movió un poco la cabeza y agitó los párpados sin abrirlos del todo. Kilian le acarició las mejillas. —Perdone, señora —susurró.

Cuando escuchó el traqueteo de los servicios de emergencia por el hueco de la escalera, su tensión disminuyó y comenzó a recriminarse que aquella frágil mujer, marcada por la vida, se había derrumbado debido a su egoísta visita.

Se apartó para dejar paso a la ambulancia. Fue a la ventana y subió las persianas para que entrara más luz en la habitación. A sus espaldas escuchó las indicaciones del médico de urgencias a Inmaculada, que ya había recobrado el conocimiento. Apenas podía entender nada de la conversación, pero parecía como si Inmaculada se resistiera a que el médico y sus ayudantes la subieran a la camilla. Después de unas palabras tranquilizadoras de Joana, Inmaculada parecía estar convencida de que estaría mejor en el hospital para ser examinada más a fondo.

Los dos enfermeros condujeron a Inmaculada en la camilla por la estrecha escalera. Kilian trató de ayudar, pero solo se interponía en el camino y uno de los dos hombres le regañó. Cuando llegaron abajo, cargaron la camilla en la ambulancia que estaba mal aparcada en la acera con las luces azules encendidas.

Se cerraron las dos puertas y Joana se marchó sin decir una palabra ni hacer caso a Kilian, quien observó la ambulancia partir y se sintió más miserable y solo que nunca.

---

## CAPÍTULO DOCE

---

A lrededor de las cinco de la tarde, Inmaculada fue dada de alta en el hospital. Le había asegurado al médico que se encontraba bien, lo que era mentira. De todas formas, tuvo que aguantar el gotero durante horas, y eso para ella había sido más que suficiente.

El médico quiso trasladarla al hospital regional de Motril después de echar un vistazo a su historial médico. Tuvo una conversación con el doctor Sánchez, el médico que la atendía, pero después de una breve y obstinada discusión, Inmaculada pudo salir del hospital de Almuñécar y fue trasladada a casa en ambulancia, esta vez sin sirena. Una vez allí, llamó a Joana al hotel y la tranquilizó. Joana quería ir a verla después del trabajo, pero Inmaculada se negó. Quería acostarse temprano esa noche, luego colgó y miró ensimismada por la ventana del salón. Pensó que no podía implicar a Joana también en aquel asunto.

No, por el momento tenía que guardarse el secreto, especialmente ahora que se había enterado de las causas de la muerte del joven alemán.

---

Kilian se encerró en su habitación el resto del día. Estuvo zapeando por los canales alemanes de la programación vespertina hasta que encontró la retransmisión de un partido de tenis en Eurosport, pero ni siquiera aquello lograba distraerlo.

¿Por qué tuvo que molestar a Inmaculada y a Joana con sus asuntos personales? ¡Eso era responsabilidad del consulado alemán! Debería haberlos

llamado ese día, pero no se encontraba lo suficientemente fuerte para hacerlo. Las cosas habían pasado así y él no podía evitarlo. Decidió dejar el hotel al día siguiente y buscar alojamiento en Málaga para esperar a que le entregaran el cuerpo de su hermano. Cualquier otro asunto tendría que ser tratado por el consulado.

Por la noche tenía hambre, pero no quería salir de su habitación para ir al restaurante o a la cafetería. No quería conocer a nadie y menos ver a Joana. Así que se comió desesperado todas las patatas fritas, nueces y barras de chocolate que pudo encontrar en el minibar. Después de eso, se sintió aún más miserable, se había tragado todo lo que él solía evitar. Se dijo a sí mismo que ese sentimiento no sería extraordinario en su situación si no fuera por el hecho de haber estado cargando con ese dolor durante años, desde...

Quiso borrar todos los pensamientos sombríos de su pasado, fue al baño, se tragó una pastilla y bebió un sorbo de agua del grifo. ¿Acaso su hermano se había sentido igual que él últimamente? Se preguntó mientras se miraba sus ojeras en el espejo. ¿No era su hermano más parecido a él de lo que pensaba?

La mente le acribillaba a preguntas y suposiciones.

Apagó el televisor y se zafó de la familia feliz con un perro que anunciaba una camioneta coche familiar. Luego se estiró en su cama y cerró los ojos. ¿De verdad, se había suicidado Xavier? No, fue asesinado. Ahora lo sabía muy bien, ¡porque lo había matado él mismo!

Se vio en la cárcel. Una vez más. Pero esta vez con cadena perpetua. No quería volver a la cárcel. ¡Quería salir! Golpeó la puerta de su celda, pero ningún guardia vino a abrirle y golpeó aún más fuerte...

Se despertó jadeando. Debía de haberse quedado dormido. Kilian se frotó los ojos, aliviado de haber escapado de aquella pesadilla, solo que no podía evitar emparanoiarse. Alguien golpeó la puerta de la habitación del hotel.

Se levantó vacilante y abrió. —¿Joana?

Llevaba su uniforme azul marino, miró a ambos lados del pasillo y luego entró. Pasó junto a él a la habitación. —Joana, yo no quería.... habría... ¡Lo siento! —Eso es todo lo que fue capaz de decir, por mucho que lo intentara. Joana se dio la vuelta y lo miró, pero él apenas pudo aguantar su mirada un segundo.

—No pasa nada. Todo está bien, Kilian. Solo quería decirte que mi madre ya está en casa. Ahora está mucho mejor. Supongo que fue solo un pequeño mareo, nada grave, probablemente ni siquiera tendríamos que haber llamado a la ambulancia.

Kilian cerró los ojos un momento. Al menos se había quitado ese peso de encima. Respiró. —Gracias, Joana. Me agrada saber que está bien. Como dije, lamento mucho todo esto. No debería haberte agobiado con toda esta historia, y menos a tu madre. —La miró y resistió el impulso de agarrarla entre sus brazos—. Mañana voy a reservar un hotel cerca del consulado en Málaga y esperaré allí a ver qué pasa con mi hermano.

Joana no contestó nada. En vez de eso, se tocó el pelo, haciéndose tirabuzones con el dedo índice y pareció mirarle como si detrás de él hubiera una bola de cristal que profetizaba lo que era bueno o malo.

—Bueno, probablemente sea lo mejor —dijo finalmente y se fue de la habitación, dejando atrás a Kilian confundido.

---

Joana levantó la vista. Acababa de llegar, eran las diez de la mañana. Maite bostezó. —¿Y la Guardia Civil realmente cree que murió por sobredosis? —preguntó por tercera vez.

—Es una hipótesis, sí. Pero primero hay que examinar las muestras de tejido en Sevilla. No hay nada seguro todavía.

Maite pensó y se mordió los labios como dudando de todo ello.

—¿Tendría mal de amores? ¿Estaría preocupado por algo, por una alemana sosa o un alemán...?

—¡Maite! —Joana sonrió, pero al parecer Maite no había terminado. —Te diré algo, Joana. Todo lo que hubiera tenido que hacer era decirme algo. Con lo guapo que era, le habría chupado todas sus penas fuera. Nunca le he salvado la vida a nadie antes, y si se me presenta una oportunidad de hacer algo heroico...

La puerta del ascensor se abrió y apareció Kilian.

—¡Cállate, Maite! —le susurró Joana.

Kilian las saludó con un “buenos días” y sacó su tarjeta de crédito de la cartera. Maite fingió que tenía algo importante que hacer y desapareció contoneando sus caderas hacia la oficina.

—Yo... como dije, me iré a Málaga. ¿Cómo está tu madre?

—No he hablado con ella hoy, pero está bien, supongo. Al menos anoche parecía recuperada. Por favor, no te culpes más, tal vez habría sucedido lo mismo sin estar nosotros allí. Tal vez incluso fue mucho mejor que

estuviéramos con ella en ese momento.

Ella sonrió, pero Kilian no parecía convencido sobre esta teoría.

—Me alegro —dijo indeciso—. Por favor, salúdala de mi parte.

—Se inclinó un poco hacia ella sobre el mostrador—. Joana, quiero agradecerte que me acompañaras al Cuartel de la Guardia Civil y gracias también por hablarme de una manera tan franca. Me consoló. Tendré que aceptar que Xavier...

Se calló y fijó su mirada en la parte posterior de la pantalla.

—Nunca se puede llegar a conocer realmente a otra persona —continuó en voz baja—, tal como dijiste. Y supongo que ni siquiera conocía bien a mi propio hermano. —Miró hacia arriba—. Todavía me duele como el infierno, Joana, y es difícil de entender.

Ella puso su mano sobre la de él y la acarició suavemente. Sintió el puño de Kilian empujando, como si fuera la cabeza de un gato mimoso.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Una enorme figura apareció en la parte de atrás del vestíbulo. ¡Carlos! Ambos separaron sus manos rápidamente.

—¿Quería pagar, señor Huber? —dijo Joana formalmente, agarró la tarjeta de crédito y la sostuvo como para comprobar su autenticidad. Kilian la observó consternado, pero ella miró detrás de él y asintió buscando a Carlos, quien se marchó por el vestíbulo como un sargento y desapareció en el ascensor.

—¿Tu jefe? —susurró Kilian.

—Sí, Carlos. Está subiendo al quinto piso. A su suite. Se pasa el tiempo leyendo periódicos y pide no ser molestado excepto para el café. —Ella le guiñó un ojo, pero Kilian solo consiguió esbozar una tímida sonrisa. Permaneció unos instantes con la mirada perdida en algún punto detrás de ella. Un silencio incómodo invadió el espacio.

—Creo que tengo que irme —dijo y se rascó la nariz.

—Bueno... —Joana sostuvo la tarjeta de crédito entre sus dedos y estuvo a punto de devolvérsela sin cobrarle nada, pero no era su hotel, así que llamó a Carlos para preguntarle qué descuento le podían aplicar a Kilian.

—¿Descuento? —Carlos repitió la palabra como si fuera el nombre de un pederasta. Tras unos segundos dijo—, está bien, lo que sea... ¡Aplicale la tarifa de pretemporada y cárgale tres noches en vez de cuatro! —Joana sostuvo el teléfono por un rato y se lo quedó mirando, como si el interlocutor le hubiera mordido la oreja.

—Ehhhh, perdona... ¿Carlos? Si solo ha dormido aquí tres noches.

Carlos sopló como un toro antes de embestir. —Sí, así es —protestó—. Lo hizo, pero su hermano también se quedó aquí y no pagó nada y ya no lo hará, ¿verdad? Por no hablar de todos los problemas que nos causó, el desalojo, la pérdida de ingresos que supone una habitación cerrada por estar sellada, la mala publicidad, los huéspedes inquietos...

Joana colgó el teléfono con brusquedad. —Cabrón —susurró y levantó la vista. Kilian la miró con asombro.

Con un solo parpadeo, recuperó su centro inmediatamente. Ella sonrió y le devolvió su tarjeta de crédito. —El director dice que, dadas las circunstancias especiales, no tienes que pagar nada por tu alojamiento. Tendría que falsear el pago en el ordenador y esperar a que Carlos no se enterara. —Todos sentimos mucho lo que le pasó a tu hermano.

—Es muy cortés por vuestra parte, Joana. Espero que tu hermana aparezca pronto.

—Sí, yo también lo espero. Buena suerte en Málaga y que tengas un buen viaje de vuelta a casa.

—Gracias, Joana.

Llevaba colgada su bolsa de viaje en el hombro. Un mechón de pelo caía sobre su cara y otro le rozaba la oreja. Por primera vez, le sonrió. Así que así es como sonríe él. Esta es la primera y, probablemente, última vez que le verá sonreír, pensó ella con tristeza.

Kilian se despidió cortésmente de Maite, que acababa de salir de la oficina. Joana no se había dado cuenta de su presencia. Maite tenía la sensibilidad suficiente como para no perturbar el momento íntimo de la despedida; pero, sin duda, quería también aprovechar para echar un último vistazo al macizo alemán. Era agradable alegrarse la vista en aquella “casa de retiro de la tercera edad”, como a ella le gustaba llamar a su lugar de trabajo. Después de todo, no todos los días pasaba gente atractiva por allí.

Sonó el teléfono. Joana titubeó al contestar. —¡Carlos!

Ella acababa de traicionar a su jefe por primera vez y se sintió descubierta, pero Carlos quería tratar de algo completamente diferente: habitación precintada, Guardia Civil, bolsa, liberar...

Joana escuchó y observó con disimulo a Kilian. Al otro lado del cristal de la fachada principal, el alemán estaba colocando su bolsa de viaje en el maletero del coche.

Bolsa, ¿bolsa?

Ella soltó el teléfono y corrió tan rápido como pudo por el vestíbulo hasta la salida. La velocidad de la puerta giratoria le parecía agonizantemente lenta. La empujó con fuerza, lo que, por supuesto, estaba prohibido, y salió corriendo.

—¡Kilian! Kilian!

Él ya estaba girando hacia la calle de al lado del aparcamiento del hotel. Ella agitó los brazos y pensó que era demasiado tarde, pero, de pronto, se volvió y regresó. Cuando estuvo segura de que él la había visto, le hizo un gesto con la mano y regresó al vestíbulo. Un dolor agudo le recorrió el tobillo. Debía de habérselo torcido y ni siquiera se había dado cuenta. Cojeó hasta la recepción, apretando los dientes para aguantar el dolor.

—Así es como terminan todas las historias de amor cursi, cariño. —Maite sonrió, mientras se miraba en su espejo de bolsillo, puso los labios en forma de beso y se los pintó.

Un poco más tarde, Kilian volvió a la recepción con una expresión de curiosidad.

—Carlos acaba de llamar —le dijo Joana sin aliento—. Quería comunicarte que ya puedes llevarte el equipaje de tu hermano.

Kilian la miró sorprendido.

—¿Su bolsa está aquí, no con la Guardia Civil? —enfaticó cada sílaba como si no pudiera creerlo.

Joana asintió. —Sí, estaba en la habitación precintada, pero Carlos mandó abrirla esta mañana. Supuestamente porque la necesitamos para las próximas reservas. Bueno, eso no es del todo cierto, pero la Guardia Civil probablemente ya ha revisado todo y, por lo tanto, no hay razón alguna para mantener la habitación precintada. Así que te puedes llevar la bolsa ahora, para que no tengamos que enviártela.

—Dices que la bolsa estaba en la habitación precintada, ¿y dónde está ahora?

—En la lavandería —explicó Joana—. En el sótano.

Kilian apenas podía creerlo. Aunque se había preguntado lo ocurrido con el equipaje de Xavier, asumió que debía de estar en la sala de pruebas del Cuartel hasta que se resolviera el caso. Después, habrían enviado sus cosas a Múnich.

Pero aparentemente no quedaba ningún caso por resolver. La retirada del precinto era la prueba suficiente de que la ocupada Guardia Civil ya se estaba concentrando en otros asuntos, como delitos de drogas, robos a turistas y

accidentes de tráfico. El expediente de Xavier se llenaría de polvo en un armario sin nombre en el sótano.

Kilian siguió a Joana a paso lento por las escaleras hasta el sótano del hotel. En el primer sótano estaba el área de bienestar: sauna, baño de vapor, una piscina y la sala de fitness. Joana abrió una puerta con su tarjeta y entraron en una zona prohibida para los huéspedes donde estaban la lavandería del hotel, las salas de mantenimiento del edificio y algunos trasteros.

—¡Aquí dentro! —Joana abrió una puerta. La sala medía unos siete metros cuadrados y olía a suavizante. Toallas, sábanas, manteles, servilletas y rollos de papel higiénico se almacenaban en estantes que se extendían hasta el techo. Kilian reconoció la bolsa tubular Nike de su hermano. Estaba sobre un montón de fundas de almohada, como una larva de polilla congelada.

Joana se quedó en la puerta y vio a Kilian poner la bolsa en una mesa. Abrió la cremallera, se detuvo y la ojeó rápidamente. Ella bajó la mirada al suelo. Kilian cerró la cremallera.

—No te retendré por más tiempo —dijo, levanto la bolsa al hombro y pasó a su lado hasta llegar al pasillo. ¿Por qué no dice que quiere estar solo en este momento?, pensó ella cuando cerró la puerta. De vuelta a la recepción, le dio dos besos y desapareció, despidiéndose de Maite desde la puerta giratoria.

—Habéis estado perdidos mucho tiempo —Maite no pudo resistirse—. ¡Podrías haberte tomado más, puedo arreglármelas sola, como siempre!

Joana puso los ojos en blanco. —¡Maite, por favor! Estábamos en la lavandería para recoger la bolsa. ¿Cuándo llega el grupo de Toledo?

Maite no se distraía fácilmente y siguió bromeando. —Vaya, vaya. Que yo sepa, a los alemanes les gusta el sexo en esos lugares. Como aquel tenista rubio que engendró su hija en una lavandería y se dice que fue más rápido de lo que has necesitado tú para recoger esa bolsa.

—¡No digas tonterías! —contestó Joana haciendo un gesto con la mano. No pudo evitar sonreír.

Un grupo de viajeros de Birmingham que estaba esperando en el vestíbulo siguió a una mujer con dientes de caballo y un cartel de Thomson Travel hasta el autobús que esperaba enfrente de la entrada, iban a la Alhambra a pasar un día de excursión. Cuando la paz volvió al vestíbulo, Joana se puso a pintar la nariz a una foto del presidente del gobierno español en la primera página de un periódico. Maite le tiró de la manga. —Os resulta difícil separaros, ¿verdad? Ahora te pedirá tu e—mail o teléfono, ¿qué apostamos?

—¿Qué?

Kilian soltó bruscamente la bolsa de su hermano en el mostrador.

—¿Dijiste que la Guardia Civil examinó la bolsa?

Ella no sabía si su ira era hacia ella o hacia la Guardia Civil, y asintió con la cabeza. Kilian tiró de la cremallera. En seguida, Maite, sin tener ningún conocimiento de alemán, entendió que había un problema y se puso al lado de Joana con determinación.

—Bien... —dijo Kilian en voz baja. Un tono de sospecha yacía en su voz—. Puede ser que uno no conozca tan bien a su hermano como para pensar que pudiera suicidarse, pero hay una cosa que sé con seguridad. ¡Mi hermano no era creyente! Era ateo. Esa fue su manera de rebelarse contra nuestro padre, que nos arrastraba a la iglesia todos los domingos. Xavier no tenía nada que ver con la Iglesia Católica y de ninguna manera habría llevado consigo una Biblia en español. Pero esto... —sacó un libro negro grasiento de la bolsa y lo tiró sobre el mostrador—. Esto estaba aquí adentro.

—No entiendo... —Joana tomó el libro desgastado y lo hojeó. No quedaban muchas de esas Biblias, tenía que ser muy vieja. Las páginas manchadas, la áspera encuadernación bajo sus dedos, la esquina superior de la cubierta de cuero hecha jirones, como si un ratón de iglesia la hubiera roído—. Pero esto es... ¿y estaba en la bolsa? ¡No puede ser!

—Te lo estoy diciendo. Estaba encima del todo.

Joana colocó cuidadosamente la Biblia al lado del teléfono y la cerró con sumo cuidado, como si fuera una caja de la que podía salir una serpiente venenosa en cualquier momento. —Inmaculada Ramos Ortiz—. El nombre estaba escrito a lápiz en el interior de la portada del libro. Joana se puso una mano en la frente y miró a Maite como queriendo encontrar una explicación.

Maite cogió la Biblia de sus manos y la hojeó hasta la última página con su pulgar. En el dorso, la pintura brillaba a través del desmenuzable papel. Maite pasó la última página y encontró dos fotos pegadas en la contraportada del libro. Dudó en mostrárselas a su compañera. La primera era una imagen de la Virgen María orando. Pero cuando Joana descubrió la segunda foto, tuvo que apoyarse en el mostrador para no caerse. Todo empezó a girar. La foto mostraba un poni marrón con una joven sentada sobre él: Carmen.

---

## CAPÍTULO TRECE

---

Joana apretó el teléfono móvil en su puño como si fuera un boxeador en un ring. Se lo volvió a poner en la oreja, pero, por quinta vez, no obtuvo respuesta de su madre. Maite dio una vuelta con su silla y Kilian se inclinó con los brazos cruzados en la puerta principal sin perder de vista la Biblia que, en esos momentos, se encontraba sobre el escritorio. Cada uno se cuestionaba a sí mismo cómo había llegado hasta allí la Biblia de Inmaculada con la foto de Carmen. Pero mientras no localizaran a la madre de Joana, todos seguirían especulando y cuanto más lo pensaban, más extraño les parecía.

Finalmente, Joana marcó el número de la Guardia Civil para preguntar qué agente había examinado la bolsa. Le tuvieron en espera unos minutos, durante los cuales no paraba de mover los pies con rabia. Después le pusieron en contacto con Paco. Paco recordaba haber encontrado varios libros en el equipaje: una guía de viaje, dos novelas, pero no recordaba haber visto una Biblia. Sin embargo, la bolsa no había sido examinada muy meticulosamente, ya que no había ninguna sospecha de asesinato y no se pidieron pruebas. ¿Por qué quería saberlo?

Joana interrumpió la conversación, volvió a marcar el número de su madre y le dejó otro mensaje con un tono más desesperado a los anteriores, pidiéndole que se pusiera en contacto con ella urgentemente.

Discutieron varias hipótesis, pero ninguna de ellas tenía el menor sentido.

Xavier se había topado con Inmaculada en la calle. Se podría descartar que la madre de Joana le hubiera dado su Biblia en esa ocasión. Tal vez la madre había dejado el libro en el hotel y Xavier lo cogió sin tener ni idea de lo que estaba cogiendo. Esa fue idea de Maite, pero Joana dijo que su madre

solo llevaba la Biblia a la iglesia y que siempre la guardaba en casa en el cajón de la mesita de noche.

Sin embargo, la hipótesis más probable era que alguien que tenía acceso al área de la lavandería, habría depositado la Biblia en la bolsa después de haberla llevado allí por la mañana.

Pero no pudo haber sido Inmaculada. No había venido a trabajar en tres días, ¿y quién más si no...?

Joana estaba tratando en vano de comunicarse con su madre cuando Carlos entró a la oficina.

El director del Palace ni siquiera trató de ocultar su mal humor. No solo había un huésped en la oficina, sino que además la recepción estaba desatendida. Y esto solo porque las dos damas, obviamente, no tenían nada mejor que hacer que charlar.

—¿Qué está pasando aquí y por qué nadie está atendiendo la recepción? —les regañó—. ¿Y qué hace aquí el alemán? —Kilian cogió la bolsa de Xavier y salió de la oficina.

—Tenemos un problema —contestó Maite con delicadeza.

—Correcto, Maite, supongo que subestimé tu inteligencia. Sí, tenemos un problema: la recepción está desatendida. ¿Cuántas veces os he dicho...?

No llegó a decir nada más, porque Maite le mostró la Biblia y lo silenció como si fuera un vampiro.

—Han encontrado esto en el equipaje del alemán fallecido. Es la Biblia de Inmaculada. Estaba en la bolsa de la habitación precintada, ¡y no sabemos cómo pudo llegar ahí!

Carlos se detuvo un momento, pero luego agitó la cabeza como si quisiera deshacerse de unas molestas moscas. —Eso sí que es extraño, pero si queréis saberlo con seguridad, preguntadle a Inmaculada. No me importa en lo más mínimo, porque... Oye, ¿qué sucede?

Joana estaba tirando de la manga de la chaqueta de su jefe.

—Carlos, algo anda mal, estoy preocupada por mi madre. No logro contactarla. ¿Cuándo quitó el precinto la policía?

Carlos miró a sus recepcionistas y frunció el ceño como si se hubiera comido un limón. —¿Qué importa eso? El asunto está resuelto, no entiendo...

—¡Carlos, por favor! —Joana fue tras él—. ¿Cuándo fue?

—¿El precinto? Esta mañana a las nueve, pero... —se frotó la barbilla—. El precinto ya estaba forzado —recordó.

—¿Qué? —gritaron Joana y Maite simultáneamente.

—Sí, el plástico estaba rajado. Un agente se quedó sorprendido por este hecho. Entonces le expliqué que cerca de esa puerta habían pasado docenas de personas, como él debería de suponer. Alguien podría haber destruido el precinto con una llave, probablemente un lunático que también disfrutara rasgando coches, o un niño, ¿qué sé yo? En cualquier caso, todo en la 328 permanecía igual que antes de ser precintada. Para la Guardia Civil, el asunto está zanjado y lo mismo debería estar para vosotras, así que...

Maite y Joana cambiaron de expresión.

—¡Pero no es así! —Joana lo interrumpió y cogió la Biblia—. Este libro es sagrado para mi madre, pero estaba en la bolsa de viaje del muerto, y como mi madre no me devuelve las llamadas, me voy a buscarla ahora mismo.

Joana agarró su bolso, salió furiosa de la oficina y dejó a su jefe con la boca abierta.

Ella le hizo señas a Kilian para que la siguiera. —Vamos a su casa —decidió, sin dar lugar a discusión.

Mientras conducían por la ciudad, Joana apenas podía quedarse quieta por la tensión, movía constantemente su mano sin cesar frente al parabrisas, como queriendo indicar que debía conducir más rápido. A la altura de la estación de autobuses, Joana dio un golpe en el salpicadero. Kilian se detuvo en doble fila y Joana saltó del coche en cuanto paró el vehículo.

¿Y ahora qué?

Kilian esperó, dando golpecitos al volante con sus dedos. Nunca puedes llegar a conocer a nadie tan bien para que no te sorprenda. Esas eran las palabras que le dijo Joana en la plaza del ayuntamiento. ¿Había realmente algo que él no sabía? ¿Un secreto del que su hermano nunca le había hablado?

Xavier era cinco años más joven que él y tenía su propio círculo de amigos en Múnich que Kilian no conocía y de los que Xavier casi nunca hablaba. ¿Pudiera ser que Xavier hubiera confiado más en uno de sus amigos que en su propio hermano? ¿Sabían sus amigos alemanes que estaba muerto? Sin embargo, Kilian decidió que averiguaría más detalles a su regreso a casa. Le preguntaría a algunos de sus amigos o colegas del banco si habían notado algo extraño en Xavier últimamente.

Un golpe en la ventanilla le sobresaltó. Era Joana que bordeó el coche a prisa y se dejó caer en el asiento del copiloto.

—Algo debe haber pasado —dijo y se tocó el pelo con visible nerviosismo—. No está en casa. ¡Pero si está de baja por enfermedad!

—¿Pero, por qué debería haber pasado algo? —objetó Kilian.

Joana se puso a llorar. Él le puso tímidamente la mano sobre su espalda y esperó hasta que ella dejara de sollozar y se volviera hacia él.

—Lo sé —dijo ella con voz grave—. Tuve la misma sensación que tengo ahora cuando sucedió lo de mi hermana. Lo supe entonces y ahora siento lo mismo de nuevo. ¡Probablemente no la vuelva a ver!

Kilian se quedó pensando. Tenía que ayudar a Joana, ella había hecho lo mismo por él en los últimos tres días. De todos modos, podría olvidarse de Málaga por un tiempo. Trató de mantener la calma y pensar racionalmente.

—¿Estaba el móvil de tu madre en el apartamento?

—No, yo también pensé lo mismo, pero no encontré su bolso, ni su billetera y tampoco su móvil. Marqué su número, pero no lo oí sonar.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella por teléfono? —preguntó.

—Ayer por la tarde. Llamé a la clínica de Almuñécar y al hospital de Motril, pero no ha ingresado en ninguno de los dos. De lo contrario, lo tendrían registrado en la Seguridad Social, me lo aseguraron.

—¿Podría estar en otro lugar, tal vez en el supermercado?

Joana negó con la cabeza. —No tardaría más de quince minutos en comprar, pero no he podido localizarla desde esta mañana. —Joana miró el reloj—. Y ya han pasado cuatro horas. Normalmente siempre contesta el teléfono. ¡Siempre!

—Tal vez está en la casa de una amiga o en la iglesia, allí tienes que apagar el móvil, ¿verdad?

Joana se puso las manos en la cabeza, estaba confusa. —A menudo va a la iglesia, pero ella no se queda allí cuatro horas.

Kilian asintió. Se estaba quedando sin preguntas. —¿Dónde más podría estar? ¿Es miembro de algún club o asociación?

Joana agitó la cabeza, pero Kilian no se rindió. —¿Es la primera vez que te pasa? ¿Podría estar en algún lugar sin conexión, tal vez en el campo?

Joana no contestó. Miró a un punto fijo a través de la luna del coche. —¿Crees que la desaparición de mi madre tiene algo que ver con la muerte de Xavier?

Kilian tragó saliva. Aún no había pensado en eso. El hecho es que Inmaculada se había desmayado al enterarse de la muerte de Xavier, pero no podía evaluar si ese desmayo había sido causado por la noticia o por su estado de salud. Sin embargo, era consciente de lo mucho que le había afectado. Pero, ¿por qué iba a desaparecer Inmaculada por eso? Kilian se negó

a pensar en que podría existir alguna conexión entre ellos. Creía firmemente que la madre de Joana aparecería a más tardar en unas horas.

Pero... todavía quedaba el asunto de la Biblia encontrada en la bolsa de Xavier, una evidencia indiscutible de su conexión. Fuera lo que fuera, lo que había detrás de aquella extraña conexión entre Inmaculada y Xavier no era lo más importante. Lo único que importaba era encontrar a la madre de Joana.

Kilian intentó calmar a Joana. Le aseguró que Inmaculada volvería por la noche y trató de sonar convincente. Luego se le pasó por la cabeza otra pregunta: ¿podría tener algo que ver la desaparición de la madre de Joana con la de su hermana?

Kilian arrancó el coche sin saber adónde ir. Recorrieron Almuñécar sin rumbo, mientras Joana buscaba a su madre en las aceras. Ambos fueron conscientes del estado de desesperación en el que se encontraban. Su hermano había muerto durante unas vacaciones en Andalucía, y las autoridades, al no encontrar pruebas, afirmaron que se había suicidado. Además, ella tenía a su hermana menor desaparecida desde hace dos años y ahora su madre también parecía haber desaparecido. ¿Había alguna conexión? No quería pensar en ello, ni siquiera podía imaginarse que los hechos estuvieran relacionados.

Kilian agarró el volante con más fuerza, de nuevo estaba desesperado, como el día anterior, cuando se había atrincherado en la habitación del hotel. Por un lado, se sintió profundamente obligado a resolver el misterio de la muerte de su hermano y, por otro, ¿cómo podía él, Kilian Huber, un extranjero en un país cuyo idioma no dominaba, llevarlo a cabo? No era uno de esos inteligentes inspectores de la televisión que, incluso en los rincones más remotos del mundo, eran capaces de producir un dispositivo con un equipo de cuerdas viejas.

Él era mucho más banal. En Múnich, junto con su socio Philipp, dirigía una tienda de Internet en la que vendían artículos de toda clase a precios de ganga: Cámaras digitales, equipos deportivos, muebles de jardín y electrodomésticos. Adquirían sus bienes de la sobreproducción y liquidaciones de negocios o los importaban de Asia. Philipp lo había sacado de la ruina cuando él ya no sabía qué hacer. Incluso ahora, antes de su partida a España, había demostrado ser comprensivo y se había quedado a cargo de los negocios en su ausencia.

Kilian pensó que aparte de realizar extensas investigaciones en Internet, no se le ocurrían más maneras que le pudiesen ayudar a resolver aquello. Aunque a veces veía la serie “La escena del crimen” los domingos y también leía libros sobre crímenes, novelas policíacas, pero eso no lo convertía en el

típico investigador inteligente y astuto que siempre sabía qué hacer para hallar la resolución del caso. Tenía que resolver el misterio de la muerte de Xavier. Una tarea casi imposible, sobre todo si se tenía en cuenta que ni siquiera sabía en qué dirección debía girar en el siguiente cruce.

Optó por la izquierda y giró hacia la carretera que conducía al mar. Joana miraba por la ventana, esperando encontrar a su madre entre todos los peatones.

Para empeorar las cosas, Joana era la única persona con la que podía comunicarse en alemán.

Kilian estacionó en el paseo de la playa de San Cristóbal.

—¿Quieres volver a intentarlo? —le preguntó.

Joana apretó la cara contra la ventanilla del copiloto y movió la cabeza, su nariz chirriaba con el contacto del cristal.

—La he llamado más de diez veces. Habría respondido mis llamadas hace mucho tiempo —Aun así, presionó el botón de rellamada sin mirar y escuchó el tono de llamada hasta que saltó el contestador y colgó. Ya había dejado suficientes mensajes. Suspiró y buscó en su bolso una agenda no mucho más grande que una caja de cerillas, donde tenía anotados todos los números importantes. En el apartamento de Inmaculada ya se había puesto en contacto con dos amigas y los hospitales. Ahora quería saber si alguien había visto a su madre ese día. Llamó al banco, a la oficina de correos, al supermercado, a dos parientes lejanos y a la cafetería de la esquina donde a su madre le gustaba desayunar.

Mientras hacía sus llamadas, Kilian permanecía a su lado, aparentemente perdido en sus pensamientos, pero mirándola fijamente con las cejas levantadas, cada vez que terminaba una conversación.

Joana no se permitía distraerse. Puso su teléfono móvil en el salpicadero y continuó hojeando su pequeña agenda. Se detuvo cuando llegó al número de la Guardia Civil. Un clásico déjà vu. Pronto no tendría más remedio que presentar otra denuncia de desaparición ante Paco, como hacía dos años, cuando tuvo que comunicárselo por teléfono después de doce horas de búsqueda sin éxito. Todo empezaría de nuevo...

Cuando su móvil sonó con un tono estridente, Joana se sobresaltó y abrió los ojos con expectación. Solo después de unos momentos encontró el coraje de mirar la pantalla. No era la llamada esperada, solo Maite. Sin embargo, las manos de Joana temblaban como después de una descarga eléctrica, y ella intentó darle a la tecla correcta.

—¿Joana? Es mejor que vuelvas al hotel ahora mismo...

Maite no pudo decir nada más, porque la conexión se interrumpió abruptamente. Joana miró la pantalla apagada. La batería se había agotado. Arrojó el teléfono a la guantera.

—Vuelve al hotel, Kilian. ¡Tan pronto como sea posible!

---

## CAPÍTULO CATORCE

---

Joana entró de prisa por la puerta giratoria, se topó con un huésped del hotel y corrió hacia la recepción. —¿Qué pasa? —le gritó a Maite a mitad de camino del vestíbulo. Miró sorprendida a su amiga.

—¿Qué te pasa a ti? ¿Cuál es el problema? Carlos preguntó por ti tres veces. Está furioso porque te fuiste. Por eso quería advertirte, que es mejor que te quedes aquí o se volverá loco. ¿Le preguntaste a tu madre sobre la Biblia?

Joana lanzó sus brazos al aire. —Y por eso estoy... ¡Mierda! —maldijo tan fuerte que Carlos salió de la oficina.

—Dime, ¿qué demonios te pasa? No puedes simplemente...

—Mi madre ha desaparecido —respondió Joana.

—¿Qué estás diciendo? La vi esta mañana. Aun así, no puedes irte así sin más. ¿Qué crees que...?

—¿Viste a mi madre? ¿En el hotel? ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡He estado buscándola todo el día! ¿Cuándo fue eso exactamente? —Joana lo miraba como una drogadicta rogando a su camello un gramo.

Carlos se quedó pensativo. —Bueno, tal vez no fue hoy, sino ayer por la mañana —dijo brevemente. —¿Qué sé yo? ¡Ya aparecerá! Joana, ¿qué más te quería preguntar? ¿Este grupo de viaje danés hará la excursión a Gibraltar pasado mañana?

Joana se dio la vuelta, dejó a Carlos atrás y se fue al baño. Su jefe no tuvo ningún reparo en salir corriendo tras ella y agarrarla por la manga frente a una docena de huéspedes que andaban merodeando por el vestíbulo.

—Joana, no sé qué te pasa desde... —dijo Carlos mirando hacia Kilian—, desde que ese alemán apareció aquí. Es maravilloso que estés enamorada de

él, pero debo insistir en que vivas tus romances en tu tiempo libre. Tienes trabajo que hacer en este hotel y espero que...

Joana no escuchó. Nunca había sentido tal ira por el comportamiento de su jefe, pero la preocupación por su madre era mucho más dolorosa e importante, por lo que carecía de fuerzas para argumentar en contra de Carlos. Ella dejó terminar su sermón y luego regresó a su puesto de trabajo con la cabeza gacha, donde tuvo que quedarse hasta las diez de la noche, si quería conservar su trabajo. Pero en el estado emocional en el que se encontraba, aquello no significaba nada para ella.

Si Inmaculada no aparecía antes de las diez de la noche, Joana iría a la Guardia Civil y presentaría una denuncia. Hasta entonces tendría tiempo suficiente para llamar a todo el círculo de conocidos y parientes de su madre.

Cuando Carlos finalmente desapareció de su vista, Joana puso una tarjeta en la mano de Kilian, pero no le dio un formulario de registro.

—Esta es la habitación 512 de la quinta planta. Te quedas en este hotel, esto también es asunto tuyo, después de todo. Recógeme aquí a las diez. Entonces podremos seguir buscando a mi madre. Si aparece antes, te llamaré —dijo con decisión.

Maite silbó en bajo, cuando se dio cuenta de que Joana estaba metiendo a Kilian de extranjis en una habitación. —Cariño —le susurró a Joana—. Espero que sepas lo que estás haciendo. Cuando Carlos se entere de tu pequeña revolución...

—Entonces tendré que encontrar un trabajo peor con un jefe mejor —Joana terminó la frase y despidió a Kilian antes de que Carlos regresara.

---

Kilian insertó la tarjeta de acceso. Joana tenía razón. La Biblia en la bolsa de Xavier le obligaba a posponer su partida hasta que se aclararan algunas preguntas. Él mismo aprovecharía el tiempo para volver a considerarlo todo.

Fue al parking y sacó su equipaje del coche, por unos instantes dudó antes de coger el bolso de Xavier. En el ascensor, encendió su teléfono móvil, que no había activado desde que subió al avión en Múnich. Sonaron algunos mensajes de texto, WhatsApp y llamadas perdidas que él ignoró. Pero, finalmente, tuvo que llamar al consulado y decirles por qué no podría asistir a su cita.

Kilian quería buscar el número del consulado en el registro de llamadas, pero, sin quererlo, en su lugar abrió los mensajes ya leídos. Se lamentó al leer el primero, recibido hace más de una semana, y al que no había prestado atención en ese momento, porque le había parecido tan irrelevante como una postal: —Andalucía = Fantástico. Veinticinco grados. Sol, vino, tapas, cultura. Te lo contaré personalmente en casa. Nos vemos pronto. —Xavier había enviado el mensaje tres días antes de morir.

Kilian se quedó aturdido. Salió del ascensor. No estaba seguro de si su hermano se habría suicidado en un momento de cortocircuito de su cerebro, finalmente rechazó ese pensamiento. Simplemente no tenía que ver con ese mensaje. ¡Nada encajaba allí!

En la habitación para la que Joana le había dado la tarjeta de acceso, sacó una de sus píldoras del bolsillo y se la tragó con un sorbo de agua del grifo. En el baño se lavó la cara y miró su reflejo, que le devolvió la mirada con gran determinación. —¡Tú no lo hiciste, hermano! —pensó—. Y voy a averiguar lo que ha pasado aquí realmente, ¡cuenta con ello!

Un cuarto de hora más tarde se sentó en su escritorio y tomó un lápiz y el bloc de notas con las iniciales del hotel. Arrancó cuatro hojas de papel y en cada una puso los títulos: “suicidio”, “asesinato”, “accidente” y “muerte natural”. Luego se dispuso a llenar las respectivas hojas con toda la información que tenía, por poca que fuera. En el trozo de papel titulado “Suicidio” señaló: Razón desconocida. Pero, ¿siempre se necesitaba un motivo? ¿Y qué le había pasado a él años atrás?

Kilian agitó la cabeza y decidió no perderse más en la tristeza de sus propios recuerdos. Pintó un gran signo afirmativo en la nota de suicidio que señalaba debajo; psique estable, sin depresión y con un carácter alegre. Luego se rascó la barba de tres días y escribió: Te lo contaré personalmente en casa. Nos vemos pronto. Detrás de esto colocó cinco signos de exclamación y añadió: nota de suicidio no encontrada y ninguna caja vacía de pastillas. Aliviado, dejó la hoja a un lado. No importa lo que pensaran los investigadores, él mismo descartó definitivamente el suicidio.

Luego, durante un rato miró fijamente la hoja de papel titulada, muerte natural. Señaló: No hay conclusión del examen forense, atlético, deportista, joven, no fumador y muy saludable. También puso a un lado esta hoja. Después pintó unos círculos ondulados en la nota con la palabra, accidente, porque no podía pensar en nada en absoluto. Xavier estaba acostado tranquilamente en su cama cuando lo encontraron. Asimismo, había celebridades que habían muerto

involuntariamente por el uso incontrolado de antidepresivos, analgésicos o pastillas para dormir, pero, ¿su hermano, Xavier Huber de Baviera? ¡Nunca! Xavier no era alguien que consumiese drogas sin razón como palomitas de maíz en las películas del cine. Así que Kilian anotó: cajas de medicinas no encontradas y sin adicción a drogas. Y también guardó esta hoja.

La única opción que quedaba era el asesinato. Kilian marcó la palabra con un círculo y escribió debajo en mayúsculas: ¿QUIÉN? A su lado, dibujó una flecha y puso: ¿Enemigos? Como no le vino a la mente nadie, agregó un ¿POR QUÉ? y un ¿CÓMO? y miró el pedazo de papel como si las letras estuvieran formando una respuesta milagrosa.

Kilian cerró los ojos, pero las preguntas continuaron apareciendo con los ojos cerrados, especialmente una: ¿QUIÉN? Tendría que concentrarse en esa cuestión. La respuesta explicaría el resto. Una idea clara tomó forma en él: era muy capaz de investigar por sí solo y no depender de la Guardia Civil. Una posibilidad que no se había planteado hasta ahora con la conmoción que le causó el hallazgo de la Biblia.

En esos momentos pensó en registrar a fondo todo el equipaje de Xavier, sobre todo, su teléfono móvil, su cámara digital y su cartera. No sabía hasta qué punto exactamente la Guardia Civil había examinado estos objetos, pero tal vez las llamadas telefónicas, las fotos y los recibos de las tarjetas de crédito podrían dar más información sobre cómo Xavier había pasado sus últimos días, y tal vez, incluso, encontrara una pista para la pregunta más importante.

Kilian se arrodilló junto a la bolsa de Xavier y abrió la cremallera con las manos mojadas. Primero puso la ropa de su hermano a un lado. Los bolsillos de un par de vaqueros contenían unas monedas y una entrada a la Alhambra de Granada. También encontró un neceser, gafas de sol, dos novelas, un diccionario alemán—español y un mapa de Andalucía. El resto eran una confirmación de vuelo, la billetera, la cámara digital, una guía de viajes y el teléfono móvil. Kilian tomó una libreta y un bolígrafo e ignoró el gruñido de su estómago vacío. No quería perder tiempo y se dispuso a reconstruir el viaje de su hermano por Andalucía.

Primero, lo intentó con el teléfono de Xavier, pero se le acabó la batería. Kilian rebuscó entre la ropa y encontró un cargador, que no era válido para ese móvil, era el de la cámara digital. Revisó todo de nuevo, incluyendo los bolsillos laterales y el neceser, pero no aparecía ningún cargador. ¿Qué significaba eso? ¿Su hermano lo había olvidado o lo había perdido en alguna

parte? ¿O alguien, tal vez incluso su asesino...? Él anotó: ¿Por qué falta el cargador del teléfono móvil?

Luego, se volvió hacia la cartera de Xavier. Contenía exactamente cuatrocientos veintiocho euros y setenta centavos. —Cualquier experto descartaría el asesinato por robo solo por esta razón—, pensó y anotó la cantidad en su libreta. Cuando sacó los recibos de su billetera, descubrió que Xavier había pagado sus pernoctaciones y muchas facturas de restaurantes con tarjeta de crédito en lugar de efectivo. Las hojas de reserva de los hoteles contenían todos los datos relevantes, y los recibos de los restaurantes, a veces incluso, desglosaban las comidas además de la fecha y la hora. Por lo tanto, la reconstrucción del último viaje de Xavier no debería ser particularmente difícil. Kilian se puso a trabajar.

Xavier llegó al aeropuerto de Málaga a las diecisiete y veinticinco del nueve de abril según la confirmación de reserva de Air Berlín. Allí había alquilado un coche, como probaba el recibo de la fianza. Kilian se detuvo y golpeó su frente con la mano. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? ¡Un coche de alquiler...! Las vacaciones de Xavier normalmente habrían terminado el veintitrés de abril, dos días antes de ese día. Deberían haber devuelto el coche hace dos días. ¿Alguien se había ocupado de ello y, de ser así, la Guardia Civil también había examinado meticulosamente el coche?

Durante su visita con Joana a la comisaría no se habló de ello. Kilian volvió a registrar las cosas de Xavier y encontró la llave del coche en el forro del bolsillo lateral de una chaqueta vaquera. En la llave había un colgante de plástico que indicaba el número de matrícula. ¿Podría ser que la Guardia Civil, que supuestamente había examinado todo tan concienzudamente, no se hubiera percatado de este dato? No se lo podía imaginar. Por otra parte, la mayoría de los huéspedes extranjeros de los hoteles de esta categoría eran viajeros con paquetes vacacionales y eran trasladados en autobús. Xavier había salido por su cuenta, ¿no lo sabían?

Kilian apretó los puños. Se estaba enfadando cada vez más, porque cada vez era más evidente que la muerte de su único hermano probablemente había sido investigada de manera superficial. Habían determinado la solución más fácil para todos los involucrados, el suicidio. Por supuesto, las autoridades se habían aprovechado de esto y pudieron cerrar el caso sin más esfuerzo para que la oficina local de turismo no tuviera que preocuparse por posibles artículos de prensa espeluznantes: ¡Misterioso asesinato en un paraíso vacacional!

Presionó el botón de la llave del coche e hizo que se abriera la hoja de bloqueo. En su opinión, coincidía con un Volkswagen o un Audi. Miró fijamente la llave durante un rato. Le pareció una triste, pero muy tangible señal de que la muerte de Xavier había dejado a los agentes completamente fríos: se podría descartar que la Guardia Civil encontrara la llave, examinara el coche y, posteriormente, la volviera a meter en el agujero del forro de la chaqueta.

Kilian se levantó y se guardó la llave en el puño. Este hallazgo lo motivó más para tratar de resolver el misterio. Era consciente de que nadie más resolvería el caso si no era él.

Salió de la habitación, cerró de golpe la puerta tras él y tomó el ascensor hasta el primer sótano donde se encontraba una de las dos plantas de aparcamientos.

Entró a través de una puerta cortafuegos blanca, el parking estaba completamente a oscuras. Al lado de la puerta había un interruptor de luz con un brillo rojizo. Kilian lo apretó y las luces comenzaron a parpadear tímidamente como si tuvieran algo que ocultar, hasta que se encendieron completamente.

Calculó unos cuarenta coches aparcados allí. Kilian caminaba por las filas presionando continuamente el mando a distancia del cierre centralizado con la esperanza de que algunas luces parpadeantes se encendieran en alguna parte. Pero, obviamente, el coche de Xavier no estaba estacionado en este nivel.

A través de una rampa accedió a la planta inferior del aparcamiento. En ese momento solo había una docena de coches aparcados, se apagaron las luces y volvió la oscuridad.

—¡Maldito temporizador! —maldijo en silencio y levantó la cabeza. Ni siquiera había luces de emergencia que le mostraran el camino.

Presionó la llave y un coche se abrió. La iluminación interior del vehículo se encendió automáticamente, mostrándole el camino. Con cuidado y a tientas se dirigió al coche, mientras la hilera de fluorescentes se encendió de nuevo. Los pasos resonaban en la cubierta superior del aparcamiento. Kilian se detuvo y escuchó. Alguien, probablemente, un hombre, a juzgar por las enormes zancadas, tenía prisa. Poco después, un motor arrancó y un coche salió del garaje del hotel. Kilian se sorprendió a sí mismo exhalando aliviado. No es que tuviera miedo, pero, poco a poco, sintió que ese hotel era un lugar poco acogedor.

Era un VW Polo azul antracita el que había acompañado a su hermano en

su viaje por Andalucía. El coche parecía tan bueno como nuevo, pero estaba tan lleno de polvo que parecía haber atravesado el desierto. Kilian abrió el maletero. Vacío. Bajo la cubierta inferior encontró el neumático de repuesto, una bolsa de herramientas y un triángulo de seguridad, pero nada inusual. ¿O lo era? Con cuidado Kilian bajó la cubierta, se apoyó en el asiento trasero y se inclinó hacia adelante dentro del coche. Cerró los ojos y bloqueó todos sus sentidos excepto el olfato. Luego respiró hondo y reconoció vagamente un olor que le hizo darse cuenta de que algo no marchaba bien.

Con un impulso se enderezó y se golpeó la cabeza contra el borde del maletero. Puso su mano sobre el cráneo y esperó hasta que el terrible dolor se hiciera más soportable. Se sentó al volante, maldiciendo. Quiso dejar para el final el lugar que más le interesaba. Esta era una extraña manía que venía repitiendo desde que tenía memoria.

Así que primero revisó la guantera, donde solo encontró los papeles de alquiler del coche. En el compartimento lateral de la puerta del conductor había una lata de Red Bull aplastada, el envoltorio de una tableta de chocolate, un paquete de pañuelos y unos cuantos trozos de papel, que parecían ser tickets de parking. En el compartimento central había algunas monedas y un paquete de chicles que contenía solo uno. Kilian miró debajo de los asientos y luego se inclinó hacia atrás en la parte trasera del coche, pero no observó nada inusual.

Salió, bordeó el coche y abrió el lado del copiloto. ¡Bingo! Podía confiar en su olfato. Metió la mano en el compartimento lateral de la puerta, con las yemas de los dedos tocó ligeramente una cajetilla de cigarrillos, pero inmediatamente retiró la mano. Huellas dactilares, pruebas. En la televisión, el policía se ponía los guantes de plástico con una sonrisa antes de examinar el objeto sospechoso...

¡Clack!

Una vez más el temporizador de la luz había decidido que se había consumido suficiente energía y las luces del techo se apagaron, dejando el garaje sumido otra vez en la oscuridad. Kilian se hundió en el asiento del copiloto. Dudó antes de mirar hacia donde sospechaba que estaba el origen del olor, en el cenicero. Ese olor que había percibido desde que abrió el maletero y ahora lo tenía en sus narices, le daba náuseas.

A tabaco.

Contó cuatro colillas de cigarrillos, todas ellas procedentes de la caja vacía de Marlboro que encontró en el compartimento lateral del copiloto.

Kilian se inclinó hacia atrás y pensó que, al igual que él, Xavier era un no fumador radical, por lo que se le ocurrieron tres opciones. En primer lugar, Xavier podría haber empezado a fumar por gusto en esas vacaciones a los veintinueve años. ¡Tonterías! Opción número dos, la agencia de alquiler de coches había descuidado la limpieza y le habían entregado el coche en esas condiciones. Eso también podría ser descartado, lo que inevitablemente le llevó a la opción número tres, Xavier no había estado solo en el coche y el acompañante había fumado por lo menos cuatro cigarrillos. ¿Pero quién iría sentado en el asiento del copiloto? Xavier vino solo a Andalucía y no había conocido a nadie aquí. ¿Tal vez recogió a algún autoestopista? ¿Había recogido a su asesino en la calle, como sucedía a menudo en algunas películas de serie B?

¿Pero luego qué? Si la tesis del asesinato era cierta, ¿por qué Xavier yacía en paz en la habitación de hotel, según la Guardia Civil? ¿Dejó Xavier entrar a su asesino en la habitación porque lo conocía? ¿O quizás había sido una mujer a la que había recogido en alguna parte? ¿Pero cómo pudo él o ella haber hecho eso?

Kilian agitó la cabeza. Todos los que habían visto a Xavier decían que estaba solo. Inmaculada, al preguntarle el camino al hotel, Joana y Maite al registrarse y Antonio, el camarero de la cafetería, siempre le habían visto sin compañía.

Estaba empezando a sentirse mal por todo lo que pensaba, quería salir del coche en el que su hermano había estado sentado hace tan solo unos días, junto a un acompañante fumador del que, hasta ahora, no existía rastro. Pero, aunque este ominoso compañero no tuviera nada que ver con la muerte de Xavier, al menos tendría que ser localizado e interrogado por la Guardia Civil. Él mismo tendría que informar urgentemente a los agentes de lo que acababa de descubrir. Estaba seguro de que esto serviría para que prestaran de nuevo atención al caso de Xavier Huber. Pero para eso necesitaba a Joana...

¡Ojalá su madre apareciera! Sacó el paquete de pañuelos del compartimento de la puerta del conductor y extrajo unos cuantos. Luego envolvió el paquete vacío de cigarrillos en él y tuvo cuidado de no tocarlo con los dedos. Después tiró con cuidado del cenicero, pudo sacarlo fácilmente de la consola y volcar el contenido en la bolsa de plástico hasta vaciarlo. Además de las cuatro colillas de cigarrillos había cuatro chicles que cayeron al plástico rebozados en ceniza. Finalmente, lo selló todo con la tira adhesiva del envase y sintió una euforia cada vez mayor. ¡Había muchas posibilidades

de que estuviera cogiendo el ADN del asesino en ese preciso instante!

---

## CAPÍTULO QUINCE

---

**A** Joana le salía sangre de la punta del dedo meñique que se había estado mordiendo las últimas horas. No sabía qué más hacer; el personal del hotel, los pocos amigos de Inmaculada y los últimos parientes lejanos, nadie había visto a su madre en las últimas veinticuatro horas.

Miraba al reloj continuamente. Cada quince minutos había intentado dar con Inmaculada en vano. Y con cada llamada sin éxito, crecía su pánico hasta hacerse insoportable. Eran las nueve de la noche y todavía tenía que trabajar otra interminable hora más. Carlos ya se había ido y Maite se las arreglaría sola, como le aseguró.

Finalmente, Joana llamó a Kilian y le pidió que la recogiera.

Al salir del ascensor hacia el vestíbulo, él buscó su mirada, pero ella agitó la cabeza.

—¿No hay señales de ella?

—No, nada. Tenemos que ir a la Guardia Civil, pero me gustaría volver a su apartamento primero. Tal vez ahora este en casa frente al televisor y el teléfono no funciona.

Cinco minutos más tarde, Kilian le explicó en el coche lo que había encontrado en la chaqueta de su hermano y más tarde en el aparcamiento.

—Eso solo puede significar que alguien estaba con él —dijo—. ¡Xavier no fumaba! ¿Qué te parece?

—No sé, ahora mismo estoy preocupada por algo más que una colilla de cigarro en un coche de alquiler. Todo se vuelve cada vez más misterioso. La muerte de tu hermano, la Biblia en la bolsa, la desaparición de mamá... Ayer su comportamiento parecía demasiado sensible y yo le eché la culpa a su estado de salud, pero hoy lo veo de otra manera.

—¿Cómo? —Kilian quería saber más.

—Bueno, todavía espero que mi madre aparezca en las próximas horas, pero si no, esto debe de tener algo que ver con tu hermano.

El apartamento de Inmaculada estaba oscuro cuando Joana y Kilian entraron. Joana revisó todas las habitaciones, pero su madre no se encontraba allí. Finalmente, Joana se sentó en el sofá de la sala de estar y escondió la cara entre sus manos. Kilian se sentó a su lado y le puso un brazo sobre los hombros. Ella hizo un leve movimiento con su espalda, al parecer no quería consuelo, quería encontrar a su madre.

Kilian cruzó las manos por detrás de su cabeza y miró fijamente al techo sobre el que se reflejaban las luces de la ciudad. ¿Dónde estaba la conexión? Si esta trivial conversación entre Xavier e Inmaculada hubiera sido de hecho el detonante para... Sí, ¿para qué...? ¿Para la muerte de Xavier y la desaparición de Inmaculada? Se necesitaba tener mucha imaginación para suponer eso. En cualquier caso, él mismo, creía más en seguir el rastro de las colillas de cigarros y en pensar que la madre de Joana simplemente había estado fuera durante todo el día. Tal vez había hecho, por una vez en su vida, algo de lo que no quería que se enterara Joana. Una excursión con una amiga, por ejemplo. Y el hecho de que no hubiera vuelto todavía no significaba nada, ¡porque para los estándares españoles no era tan tarde!

En el pasado, cuando no había tanta influencia y control con los teléfonos móviles, la gente no hablaba con sus allegados tres veces al día, y no se preocupaban hasta la muerte, si alguien no estaba disponible durante unas horas. Sin embargo, entendía la preocupación de Joana.

—Sería mejor que fuéramos a la Guardia Civil —dijo y se levantó.

—¿Para qué? ¡Tampoco encontraron a mi hermana! —sonaba sarcástica.

Kilian ignoró la objeción y se puso de pie. Antes de salir del edificio, llamaron a una docena de puertas e interrogaron a los vecinos. Joana conocía a la mayoría de ellos y todos conocían a su madre, pero nadie la había visto ese día. Todos estaban preocupados, pero le aseguraron a Joana que a Inmaculada no le había pasado nada. El interrogatorio duró más de una hora y no sacaron ninguna conclusión.

Poco antes de las once de la noche se estacionaron frente al Cuartel de la Guardia Civil para denunciar oficialmente la desaparición de Inmaculada Ramos Ortiz.

Un hombre de cincuenta y tantos años de pelo ralo le dijo que Paco ya no estaba de servicio. Joana pidió hablar con el superior de la Guardia Civil,

pero el guardia la miró como si estuviera pidiendo una audiencia con el rey.

—Tampoco está presente —dijo el guardia y reprimió un bostezo—. ¿Hay algo más que pueda hacer, señorita?

Joana apretó los dientes. Conocía a casi todo el mundo allí, excepto a aquel vago. Ella dudó un momento antes de replicar.

—Mi madre ha desaparecido —dijo finalmente, ahora ya es oficial.

El policía asintió lenta y comprensivamente, como si lo supiera desde hace mucho tiempo. Se rascó las sienes, tomó el teléfono y marcó un número que primero tuvo que buscar en una carpeta negra. Mientras esperaba una respuesta, pintaba círculos en un periódico deportivo.

Colgó el teléfono con expresión de alguien que está haciendo un negocio importante. Tuvo que lidiar solo con esta situación, que parece ser la primera. Poco a poco dejó que su mirada vagara entre Kilian y Joana.

—¿Cuánto hace que desapareció su madre?

—¡Desde esta mañana! —cuando el agente miró el reloj, Joana notó inmediatamente que se había equivocado al decir eso.

—Desde esta mañana, solo... Bueno, entonces estoy seguro de que pronto volverá.

—En realidad, es desde anoche —corrigió Joana—. ¡Y nadie la ha visto desde entonces! La hemos estado buscando todo el día y hemos estado preguntando en todos los lugares donde suele quedarse. También hemos preguntado sin éxito a algunos conocidos sobre su paradero. Ha desaparecido, ¡deben encontrar a mi madre!

El oficial se quedó pensando un rato y luego agitó la cabeza.

—Nos ocuparemos de ello, pero por el momento no podemos hacer nada, así que, por favor, vuelva mañana; si su madre no ha aparecido para entonces, quiero decir. Habrá más agentes de servicio.

Joana resopló, se inclinó sobre el mostrador de recepción y se agarró al borde hasta que sus talones se elevaron del suelo.

—Quiero denunciar la desaparición de mi madre, ¡ahora mismo! ¿Entiende eso?

El agente tragó saliva, pero Joana no había terminado. —Mi madre desapareció, igual que mi hermana Carmen hace dos años, ¡y aún no ha aparecido! Así que no me trate como a una niña que perdió su muñeca. ¡Quiero que empiece la búsqueda aquí y ahora!

La frente del agente comenzó a sudar. —¿Su hermana también...? —preguntó intimidado.

—Sí. Mi hermana desapareció hace dos años, y todos aquí lo saben —le gritó.

—Me trasladaron aquí recientemente, por eso...

—Está bien —asintió Joana— no tenía por qué saberlo. ¿Y bien?

—Me temo que por ahora no puedo ayudarle. La regla es que veinticuatro...

Joana golpeó el mostrador con el puño, haciendo que el agente se retirara. —Entonces llama a Paco. ¡Quiero hablar con Paco!

—No estoy autorizado a llamar a compañeros fuera de servicio, lo siento mucho —contestó con calma.

—Tiene razón en eso —susurró Joana—. ¡Lo va a sentir mucho! —Ella se dio la vuelta, agarró a Kilian por la manga y lo arrastró tras ella por la puerta de salida.

El agente se desentendió de ellos y se volvió a leer el periódico. Joana dio tal portazo que todos se asustaron. Como miembro de la Guardia Civil, tenía que obedecer las órdenes. Solo porque no habían localizado a una anciana por teléfono durante unas horas, no era motivo suficiente para activar todo un dispositivo, especialmente, con solo cuatro hombres de guardia. La vieja volvería a aparecer, pensó y se dedicó a analizar el partido de fútbol del día anterior.

---

Kilian estaba sentado en el coche junto a Joana. Todavía le daba vueltas a los sospechosos hallazgos del vehículo de alquiler de Xavier.

—¿Y ahora qué?

Se había imaginado que la visita a la Guardia Civil sería totalmente diferente, y Joana también, quien, al parecer, estaba gritando en voz alta en español expresiones para las que él suponía que no había traducción. Después de un puñetazo en el salpicadero, que hizo que se abriera la guantera, se calmó un poco.

A esto se referirían cuando alguien hablaba de mujeres sureñas enérgicas.

Sin embargo, incluso sin tener conocimientos de español, le quedó claro que el agente no había podido o no había querido ayudarles. No obstante, seguía pensando que el hallazgo en el coche de Xavier era demasiado importante como para no llegar al fondo de la pista. La Guardia Civil tenía

que saberlo.

Se volvió vacilante hacia Joana. —Tú misma dijiste que mi hermano podría tener algo que ver con la desaparición de tu madre. No sabemos por qué, pero... —sacó la bolsa de plástico con el dudoso contenido frente a su nariz—. Esto podría ser importante, porque significa que mi hermano conoció a alguien en España. Alguien a quien llevó en su coche y fumó en él. Mi hermano no fumaba. Tal vez esta persona tiene algo que ver con la muerte de Xavier y, si hay una conexión, con la desaparición de tu madre, ¿sabes?

Joana lo miró asombrada.

Un sentimiento de culpa recorrió todo su cuerpo, pero, en realidad, él no era culpable de esa tragedia. En su vida, Kilian rara vez se había sentido culpable. Solo en una ocasión su culpa había sido tan grande que fue perseguido por la ley, lo que significó una ruptura con su vida anterior. Pero esa deuda ya estaba saldada. Y le había salido muy cara.

Joana le quitó la bolsa de plástico de las manos.

—Vamos. Pero con ese tipo ahí, solo estamos perdiendo el tiempo —dijo y abrió la puerta del copiloto.

Kilian la siguió hasta dentro del edificio. El agente tembló al verles aparecer de nuevo y guardó el periódico bajo el escritorio. Luego hizo además de haber sido interrumpido de sus profundas reflexiones sobre dónde buscar a la mujer desaparecida.

Kilian depositó la bolsa de plástico sobre el escritorio y extrajo el paquete de tabaco de la servilleta. El guardia miró sospechosamente aquella porquería. Joana, que había traducido las preguntas y observaciones de Kilian, se tomó cinco minutos en explicarle al hombre que aquellos residuos eran pruebas importantes que debían entregarse inmediatamente al Guardia Civil responsable, preferiblemente a Paco Medina. El caso de Xavier Huber también podría estar relacionado con la desaparición de su madre, dijo, para subrayar la urgencia del asunto. El monólogo de Joana fue interrumpido solo por un “sí” ocasional, por lo demás el agente no tuvo más preguntas ni objeciones.

Cuando la pesada pareja dejó el Cuartel de la Guardia Civil, el agente suspiró profundamente. Los días de entresemana en temporada baja, a una hora avanzada, no solían ser tan estresantes. Agarró el paquete de cigarrillos, verificó que estaba vacío, tomó la bolsa de plástico azul de pañuelos con las cenizas y colillas de cigarrillos y se balanceó en su silla giratoria. Ya había oído hablar del turista muerto en el hotel, pero no era su trabajo pensar en

ello.

Presionó su espalda, bostezó y se arrastró por el pasillo hasta la oficina de Paco. Allí colocó las colillas y la caja sobre el escritorio, en un lugar claramente visible para que su colega pudiera encontrarlos y examinarlos a la mañana siguiente. Buscaba un Post—it para poner una etiqueta que dijera: “Prueba cigarrillos de turista muerto”, cuando el teléfono sonó por el pasillo, haciéndole volver a su puesto. Un accidente de tráfico en la carretera nacional N—340. Ese día no se libraba de nada. Puso todo en marcha según lo prescrito, coordinó los grupos de trabajo y para cuando terminó su turno, había olvidado ya el tema de las colillas de cigarrillos.

A primera hora de la mañana, cuando Pepa, la mujer de la limpieza, estaba haciendo su trabajo, las colillas volvieron a tener protagonismo. A Pepa le pareció muy divertido que Paco se saltara la prohibición de fumar en los edificios públicos y que también utilizara una bolsa de plástico como cenicero. Le gustaban los agentes que no siempre se atenían estrictamente a sus propias reglas y leyes. Eso les hace más humanos, se dijo a sí misma cuando revisó la cajetilla de cigarrillos para ver si estaba realmente vacía. Luego tiró la caja y la bolsa con las colillas a su cubo de basura con ruedas y limpió el escritorio de Paco.

---

## CAPÍTULO DIECISÉIS

---

**K**ilian conducía sin rumbo por las calles de Almuñécar, mientras que Joana buscaba entre las pocas personas que transitaban por las aceras esa noche.

Sabía lo inútil que era, como si su madre estuviera deambulando por las calles en medio de la noche, pero tenía que hacer algo, aunque aquello prometía poco éxito. Dormir o descansar era imposible de todos modos.

Cuando pasaron cerca de una parada de taxis, Kilian frenó y se volvió hacia ella. —¿Cómo va tu madre a trabajar? ¿Tiene coche?

Joana agitó la cabeza. En Andalucía, pocas mujeres mayores de cincuenta años tenían permiso de conducir. —No, ella va en autobús.

Kilian se frotó la barbilla.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber ella.

—Estaba pensando en la parada de taxis que hay frente a la casa de tu madre. Si no tiene coche, tal vez podría...

Joana rechazó esa hipótesis. —No conoces a mi madre. En el pueblo solo camina y para llegar a Motril o La Herradura, coge el autobús. Nunca ha volado y los taxis son demasiado caros para ella.

Kilian cambió de marcha. —Bien, pero los taxistas están parados enfrente de la puerta de tu madre todo el día. ¡Alguien podría haberla visto, y eso es exactamente lo que les vamos a preguntar ahora!

La parada de taxis estaba ocupada por tres coches. Dos conductores estaban leyendo el periódico y el tercero limpiando su parabrisas con un paño.

Joana no conocía a ninguno de los hombres. Kilian se quedó sentado en el coche y ella decidió probar suerte con el conductor que estaba limpiando. Sin interrumpir su trabajo, señaló el primer coche de la fila, pero Joana le hizo

entender que ella no necesitaba un taxi, sino información. Ella le describió a su madre, pero él no recordaba a ninguna mujer vestida de luto, al menos no como pasajera. Los otros dos conductores dijeron lo mismo. Joana cruzó la carretera, donde Kilian la esperaba aparcado en doble fila.

Justo cuando se estaba subiendo al coche, un cuarto taxi regresó a la parada, Joana conocía al conductor. Era Oscar, su compañero de instituto de hace unos años. Antes de que el coche se detuviera, Joana corrió hacia él y se acercó a la puerta del conductor haciéndole gestos con la mano. Oscar le sonrió, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche.

—¡Hola, Joana! —le dio dos besos—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Joana no quería charlar y fue directa al grano. —Por casualidad hoy no habrás visto a mi madre, ¿verdad? —señaló el portal de entrada del edificio Huerta del Barco.

—Sí, lo hice.

—¿Qué? —Ella agarró su manga—. ¿Cuándo y dónde? —le imploró.

Oscar se sorprendió. —¿Qué pasa, Joana?

Ella le volvió a coger del brazo. —Oscar, por favor, mi madre desapareció ayer. ¿Dónde la viste y cuándo fue exactamente?

Él se rascó el cuello. —Eso fue hoy... anoche para ser precisos.

—¿Anoche? —Joana contestó gritando.

—Sí —Oscar miró su reloj—. Sobre las tres de la mañana. También me pareció extraño que tu madre quisiera ir hasta el Palace tan tarde.

Joana no sabía si debía sentirse aliviada o si esta información reforzaba aún más sus preocupaciones. —Por favor, otra vez, ¿llevaste a mi madre al Hotel Palace anoche a las tres de la madrugada?

—Te lo estoy diciendo. Al principio pensé que iba a trabajar, pero justo eso era lo extraño. Cuando le pregunté, me lo negó con la cabeza.

Joana miró hacia el cielo estrellado que comenzó a dar vueltas sobre ella, se apoyó en el taxi y cerró los ojos. Las estrellas se nublaron y se convirtieron en preguntas que pasaban por su mente como meteoritos. —¿Y realmente se bajó en el hotel?

Oscar asintió. —Sí. Lo único extraño fue que no quiso que la llevara a la entrada principal, sino que se bajó en una de las entradas laterales.

Joana agitó la cabeza aturdida. —¿Notaste algo más?

Oscar negó con la cabeza. —Lo siento, Joana, pero eso es todo.

—¡Vamos al Hotel!, ordenó poco después a Kilian, mientras cerraba la puerta del copiloto, le contó muy brevemente lo que acababa de averiguar.

Que su madre hubiera cogido un taxi era bastante inusual, pero ¿por qué iría al trabajo a mitad de la noche, cinco horas antes de lo normal? Además, ¿por qué no usó la entrada principal como siempre? Ese era el camino más corto para ello. El hotel disponía de varias entradas laterales para el personal, proveedores, aparcamiento subterráneo y una entrada directa al área de wellness y fitness, pero si Inmaculada hubiera escogido una de esas entradas, habría tenido que caminar hasta cruzar la mitad del hotel para llegar al trabajo.

Joana lo consideró un rato. Su madre le había dicho a Oscar que no iba a trabajar. Pero, ¿a dónde entonces? ¿Sufría de confusión repentina como aquellos que se escapaban de la residencia de ancianos y no recordaban nada después? ¡Imposible! Su madre aún estaba en sus cabales y la demencia no se desarrollaba de la noche a la mañana. Sin embargo, le daba vueltas y vueltas a lo mismo y todos sus pensamientos volvían al mismo punto: su madre tenía que estar en el hotel, aunque supuestamente nadie se había fijado en ella. Joana no se atrevía a pensar en lo que podría haberle pasado.

Corrió por el vestíbulo vacío hacia el mostrador. Asustado por el eco de sus pasos, Miguel, el conserje nocturno, salió de la oficina de detrás de la recepción.

—¿Viste a mi madre anoche durante tu servicio? —le preguntó de inmediato.

Miguel la miró con asombro. —Um, no. Nunca he visto a tu madre aquí en mi turno de noche. Trabaja durante el día.

Joana resopló. —Sé muy bien que mi madre limpia las habitaciones durante el día y no por la noche, cuando los huéspedes duermen, ¡pero la trajeron ayer a las tres de la mañana en un taxi! ¡Deberías haberla visto!

Miguel tragó saliva. —¡Yo... no! No la vi anoche. ¡Por supuesto que no!

Joana se marchó y entró en la oficina. Se dio cuenta de que su compañero podía sentirse más cómodo durante el turno de noche que ella y Maite durante el día: el bodegón en el escritorio consistía en un bocadillo mordido, una lata de cerveza y una revista pornográfica abierta. Un llorón cantando flamenco a duras penas, sonaba en la radio, como si la frecuencia no hubiera sido sintonizada correctamente.

Joana abrió la caja de las llaves y cogió algunas de las habitaciones a las que no podía entrar con su tarjeta de acceso.

Miguel estaba paralizado en la entrada. Se sentía atrapado.

No es que Joana fuera su jefa, pero había estado trabajando en la recepción mucho más tiempo que él. También era la confidente del gerente del

hotel. Sin embargo, sabía que ni siquiera a ella se le permitía irrumpir allí, fuera de su turno y obtener un acceso no autorizado a áreas donde no tenía nada que hacer a esa hora de la noche. Después de todo, él era responsable de todo como portero nocturno entre las diez de la noche y las ocho de la mañana.

Joana le dijo que su madre había desaparecido y que tenía que estar en algún lugar del hotel. Ella iría a buscarla ahora y se lo comunicaría al jefe más tarde. Miguel se rascó la cabeza y se hizo a un lado. Tenía claro que Joana podía denunciarlo ante Carlos, porque no estaba sentado fuera en la recepción como tenía ordenado, sino que estaba perdiendo el tiempo en la oficina. Pero si él mantenía la boca cerrada, ella también lo haría.

Sonriente, miró fijamente a Joana y al desconocido que la acompañaba hasta que desaparecieron al girar la esquina. Él realmente no pensaba que su compañera del turno de día fuera capaz de entrar allí, agarrar las llaves e irse con aquel tipo extraño a follar en la zona de bienestar. Ella le había dicho que estaba buscando a su madre... Bueno, no se le habrá ocurrido una excusa mejor, se dijo a sí mismo.

Miguel puso los pies sobre la mesa y miró el reloj. No creía que esos dos le fueran a molestar en un buen rato. Sonriendo, le dio un largo trago a la lata de cerveza. Luego contó el tiempo que le quedaba con los dedos. ¡Todavía cinco horas de turno! Hojeó su revista y eructó, mientras dibujaba las curvas de Mandy con sus dedos.

---

Kilian y Joana empezaron su búsqueda por la cocina del restaurante del hotel.

Las sartenes y ollas colgaban en la penumbra, como un montón de murciélagos gordos. Joana encendió las luces y caminó por la cocina. Kilian se quedó apoyado en la entrada. Solo cuando ella abrió uno de los voluminosos congeladores se dio cuenta de que Joana estaba a punto de perder la cabeza debido al cansancio y las preocupaciones. La tomó en sus brazos.

—Joana... Aquí han estado trabajando cocineros, camareros y lavaplatos todo el día, y ninguno de ellos la vio. No puede estar aquí.

Joana dudó un momento. —Pero debe estar en alguna parte, —contestó desafiantemente; y se apoyó impotente contra él durante un momento. Luego se separó y se secó los ojos—. Quiero revisar las otras áreas —susurró y atravesó una puerta abatible.

Kilian era consciente de la insensatez de esa búsqueda. Inspeccionaron la lavandería, el área de bienestar, la sauna, los almacenes y el aparcamiento subterráneo, pero no quería contradecir a Joana. Donde quiera que miraran, la gente había estado el día anterior, así que ¿cómo se suponía que Inmaculada iba a estar allí? A las cinco de la mañana se rindieron.

Sin decir palabra, subieron al último piso, donde estaban las habitaciones superiores y algunas suites de grandes terrazas y jacuzzi propio. Desde el quinto piso se tenía la vista más espectacular de Almuñécar. Joana se detuvo frente a la habitación número 512 y esperó hasta que Kilian sacara su tarjeta de acceso de la billetera. Esta habitación, le había explicado, actualmente no estaba ocupada, porque la calefacción y el aire acondicionado no funcionaban. Ella había activado la tarjeta de acceso para él sin introducir los datos en el programa de reservas.

Si su jefe se enteraba, tendrían serios problemas, pero eso era lo último que le preocupaba en ese momento.

Joana hizo un gesto señalando la cama y él se dirigió hacia ella. Los dos empujaron las camas individuales montadas a un metro de distancia. Luego Joana fue al baño y Kilian a la terraza. Las estrellas de Almuñécar se desdibujaron al amanecer. Miró fijamente al pueblo durante un rato, intentando no pensar en nada. Después de unas horas de sueño, las cosas podrían solucionarse por sí solas, esperó y volvió a la habitación donde Joana ya parecía estar durmiendo. Su blusa, falda y medias de seda de color caoba colgaban sobre la silla de escritorio. Corrió la cortina, se quitó la ropa y se metió en la cama. Joana respiraba con irregularidad y no estaba seguro si dormía o sollozaba. Apagó la luz y pensó cómo sería si estuvieran allí, en esa suite, en circunstancias diferentes. Entonces llegó la oscuridad.

---

## CAPÍTULO DIECISIETE

---

Cuando Kilian se despertó a las nueve, encontró vacía la cama de al lado. Solo un pelo negro en la almohada confirmó que aquella noche había sido más real de lo que hubiera deseado.

Se dio una ducha fría para disipar el cansancio. Después llamó por teléfono al consulado alemán en Málaga y se enteró de que el cuerpo de su hermano aún no había sido liberado. Los resultados de la investigación del Instituto Toxicológico de Sevilla, necesarios para la conclusión del informe de la autopsia, seguían pendientes. Los funcionarios del consulado le dijeron que no tendría que esperar si quería regresar a Alemania. Ellos se encargarían de todo y su presencia no era necesaria.

Le dio las gracias a la Sra. Schimmler, la secretaria responsable del caso, pero le aseguró que se quedaría hasta que se aclarara la muerte de su hermano. La Sra. Schimmler quería saber a qué se refería con aclarar, así que Kilian le explicó a la señora, para quien Xavier probablemente no era más que un nombre más en un formulario, su punto de vista sobre lo sucedido. Le contó sobre la naturaleza alegre de Xavier, la Biblia en su bolsa de viaje, la desaparición de una camarera de piso y las colillas de cigarrillos. También le informó que la Guardia Civil estaba obviamente equivocada al creer que se trataba de un suicidio.

Al otro lado de la línea telefónica, la Sra. Schimmler permaneció escuchando tranquila durante un rato, hasta que finalmente estuvo de acuerdo con él en que todo eso era muy sospechoso, pero que seguía siendo tarea exclusiva de la Guardia Civil arrojar luz sobre esas circunstancias especiales. —¡Y el mío! —agregó Kilian antes de colgar.

Se sentó en el escritorio donde el día anterior había comenzado a

reconstruir el viaje de Xavier hasta que se encontró con la llave del coche de alquiler.

En realidad, quería continuar con la investigación lo antes posible, con la esperanza de seguir el rastro del pasajero fumador, pero antes tenía que averiguar si la madre de Joana había aparecido.

Se vistió y salió de la habitación.

Al salir del ascensor, en el vestíbulo, dos agentes uniformados de la Guardia Civil acababan de entrar al hotel. El mayor de los dos hablaba por radio y el menor le miró con rigurosidad. Así que aún no han encontrado a Inmaculada, pensó. Joana tampoco parecía estar allí.

Kilian fue a la recepción. Maite le confirmó en inglés su sospecha y le informó sobre los acontecimientos de esa madrugada. Según su relato, Joana había llamado a Paco a las ocho de la mañana. Después, Paco había ido inmediatamente al hotel para que Joana le explicara todo. El guardia civil había hablado con algunos empleados del hotel y había ido con Joana hasta el apartamento de su madre. Poco después, el jefe de la Guardia Civil había llamado al hotel para ponerse en contacto con el director.

Maite saludó con la mano a Kilian y le confió, susurrando, que había escuchado la conversación, por la que supo que Inmaculada estaba oficialmente desaparecida y que su búsqueda ya había comenzado. Señaló a los agentes que acababan de salir de la cafetería, donde el director todavía estaba desayunando. Su tarea consistía en registrar todas las dependencias, incluidas las habitaciones de hotel, de abajo hacia arriba. Otros agentes registrarían la zona exterior o entrevistarían a los ciudadanos de Almuñécar. Además, el parte se había enviado a todos los departamentos de desaparecidos del país. El personal no hablaba de otra cosa, aunque el director hubiera preferido encubrirlo todo.

Kilian le preguntó a Maite sobre el estado de Joana. En vista de la situación, esa era una pregunta puramente retórica, pero él sentía cercano el sufrimiento de Joana. Maite agitó la cabeza. Le contó a Kilian que esa mañana le había traído a Joana un té y una rosquilla, pero su compañera solo había comido un bocado para luego tirar el resto de inmediato a la basura.

---

Carlos terminó su desayuno y salió de la cafetería. Cuando vio a Maite,

hablando con el galán alemán y acariciándose el pelo cada pocos segundos, se escondió detrás del quiosco y sacó un “Ideal”. No le gustaba que el personal del hotel se involucrara con los huéspedes. En su opinión, Joana siempre respetó esta regla, pero Maite era otro caso. Él mismo la había visto enrollándose con un futbolista sueco el verano pasado en la piscina del hotel, y luego la amonestó, por lo que tuvieron una confrontación. Con la elocuente Maite, él había sacado la pajita más corta, como siempre. En su día libre, ella podía hacer lo que quisiera, y si se tiraba a todo el equipo provincial sueco, a él no tenía que importarle, había contestado ella.

El verano pasado había tenido buenos motivos para echar a patadas a esta perra descarada, pero aquel incidente con el sueco tuvo lugar en medio de la temporada alta, por lo que le venía muy mal echarla, a no ser que quisiera estar él mismo en la recepción durante todo el verano.

Maite seguía hablando con el alemán como si tuviera todo el tiempo del mundo. Al menos ella no parecía molestar al hombre, pensó y recordó un momento delicado, sucedido hace poco tiempo, en el que Maite había perdido los papeles al ser molestada por un huésped. Su amabilidad desaparecía cuando alguien le faltaba al respeto.

El huésped se había quejado de que le habían dado una habitación doble diferente a la que había reservado por Internet para él y su joven amante. Maite le dijo que no fue su culpa y se disculpó en nombre del hotel. Sin embargo, el huésped no se contentó con eso y le comentó a su amante que la “mujer de la limpieza” era el trabajo más adecuado para Maite, porque así tendría que pensar menos. Lo dijo de una manera grosera y tan fuerte que la mitad del vestíbulo pudo oírlo, pero Maite fingió no escuchar nada y se mantuvo calmada.

Carlos se enteró más tarde de que la camarera de piso había encontrado una camisa de hombre, lencería de seda blanca y medias que su amante olvidó en un cajón de la habitación de aquellos huéspedes. La camarera de piso dejó la ropa en la recepción y Maite prometió hacerse cargo. A continuación, hizo un paquete con una carta adjunta: Con los mejores deseos de la señora de la limpieza del Palace. Y lo envió a la dirección del hombre, donde la madre de sus tres hijos lo abrió. La camisa fue bien recibida, sin embargo, el resto del contenido, no tanto. El marido, descubierto, se quejó por todos los medios al hotel. Por supuesto, Carlos se enfrentó de inmediato a Maite, pero ella respondió con total indiferencia: —¡Solo cumplía con mi deber, Sr. Director!, dando por zanjado el tema.

Últimamente, Joana le preocupaba más que Maite. El día anterior se había marchado de su lugar de trabajo sin informarle y esa mañana solo había aparecido brevemente en recepción, realizó una llamada telefónica a la Guardia Civil y volvió a desaparecer. La Guardia Civil acababa de confirmarle que su madre había desaparecido. Tendrían que buscarla en todo el hotel. ¡Eso no podía ser verdad! Por supuesto, Carlos se opuso a una nueva investigación, completamente superflua, pero luego tuvo que ceder y aceptar que los agentes anduvieran de nuevo por su hotel, como si fuera una redada en un sucio burdel. ¿Qué pensarían los huéspedes? Y, además, ¿dónde estaría metida una mujer como Inmaculada? ¿Quizás alguien la había secuestrado? ¿A quién le interesaría? Con su hija Carmen habría sido otra cosa, pensó, pero inmediatamente rechazó ese pensamiento lascivo. En realidad, la desaparición de Carmen le afectaba en que había entristecido tanto a su hermana mayor que cualquier coqueteo con ella fracasaría inevitablemente.

Durante mucho tiempo, incluso antes de su divorcio, tenía el ojo puesto en Joana, pero no se atrevía a hacer ningún avance concreto. Y ahora ese gigoló se acercaba en la recepción, creyéndose el salvador de Joana. Maite también parecía estar encantada con ese tipo, hasta el punto de ignorar a un danés de pelo blanco que, impacientemente, esperaba dando pequeños pasos detrás del alemán. De todos modos, ¿qué estaba haciendo ese tipo allí?

Recordó que Joana le había preguntado el día anterior por una oferta especial, así que asumió que la factura estaba pagada y que el molesto alemán se había ido por fin. Pero, en lugar de eso, el tipo estaba parado a unos metros delante de él, tirando los tejos a sus recepcionistas.

Carlos ya tenía suficiente. Volvió a dejar la revista de camuflaje en el quiosco. Era hora de dejar claro quién estaba a cargo allí.

Con la cabeza alta, avanzó por el vestíbulo, se paró detrás del mostrador de recepción, hizo a Maite a un lado y se acercó al cliente con la mano extendida. Entonces pensó en el danés, con esa sonrisa que solía poner cuando sus traviesas hijas habían hecho algo en el colegio y tenía que disculparse con el maestro.

Se volvió hacia el alemán. —Hola. Mi nombre es Carlos Aragón. Soy el director del hotel. Lo siento mucho por lo de su hermano —dijo, extendiendo la mano sobre el mostrador.

—Gracias.

¿Gracias? ¡Bueno, muy bien! Así que el alemán por lo menos entendía su idioma. Ya no tenía que luchar con el maldito inglés. Le preguntó en español si

podía volver a contar con él entre sus huéspedes.

El alemán agitó la cabeza.

Bueno, no. Muy bien, a veces eran bastante taciturnos, estos nortños, él ya lo sabía, pero un movimiento de cabeza fue suficiente para él. Al menos había un asunto resuelto. Se chasqueó los dedos como si se le acabara de ocurrir algo y se retiró a la oficina con un “Disculpe, por favor”. Allí cogió arbitrariamente una carpeta de la estantería, para justificar su presencia ante Belén, la señora a cargo de las reservas de hotel.



Kilian siguió con la mirada al director hasta que desapareció en la oficina. No había entendido una sola palabra, pero tampoco parecía ser tan importante. Se volvió hacia Maite y se aseguró de que no había nada que pudiera hacer por Joana en ese momento. Sin embargo, le pidió que le avisara a su habitación si había alguna novedad sobre Inmaculada. Luego cogió el ascensor, su estómago todavía retumbaba, pero no tenía tiempo para comer. Prefería reconstruir el viaje entero de Xavier y completarlo.

---

## CAPÍTULO DIECIOCHO

---

Primero, ordenó los recibos de las tarjetas de crédito por orden cronológico. Luego tomó el bloc de notas del hotel, encendió la cámara digital y escribió treinta y seis euros como la primera cantidad correspondiente al primer recibo en una marisquería de Málaga. El nombre que figuraba en la cuenta era el mismo que en la primera de un total de ciento ochenta y cuatro fotos digitales. Se podía leer en la fachada de un edificio viejo, con letras azules de neón debajo de una red de pesca. Xavier había pasado la noche en un hotel, donde pagó noventa y cinco euros por su habitación individual con desayuno incluido. A la mañana siguiente se había quedado en la ciudad. La cámara mostraba fotos de pintorescas callejuelas y plazas idílicas, seguidas de algunas fotografías de pinturas abstractas que solo podían proceder del Museo Picasso de Málaga.

Kilian se detuvo. ¿Xavier interesado en el arte? Acababa de descubrir la primera faceta de su hermano que nunca antes había conocido. ¿O era este museo una visita obligada en la guía de viajes de Xavier? Kilian abrió la página correspondiente y encontró el horario de apertura subrayado con un lápiz. Decidió que la visita al museo no era relevante y se fijó en las siguientes fotos de ostentosos yates. Aparentemente había estado en Puerto Banús, el lujoso puerto de Marbella, como lo mostraba el extracto de la tarjeta de un restaurante italiano: cincuenta y cuatro euros por una ensalada Caprese, un linguini Vongole, un tiramisú, tres copas de vino tinto y un café expreso. Xavier había pagado la cuenta a las cuatro y doce. No era precisamente barato para almorzar, pensó Kilian. Tomó notas de cada detalle del viaje de su hermano. Incluso todo lo que había comido, cuándo y dónde y cuánto había pagado por ello, siempre que encontrara una cuenta, como era el caso.

Kilian pasó las fotos en la pequeña pantalla de la cámara. Estudió concienzudamente cada una de ellas y amplió los detalles, pero hasta ese momento, solo eran fotos de unas vacaciones normales por Andalucía. Se detuvo en la siguiente foto que mostraba el peñón de Gibraltar. No encontró una reserva de hotel allí, solo un recibo por la compra de unas gafas de sol: ciento veintinueve euros en una tienda de Main Street. También encontró una foto de esa calle que daba la impresión de haber sido tomada en una pequeña ciudad inglesa.

El contraste con la siguiente foto fue aún mayor. Docenas de surfistas y kitesurfistas surcaban las aguas azul celeste espumosas del Atlántico. En la playa de arena, que se extendía más allá del horizonte de la imagen, las áridas palmeras se inclinaban hacia los pocos visitantes de la playa. Aquello tenía que ser la capital europea del viento de la costa atlántica, al menos así es como Tarifa era reconocida en la guía de viajes de Xavier.

El motivo de la siguiente imagen era una piscina de hotel rodeada de pinos. Kilian buscó los datos relacionados y sonrió al descubrir que su hermano se había registrado en un hotel llamado “Hurricane” en ese mismo lugar. Xavier solo se había quedado una noche. Luego hubo más fotos de extensas playas. Kilian se sorprendió de que, a pesar del buen tiempo, ninguna de las fotos mostraba a una sola persona. La temperatura del agua era probablemente demasiado fría para nadar, pero ¿para correr, pasear con el perro o para volar cometas? No había ni un solo edificio, ni cabañas en la playa, ni hoteles, solo arbustos esculpidos por el viento. Buscó la sección correspondiente en la guía de viajes, donde encontró una foto idéntica con un pie de foto que decía, tramo de costa atlántica entre Tarifa y Cádiz.

La mirada de Kilian se perdió en esta imagen. ¿Qué tal si paseas por ahí con Joana y olvidas todas tus preocupaciones? Ella con un vestido blanco ondeando, que acentúe su figura con el viento en contra, él con la mano sobre sus hombros, flotando de alegría... hasta que ella se detiene y se acerca suavemente, sus rizos acarician su cara y su boca ligeramente abierta buscando sus labios...

Kilian se limpió las palmas de las manos en los vaqueros, siguió avanzando con la revisión y se forzó en volver a la realidad. La siguiente foto de la ciudad de Cádiz mostraba una catedral cuyas dimensiones hacían que los edificios circundantes parecieran casetas de perros. Comparándola con los tonos grises de las catedrales alemanas, esta catedral le pareció como si se hubiera blanqueado por el constante sol. Su hermano había hecho once fotos

de diferentes callejones de la ciudad. Principalmente de edificios que daban la impresión de que Cristóbal Colón podía salir por la puerta en cualquier momento con una carta marina bajo el brazo.

En Cádiz, Xavier se había alojado en un albergue por el que solo había pagado cuarenta y siete euros con desayuno incluido. La cena, sin embargo, fue menos económica; pidió un pulpo a la gallega y un secreto Ibérico. También se había bebido una botella de Rioja, Faustino V, todo por un total de sesenta y cinco euros.

El siguiente recibo era de una gasolinera cerca de un lugar llamado Jerez de la Frontera. Kilian estudió el mapa y descubrió que su hermano había seguido la autopista E5 hacia Sevilla. Xavier se había quedado en esa ciudad durante dos noches, el miércoles trece de abril y jueves catorce. Kilian buscó Sevilla en la guía y hojeó las veinticuatro páginas dedicadas a la ciudad más grande de Andalucía. Una foto en la guía mostraba a un grupo de bailaoras flamencas con vestidos largos, pelo modestamente recogido y miradas frías que irradiaban puro erotismo. A esto le siguió una escena taurina en la que un matador manchado de sangre agitaba una oreja de toro cortada y lanzaba besos con la mano al público. Otra foto mostraba una catedral iluminada, sobre su torre aparecía la luna llena bañando la ciudad con una luz misteriosa.

La misma catedral, tomada durante el día, era el fondo de la primera foto de Xavier en Sevilla. Kilian la amplió hasta que la cara de Xavier llenó la pantalla y su hermano le sonrió en la imagen.

Kilian se levantó y fue a la terraza, por un momento se perdió mirando el mar. ¿Qué esperaba al revisar las fotos de la cámara? ¿Solo imágenes de paisajes andaluces? Claro que no, pero no esperaba que Xavier le sonriera desde la cámara por última vez. Y menos que aquel encuentro le resultara tan doloroso.

El cielo se había oscurecido. ¡Por fin! El sol y el dolor eran incompatibles. Kilian sintió resbalar gotas de lluvia por su frente. Se dio cuenta de que nunca más volvería a tener una de esas largas conversaciones con Xavier que tenían lugar todos los jueves por la noche en su pub habitual. Ya no jugarían ningún partido de tenis. Nunca más se prepararían juntos para el maratón de Berlín, ni jamás volverían a ir juntos al Oktoberfest. Esos días habían terminado, para siempre.

Kilian dejó que sus lágrimas corrieran libremente. Todo parecía tan inútil. La muerte de su hermano y su intento desesperado de resolverla. ¿No era trabajo de los agentes? Pero, ¿había reconstruido la Guardia Civil el viaje de

Xavier como él acababa de hacerlo? Para los investigadores fue un suicidio y el caso se había cerrado, pensó amargamente. Pero si los agentes hubieran visto estas fotos, probablemente pensarían lo contrario. Debería mostrárselas, hacerles un póster y pegarlo en la pared de la comisaría, justo al lado de la foto de su rey. ¡El feliz Xavier Huber de Alemania, una semana antes de su suicidio!

Quería hablar con alguien y se sorprendió de que su primer pensamiento fuera Joana. Echó un vistazo a la piscina. Los turistas buscaban refugio de la lluvia y se apresuraban por llegar al hotel cubiertos con las toallas de playa.

Se limpió la cara con la manga y marcó el número de la recepción. Pasó un tiempo antes de que la llamada fuera contestada por una voz masculina que daba la impresión de haber sido interrumpido en su trabajo y apenas podía ocultar su desagrado. Kilian colgó. Quería hablar con Joana o Maite, y no con el gerente del hotel.

Salió de la habitación y encontró a una camarera de piso en el pasillo empujando un carro de limpieza fuera de la habitación quinientos quince. Ella lo saludó y miró con recelo a su puerta. Luego buscó el número de habitación en una lista, agitó la cabeza y murmuró algo en español que él no entendió. Esa habitación probablemente estaba en su lista como desocupada y limpia. La camarera se encogió de hombros y se acercó a él con el carro de limpieza. — Glinink. Glinink, —preguntó.

Kilian hizo un gesto: —No limpiar. No cleaning. ¡Gracias!

La joven no pareció preocuparse, agarró su lista y empujó el carro de la limpieza por el pasillo mientras silbaba.

Kilian volvió a su habitación. No más excusas. Tenía que enfrentarse a su tarea y concentrarse en investigar el viaje de su hermano hasta el final, aunque doliera de manera insoportable y no hallara nada. Nadie más que él traería luz a la oscuridad de la muerte de Xavier.

Miró la siguiente foto en la cámara. Xavier aparecía de nuevo. Esta vez, de pie frente a un pozo, moviendo los brazos como si acabara de lanzar una moneda al agua hacia atrás y deseara algo. ¿Qué pediste? Preguntó en silencio a su hermano. Ciertamente no la muerte, ¿verdad? ¿Una familia? ¿Carrera? ¿Una Harley?

Kilian dejó la cámara a un lado y cruzó los brazos delante de su pecho. ¿Qué podría haber deseado y soñado su hermano? No podía ser verdad que no pudiera encontrar una respuesta a una pregunta tan simple como esa. Joana tenía razón, tenía que admitir que conocía a su hermano mucho menos de lo

que pensaba. ¿Quién sabía exactamente lo que estaba pasando en otra persona? Kilian se preguntó si él mismo, sin pensar mucho en ello, sabría lo que deseaba mientras la moneda de diez centavos se hundía en el fondo del pozo. ¿Felicidad, salud, además de algunas cosas materiales anunciadas en la publicidad? Pero, ¿qué quería realmente?

Alegría en todas sus facetas. ¡Qué bueno sería volver a sentir entusiasmo en lugar de ansiedad! Claro, ahora lloraba por su hermano, pero mucho antes de que Xavier muriera, él había perdido la ilusión. No fue abruptamente, sino lentamente, así como la luna se posa frente al sol cada pocos años para oscurecer la tierra. La pena por Xavier se desvanecería en algún momento, pero ¿algún día acabaría su eclipse personal?

Presionó el botón de avance y apareció otra imagen de un pub. Los barriles de vino altos hasta el pecho servían de mesas. Las patas de jamón colgaban del techo y a lo largo de toda la barra había una vitrina de cristal, probablemente con las tapas que se ofrecían gratis en España al pedir una cerveza o una copa de vino. Kilian recordó cuando fue a un restaurante español en Múnich, considerado el lugar de moda, con Cornelia y sus compañeros de trabajo. Fue el único en el grupo que creía que una tapa era un plato concreto, como una paella. Para disgusto de Cornelia reveló su ignorancia ante todo el mundo. Ella se avergonzaba de él, que se había mudado del campo a la ciudad y ni siquiera había traído un mínimo de conocimientos culinarios internacionales de los mesones idílicos de su pueblo natal de la Baja Baviera. Justamente Cornelia era de esas personas que había vivido de la comida rápida antes de hacer su carrera en una inmobiliaria y acompañar a su jefe a la isla de Sylt a sorber ostras con él.

Dejó a un lado sus recuerdos y se concentró de nuevo en una foto que mostraba a su hermano con un vaso de vino tinto, haciendo un brindis a la cámara. Kilian volvió a hacer zoom hasta que la cara de Xavier llenó completamente la pantalla. Su hermano tenía los ojos cerrados, probablemente como reacción al flash. Era una de esas fotos que podía ser clasificada como mala después del viaje y borrada sin más.

Kilian se frotó el lóbulo de la oreja derecha. Algo era diferente. No solo con esa foto, sino también con las dos anteriores. En las fotos número 107, 108 y 109 por primera vez se podía ver a su hermano, y no eran selfies, eso solo podía significar que le había pedido a alguien que le tomara una foto, o...

Kilian supervisó los recibos de Sevilla y encontró uno de la segunda noche que confirmaba sus sospechas. En el restaurante Leonardo da Vinci, Xavier

había pagado ciento catorce euros por una ensalada Caprese, una sopa minestrone, unos ravioli arrabiata y unos penne al salmón. También había una botella de crianza, Marqués de Cáceres y de postre dos expresos dos tiramisús y dos grappas.

Kilian se levantó. Estaba seguro de haber encontrado una pista decisiva. Poco antes de su muerte, su hermano había tenido un compañero de viaje al que invitó a cenar y con el que visitó la ciudad durante el día. ¿Era la misma persona que había fumado en su coche de alquiler? No era ningún conocido fugaz, ni ningún autoestopista, pero sí alguien que le había acompañado en parte de su viaje por Andalucía.

¿Qué se supone que significaba eso? Hasta entonces, siempre había asumido que los contactos de Xavier se limitaban a empleados de restaurantes, hoteles o gasolineras. ¿Por qué había pensado que Xavier viajaba por el país sin querer conocer a gente? La respuesta a esto no fue difícil. Había prejuzgado a su hermano de manera insensata y había olvidado que Xavier era mucho más sociable que él. ¿Aquello se había convertido en la perdición de Xavier? ¿Conoció a su asesino en Andalucía?

Kilian agitó la cabeza. Se necesita un motivo para cometer un asesinato, ¿y qué pudo haber hecho Xavier para que alguien encontrara una razón para matarlo?

La siguiente parada del viaje era Córdoba, como descubrió Kilian por una fotografía en la que salía la Mezquita. Según la guía, era la tercera mezquita más grande del mundo. Lo que más le impresionó fueron los arcos con franjas de color rojo salmón y arenisca que descansaban sobre más de mil columnas. La siguiente foto era un primer plano de una de estas columnas. Un joven turista estaba apoyado en ella, mirando una guía de viajes. Kilian revisó más fotos de la mezquita. Había otra de un joven asomándose a un mirador y contemplando la ciudad. Al principio Kilian se centró en el espectacular fondo, el resplandor rojo de los tejados de Córdoba a última hora del día. Luego miró al hombre que admiraba ese paisaje desde la primera fila.

Había algo que le parecía extraño.

Hizo clic para retroceder siete fotos y silbó. Memorizó al joven con la guía en la mezquita y regresó a la foto de la puesta de sol. ¡En serio! ¡El mismo hombre! Además, junto al telescopio del mirador de observación se encontraba la misma mochila que junto a la columna de la mezquita. ¿Una coincidencia?

Kilian hizo clic en la siguiente foto. Los dos debieron de pedirle a alguien

que los fotografiaran juntos antes del atardecer en Córdoba. El compañero de viaje de Xavier era un hombre de unos treinta años que inclinaba su cabeza, con la boca entreabierta, como si le hubieran tomado la foto con la palabra en la boca. Xavier sonreía a la cámara. No era una sonrisa sin más para el fotógrafo, sino una reacción a lo que el otro le acababa de decir.

Aquello era un buen punto. Dos hombres hablando con un gran telón de fondo. Sin embargo, algo le pareció extraño a Kilian. Hizo zoom para ampliar las dos caras. El compañero de su hermano era rubio, de pelo corto, casi rapado, de cara angulosa y llevaba gafas de sol con lentes naranjas. Aquellos que vieran esas fotos de sus vacaciones no podrían creer que Xavier se quitara la vida unos días después. ¿Fue asesinado? ¿Por ese tipo rubio?

Kilian se tocó el pelo, una corriente de aire le acarició la frente. Levantó los ojos y vio que la puerta de la terraza estaba medio abierta. La lluvia golpeaba los azulejos de afuera. Se volvió hacia la foto. ¿Era el asesino de su hermano? No daba la impresión de ser un asesino sin escrúpulos. Por otro lado, ¿cómo eran los asesinos en realidad? Rara vez, como en Hollywood. Él lo sabía por experiencia propia, recordó sus días en prisión, donde se topó con un verdadero asesino. Uno podría creer que solo estaba en prisión por haber aparcado mal. Volvió a estudiar el rostro del desconocido. ¿Qué motivo podría haber tenido? ¿Y cómo lo habría hecho?

Kilian empequeñeció la imagen. Ambos vestían polos. Amplió de nuevo hasta ver un punto rojo en el polo de la camisa del desconocido: era un escudo de armas bajo el cual estaba escrito “Universidad de Copenhague”.

Así que un danés... Kilian apretó el botón de la pantalla hasta reducir la imagen a tamaño original. El danés estaba apoyado contra la pared, con la rodilla doblada. Una mano colgaba junto a la de su hermano. Kilian volvió a hacer zoom hasta ampliar las dos manos. Los píxeles nublaban la imagen, pero no había duda de que los dedos meñiques de los dos hombres estaban entrelazados.

---

## CAPÍTULO DIECINUEVE

---

El sargento Paco Medina, quien lideraba la búsqueda de Inmaculada Ramos Ortiz, repicó con sus dedos sobre la mesa de reuniones. Estaba sentado en la sala de conferencias con su superior, el teniente Lozano y dos cabos, el cabo Ávila y el cabo Guerrero, quienes acababan de regresar del hotel Costa Tropical Palace, donde habían estado buscando a la desaparecida. El cabo Ávila, del pueblecito de Lentegí, puso su gorra en la mesa frente a él y le dijo. —¡Bueno, no está en ninguna parte!

—¿Puede ser un poco más detallado? —sugirió Paco.

El cabo Ávila le dio codo a su colega más elocuente, el cabo Guerrero, cuyo abuelo y padre ya habían servido a la Guardia Civil y cuyo árbol genealógico oficial probablemente le otorgaba todos los derechos de sentirse como en casa. Guerrero continuó.

—De verdad no está en ninguna parte. Hemos registrado todo, sargento. El sótano, los almacenes, la lavandería, todas las habitaciones a las que ella tenía acceso. También peinamos todas las estancias del primer y segundo piso, pero no hay rastro de ella. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra...

—¿Y los otros pisos? —Paco lo interrumpió—. Por lo que recuerdo, este hotel tiene cinco pisos, ¿no?

Los dos cabos se miraron frunciendo el ceño. El cabo Guerrero también se quitó la gorra y se frotó las manos.

—Sí, pero ella no puede estar allí.

—¿Quién lo dice? —quiso saber Paco, intentando no perder los estribos.

—El gerente del hotel. Dice que Inmaculada solo limpia el primer y segundo piso y, ocasionalmente, también el vestíbulo. No se le había perdido nada en los pisos superiores. Creo que el director no quería que molestáramos

aún más a los huéspedes —dijo con la mirada baja, hablando más hacia su gorra que a su superior.

Paco dio tal manotazo en la mesa que los cabos saltaron de sus sillas conmocionados. —Os di la simple tarea de registrar *todo* el hotel y no la *mitad* de él, y lo que ese maldito director me dice es tan... —Paco tuvo que respirar hondo. Sus insultos tampoco ayudarían, así que continuó en un tono más moderado—. Volved allí inmediatamente y no regreséis hasta que hayáis registrado cada uno de los rincones de ese lugar. ¿He sido lo suficientemente claro?

Los cabos asintieron y se levantaron saludando.

El teniente Lozano también dejó la sala de reuniones para hacer una llamada telefónica. El superior de Paco había sido trasladado de Córdoba a Almuñécar hacía solo unos meses. Muchos, especialmente los agentes de mayor edad, esperaban que el ambicioso teniente solo se quedara en Almuñécar durante un corto periodo de tiempo antes de continuar su rápida carrera en otro rincón del país. Bajo su predecesor, el amable teniente Campos, el servicio era mucho más relajado. De hecho, el teniente Lozano, de treinta y nueve años, era inusualmente joven para ser jefe de Cuartel de la Guardia Civil, pero no carecía de aptitudes, como bien sabía Paco. El número de infracciones de tráfico había aumentado recientemente en un ochenta por ciento, pero no porque se hubieran cometido más delitos, sino porque se había instruido a los funcionarios para ejercer un control más riguroso, en lugar de sentarse en sus vehículos al frescor del aire acondicionado y hablar de fútbol como lo hacían antes. Además, el teniente Lozano también controlaba el trabajo de las patrullas de tráfico, hecho que a algunas personas no les gustaba en absoluto. Pero, al menos ahora se tomaban su trabajo más en serio, y eso solo era un éxito que había que atribuir al joven teniente.

Paco recogió su radio, salió de la sala de reuniones y se dirigió a su oficina. Allí abrió la ventana y encendió un cigarrillo. Desde que el teniente Lozano estaba de servicio en Almuñécar, se habían resuelto varios delitos graves. Por supuesto, siempre se necesitaban varios oficiales para resolver los casos, de la misma manera que se necesitaba el buen rendimiento de un equipo de fútbol para ganar. Sin embargo, a Paco le parecía que, bajo las órdenes de su nuevo entrenador, la lucha contra el crimen había mejorado significativamente.

Paco tosió y miró su cigarrillo. ¿Cuándo se propondría dejar de fumar? Bueno, en Nochevieja, tal vez. En ese momento tenía otras preocupaciones.

Pensó en la conversación matutina con el teniente.

Había sido breve ya que tenía que ir a Motril para una reunión, y ni siquiera le había ofrecido sentarse. Pero Paco sabía contar historias porque había criado a tres hijos. Se tiene que aumentar lentamente la tensión y, finalmente, hacer estallar la bomba para conseguir mayor atención. Hizo lo mismo con su jefe y, al principio, solo le dijo que había una mujer desaparecida.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —quiso saber el teniente Lozano.

—Desde ayer o anteayer, no estamos seguros.

El teniente Lozano se rascó la frente, no parecía preocupante y siguió buscando escarbando en sus registros.

Paco se aclaró la garganta. —Teniente, tuvimos un caso de una persona desaparecida hace un tiempo.

El teniente Lozano se detuvo y asintió como si supiera que, después de todo, el asunto aún no había sido archivado y aún estaba siendo tratado oficialmente, aunque nadie sabía por quién.

Paco se sentó en la silla sin que se lo pidiera. —Lo que no puede saber, mi teniente, es que el nombre de la mujer desaparecida es Inmaculada Ramos Ortiz, la madre de Carmen Soto Ramos que desapareció hace dos años.

Ese detalle había surtido efecto y Paco tuvo que contarle todos los detalles de la investigación previa que conocía al repentinamente interesado teniente Lozano, quien no le interrumpió. Al final de su relato se quedó mirando fijamente a su escritorio durante un rato. —¿Está insinuando que puede haber una conexión entre la desaparición de madre e hija?

—Bueno, eso no puede ser descartado. Pero creo que aún es demasiado pronto para especular sobre esta suposición. ¡Primero debemos concentrarnos en encontrar a la madre, teniente!

Al teniente Lozano no le costó mucho tiempo tomar una decisión. —Quiero que usted dirija la búsqueda de la madre, sargento. Consígame los archivos de la hija desaparecida y reúna al equipo en la sala de conferencias en cinco minutos. El caso debe tener prioridad absoluta. El teniente cogió el teléfono y canceló su cita en Motril.

Al principio de la reunión, el teniente informó a los agentes presentes que se trataba de un caso extremadamente grave. La mayoría de los agentes no sabían de qué hablaba, pero un cabo comentó algo sobre la desaparición de una anciana. Otro cabo no pudo resistir el comentario de que ojalá fuera su suegra, lo que provocó algunas risas en la última fila.

Afortunadamente, el teniente no les escuchó, a diferencia de Paco. Como castigo había ordenado a los dos cabos que buscaran a Inmaculada en el hotel, pero ni siquiera eso les podía encargar a Cabo Ávila y Cabo Guerrero, como acababa de comprobar.

Paco tiró su cigarrillo por la ventana.

Inmaculada fue vista por última vez por un taxista que la llevó al Palace a las tres de la madrugada. ¿Pero qué demonios iría a hacer allí en mitad de la noche?

Paco estaba pensando en Joana. Primero la hermana desaparecida y ahora la madre. Esta mañana daba la impresión de estar muy entera, desafiante y valiente, pero él la conocía mejor y sabía que lloraba en casa hasta que su almohada estaba completamente empapada. Tenía dieciséis agentes asignados para interrogar y registrar la búsqueda. Eran las tres de la tarde y todavía no había señales de Inmaculada. Estaba a punto de salir por la puerta cuando sonó su teléfono. Era el médico forense de Granada.

—Tenía razón, Paco —dijo sin dudarlo—, acabo de recibir los resultados del joven turista del Instituto de Toxicología.

—¿Fue una sobredosis de medicamentos?

—¡Una orgía de píldoras, te digo! Rohypnol, Citalopram, Fluoxetine.

—¿Qué son estos medicamentos?

—Son sustancias que se encuentran en analgésicos, antidepresivos y somníferos.

Paco se quedó pensando. —Basado en las cantidades, ¿puedes decir si fue un accidente? Me refiero a si tal vez calculó mal su dosis, o por el contrario estaba tratando de no despertar.

—Si me dejas terminar, te lo diré y podrás sacar tus propias conclusiones —Paco escuchó el crujido de un papel al otro lado de la línea—. Bueno, un organismo fuerte podría haber sobrevivido a estas sustancias, incluso a esta cantidad, pero con la cantidad de morfina, nunca.

—¿Morfina?

—Así es, Paco. Morfina. Y si yo fuera tú, me preguntaría cómo la pudo conseguir.

Paco colgó y cerró la ventana. Se resistió al impulso de abrirla de nuevo y encender otro cigarrillo.

El joven de Múnich había consumido un verdadero cóctel de medicamentos, incluyendo una cantidad mortal de morfina. Si se hubiera quedado en la mezcla de analgésicos, antidepresivos y somníferos podría

haber seguido viviendo cómodamente con la hipótesis del suicidio o el accidente por exceso de medicación. ¿Pero con morfina? ¿De dónde diablos iba a sacar esas cosas ese alemán? No puedes comprar algo así en una farmacia como si fuera una caja de aspirinas. ¿Acaso el hermano no estaría tan equivocado sobre su teoría? ¿Había sido asesinado Xavier Huber?

Paco agitó la cabeza. Él mismo había examinado la escena del crimen y no había encontrado ningún rastro sospechoso. Tal vez el joven había dejado entrar a alguien en su habitación que le dio el cóctel para luego desaparecer sin ser visto. Pero, según todos, Huber viajaba solo. ¿Quizás alguien tenía un motivo para matarle, un amigo o conocido o, incluso, un pariente?

Supuestamente, Kilian Huber se presentó inmediatamente después de la muerte de su hermano. Pero, ¿era eso cierto? Tal vez estuvo en España por un tiempo. ¿Su dolor era solo un pretexto, tenía siquiera un motivo para el crimen?

Paco tomó una decisión. Su tarea más urgente era encontrar a la desaparecida Inmaculada, pero después de que el científico forense le revelara ese dato, no estaría de más hacer una orden internacional. Una breve llamada telefónica al teniente sería suficiente para convencerlo. Podía obtener información de Múnich a través del Departamento Internacional. Tal vez la policía criminal alemana tenía algo interesante que reportar sobre Xavier Huber o sobre su hermano Kilian.

---

## CAPÍTULO VEINTE

---

**K**ilian se recostó en el sofá de la terraza con una cerveza en la mano y cerró los ojos mientras escuchaba caer la lluvia. Pensó en su infancia y juventud en Riedhofen, el pueblo de seiscientos habitantes, desde donde tardaba una hora entera en llegar a Múnich en coche atravesando caminos rurales con huellas de ganado y boñigas de vaca. Revisó sus recuerdos para ver si podía encontrar algún signo de que Xavier fuera gay. ¿Se lo había ocultado todos estos años?

Hacía tiempo que los recuerdos de su lugar de nacimiento se habían borrado, pero ahora la granja volvía a su memoria. El establo iluminado por una lámpara parpadeante a las cinco de la mañana, en verano el olor a heno seco que tenía que girar con una horquilla mientras otros niños de su edad se bañaban contentos en el lago dragado, sus años de monaguillo en la iglesia del pueblo, las pocas excursiones de la juventud católica a las que su padre le dejaba participar y que eran el único punto de luz en esos años, y las primeras conversaciones reales con el párroco que le hacían sentir orgulloso y como un adulto. Ya de niño, a veces, deseaba que el clérigo hubiera sido su padre y no el hombre de corazón frío de la granja.

Su padre solo le hablaba para ordenarle trabajar o insultarle. Se acordó de, como años más tarde, le había comunicado su decisión surgida bajo la influencia del cura del pueblo. El padre no tuvo objeciones y lo dejó marchar. Quería que Xavier se hiciera cargo de la granja.

Pero tampoco lo conseguiría, porque Xavier tenía la intención de iniciar su carrera como banquero en Múnich. El padre se enfureció tanto que aquel incidente fue el tema principal en la plaza de la iglesia aquel domingo. Pero Xavier se mantuvo firme y, finalmente, el padre le echó de la granja con una

horquilla en la mano y la amenaza de que no volviera a aparecer nunca más.

Kilian pensó en el motivo que empujó a Xavier a marcharse de Riedhofen. ¿Fue solo la tiranía de su padre? ¿O probablemente era más fácil vivir en Múnich como homosexual que en el pueblo?

Pensó en su relación fraternal. Después de su partida de Riedhofen no habían tenido mucho contacto. Él había estado en el seminario en Passau y Xavier trabajaba en Múnich. Solo hablaban por teléfono de vez en cuando. ¿Hablaban de mujeres entonces? Él no lo tenía permitido, por supuesto, pero, ¿su hermano?

La lluvia que mojaba su frente le evocaba imágenes del funeral de su padre. Aquel día también era un día lluvioso. En el cementerio del pueblo, bordeado de olmos, se reunieron cuatro personas: el sacerdote, dos monaguillos y él. Xavier no había vuelto a ver a su padre desde el incidente con la horca, ni siquiera en Navidad. Y tampoco asistió a su funeral. Su madre estaba demasiado débil para asistir al sepelio y su padre no tenía amigos en la aldea, pero sí muchos enemigos, vecinos campesinos con los que, desde que Kilian tenía uso de razón, su padre discutía por los límites de las fincas. Desde la muerte de sus abuelos, su padre también había estado involucrado en disputas por la herencia con sus dos hermanos y sus familias. Probablemente, ésta sería también la razón por la que ninguno de los parientes apareció en el funeral. Aquel hombre amargado que, al fin y al cabo era su padre, probablemente había muerto a causa de su mala sangre.

Después del ataque al corazón de su padre, Kilian no tuvo más remedio que ocuparse de la granja y de su madre, postrada en cama. Una tarea para la que tuvo que interrumpir su seminario en Passau.

Kilian le dio un trago a su cerveza, absorto con la lluvia.

Ignoró los meses siguientes a la muerte de su madre como si nunca hubieran existido. Cuando más tarde fue liberado de la cárcel, no pudo regresar a Passau, porque le habían expulsado del seminario: debía servir a Dios y no convertirse en uno. Tampoco regresó a Riedhofen. Cualquiera le habría señalado con el dedo. Así que se mudó a Múnich, donde vivía su hermano, pero Xavier no quería saber nada de él a causa de los acontecimientos en Riedhofen y evitó cualquier contacto durante tres años hasta que se encontraron una noche en el mercado navideño.

Con unas copas de vino caliente, Xavier le dio la oportunidad de explicarle por primera vez su punto de vista sobre los incidentes de Riedhofen. Xavier le entendió y perdonó. Días después celebraron la Navidad

más hermosa de su vida, nada de ir a la iglesia, nada de oraciones, nada de velas, ni regalos, nada de catolicismo en absoluto. Solo un pollo asado, una caja de cerveza y una botella de brandy Asbach Uralt. Como árbol de Navidad, había servido un cactus, que decoraron con guirnaldas de carnaval. Para él había sido más que Navidad. Fue el renacimiento de su hermandad, su amistad y la liberación de sus convenciones anteriores. Después se reunían como mínimo una vez a la semana, generalmente los jueves, pero casi nunca había visto a su hermano acompañado de una mujer, y cuando lo había hecho, se la había presentado como una amiga y no como su novia.

Xavier era gay. Todavía no podía creerlo. ¿Quizás fue demasiado lejos con esa foto? A veces había hablado de amigos o colegas del banco, pero nunca se los había presentado.

Kilian sintió un pinchazo en el pecho. Xavier le había ocultó su homosexualidad y le dolía menos la certeza sobre sus tendencias sexuales que el hecho de que su hermano no le mostrara ninguna confianza.

Se levantó con pesadez y se apoyó en la pared. Los alrededores de la piscina aún estaban vacíos, el de mantenimiento pescaba las hojas de la superficie con una red. No había nadie más. No había testigos. Quinto piso. Unos veinte metros. Tres o cuatro segundos... y se acabaría. Apenas tendría tiempo para pensar. O para arrepentirse del salto. Tiró un escupitajo y esperó a oír el impacto contra el suelo, pero no escuchó nada.

Luego volvió a su habitación y se golpeó el hombro contra el marco de la puerta. La cerveza comenzaba a surtir efecto, especialmente con el estómago vacío. Sería mejor comer algo, además, quería ver a Joana. Vaciló al levantar el auricular, presionó el botón de recepción, pero colgó después del octavo tono. Tenía que terminar de investigar el viaje de Xavier, tal vez el amigo danés era realmente el responsable de la muerte de su hermano.

Kilian tiró su camisa mojada al suelo y se sentó en su escritorio con el torso desnudo. Al parecer, Xavier había conocido a un danés en Sevilla, que tendría entre veinticinco y treinta años. Desde allí viajaron juntos a Córdoba, donde fueron fotografiados, no abrazados como en un abrazo de amigos, sino cogidos de la mano. El danés parecía ser la única persona con quien Xavier mantuvo contacto más cercano durante el viaje.

Kilian amplió la cara del danés. Las gafas de moda, un pendiente, el corte a cepillo, los simpáticos hoyuelos en las mejillas, la pelusa clara en lugar de la barba... Podría imaginarlo como un homosexual, pero, ¿como un asesino?

—Tu cara inofensiva no significa nada —le dijo a la imagen, mientras

sacaba el último recibo de Córdoba. Por primera vez en el viaje, su hermano había elegido un alojamiento de cinco estrellas. Una noche en habitación doble con dos cenas en el restaurante del hotel y dos desayunos a la mañana siguiente, todo por trescientos setenta y seis euros, suma que Xavier pagó con su tarjeta el dieciséis de abril a las diez y treinta horas. Al parecer, habían pasado la noche juntos.

Kilian miró el resto de recibos. El viaje de Xavier se acercaba a su trágico final y el danés lo había acompañado. También estaba presente en su próximo destino. Pasó de ver varias fotos del casco histórico de Córdoba a imágenes en la impresionante naturaleza. El compañero de Xavier posaba en un puente de madera que se balanceaba sobre una cascada y sonreía a la cámara. Al fondo, se veían las formaciones rocosas de un desfiladero.

Kilian colocó los recibos de las tarjetas de crédito por orden cronológico. El siguiente, también con fecha del dieciséis de abril, correspondía a una gasolinera cerca de un lugar llamado Úbeda. Kilian lo buscó en el mapa de la guía de viajes y, finalmente, encontró el lugar. Descubrió que se encontraba en el Parque Nacional Sierra de Cazorla, al que la guía dedicaba nueve páginas. Las fotos de Xavier mostraban un paisaje montañoso, lagos y rutas de senderismo junto a claros arroyos de montaña y olivares que se extendían hasta el horizonte. Una foto mostraba un pueblo con casas blancas como la tiza, entrelazadas, como atacantes petrificados de tiempos pasados, las casas se extendían por una colina en cuya cima se alzaba un castillo morisco. Este parque nacional parecía realmente un paraíso para excursionistas. Su hermano y el danés habían pasado allí dos noches, según pudo comprobar por la cuenta del Parador de Cazorla.

Las siguientes veinticinco fotos consistían esencialmente en fotografías de paisajes. En algunas de ellas se veía a Xavier y en otras podía verse a su compañero danés. Posaron juntos frente a un molino de agua cercano a un arroyo. La fotografía solo pudo haber sido tomada con el temporizador, la pose de los dos hombres era evidente. Kilian no podía imaginar que le pidieran a un extraño que tomara esa foto. ¿O los homosexuales en España ya no se escondían e intercambiaban gestos de ternura en público? En Múnich a lo sumo podían hacerlo en bares apropiados o en festividades como el Christopher Street Day. Y, desde luego, no en Riedhofen. En todo caso, en la foto los dos se agarraban de la cintura y estrechaban sus mejillas.

Kilian tragó saliva y volvió a hacer clic. La siguiente foto mostraba al amigo de Xavier de espaldas, caminando por un sendero del bosque. Llevaba

botas de monte y con la mano izquierda se apoyaba en un bastón. El danés probablemente es zurdo. —Agregó Kilian a sus notas.

Eran las tres de la tarde cuando terminó el tramo de la Sierra de Cazorla. Necesitaba un descanso y tenía que comer algo. Kilian se puso una camiseta nueva y salió de la habitación. En el ascensor, se peinó con los dedos y le dijo a su reflejo: —Tu hermano era gay, y tú, idiota, ni siquiera lo sabías.

Cuando el ascensor llegó al vestíbulo, hizo algo que había evitado durante mucho tiempo: se santiguó y rezó para que Joana estuviera en la recepción, libre de preocupaciones porque habían encontrado a su madre.

Pero fue en vano. Maite estaba sola en recepción, atendiendo a un grupo de clientes. No quería molestarla en el trabajo, pero tenía que saber si algo había cambiado.

—No hay noticias, Kilian —contestó ella, y su “mierda” como respuesta salió demasiado fuerte de sus labios.

¿Dónde estaría Inmaculada? En la cafetería Antonio le saludó amistosamente. —Hola, amigo.

Kilian señaló la vitrina, pidió un bocadillo de jamón y una cerveza para llevar.

—¿Qué cerveza?

—¿Tienes Carlsberg?

Antonio envolvió el pan en una servilleta y sacó una Carlsberg de la nevera. Cuando cogió el abridor, se detuvo y dijo.

—¡Como tu hermano!

—¿Disculpe?

—¡El mismo bocadillo, la misma cerveza!

Kilian lo entendió. Acababa de pedir lo mismo que su hermano el día antes de morir. Incluso la misma marca de cerveza. Un bávaro bebe Erdinger o Paulaner y no la bazofia importada de Dinamarca que acababa de pedir por primera vez en su vida. ¿Era otra extraña coincidencia o quizás una conexión parapsicológica?

—Sí, como mi hermano —contestó, sin obtener respuesta.

De vuelta, en la habitación, se sentó en la terraza. La lluvia había cesado. Bebió un sorbo y miró la etiqueta de la botella. ¿Se había tomado Xavier una cerveza danesa por culpa de su amigo danés? ¿O la publicidad de la cerveza en televisión era más sugestiva de lo que se pensaba?

Miró hacia Almuñécar y trató de no pensar en nada, al menos mientras comía, pero no tuvo éxito. Demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta. Kilian se comió el último bocado y se sentó de nuevo en su escritorio.

Los tres últimos recibos habían sido emitidos en Granada. Se alojaron del diecinueve al veintiuno de abril en el Hotel Macià de Plaza Nueva, en el centro de la ciudad. El viaje llegaba a su fin y Kilian se inquietó. Como si todavía pudiera influir en algo en el presente, gritó a su hermano con su mente: ¡No vayas a Almuñécar o morirás!

Hizo clic en las fotos del centro de Granada. Una de ellas mostraba la fachada de la catedral frente a la cual una gitana hablaba con el danés. Ella le ofrecía una ramita de romero y lo miraba como si quisiera maldecirlo. La siguiente foto era del danés a la entrada de un callejón cuya anchura apenas superaba la de un brazo extendido. Los turistas andaban en fila india entre los productos que parecían traídos de un bazar de Estambul, alfombras orientales, lámparas cubiertas de cuero, ollas y cuencos de bronce, pañuelos de seda, hierbas de té y especias en tinajas de barro. La siguiente foto mostraba un pub irlandés y en la siguiente, algo más oscura, estaba Xavier entre la multitud de un pub con una Guinness en la mano. Parecía que le hubieran empujado en el momento en que su compañero apretó el disparador. El rostro de Xavier mostraba una leve expresión de sorpresa, su boca estaba abierta, sostenía el vaso formando un ángulo con su brazo y la espuma se derramaba por el borde de la pinta. Podría haber sido una foto divertida si no fuera una de las últimas de su vida.

Al día siguiente visitaron la Alhambra. La guía describía el conjunto de palacios como la atracción turística más visitada de España. Kilian vio más de veinte fotos de este último bastión árabe que, según la guía de viajes, había sido recuperada por los Reyes Católicos en el año mil cuatrocientos noventa y dos, en el curso de la Reconquista de los españoles.

Las fotos mostraban magníficos jardines, imponentes salones repletos de turistas. Había fotos de detalles, arcos y cúpulas árabes ornamentadas cuyas decoraciones brillaban como oro puro.

La última foto de la Alhambra y también la penúltima de todo el recorrido, la hicieron desde la torre de la vela con las almenas a lo lejos. Xavier y el danés volvieron a posar con Granada de fondo, bañada por los reflejos cobrizos del atardecer. Pero no parecía una imagen de película romántica como las de Córdoba. Kilian hizo zoom en las caras. Xavier parecía exhausto,

cansado de la visita. No miraba directamente a la cámara, sino que parecía fijarse en un punto a su derecha. El danés, en cambio, tenía un cigarrillo entre los labios. Entornaba los párpados, probablemente para protegerse del humo, lo que le hacía parecer rudo. Estaba allí con los brazos cruzados a la altura del pecho y Kilian se dio cuenta de que la distancia entre los dos era abismal.

¿Habrían tenido una pelea? ¿Estarían a punto de separarse? Kilian tocó el cigarrillo de la pantalla con el dedo y pensó de nuevo en las colillas que encontró en el coche de alquiler. ¡Tenía que acudir a las autoridades! Ya tenían los restos del cigarrillo, ahora también podía mostrar a la Guardia Civil las fotos del hombre. Tal vez el danés se quedó en España o incluso vivía aquí. Los agentes debían de ir a buscarlo y averiguar si había tenido o no algo que ver con la muerte de Xavier.

Después de visitar la Alhambra, Xavier se dirigió a Almuñécar, donde llegó solo al hotel a las dieciocho horas. Alrededor de las veinte horas compró un bocadillo de jamón en la cafetería y se lo llevó a su habitación, donde murió esa misma noche. Pero, ¿a dónde se había ido el danés?

Kilian hojeó las anotaciones con todos los detalles importantes del viaje de Xavier. ¿Era el danés la figura clave? Si quería hablar con la Guardia Civil, necesitaba ayuda. Preferiblemente de Joana, pero no podía molestarla en estas circunstancias, y la señora Schimmler estaba en el consulado.

Kilian apretó el botón de la parte posterior de la cámara. Xavier había tomado la última foto desde el balcón de su habitación. La misma vista de Almuñécar que Kilian tenía desde su terraza, solo que la foto estaba un poco oscura debido a la luz de fondo. Kilian apagó la cámara y apartó todo.

El día anterior no había dormido ni tres horas. Necesitaba desesperadamente descansar antes de poder tomar una decisión racional.

Se quitó los zapatos. Desnudarse le daba pereza, así que se acostó vestido en la cama y miró al techo.

A pesar de su cansancio, su mente no le permitía estar tranquilo y le mostraba las mismas imágenes una y otra vez como un proyector de diapositivas roto. Una era el abrazo amoroso en la caminata, la otra delante de las almenas desde la Torre de la Vela. Cerró los ojos. Tal vez no debería haber profundizado tanto en los últimos días de Xavier. Entonces la imagen que tenía de él no se hubiera visto afectada.

Pero, ¿había sido así? ¿Solo porque descubrió que Xavier era gay? ¡Tonterías!

Le habría encantado volver a hablar con Xavier y, realmente, le habría

gustado mantener no una charla trivial sobre Dios y el mundo, lo divino y lo humano o el CF Bayern Múnich, sino algo más profundo. ¿Alguna vez se habían sincerado?

Sobre Riedhofen solo hablaron una vez en el mercado de Navidad, después ese tema de conversación pasó a ser tabú y ambos tuvieron que hacer frente a sus recuerdos de la infancia solos.

Se levantó de un tirón. Ya no podía hablar con su hermano, pero, con un poco de suerte... Kilian se ató sus Timberlands, cogió el teléfono móvil de Xavier y salió corriendo de la habitación.

Cuando conoces a alguien, como mi hermano al danés, probablemente intercambias números de teléfono, pensó. Ignoró que la puerta del ascensor estaba abierta y echó a correr por las escaleras. Y esos números ya no se escriben en un papel, sino que se guardan directamente en el teléfono móvil.

Kilian no veía la hora de comprar un cargador adecuado en el pueblo. Después, llamaría personalmente al principal sospechoso del caso de Xavier Huber.

---

## CAPÍTULO VEINTIUNO

---

U nos agentes se le acercaron mientras salía de su vehículo a fumar un cigarrillo.

Saludó a los agentes, pero le ignoraron mientras pasaban conversando hacia la entrada del hotel.

Se sentó en su coche, cerró la puerta y luego trató de ver a través de los cristales tintados hacia dónde se dirigían. De acuerdo. No parecía que lo estuvieran buscando. Encendió un cigarrillo y observó la ceniza consumir el papel. Obviamente, la Guardia Civil no sabía nada todavía, de lo contrario habrían llegado mucho antes. Hacía dos años.

Pero no estaba en su mano.

La pequeña zorra tenía que callarse la boca y eso era lo que le preocupaba. Era una sensación de mierda depender de alguien. Y más de esa mocosa emocionalmente inestable. Si ella abría la boca después de tanto tiempo, él sabía que estaba jodido. Y eso era exactamente con lo que la tocapelotas lo había estado amenazando últimamente.

Se calmó un poco. Probablemente solo lo chantajeaba para mantenerlo atado a ella. Bueno, lo había logrado en los dos últimos años, pero ahora, por fin, había terminado, solo que no quería entenderlo, ni siquiera con sus palizas. Así que seguía dependiendo de esta perra y eso no cambiaría a menos que...

Echó el humo por la ventanilla y apagó el cigarrillo. Si la mocosa hablara, tendría que actuar, pero para entonces ya sería demasiado tarde. ¿O ya era demasiado tarde?

Ese era el problema.

No podía saber cuándo hablaría. Ya había amenazado con informar a la

familia. ¿Qué demonios significaba eso? ¿Qué familia? ¿La familia de Carmen? ¿Joana e Inmaculada?

Supo que Joana iba a encontrarse con el alemán en la habitación quinientos doce cuando comenzó a seguir al tipo por la escalera de emergencia. Podría ser importante saber dónde habían establecido su nido de amor, porque si seguían husmeando, él tendría que hacer algo al respecto. Sin embargo, una simple “lección”, como él había planeado originalmente, no sería suficiente para ahuyentar al alemán enamorado.

Estaba pensando en su joven molestia otra vez. Últimamente había estado tan malhumorada con su tonto “amor herido,” que temía lo peor. En algún momento, no tendría más remedio que tomar precauciones. Pero, ¿cómo? ¿Con amenazas y palizas como antes? ¿Y si eso no fuera suficiente?

Encendió otro cigarrillo y miró hacia Almuñécar. Desde esa maldita noche, todo lo que sentía era pánico cuando veía uniformes a su alrededor. En cada control de tráfico, estaba a punto de perder los nervios. Y últimamente sus nervios estaban siendo puestos a prueba. Primero la muerte del alemán, luego él mismo interrogado por la Guardia Civil, y ahora el hotel estaba de nuevo lleno de uniformes verdes buscando a Inmaculada.

Justo en ese momento, la Guardia Civil había intentado investigarlo de nuevo. Pero desaparecer en estos momentos e ir a otro lado sería demasiado sospechoso. No, debía permanecer en el hotel o perdería el control sobre la chica. Pronto hablaría con ella y llevaría todo el asunto a término, y ya intuía cómo tenía que ser. La idea le gustaba cada vez más.

Apagó su cigarrillo y salió del coche. En la puerta giratoria vio entrar a un viejo chocho con una acompañante que podría ser su hija. La miró fijamente, mientras se exhibía balanceando las caderas por la sala de mármol. Solo cuando el director se acercó personalmente a los nuevos huéspedes con los brazos abiertos y una amplia sonrisa, fingió mirar su reloj y volver a trabajar.

---

El registro de los huéspedes de las suites de lujo de la última planta lo realizaba normalmente el propio Carlos, sobre todo si se trataba de personalidades importantes como el señor Emilio Carranza, propietario de una de las mayores empresas constructoras de España y su acompañante, que probablemente ya había provocado muchos accidentes por despiste en Madrid.

Carranza, padre de tres hijos, presentó a la señorita Alicia García como su asistente personal. —Como la suite tiene dos dormitorios y un salón en el que podríamos trabajar, no necesitamos dos habitaciones. Después de todo, también hay que pensar en los costes.

Carlos se mordió la lengua justo a tiempo y evitó una carcajada. En vez de eso, asintió sumisamente, le entregó a Carranza el formulario de registro y se preguntó si realmente creía que se lo había creído. Luego tomó los carnets de identidad y echó un vistazo a la fecha de nacimiento de la inmaculada belleza. Veinticuatro años de edad, calculó mentalmente mientras sacaba una tarjeta de acceso del cajón y se la entregaba a Carranza. ¡Veinticuatro... Dios! Tendría que ser director en Barcelona o Madrid, no en un pueblo de Andalucía como éste, pensó, mientras miraba la parte trasera de la señorita cuando se dirigía a los ascensores con su acompañante y el botones.

Jaime, el botones, abrió la puerta de la suite, que era más grande que el apartamento de sus padres, y dejó las maletas. Luego corrió hacia la ventana, abrió las cortinas, desde donde se podía apreciar una fantástica vista de Almuñécar.

Como si fuera el arquitecto del hotel, saludó orgulloso al caballero del traje, pero éste no quería ser molestado por más tiempo y buscó en su cartera un billete inferior a cincuenta euros, pero no lo encontró. Cincuenta era demasiado, por supuesto. Pero, le resultaba embarazoso pedirle diez euros a su nueva joya acompañante, eso sería tan vergonzoso como pedirle cambio al botones o no darle ninguna propina.

Con el pecho hinchado de orgullo y un billete de cincuenta en el bolsillo, Jaime recorrió el pasillo satisfecho. ¡Su récord anterior habían sido treinta euros!

El señor Carranza quería dedicarse a la verdadera razón de su estancia. Abrazó a Alicia y le metió las manos bajo la falda. Ella le dio un beso en la mejilla, respiró profundo y le susurró al oído; —Vuelvo pronto, mi tesoro —y se zafó de él para desaparecer en el baño.

Emilio tomó su billetera y sacó una pastilla azul de un bolsillo lateral. Se aseguró de que la puerta del baño estuviera cerrada y se tragó la píldora. Por

si acaso. Miró su reloj. Había que contar treinta minutos antes de que surtiera efecto, como estaba escrito en el prospecto, que había estudiado antes de partir tan concienzudamente como el contrato de compraventa de un terreno edificable en Madrid capital.

Oyó a Alicia abrir la ducha, salió a la terraza y dejó que su mirada deambulara por la bahía de Almuñécar. Bonito lugar. La última vez que estuvo aquí de vacaciones hace mucho tiempo, sus hijos todavía iban a la escuela. ¿Quizás debería ponerse en contacto con un agente inmobiliario?

Mientras estaba allí de pie, recordando viejos tiempos, se dio cuenta de que aquella pastilla estaba empezando a hacer efecto. Satisfecho, volvió a la suite, pero Alicia seguía en el baño. Se quitó los zapatos y se giró hacia la puerta que daba al dormitorio. Tan pronto la abrió y entró en la habitación, se aterró tanto que se tuvo que apoyar en el marco de la puerta para no caerse. Con cuidado dio un paso atrás y volvió a cerrar la puerta.

Apenas había situaciones en su vida en las que no supiera exactamente lo que tenía que hacer. Pero esa era una de ellas. Comparó el sobre de la tarjeta de acceso del escritorio con el número de la puerta de entrada de la suite: quinientos cinco. Era correcto. Se había puesto los zapatos cuando su amante salió del baño. Inmediatamente, le explicó la situación y la envió a la terraza, donde se suponía que tenía que esperar, mientras él pensaba en aclarar la embarazosa situación en la recepción.

Emilio salió del ascensor con cuidado de que su chaqueta de traje colgara casualmente de su brazo delante de la hebilla del cinturón. El objetivo era ocultar los efectos de ese medicamento milagroso, cuya duración ojalá tuviera lugar hasta dar por concluida la situación. Estaba irritado cuando encontró al gerente del hotel. Al principio tenía la intención de resolver el asunto con una frase, pero ahora no podía negarse a sí mismo que el gerente de ese establecimiento era tan torpe que sería inútil.

—¿Siempre hacen esto? —empezó genial.

—¿Disculpe?

—¿Entiende esto como una forma apropiada de dar la bienvenida?

El director abrió los ojos como platos. —Pero señor, realmente no lo entiendo, ya le he saludado...

Emilio dio un golpe con el anillo de sello sobre la mesa.

—Hay una mujer durmiendo en mi cama.

El director lo miró asombrado. —¿Se refiere a la señorita Alicia?

—No —Emilio lo interrumpió bruscamente—. ¡Una anciana vestida de

luto!

---

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

---

**K**ilian pagó el cargador, abandonó la tienda y se preguntó si debía volver al hotel o dirigirse rápidamente a un cibercafé para enchufarlo. ¿Qué debía de hacer si encontraba un número con el prefijo danés en el registro de llamadas de Xavier? ¿Llamarlo y preguntarle al danés si mató a su hermano? En Alemania lo habría dejado todo en manos de la justicia pero aquí ni siquiera podía hablar con la Guardia Civil sin ayuda.

Pasó un autobús y Kilian levantó la vista. Sin darse cuenta, había llegado al cruce donde se encontraba la estación de autobuses. El portal III del Edificio Huerta del Barco estaba a menos de diez pasos.

Ya que estoy aquí, pensó y cruzó la calle. Miró desde lejos el edificio donde vivía la madre de Joana. Tercer piso. Descubrió la fila de ventanas con las persianas bajadas. La cocina y el salón daban a la calle, la tercera ventana tenía que pertenecer al dormitorio.

Kilian protegió sus ojos del sol y se concentró en la ventana del salón. El hueco entre la cornisa y las persianas tenía apenas una mano de ancho, detrás de ella parecía estar oscuro, aunque se percibía una sombra y un parpadeo azulado que parecía provenir de un televisor en funcionamiento.

Cruzó la calle y entró en el patio del edificio. Alguien acababa de salir por la puerta principal y Kilian corrió para que no se cerrara frente a él. Luego subió los escalones de tres en tres y se paró frente al felpudo verde con el que se había tropezado hacía dos días, mientras seguía a los médicos de urgencias por el pasillo.

Kilian contuvo la respiración, puso la oreja en la puerta y trató de escuchar. La sala de estar parecía llena de voces nerviosas, gritos como en los programas del corazón de Alemania, solo que en español.

Tocó el timbre. Nada.

Luego llamó a la puerta, esperó en vano un rato antes de dejar el dedo pulsado durante diez segundos. Un grito que ahogó la televisión sonó.

—¡Mamá!

La puerta se abrió, Joana lo miró un momento y luego jadeó.

—¿Acabas de tocar el timbre?

—Sí, lo siento, pensé que tu madre...

—¡Mierda! —golpeó el suelo con el pie—. ¡Estaba pensando lo mismo!

Se arrastró de vuelta al apartamento y apagó la televisión. Kilian cerró la puerta y se sentó a su lado en el sofá.

—Kilian, lo siento, debo haberme quedado dormida. Una pesadilla terrible. En la farmacia me dieron pastillas y tranquilizantes. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que hacer algo en la ciudad y me perdí. De repente me paré frente a este edificio y vi que la televisión estaba encendida. Pensé que tu madre...

Joana agitó la cabeza. —¡No, nada! La Guardia Civil parece estar buscándola por todas partes. Esta mañana hice lo mismo hasta que no pude hacer más.

Kilian asintió. Había deseado cruzársela todo el día, pero ahora estaba sentado angustiado a su lado y no sabía cómo consolarla ni cómo animarla. —¿Debería irme ahora, o puedo hacer algo por ti?

Ella agitó la cabeza. —No, pero gracias por venir. Verás, soy una desgraciada y... —se tocó los rizos forzando una sonrisa—, y me veo como una mierda, pero en realidad puedes hacer algo por mí.

Kilian asintió. Haría cualquier cosa por ella ahora mismo.

—Por favor, quédate aquí y cuéntame algo —continuó Joana—. Distráeme o me volveré loca. ¿Te gusta el café?

Sin esperar una respuesta, se fue a la cocina. Kilian la observaba. El introvertido y deprimido Kilian Huber, hablaría de lo que fuera si pudiera ayudarla con ello.

Mientras la máquina de café retumbaba y Joana desaparecía en el baño, él se preguntaba qué decir. Le podía contar casi todo, inmediatamente se puso nervioso, como si tuviera que dar una presentación improvisada a un público. Pero la sensación desapareció cuando Joana regresó con un café y el cutis más fresco.

—¿De qué te hablo, Joana?

—¡Háblame de ti!

—Pero no puedo garantizar que mi vida sea lo suficientemente excitante.

—No importa. De todos modos, la mayoría de la gente no comparte sus experiencias más emocionantes, porque después se avergüenzan de ello. Pero si cuentan anécdotas aburridas, solo porque las ponen en la posición correcta. Aunque ciertamente las vergonzosas entretienen mucho más.

Kilian asintió. —Así es, tienes razón. Como dijiste el otro día con tu afirmación...

—¿Qué dije el otro día?

—Nunca puedes llegar a conocer a otra persona plenamente, ni siquiera a tu propio hermano. —Eso es lo que dijiste.

Joana dio un sorbo a su café.

—¿Sabes qué? —Kilian puso una cucharada de azúcar en el café y lo removió durante mucho tiempo antes de continuar—. No lo conocía realmente, solo superficialmente.

—¿Así que ahora también crees que Xavier se quitó la vida?

—No, Joana, todo lo contrario. Reconstruí su viaje. Guardó todos los recibos de la tarjeta de crédito y tomó muchas fotos. Lo he revisado todo y...

—Kilian tragó saliva.

—¿Y qué?

—He encontrado algunos datos sorprendentes. Especialmente en las fotos. —Se volvió hacia ella—. ¿Cuál fue tu primera impresión de mi hermano, Joana?

Joana se encogió de hombros. —Apenas hablé con él tres minutos. Era educado y hablaba buen español. Me gustan los turistas que se toman la molestia de aprender algunas frases del idioma local, lo que demuestra respeto e interés.

Kilian se aclaró la garganta y decidió conseguir un libro de frases básicas en español lo antes posible.

—¿Pero tuviste la impresión... quiero decir... Xavier te pareció homosexual?

Joana levantó las cejas. —¿Era homosexual?

—Al parecer, sí, pero nunca me habló de ello. —Kilian le contó sobre el danés con el que su hermano compartió viaje durante unos días, como si hubieran estado de luna de miel. Recordó su intención original y le pidió a Joana si podía usar un enchufe para recargar el teléfono móvil de Xavier.

—¿Qué te parece? —le preguntó finalmente y se sentó junto a ella de nuevo.

—Como es obvio que tu hermano conoció a alguien en ese viaje, sea cual sea la relación que tuviera con él, deberías hablar con la Guardia Civil. Tienen cosas importantes que hacer ahora mismo, como sabes. Deben encontrar a mi madre.

—Sí, pero ¿qué opinas de que yo no supiera nada de la homosexualidad de mi hermano?

—Eso es un poco extraño, especialmente en estos tiempos. Federico García Lorca, un poeta de esta provincia, fue asesinado a tiros en la Guerra Civil española, principalmente por ser gay. Pero hoy es bastante normal, al menos en España. Tal vez interpretaste de forma exagerada esas fotos.

Kilian se quedó pensando. —Una vez Xavier hizo un comentario —Kilian sorbió su café y se dio cuenta de que la conversación estaba tomando una dirección que podría ser extremadamente desagradable para él. Joana lo miró en silencio, así que continuó—. Fue cuando... a la vez... Digamos que tuve mis problemas con las mujeres y me desahugué con él. Él me dijo: ¡Intenta con hombres! Me reí y él se rio, y luego se olvidó todo, pero ahora, dadas las circunstancias...

—¿Qué problemas tenías con las mujeres?

Kilian se retorció. No había hablado con nadie de eso, ni siquiera con su terapeuta. —No importa, mi hermano de todos modos...

—Ya ves, y de nuevo tengo razón —lo interrumpió y aplaudió.

—¿Con qué?

—Con las cosas emocionantes de la vida. Es más fácil guardarlas para uno mismo.

—Así es —Había ido demasiado lejos. Joana lo miró desafiante. De acuerdo. Se aclaró la garganta—. Hace mucho que no estoy con una mujer.

—¿Sexualmente?

—¡Bueno, eres muy directa! —Kilian bajó la mirada—. Hm... no..., sí, eso también, pero...

Bebió su café y miró fijamente a la oscura mesa de comedor sobre la que reposaban los retratos familiares.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Joana, justo cuando él acababa de reunir el valor para abrir todas las compuertas de su pasado. Kilian suspiró y le habló de la tienda de Internet.

—¿Siempre has hecho eso?

—No, antes de... antes hacía algo completamente diferente.

Joana puso los ojos en blanco. —¿A vosotros, los alemanes, siempre hay

que sacaros las cosas con sacacorchos?

Kilian dejó su taza de café. Esperaba que Joana no se diera cuenta del temblor de sus manos. ¿Por qué no le decía nada más?

—Antes era sacerdote —dijo en voz baja—, o al menos estuve a punto de serlo—.

Giró la cabeza y la miró. La boca de Joana estaba abierta con asombro. Ella lo examinó como si acabara de verlo por primera vez. —¿Sacerdote? ¡No te creo!

—Pues es la verdad. Asistí al seminario de Passau. Solo me faltaba un año para acabar, pero luego tomé un camino diferente. Eso fue hace ya algunos años.

---

Joana no sabía qué pensar. O Kilian se estaba inventando un cuento de hadas para distraerla de sus preocupaciones, o tenía un carácter tan contradictorio como parecía. Ciertamente no tenía pinta de clérigo, sino más bien de uno de esos tipos atrevidos que se abrían paso por el desierto en un jeep durante el Rally París—Dakar. Trató de imaginar a Kilian con un hábito de sacerdote, pero no tuvo éxito.

—¿Y por qué dejaste el seminario? —preguntó escépticamente—. ¿Perdiste la fe en Dios?

—No. Fue más como si tuviera que parar.

—¡Ahá! Así que sí había una mujer involucrada. Déjame adivinar, ¿te enamoraste?

—No, Joana, por favor... No puedo hablar de ello. He cometido un pecado, vamos a dejarlo ahí, ¿de acuerdo?

—¿De eso nada! —Joana quería escuchar toda la historia—. ¿Qué pasó después de que lo dejaras?

—Estuve completamente perdido. Bebía demasiado y tomaba pastillas...

—¿Tu hermano no te ayudó entonces?

—Al principio no, evitaba todo el contacto conmigo por aquel entonces.

—¿Por tu pecado?

—Sí —susurró Kilian muy bajito.

—¿Cuántos años tenías cuando dejaste el seminario?

—Veintiocho. Y de repente me encontré sin formación en el mundo fuera

de la Iglesia Católica. Un sacerdote fracasado sin experiencia laboral tiene dificultades para encontrar trabajo.

—Y hasta entonces, ¿nunca habías tenido nada con una mujer? —Kilian agitó la cabeza.

—Pero entonces, cuando ya pudiste, ¿tuviste algún problema?

—No fue un momento fácil. Por supuesto que quería tener algo con las mujeres, pero no tenía experiencia. Ni siquiera sabía ligar. Mis ropas eran anticuadas y mi cabello parecía como si un cocinero me lo hubiera cortado a cazuela. Hasta entonces no había tenido la necesidad de preocuparme por mi apariencia, me ponía el hábito todas las mañanas. Dios no mira esas cosas, sino la pureza del alma. —Su voz sonaba sarcástica—. Además, tenía sobrepeso y era exactamente lo opuesto al tipo de hombre en el que las mujeres suelen estar interesadas.

—Bueno, has cambiado mucho desde entonces—, pensó Joana.

Kilian continuó. —En ese momento ni siquiera sabía lo que quería de las mujeres. ¿Amor? ¿O un sustituto de Dios? ¿O compensar experiencias sexuales que nunca antes había tenido?

—Entonces, ¿cómo fue la primera vez?

Kilian se apretó con fuerza la nariz. Joana estaba extrayendo recuerdos de las profundidades de su alma, algunos de ellos los escondía hasta de sí mismo. Detalles de su pasado que había reprimido, o simplemente reemplazado por otros recuerdos más inofensivos. Mientras continuaba, se sorprendió de poder abrirse de esa forma tan desconocida para él.

—Vino como tenía que venir. Fui de un bar a otro, bebiendo cerveza tras cerveza y me metí en una calle lúgubre donde se me acercó una mujer. *¡Hola, cariño!* Bueno. Nadie me había dicho nunca, *hola, cariño*; así que me fui con ella. Pero no debería contarte esto, Joana, no es una historia agradable.

—¡Adelante! —determinó Joana.

Kilian tomó aire. —Muy bien, yo era un ignorante, ingenuo, deprimido y borracho, y ella era una prostituta. Terminamos en un apartamento destartado. Ella quería dinero. Y luego, fue todo muy surrealista, hasta apareció un gran danés.

—¿Qué es un gran danés?

—Un enorme perro negro. Estaba acostado junto a la cama con una cubierta de plástico y gruñía cada vez que quería tocar a la mujer. Se le veía disgustada. Me daba asco de todos modos, su piel era flácida, olía a sudor y debajo de su peluca rubia, tenía el pelo grisáceo. Pero estaba, y sé que suena

estúpido, buscando seguridad. Estando tumbados desnudos en esa cama, le dije que, recientemente, había querido ser sacerdote.

—¿Realmente le dijiste eso? ¿Y luego qué pasó?

—Se rio a carcajadas y el perro volvió a gruñir. Bueno, fue más que un gruñido. Así que agarré mis cosas y me fui tan pronto como pude. Afuera me puse los zapatos. Tenía la ventana abierta y su obscena risa resonaba por toda la calle. ¡Bueno, esa fue mi primera experiencia sexual! Luego fui... luego quería ir al Isar, pero...

Joana quería preguntar algo, pero Kilian se le adelantó. —El Isar es el río que pasa por Múnich. Y es allí donde quería acabar. Era febrero, hacía un frío helador con temperaturas bajo cero y vagué por Múnich sin encontrar el Isar. Estaba acabado. —Agitó la cabeza—. Me arrodillé en la calle y me puse a rezar el rosario, hasta que la policía vino y me llevó a comisaría.

—¿La policía simplemente te arrestó por eso?

—Por disturbios en la vía pública. Tomaron mis datos y descubrieron que estaba en libertad condicional... —Kilian se mordió los labios, esperando que Joana no hubiera entendido el significado de la última palabra, pero desafortunadamente su alemán era demasiado bueno.

—Libertad condicional... ¿significa eso que estuviste en prisión?

—Fui condenado a ocho meses de cárcel, pero solo tuve que cumplir cuatro de ellos, el resto fui absuelto.

Joana se levantó y cruzó los brazos delante de su pecho.

—Escucha, está bien que no quieras hablar de tus pecados, a pesar de que me estás contando esta historia de prostitutas, pero si eres uno de esos santurriones que andan por ahí molestando a niños, ¡quiero que te vayas ahora mismo!

—¡Joana, por favor, no pienses eso! —dijo y levantó la mano para apaciguarla.

—¿No? En los medios de comunicación se oye más de lo que se piensa sobre estos casos y, hasta ahora, nunca he leído sobre un sacerdote que haya pisado la cárcel por fraude fiscal o robo de un banco.

—Joana, hice algo que haría de nuevo, pero es ilegal, y como tenía un mal abogado, fui a la cárcel. —Kilian se frotó la barbilla y decidió contarle a Joana el día más oscuro de su vida. Ya no importaba, pero llamaron a la puerta.

Joana dejó que los golpes sonaran un rato, hasta que se dio cuenta de que, en realidad, estaba esperando a su madre y no la continuación de la historia de

aquel ángel caído.

De un salto, se plantó en la puerta principal. La adrenalina corría por su cuerpo mientras se detuvo brevemente antes de abrir la puerta. Era cualquier cosa menos religiosa, a diferencia de su madre o de Kilian, el sacerdote fracasado, pero en ese momento pensó: ¡Dios mío, que sea mi madre esta vez!

Al otro lado de la puerta había dos agentes uniformados de la Guardia Civil. Uno de ellos era Paco. Sostenían sus gorras en las manos y estaban firmes en el pasillo con la mirada caída.

Después Joana solo recordaba vagamente el resto del día. Debía de haberse desmayado. Se hallaba recostada en el sofá la mayor parte del tiempo, mientras una psicóloga le hablaba y le daba té. En algún momento se quedó dormida. Cuando se despertó de nuevo, Kilian se había ido y Maite estaba con ella. Su amiga la abrazó durante mucho tiempo y lloró. La psicóloga se marchó, Joana se volvió a dormir y Maite se quedó con ella toda la noche.

---

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

---

**E**l señor Puertas, quien firmó el certificado de defunción del día anterior, después de dos horas de examinar la suite número quinientos cinco, colgó el teléfono.

En su calidad de fiscal, tenía la facultad de decidir si presentaría o no este caso, sucedido en el mismo hotel en el plazo de una semana a su departamento. Los tres caballeros que intentaban convencerle de ello se sentaron en su despacho a las ocho y media de la mañana: el capitán Morales, jefe del departamento de homicidios de la Guardia Civil de Granada, el teniente Lozano, jefe de la Guardia Civil de Almuñécar y su adjunto, el sargento Paco Medina.

Puertas se aclaró la garganta y miró uno a uno a los allí presentes antes de hablar.

—Tenemos dos cuerpos en el mismo hotel en menos de una semana. Los fallecidos yacían pacíficamente en sus camas. En ambos casos, no hay signos visibles de violencia. Uno es un turista, otro una empleada de hotel. No se conocían. ¿Coincidencia?

El Capitán Morales comenzó a responder, pero fue interrumpido por Paco Medina.

—Pero los dos se conocieron, aunque fuera brevemente. Puertas levantó una ceja.

Paco se enderezó un poco y aclaró la garganta. —Yo mismo vi a Xavier Huber hablando con la señora Ramos Ortiz el día que llegó. Sucedió enfrente de la clínica local. Al parecer, él quería encontrar el camino a este hotel en cuestión. Eso fue lo que la señora Ramos me aseguró en su momento.

El capitán Morales se fijó en el sargento. Ese detalle era nuevo para él

también.

—Bien —dijo Puertas—, así que se conocieron brevemente. Pero mientras no haya una conexión más profunda entre los dos, supongamos que tenemos que estudiar las muertes por separado, ¿no?

El capitán Morales tomó la palabra. —Hay muchas suposiciones antes de que la investigación forense termine. Todo dependerá de cómo murió la señora Ramos.

El fiscal Puertas asintió. —Absolutamente correcto, capitán. Tendremos que esperar a ver el resultado final, pero usted mismo estaba allí cuando el doctor Castillo sospechó que no se trataba de una muerte natural, sino de una historia similar a la del alemán. Y estoy de acuerdo con él: una anciana muere en casa o en un hospital, ¡pero no sola en una suite de hotel a la que no tenía acceso! Así que creo que podemos volver a pensar que ha sido un suicidio. ¿Qué le parece, teniente?

—No me gusta especular, sino ceñirme a los hechos, que siguen siendo escasos. Si suponemos que estamos tratando de nuevo con un suicidio provocado también por un exceso de medicación, entonces existiría una conexión con el caso del alemán, que difícilmente pueda calificarse de coincidencia. Otro punto que no debemos ignorar es el caso de la hija desaparecida, Carmen Soto Ramos.

El fiscal frunció brevemente el ceño, luego se volvió hacia Paco como si la objeción del teniente no tuviera mucha importancia. —¿Los interrogatorios en el hotel revelaron algo? ¿Cómo entró la mujer en esa habitación?

—Hemos interrogado a la mayoría del personal del hotel durante la búsqueda de la señora Ramos —informó Paco—. La señora Ramos se encargaba de la limpieza de la primera y segunda planta. Su tarjeta de acceso también podía abrir las habitaciones de los pisos superiores en caso de tener que sustituir a una compañera de otro piso. —Paco sintió que le ardían los ojos. Agitó la cabeza—. Yo mismo tengo tres hijos, y si uno de ellos hubiera desaparecido sin dejar rastro durante dos años... imagínense el dolor... y encima la muerte de su marido.

El fiscal asintió con la cabeza y hubo una breve pausa.

—Obviamente usted conoce mejor a la señora, sargento Medina —dijo— ¿también cree que eligió esta suite para morir?

Paco estaba pensando. —No quiero afirmarlo todavía, señor. Todo parece indicar que sí, estoy de acuerdo con usted, pero son demasiadas coincidencias para mí. Deberíamos investigar lo que pasó en el hotel la semana pasada.

El fiscal Puertas se recostó en su silla y señaló al teniente Lozano. —¿Y cómo enfocaría esto?

El teniente Lozano aclaró su garganta. —Como indiqué, deberíamos ocuparnos del caso de la hija desaparecida. Ya habíamos empezado con eso cuando Joana Soto denunció la desaparición de su madre. Además, deberíamos arrojar más luz sobre lo sucedido con Xavier Huber. Le pediremos más información a la policía criminal alemana. El hermano del difunto está en Almuñécar, supuestamente para arreglar la repatriación del cadáver.

Paco asintió con la cabeza y complementó los comentarios de su jefe. —El alemán vino al cuartel con Joana Soto. Estaba molesto y parecía convencido de que su hermano había sido asesinado. Por lo que he oído de la señorita Soto, este alemán también estuvo con ella en el apartamento de la difunta un día antes de su muerte. Supuestamente quería saber qué había hablado la señora con su hermano en la calle frente a la clínica. Cuando ayer le di la noticia de la muerte de su madre a la señorita Soto, el alemán también estaba con ella, ¡en el apartamento de su madre! Este Kilian Huber está en el punto de mira, debemos conseguir información sobre él. Quién sabe, tal vez la policía criminal alemana nos diga algo interesante.

El fiscal asintió y se levantó. —Bien. Esperaremos la autopsia aquí, y ustedes, —se dirigió al teniente Lozano y Paco— revisen el caso de la hija desaparecida y averigüen si hay algo raro con este Kilian Huber. No liberaré el cuerpo de su hermano por el momento.

—¿Y los medios de comunicación, señor? —preguntó el teniente Lozano.

El fiscal hizo un gesto de despedida. —El alcalde acaba de llamar precisamente por eso. Caballeros, por el momento, mantendremos silencio y no daremos ninguna rueda de prensa. Basta con una simple explicación por escrito, el nombre de los fallecidos, el lugar del descubrimiento, la causa de la muerte que debe ser aclarada por la autopsia y así sucesivamente. ¡Nada más! Ni siquiera podemos relacionar a este Xavier Huber con la señora Ramos Ortiz, esto solo daría lugar a arduas especulaciones. En caso de que exista una conexión entre ambos y no se hayan ido voluntariamente de esta vida, como todos esperamos que sea, los medios de comunicación seguirán teniendo suficiente material para sus reportajes.

—¿Y su hija desaparecida? —objetó Paco—. Estoy seguro de que la prensa lo descubrirá.

—¡Por supuesto que lo hará! Pero no hay cabida para el caso de la hija en

nuestro comunicado de prensa. Ahora, ¡a trabajar!

---

A la mañana siguiente, Joana se despertó a las nueve y media. Su cabeza aún estaba obnubilada por los sedantes, pero los efectos ya no eran tan fuertes como para ocultar la realidad. Su madre estaba muerta, su padre también y su hermana desaparecida hace dos años. No tenía familia.

Joana empezó a llorar.

Maite la sostuvo en sus brazos hasta que su cuerpo tembloroso se tranquilizó. Se quedaron allí un rato hasta que llamaron a la puerta. Joana se limpió la nariz y Maite fue a abrir.

Era Paco. Maite lo dejó entrar e hizo café. Paco le apretó las manos en señal de consuelo. —Joana, quiero expresar una vez más mis sinceras condolencias.

Joana asintió débilmente.

Paco respiró hondo. —Joana, vengo de una reunión en la oficina del fiscal y quería hacértelo saber. Él decidirá si la fiscalía va a investigar.

Joana bajó la cabeza. ¿No se lo dijo Paco ayer? No podía recordar los detalles.

—¿Cómo murió mi madre?

Paco agradeció a Maite el café y trató de recordar las palabras compasivas con las que informó a Joana, en vano, sobre los detalles de la muerte de Inmaculada el día anterior. —Tu madre fue encontrada por un huésped del hotel ayer a las dos y media de la tarde. Al principio, el cliente pensó que una mujer estaba durmiendo en su suite, así que fue a la recepción a quejarse. Carlos no pudo explicar este malentendido y acompañó al cliente arriba. Ahí es donde encontraron a tu madre.

—¿Pero cómo murió? —repitió Joana.

Paco dudó. Ayer mismo mandaron muestras de tejido a Sevilla por correo urgente para acelerar la investigación toxicológica que normalmente tarda entre tres y cinco días. Con un poco de suerte tendremos el resultado mañana. El doctor Manuel Castillo sospecha, con cierta probabilidad, que Inmaculada murió por las mismas causas que el joven alemán, una sobredosis de medicamentos.

—Todavía estamos esperando el informe de Sevilla y la... —Paco se

calló, pues no soportaba la palabra autopsia. Quería evitarle a Joana la idea de que su madre fuera cortada con una sierra. —El examen forense es hoy —continuó—, pero el experto dice que tu madre murió de una manera muy parecida a la de Xavier Huber. Parece que ella también se intoxicó con medicamentos o...

Joana apretó las manos contra su boca y Paco se detuvo. La joven tardó un rato en reaccionar.

—O fue envenenada —finalmente terminó Joana la frase de Paco.

—Por el momento no podemos descartarlo, aunque no hemos encontrado ningún rastro en la habitación, como en el caso del alemán. Después de los forenses, sabremos más, y hasta entonces...

—¿Pero quién querría matar a mi madre, Paco?

—Como dije, se barajan muchas hipótesis en este momento.

Se calló de nuevo, parecía que Joana no quería escuchar más. Durante un rato permaneció allí, quieta, perdida en sus pensamientos, luego comenzó a llorar y se hundió en el sofá. Maite se sentó a su lado y puso su brazo alrededor de sus hombros. Paco removió la cuchara en su taza, aunque solo quedaba una pequeña cantidad de café frío. Cuando sonó su teléfono, se disculpó, fue a la cocina y contestó la llamada. Solo duró un minuto. Luego colgó e hizo un gesto triunfal con el puño. ¡Por fin! Se apresuró a volver a la sala de estar.

—¡Tengo que irme! Gracias por el café.

—¿Alguna novedad? —preguntó Maite y le bloqueó el paso de la puerta principal. Paco se volvió y miró a Joana, que le devolvió la mirada con ojos vidriosos. Se calló. Todavía no se le permitía abordar este sorprendente punto de inflexión, especialmente no ante Joana, primero necesitaba certeza. —Mmm, tal vez, veamos. ¡Tengo que hablar con mi gente primero! —Luego avanzó, dejando a un lado a Maite y salió al rellano.

Bueno, pensó, mientras esperaba impaciente el ascensor, parece que Xavier Huber e Inmaculada Ramos fueron asesinados. ¡Y ahora sé quién fue!

---

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

---

**E**ra tarde por la mañana, Kilian yacía en su cama mirando el techo. Se compadeció de Joana. El día anterior le hubiera gustado consolarla, pero se fue del apartamento porque Maite y otra mujer, probablemente una psicóloga, se iban a hacer cargo de ella y se sentía fuera de lugar. No había mucho que develar de lo que informó el agente. Una vez más, su deficiente español había frustrado sus cálculos, pero al parecer Inmaculada había sido encontrada en circunstancias misteriosas similares a las de su hermano, al menos así se lo comunicó Maite en pocas palabras.

¿Acaso ese hotel albergaba a un psicópata que envenenaba a la gente sin razón?

Kilian bostezó. Se pasó despierto la mitad de la noche, pensando. De todos modos, la Guardia Civil estaría más alerta ahora y prestarían de nuevo atención a la muerte de su hermano, tal vez, el perpetrador dejó algún rastro en su segundo homicidio que lo traicionaría. Al menos Kilian así lo esperaba.

Salió a la terraza y se estiró. El cielo de Almuñécar estaba nublado, ni una sola tumbona ocupada en la piscina. Tres empleados del hotel estaban de pie hablando con un agente uniformado. Después de todo, la Guardia Civil parecía estar haciendo algo más ahora.

Kilian volvió a la habitación. Sus ojos se fijaron sobre su escritorio, donde aún estaban las notas de su trabajo de detective. De repente se acordó del teléfono móvil.

El teléfono de Xavier, que había cargado en el apartamento de Inmaculada, aún estaba en el coche alquilado. A su regreso del aparcamiento subterráneo, se dio cuenta de que tenía otro problema, introducir un código PIN para activar el teléfono móvil.

Kilian se sentó en el escritorio y pensó. Lo primero que se le ocurrió fue el número cero, tres, uno, dos, el cumpleaños y mes de nacimiento de Xavier. ¡Ese no era! Dos intentos más. Pero los cuatro dígitos del año de nacimiento de su hermano tampoco tuvieron éxito. Desperdició su tercer y último intento antes de que el teléfono volviera al modo de bloqueo automático con su propio código: uno, dos, tres, cuatro.

Por un momento tuvo la tentación de golpearlo contra la pared, pero luego pensó en algo mejor. Kilian activó su propio teléfono, ignoró todos los mensajes recibidos y llamó a la empresa telefónica de Xavier en Alemania. Fingió ser un tal señor Xavier Huber que había olvidado su código. Sabía la respuesta a todas las preguntas personales que le hizo la joven al otro lado de la línea. Al menos hasta ahí conocía bien a su hermano, pensó con amargura. Consiguió el nuevo código, lo anotó y volvió a encender el móvil de su hermano. Tan pronto como se activó, sonaron varias notificaciones; un sinfín de WhatsApp y pitidos, una buena docena de mensajes y llamadas perdidas. Algunos eran anuncios del proveedor, otros probablemente eran de amigos o clientes que, obviamente, aún no sabían que su hermano había muerto. Pero también encontró cuatro llamadas perdidas de un número con el código +45.

El danés...

Kilian se levantó y anduvo de un lado a otro con el pulgar rozando el botón de llamada. ¿Qué podría decir?

Según el registro de llamadas, todas las llamadas con el código de Dinamarca se habían realizado después de la muerte de su hermano, lo que exoneró al danés como un asesino potencial. No era lógico llamar a alguien a quien habías asesinado antes. A menos que el danés lo supiera y quisiera desviar sospechas. Pero, si no hubiera llamado, habría sido mucho más difícil rastrearlo, ya que su número no estaba guardado en el teléfono de Xavier, como pudo descubrir Kilian.

Preguntas sobre preguntas.

Pero lo que necesitaba eran respuestas, así que respiró hondo, apretó el botón de llamada y se puso el teléfono de Xavier en la oreja. Podía oír el latido de su corazón en la sien, así que se quedó allí poco menos de un eterno minuto hasta que saltó el contestador con una voz de ordenador danesa, que probablemente lo invitaba a dejar un mensaje. Colgó maldiciendo y caminó entre la puerta de entrada y la de la terraza, indeciso sobre lo que debía hacer entonces.

No pasó mucho tiempo antes de que sonara el móvil de Xavier. ¡El danés

había devuelto la llamada! Kilian aclaró su garganta y cogió la llamada. —  
¿Sí?

—Xavier, hombre... finalmente puedo localizarte. ¿Por qué no me has llamado antes? ¿Ya has vuelto a Múnich? —el danés hablaba perfectamente alemán con un acento muy suave.

Kilian no encontraba las palabras.

—Hola. ¿Xavier?

—Soy Kilian... —eso es todo lo que alcanzó a decir.

—¿Qué te pasa, Xavier? Te he llamado cuatro veces...

—Yo no soy Xavier. Soy su hermano.

—¿Disculpe? ¡Quiero hablar con Xavier!

—¡Xavier está muerto!

Hubo una pausa durante la cual a Kilian le pareció sentir el aliento del danés en su mejilla.

—Escucha, Xavier, si esta es una de tus bromas, no creo que sea gracioso.

A Kilian no se le pasó el dato de que la voz del danés sonaba desconcertada.

—Es verdad —dijo Kilian—. Desafortunadamente. Llamo porque encontré tu número en el teléfono de Xavier.

—No, no puede ser. La voz...

—Tengo la misma voz por teléfono que Xavier, pero Xavier está muerto. Murió en España de una sobredosis.

Otra vez hubo una pausa. Kilian escuchó cómo se sentaba en una silla. —  
¿Xavier está muerto?

—¡Sí!

—Mierda.

—¿Cómo te llamas?

—Lars Rasmussen, pero apenas acabo de estar con él por... ¿Cómo murió, dices?

Y Kilian le contó todo lo que sabía hasta el momento, incluso cómo había investigado el viaje de su hermano y encontrado su número de teléfono. Solo se guardó sus sospechas de asesinato para sí mismo. Para Kilian ya estaba claro que la persona con la que hablaba no tenía nada que ver con la muerte de su hermano. En el otro extremo de la línea solo había silencio, roto en ocasiones por lamentos en danés.

—¿Te imaginas lo que le pudo pasar a mi hermano después de que te fuiste? —le preguntó al danés.

—No. Tuvimos una pequeña pelea en Granada. Mi vuelo de vuelta a Copenhague partía de Madrid y nos separamos después de visitar la Alhambra. Xavier quería ir a la costa ese mismo día.

—¿Por qué fue la pelea?

—Se trataba de cuándo y dónde nos encontraríamos de nuevo. Quería venir a visitarme a Dinamarca, pero eso no habría sido posible.

—¿Dónde os conocisteis?

—En un bar gay en Sevilla.

—Sabes, ni siquiera sabía hasta hace dos días que mi hermano era homosexual —admitió Kilian y esperó una respuesta que refutara la inclinación secreta de su hermano.

—No eres el único —contestó el danés tras una breve pausa—. Mi esposa tampoco sabe nada de mí. Le confesé a Xavier en la Alhambra que estaba casado y por eso tuvimos la pelea. Estaba decepcionado por no habérselo confesado desde el principio. Y mi esposa también era la razón por la que no podía visitarme, pero ahora... —El danés se puso a llorar.

El dolor de ese conocido de su hermano no tenía nada que ver con Kilian, así que rápidamente murmuró unas pocas palabras de despedida y dio por concluida la conversación.

Una cosa estaba segura, el danés no era el asesino potencial de su hermano y todas sus investigaciones habían sido en vano, excepto que tenía que vivir con la certeza de que su hermano le había ocultado su homosexualidad durante toda la vida.

El dolor de Kilian por la muerte de su hermano seguía tan presente como el primer día. Y sus nuevos descubrimientos sobre Xavier hicieron que su dolor creciera aún más, porque le hicieron darse cuenta de lo superficial que había sido su relación fraternal. Definitivamente, ya era demasiado tarde para mejorar esta relación y crear una base sólida de confianza, una que le hubiera permitido a Xavier hablar con él sobre todos los temas, incluyendo su homosexualidad.

Tendido en su cama, Kilian continuó reflexionando hasta que el sueño lanzó sus pensamientos al vacío.

---

Unas voces y pisadas lo sacaron de su sueño. Kilian abrió los ojos y miró las

caras serias de los cuatro guardias civiles uniformados que rodeaban su cama. Se levantó conmocionado y tan bruscamente que el agente más joven se sintió obligado a desenfundar la pistola, algo que probablemente no parecía haber hecho a menudo en su carrera, a juzgar por su torpeza.

En la cabecera de la cama estaba el gerente del hotel, que parecía el más sombrío de todos. El joven pistolero de la Guardia Civil tiró de Kilian por la manga y señaló sus Timberlands. Mientras Kilian se ataba las botas, los oficiales hablaban como si estuvieran en una discoteca abarrotada. Nadie, ni siquiera el director, se esforzó por explicarle en inglés lo que significaba todo aquello, pero aun así sabía lo que le estaba sucediendo cuando, flanqueado por dos agentes, salió de su habitación de hotel. Acababa de ser detenido.

Se dejó llevar sin decir una palabra. Estaba conmocionado por el arresto, pero se dijo a sí mismo que ese malentendido pronto se aclararía. Sin embargo, las cosas parecían diferentes en ese momento. Los oficiales lo arrastraron por el vestíbulo como a un criminal peligroso, solo faltaban las esposas para la operación policial perfecta. Algunos huéspedes y personal del hotel se volvieron hacia él con asombro, especialmente Maite, quien le miró con una mano puesta delante de su boca, mientras que con la otra buscaba a tientas el teléfono para difundir la noticia lo más rápido posible.

Los agentes lo empujaron a través de la puerta giratoria, detrás de la cual lo esperaba un coche patrulla con el motor en marcha. Kilian fue forzado a entrar en la parte trasera del vehículo. Dos de los uniformados lo acompañaron sentándose a cada lado antes de que se cerraran las puertas. Un agente le empujó, y el vehículo empezó a moverse. Ninguno de los dos habló con él durante los quince minutos de trayecto y cuando pararon, el ya conocido edificio del cuartel de la Guardia Civil se alzaba ante él.

Dentro, sus compañeros intercambiaron unas palabras con un hombre de traje, que iba asintiendo por el pasillo. Kilian fue trasladado hasta una habitación situada en el extremo derecho. La celda tenía una ventana diminuta a través de la cual ni siquiera un niño podría pasar, pero aun así estaba enrejada. Cerraron la puerta por fuera y Kilian se quedó solo.

En el centro de la habitación había una mesa con cuatro sillas, y a ambos lados estantes repletos de carpetas. Estaba encerrado. Aunque, aparentemente ese habitáculo no era una celda, sino más bien una combinación de sala de interrogatorios y almacén: Kilian sintió una paralizante impotencia, como cuando estuvo en prisión. Se hundió en una de las sillas, pero tuvo cuidado de no mirar el archivo gris, que descansaba en la mesa frente a él. Conocía las

tácticas de hacer esperar a un sospechoso, de los thrillers de TV. Era una manera efectiva de poner nerviosos a los criminales. Pero su realidad era diferente. Ya estaba bastante asustado, a pesar de la certeza de que no había hecho nada malo. Después de todo, se resistió a la tentación de llamar a la puerta. Tal vez tuvieran que conseguir un intérprete para interrogarlo, pero, ¿qué querían preguntarle?

Pasó casi una hora antes de que se abriera la puerta. Entraron tres personas, el teniente Lozano, como revelaba la chapa de su solapa, el sargento Paco Medina, con quien ya había hablado, y Joana.

Aliviado, se levantó y se acercó a ella. —Joana, siento mucho lo de tu madre. Quiero trasladarte y que conozcas, mi sincero...

De repente, sintió un fuerte golpe en la mejilla. Atónito, miró la temblorosa mano de Joana, ahora sostenida por Paco, para evitar más bofetadas.

—¡Eres un maldito mentiroso... y un asesino! —gritó Joana.

El teniente le habló en español y Kilian volvió a sentarse en su silla. Con la mano en la mejilla observó cómo los agentes intentaban calmar a Joana hasta el punto de que pudiera hacer cumplir su trabajo. Finalmente se volvió hacia él. —Solo estoy aquí porque la Guardia Civil no pudo encontrar otro traductor tan rápido, de lo contrario, créeme, no te diría ni una palabra porque eres un maldito... —La voz de Joana se quebró.

—Joana, realmente no sé de qué se trata todo esto —dijo Kilian con el tono de un colegial reprendido erróneamente por su maestro.

—Cállate —dijo ella.

Paco aclaró su garganta y sacó una grabadora. Antes de pulsar el botón de grabar, habló con Joana. Kilian entendió la palabra “tranquila” tres veces, sabía qué significaba. Entonces Joana señaló el micrófono y le explicó. —Debes decir tu nombre, tu fecha de nacimiento y tu dirección alemana.

Kilian hizo lo que le ordenaron. El teniente agregó el lugar, la fecha y la hora del interrogatorio en español y luego se dirigió a Joana de nuevo en su función como intérprete.

—Te informan sobre tus derechos y te preguntan si conoces a un abogado al que quieras llamar.

—Joana. ¡No he hecho nada, maldita sea!

—¡Díselo a tu confesor y responde a la pregunta!

—¡No, no necesito un abogado!

Joana trasladó la información y continuó con la interpretación. —El

teniente pregunta si sabes por qué estás aquí.

Kilian agitó la cabeza. El señor Lozano le hizo una señal indicándole que tenía que decir la respuesta en el micrófono. Kilian se inclinó. —No, no sé por qué me arrestaron —Joana tradujo.

—Dicen que esto no es un arresto, sino un interrogatorio. Después de eso, el fiscal debe decidir sobre una orden de arresto.

El teniente leyó algo en un fax y Joana se sentó en una silla con gesto de querer abalanzarse sobre Kilian de un momento a otro.

—La Guardia Civil ha pedido información sobre ti a la policía criminal de Múnich y han salido a la luz muchas cosas.

¡Por ahí van los tiros! Los españoles habían preguntado en Alemania. Ahora entendía la ira de Joana. Miró fijamente una mancha del tablero de la mesa y esperó los acontecimientos que inevitablemente vendrían. Joana le hizo otra pregunta, pero sonó vacía, como si fuera de lejos.

—... que estás bajo tratamiento psiquiátrico. ¿Es eso correcto?

No se movió.

—Debes responder —instó Joana.

—Sí, a veces visito una terapeuta.

Joana no esperó las preguntas de los agentes, sino que preguntó ella misma. —¿Y por qué necesitas ayuda psicológica?

—¡Joana, por favor, esto no es asunto de nadie!

Ella quería responder, pero el teniente intervino. Él dirigía el interrogatorio, lo dejó claro. Joana lo escuchó un rato y luego dijo con voz extrañamente sofocada. —El informe de Alemania dice que ya envenenaste a alguien con medicamentos una vez... ¿es cierto?

Kilian respiró fuerte y miró al suelo.

—¿Hiciste eso? —Joana repitió y golpeó la mesa con su puño.

—¡Si está ahí, debe haber sido *exactamente* así!

Joana no podía quitarle los ojos de encima. —La policía alemana dice que envenenaste a tu propia madre. ¿Es eso correcto?

Kilian levantó la vista. —Sí —dijo en voz baja—. Maté a mi madre con medicamentos.

---

## CAPÍTULO VEINTICINCO

---

**E**staba sentado en su bote de pesca cuando el teléfono móvil que tenía en el bolsillo de sus vaqueros comenzó a vibrar. Solo podía ser ella. Ni siquiera las tres horas de tiempo libre que tenía entre el turno de mediodía y el de la noche le dejaba en paz. Ignoró la llamada, sacó un papelillo y metió sus dedos en una bolsita de hierba de la caja del pescador, distribuyendo el contenido con poca moderación entre el tabaco. Justo cuando lo estaba encendiendo, volvió a sonar el teléfono. Maldijo y sacó su móvil. —¿Qué es lo que quieres?

—¿Sabes que Inmaculada está muerta?

—Por supuesto que lo sé —contestó enfadado. ¿Quién no lo sabe? Solo se hablaba de eso en el hotel.

—Sí, por supuesto que lo sabes... —Tenía ese tono quejumbroso otra vez. Eso no le gustaba nada. Hubo una pausa durante la cual escuchó a Elena suspirar.

Espera un minuto, ¿qué acababa de decir? Por supuesto que lo sabes, ¿qué se supone que significaba eso?

—Seguro que tú lo sabías el primero —continuó Elena con voz más firme—. ¡Porque tú la mataste!

—¿Qué? —se levantó tan violentamente que su barco se balanceó y provocó olas en el mar, como si aquella llamada hubiera desencadenado un terremoto, en cuyo epicentro se encontraba él ahora—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Espero por tu bien que no vuelvas a mencionar esa estupidez, o...

—¿O si no qué...? ¿Vas a matarme a mí también?

—¡Basta ya! ¿Estás sola? Eso espero, por tu bien. ¡Eso espero, de verdad!

Porque si alguien se entera de esta acusación totalmente estúpida, que solo puede haber surgido de tu imaginación infantil...

—Pero es una extraña coincidencia, ¿no crees? —le interrumpió.

—¿Qué clase de coincidencia?

—¡Bueno, le conté a Inmaculada nuestro secreto y tres días después aparece muerta!

Se quedó helado.

—Tú no hiciste eso —susurró—. —¡Di que eso no es verdad!

—Y si lo hice qué más da —dijo Elena —¡Ahora que la has matado, ya no es un problema! ¡Pero voy a llamar a la Guardia Civil y contarles todo lo sucedido!

Se estaba mareando. Pero no era por la marihuana, sino por pura ira.

—Maldita hija de... —gritó, se sentó bruscamente en el banco de madera y lanzó el porro al mar. Así no llegaba a ninguna parte. La situación comenzaba a agravarse. Su táctica anterior de insultarla e intimidarla no funcionaría en el futuro. Pero Elena era afortunadamente fácil de manipular. Era hora de cambiar de estrategia. —Escucha, querida, lo que dices no puede ser verdad. Tengo una coartada y no tengo acceso a la habitación donde fue encontrada Inmaculada. —Ninguna de las dos cosas era totalmente cierta, pero sería suficiente para Elena—. Sé que estás enfadada conmigo, pero eso no es motivo para lanzar falsas acusaciones, Elena. Yo tampoco me siento bien por nuestra pelea y he estado pensando mucho en nosotros estos últimos días. —Se calló esperando una reacción.

—¿Sí? —susurró finalmente Elena.

—Sí, he estado pensando en nosotros y creo que deberíamos volver a llevarnos bien. Eso era lo último que quería, pero si era verdad que ella empezaba a contar esa vieja historia, él no tendría otra opción que hacer las paces con ella para mantenerla callada. —Cariño, quiero que nos encontremos y hablemos tranquilamente. ¿Qué piensas?

—Sí, pero...

—Nada de peros, mi amor. Te veré en la roca. No puedo ir hasta dentro de tres días porque mi madre está enferma, pero te veré entonces, ¿de acuerdo?

—¿Qué le pasa a tu madre?

Volvió a sonreír. A su madre solo le faltaba la atención de su padre infiel, de quien se vengaba con la ayuda de Johnnie Walker. Pero a la belga de piernas largas de la habitación número ciento diecinueve solo le quedaban tres días para su partida y tenía que aprovechar cada minuto con ella. —Mi madre

tiene neumonía, querida. Te llamaré y te haré saber cuándo podemos vernos.

—¡Sí, cariño, te echo de menos!

—Yo también, y, por favor, olvida lo que dije antes y yo lo olvidaré también, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —Le lanzó un beso por el móvil.

Terminó la conversación y miró al mar. Una gaviota graznó en algún lugar por encima de él, esperando capturar un pez para comerse sus entrañas, pero él enrolló la caña. La diversión se había acabado. No, no olvidaría esa llamada. Especialmente aquella sugerencia. ¿Me matarás a mí también?

Esa no es una idea tan estúpida para variar, Elena, pensó, y puso en marcha el motor fueraborda.

---

—¡Joana, puedo explicártelo! —suplicó Kilian.

—No veo que haya nada que explicar. Tengo que salir de aquí. —Joana se levantó y salió de la habitación. Paco Medina la siguió, y Kilian vio que el agente le hablaba afuera. Al parecer estaba tratando de convencerla de que continuara con el interrogatorio.

Mientras tanto, el teniente se abanicó con el fax llegado desde Alemania y esperó hasta que la gente se hubiera calmado. Finalmente, Joana regresó a la sala a regañadientes, el teniente le dio las gracias y ella volvió a asumir el papel de intérprete.

—El teniente dice que este informe señala que envenenaste a tu madre, más precisamente, con una mezcla de somníferos, analgésicos y morfina. Exactamente de la misma manera que murió tu hermano Xavier.

—¡Ya basta de insinuaciones! —Kilian dio un puñetazo en la mesa—. ¡Este informe contiene un montón de mierda!

La puerta se abrió, dos agentes entraron en la habitación y lo agarraron por los brazos. El teniente trató en vano de calmar a Kilian. —Pregúntale si este fax también dice *por qué* “maté” a mi madre, como dicen. ¡Pregúntale, eso!

Los oficiales empujaron a Kilian hasta su silla y lo dejaron tranquilo, pero se mantuvieron alerta. El teniente hojeó el fax.

—En el informe no habla de ningún motivo, —tradujo Joana.

Kilian resopló. El teniente se volvió hacia Joana, pero Kilian le interrumpió. —No, no, ahora me toca preguntar a mí. ¿Por qué diablos estoy

aquí? ¿De verdad creen que maté a mi hermano?

—...y a mi madre —añadió Joana.

—¿Qué? No puede ser verdad. ¿Por qué querría...? ¿Sabes qué? Esto se está volviendo demasiado estúpido para mí. No diré nada más.

Joana intercambió unas palabras con los guardias. —Entonces dinos por qué mataste a tu madre.

Kilian agitó la cabeza. —Joana, ya no importa. Fui condenado y cumplí mi sentencia en prisión. —Señaló con un gesto a los dos oficiales—. Así que ya no es asunto tuyo. Cuando mi hermano murió en Almuñécar, yo estaba en Alemania, y cuando tu madre desapareció, yo estaba contigo. ¿Qué más quieren de mí?

Joana asintió apenas perceptiblemente. Los oficiales seguían hablando. — Dicen que quieren resolver el caso y deben seguir todas las pistas.

Kilian aplaudió. —¡Já! Pensé que no existía ningún caso. Al menos en lo que respecta a mi hermano, se decidió inmediatamente que era un suicida.

—Kilian, por favor. Para mí tampoco es fácil. Mi madre murió, y todo lo que sé hasta ahora es que tú podrías... —Joana suspiró y se limpió la cara con la manga—. Y luego incluso admites que también mataste a tu propia madre —añadió.

Kilian se agachó para tomar sus manos. Los dos uniformados no intervinieron y Joana tampoco retiró las manos. —Joana, siento muchísimo lo de tu madre, al menos eso puedes creerlo. Y si tienes alguna duda de que yo tuve algo que ver, por favor, vete ahora mismo. Me conseguiré un abogado alemán.

El teniente trató de redirigir la conversación al interrogatorio, que estaba siendo grabado, pero Joana lo ignoró.

—No pareces el tipo de hombre que mata a su madre.

Kilian apretó sus manos. —Joana, tan pronto como esto termine... te prometo que te lo contaré todo. Pero no aquí ni ahora. Ya se lo expliqué a la policía y al tribunal en Alemania, y ellos no lo entendieron, así que ¿por qué deberían entenderlo las autoridades españolas? Por favor, confía en mí, no es lo que parece en absoluto. —Con un dedo le retiró un rizo de la cara.

Joana intercambió unas palabras con los agentes. —Quieren saber por qué viniste a España —dijo.

—¡Porque quería saber qué le ocurrió a mi hermano! ¿Por qué si no?

—Preguntan si tu hermano tomaba medicamentos regularmente, algo para trastornos psiquiátricos, analgésicos, pastillas para dormir.

—No. Diles que es un misterio. Xavier casi nunca estaba enfermo y no creo que tomara esas pastillas.

Joana pasó la información.

—¿Puedes imaginarte cómo consiguió la morfina?

—No, no lo sé —contestó Kilian.

La siguiente pregunta vino de Paco. —El sargento quiere saber si tú tomas regularmente alguna medicación.

Kilian asintió. Comenzó a sentir que los dos agentes tenían que hacer sus preguntas para acercarse a la resolución de la muerte de Xavier e Inmaculada, así que decidió aferrarse a la verdad. —Además de aspirinas, tomo algún fármaco psicotrópico y, a veces, somníferos, pero no regularmente.

—¿Tomas algún medicamento para trastornos psiquiátricos?

—De vez en cuando, especialmente en días como estos —intentó sonreír.

—Quieren saber si hay alguien que pueda testificar que estabas en Alemania el veintiuno de abril, el día que murió tu hermano. —Ella puso su mano titubeante sobre su rodilla. —Ya les dije que estabas conmigo la mayor parte del tiempo cuando mi madre desapareció.

—Gracias. En Múnich, mi socio y otras personas pueden confirmar mi presencia ese día.

Joana asintió. Los agentes consultaron el caso durante un rato. Después, el teniente apagó la grabadora, se levantó y salió de la habitación. Se llevó a los dos centinelas que estaban sentados junto a la silla de Kilian. Después de eso, todo se tranquilizó un momento. Paco se levantó, abrió la ventana y encendió un cigarrillo. El ruido de una sirena penetró en la sala y Joana esperó hasta que dejó de sonar para preguntarle a Paco qué estaba pasando.

—El teniente está hablando con el fiscal —respondió el sargento.

—¿Arrestarán a Kilian?

Paco echó una bocanada de humo por la ventana. —No lo creo. No tenemos nada concreto, excepto que se ha comportado de manera sospechosa y que mató a su madre en Alemania.

Kilian la miró. Quería saber qué pasaba, pero Joana se veía liberada de sus obligaciones como traductora por el momento. Se volvió hacia Paco otra vez. —Kilian prometió contarme por qué mató a su madre, pero dice que no es lo que parece.

Paco señaló el fax. —Pero eso es lo que dice el informe de allí y él lo admitió. En cualquier caso, haremos que la policía criminal alemana compruebe si estuvo en Múnich el veintiuno de abril —Paco se atusó el

bigote.

Joana se quedó pensativa un buen rato. —No fue él, Paco. Él no es el asesino —dijo finalmente.

—No puedo confirmarlo ni descartarlo en este momento. Solo te aconsejo que tengas cuidado con él.

—Pero, en primer lugar, ¿cómo pudo haber cometido estos crímenes? Tú, como investigador, deberías tener una respuesta antes de sospechar de él, ¿no?

—Mira, esto es Almuñécar, no Nueva York. No solemos tratar con asesinos aquí. Ni siquiera sabemos si fueron asesinatos, pero tal vez este tipo es más inteligente de lo que pensamos. Tal vez puso una chocolatina llena de morfina en la bolsa de viaje de su hermano, que, por casualidad, se comió en la habitación del hotel. Tal vez tuvieron una disputa sobre la herencia de la que no sabemos nada. Y tal vez hasta puso algo en el café de tu madre cuando lo llevaste a... —Paco se calló y tiró el cigarrillo por la ventana después de una última y profunda calada. Disculpa, por favor. Es todo muy hipotético.

Joana señaló a Kilian con el dedo. —¿Encontraste alguna envoltura de una chocolatina en la habitación? ¿Y cómo es posible que mi madre, después de tomar un café envenenado por la tarde, tomara un taxi al hotel a las tres de la mañana?

Paco hizo un gesto con los brazos para defenderse. En ese momento se abrió la puerta, el teniente entró e informó a Joana sobre su decisión. Joana se volvió hacia Kilian. —Escucha, Kilian —dijo ella y le puso la mano en el hombro—. Dicen que puedes irte. Tendrás que entregar tu pasaporte temporalmente y no podrás salir del país.

Kilian asintió y se levantó. Intentó ignorarla, pero ella le agarró del brazo. —¡Mírame y dime que no tuviste nada que ver con esto!

—Mi hermano y tu madre han sido asesinados. Por qué y por quién, no lo sé. De todos modos, no fui yo, pero puedo entender que no quieras tener nada más que ver conmigo, así que... ¡Adiós, y cuídate!

---

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

---

Cuatro días después de la muerte de su madre, Joana se incorporó al trabajo. Sus compañeros la intentaron consolar, incluso Carlos le dedicó algunas palabras de consuelo, aunque no le resultó fácil. La prensa informó sobre las misteriosas muertes en todo el país y, como consecuencia, habían recibido las primeras cancelaciones para la próxima temporada alta. Además muchos de los empleados del hotel parecían estar demasiado ocupados en aumentar los chismes y especulaciones sobre las muertes con su propia imaginación y presentarlos como el último avance de la investigación. Dos señoras de la limpieza y un ayudante de cocina no fueron a trabajar por temor a ser envenenados.

Por otro lado, la Guardia Civil se enfrentaba a un dilema. Según mostraban los resultados de la muestra de tejido realizado en Sevilla, Inmaculada Ramos Ortiz había muerto por una mezcla de medicamentos igual que la del joven alemán. Además, habían encontrado una dosis letal de morfina en las muestras de tejido de Inmaculada, lo que conectaba irremediabilmente ambos casos.

El análisis de huellas del laboratorio de Madrid no reveló nada especialmente significativo. Las habitaciones del hotel habían sido limpiadas por el personal de limpieza el día antes de que se encontraran los cuerpos. Pero no era de extrañar que en la habitación y en el baño se encontraran cabellos y huellas dactilares que podrían proceder de cualquier huésped, puesto que las habitaciones no se limpiaban tan a fondo.

Joana pasó los días anteriores de su regreso al Palace sola en casa. Apenas comió y trató de dormir atiborrándose a pastillas para no pensar, de lo contrario habría estado llorando por su madre la mayor parte del tiempo. Lo único que la reconfortaba era que su madre no tendría que sufrir más por el

misterio de la desaparición de Carmen.

Joana hablaba con Paco dos veces al día, él le informaba sobre el estado actual de las investigaciones, pero ella también tenía sus propias conclusiones. Si el hermano de Kilian no hubiera muerto de la misma manera que su madre, ella habría creído en el suicidio, pero en vista de los trágicos acontecimientos, uno tenía que sacar conclusiones diferentes. Sin embargo, no podía imaginar quién podría haber envenenado a su madre.

---

Kilian pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, evitando el vestíbulo por el que había sido arrastrado como un criminal. Llamó de nuevo al consulado y explicó que no podía salir del país en ese momento, porque había tenido que entregar su pasaporte. Pidió a la señora Schimmler que preguntara a la Guardia Civil sobre el estado de la investigación, pero su disposición a ayudar se redujo a cero cuando ésta se enteró de que Kilian estaba siendo investigado.

Habló con su socio Philipp en Múnich y le informó de que Xavier seguía en la cámara del Instituto Anatómico Forense y que esto retrasaría su viaje de regreso. Se guardó para sí el hecho de que realmente no se le permitía salir del país porque sospechaban de él.

Kilian pensó mucho en Joana y en la bofetada en la cara, y se culpó a sí mismo por su secretismo. No se abrió a Joana lo suficiente, pero ¿cómo podría haberlo hecho con su historial? La Guardia Civil le interrogó después de obtener la información pertinente de la policía de Múnich, pero no deberían haberle dicho a Joana que podría tener algo que ver con la muerte de su madre. Para la afectada Joana eso era razón más que suficiente para abofetearlo. Pero no la culpó, le gustó su temperamento que, de repente, se encendía como se apagaba en cuestión de minutos.

Kilian tomó una de sus píldoras y notó que las provisiones se estaban agotando. Estaba zapeando sin sentido cuando llamaron a la puerta. Eran las doce menos veinte. El corazón de Kilian se aceleró. Se puso una camisa, se acercó a la puerta y puso la mano en la manilla. ¿Era la Guardia Civil o tal vez el gerente del hotel para aconsejarle que dejara la habitación? Respiró fuerte y abrió la puerta.

—¡Joana!

—Hola, Kilian.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás trabajando de nuevo?

—Desde esta tarde. No podía soportar más en casa. ¿Puedo pasar?

—Por favor. ¡Vaya, esto sí que es una sorpresa! Pensé que no te volvería a ver... Bueno, ya sabes... —se hizo a un lado.

Joana asintió como si hubiera estado pensando lo mismo hasta hace poco. —Quería continuar nuestra conversación, pero sin agentes. Después de eso, me disculparé por haberte abofeteado o te abofetearé de nuevo. —Entró en la habitación y a Kilian le pareció vislumbrar una sonrisa.

—Ajá, en ese caso, deberíamos pedirle a un agente que esté presente en la entrevista. —Cerró la puerta y apagó la televisión. Luego siguió a Joana a la terraza donde se sentó en una silla de plástico.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó.

Joana agitó la cabeza y señaló la silla a su lado como si fuera la anfitriona. —En serio, he estado pensando mucho en los últimos cuatro días, especialmente sobre mi madre y su muerte, pero también sobre ti y las cosas que dijiste. —Joana miró hacia el cielo estrellado, y Kilian esperó hasta que continuó hablando—. Se supone que no debería estar aquí. El personal del hotel no tiene permitido quedarse en privado en las habitaciones y, además, si añadimos que has estado en la cárcel por matar a tu madre... Bueno, lo que quiero decir es que no eres una buena compañía para mí, pero estoy aquí porque nada tiene sentido.

Ella apartó la mirada de las estrellas y lo miró directamente a los ojos.

—Bien —Kilian apoyó los pies en la balaustrada y empezó a hablar—. Xavier y yo crecimos en un pequeño pueblo de la Baja Baviera. El lugar se llama Riedhofen y tiene seiscientos, tal vez, setecientos habitantes, no es tan importante. Así que es una bazofia. Yo vivía en una granja con mi hermano y mi padre, Leopold, a quien llamaban el campesino pelea en el pueblo. No era muy sociable y siempre tenía problemas con sus vecinos debido a los límites de las tierras. A sus dos hermanos también les declaró la guerra por la herencia. Muchos domingos, después de misa, a la hora del Frükschoppen se sacaban a relucir los trapos sucios.

—¿Qué es un Frükschoppen? —Joana lo interrumpió.

Kilian sonrió. Joana hablaba un alemán excelente, pero no podía saberlo. —Una pinta matutina, una especie de brunch rural. Una reunión amistosa al final de la mañana, sobre todo después de salir de la iglesia. Comemos salchichas blancas y bebemos cerveza. —Él la miró—. ¿Por qué hablas tan

bien alemán? ¿Lo estudiaste en la universidad?

—Por la práctica.

—¿Hay muchos alemanes con los que practicar aquí?

—No aquí no, sino en Alemania, donde hice mis prácticas.

—¿En serio? ¿Dónde?

—¿No queríamos hablar de ti?

—Seguiré, déjame adivinar, ¿en algún lugar del norte, en Baja Sajonia o Hamburgo?

—Hamburgo.

—¿Y cuánto tiempo estuviste allí?

—Un semestre haciendo un intercambio de estudiantes. Y luego todo el verano.

—Uh, y luego todo el verano, suena como si hubieras tenido un profesor particular.

Pero Joana no aceptó la broma. —¿Dónde estábamos? —dijo abruptamente—. ¿Así que tu padre no era muy popular?

Kilian había perdido el hilo. ¿Habría tenido Joana algún novio alemán? ¿Uno de Hamburgo? ¿O tal vez todavía lo tenía?

—No, um... No era un buen padre. De pequeños nos hacía trabajar en la granja y nunca estaba contento con nosotros. Antes de acudir a la escuela teníamos que ir al granero para alimentar a las vacas y después de la escuela al campo. Otros niños campesinos tenían obligaciones similares, pero no eran... —Se calló.

—¿No eran qué?

—No les daban palizas por cualquier cosa insignificante. Pero eso fue hace mucho tiempo. Xavier debería haberse hecho cargo de la granja y yo, bueno, elegí al cura del pueblo, que también era mi profesor de religión en la escuela, como mi figura paterna. Yo era su monaguillo. Las horas en la iglesia y las pocas excursiones de la juventud católica fueron mis mejores momentos en ese tiempo, especialmente porque no tenía que trabajar en la granja. Mi padre sustituto finalmente me sugirió que me hiciera sacerdote. Sin pensarlo mucho, dije que sí. Pero no le dije la verdadera razón, yo buscaba refugio del tirano de mi padre en la Iglesia Católica.

Joana puso los pies al lado de los de Kilian en la balaustrada e hizo una señal para que continuara.

—El sacerdote se convirtió en mi mentor. Cuando dejé la escuela secundaria, quiso enviarme a un internado del monasterio, donde podría

graduarme, pero mi padre tenía que dar el consentimiento primero. El sacerdote habló con él y mi padre aceptó a condición de que mi educación no le costara nada. Así que llegué a ese internado cuando tenía quince años: a cien kilómetros de mi padre y de la granja. Pero también dejé solo a mi hermano, que tenía que trabajar aún más duro. Solo iba a casa en las vacaciones escolares y, entonces, ayudaba. El sacerdote a veces me visitaba en el internado para ver cómo me iba. La preparación era dura y estricta, pero la superé bien. El sacerdote pagó los gastos, o desvió algunas donaciones de la iglesia, no sé exactamente. Al menos pasaron los años y llegué a Passau al seminario, donde comenzó mi formación como clérigo. Cuando solo llevaba allí tres meses, me enteré de que mi hermano había abandonado la granja para trasladarse a Múnich.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con su homosexualidad? —preguntó Joana.

—Ahora echando la vista atrás, supongo. Pero seguramente también influyó el que no se llevara bien con nuestro padre. Le contó a Joana que su padre había perseguido a Xavier amenazándole con una horquilla fuera de la granja como un perro rabioso. —Tres años después, mi padre murió de un ataque al corazón y Xavier ni siquiera asistió al funeral.

—¿Qué hay de tu madre?

—Bueno, nuestra madre se puso muy enferma desde que Xavier dejó la granja. Cuando mi padre murió, alguien tenía que cuidar de ella y de la granja. La pregunta era, ¿quién? Yo estaba a punto de ser sacerdote y mi hermano había terminado su formación y trabajaba en un banco. Ninguno de nosotros quería volver, pero alguien tenía que hacerlo.

—¿Y ese eras tú?

—Exactamente. Explicué el problema en el seminario y decidieron que podía interrumpir la formación durante un año. De vuelta a Riedhofen, los vecinos del pueblo me odiaban. A mi hermano y a mí nos culpaban de la muerte de nuestro padre, a quien nunca pudieron soportar, e incluso por lo del cáncer de nuestra madre. Por aquel entonces, el sacerdote había fallecido, así que estaba solo. Mis antiguos amigos también se habían mudado o no querían saber nada de mí. Mi madre estaba cada vez más débil, hasta que al final no podía levantarse de la cama. Pero tampoco quería ir al hospital y rechazó estrictamente la quimioterapia. Al principio intenté ocuparme de todo, pero no lo logré. En ese momento pensé que Dios me daría la fuerza que necesitaba, pero... —agitó la cabeza—. Así que contraté a una joven ayudante para que

cuidara de mi madre y del hogar, mientras yo trabajaba en la granja con un peón. La joven hizo un buen trabajo y era guapa... Ella también quería cuidar de mí. Bueno, estoy seguro de que puedes imaginarte lo que sucedió después. Pero no podía ser. Yo seguía queriendo ser sacerdote. Y para no tener pensamientos impuros, un día despedí a la joven.

Joana alzó las cejas. —¿Y dónde estaba tu hermano en todo ese tiempo?

—En Múnich. Ya era suficiente que uno de nosotros sacrificara su vida por la granja. Joana, fue en esos días cuando dudé por primera vez de mi fe. Mi madre se estaba consumiendo y los médicos no podían ayudarla. Ella no quería. Solo deseaba morir y me decía esto todos los días: Kilian, déjame morir, por favor.

Kilian entró en la habitación y cogió una botella de cerveza del minibar. Se la ofreció a Joana y ella le dio un trago.

—El médico, que venía cada dos días, dijo que a mi madre solo le quedaban semanas, a lo sumo meses de vida. La quimioterapia solo retrasaría la muerte y a ella la debilitaría mucho. Así que le recetó generosas dosis de pastillas y morfina.

Kilian miró fijamente al mar Mediterráneo brillando bajo la luz de la luna.

—Puedes imaginarte el resto. Esa noche, su dolor era particularmente severo y yo le estaba administrando la medicación. Entonces me miró y agarró con su delgada mano rogándome... Yo agité la cabeza. No puedo hacerlo mamá, le dije. Pero ella me atrajo hacia sí entre susurros. Acerqué el oído a sus labios. —Es la voluntad de Dios, y tú eres el siervo de Dios, Kilian. Líbrame de mi sufrimiento—. Y así lo hice. Le di todo de una vez. Y luego le cogí la mano hasta que murió.

Joana se limpió la nariz, deslizó la silla al lado de la de Kilian y puso su brazo alrededor de sus hombros. —No has hecho nada malo, Kilian y te pido disculpas por mi pequeño desliz, —levantó la mano con la que le había abofeteado.

—Después de todo, maté a mi madre...

—Pero eso es diferente, ella habría muerto de todos modos, entiendo por qué lo hiciste.

Kilian agitó la cabeza. —Fue eutanasia, Joana. Y eso está prohibido en Alemania. Llamé al médico y le conté todo. Sí, y también admití que le ayudé. Poco después llegaron un médico que no conocía, un coche fúnebre y la policía. Tuve que hacer una declaración y, como candidato a sacerdote que no estaba acostumbrado a mentir, cumplí con el octavo mandamiento. No dirás

falsos testimonios ni mentiras. Pero aquella verdad cambió mi vida y con una pequeña mentira, todo habría sido diferente.

Joana le agarró el brazo, tomó la botella de cerveza de la mano de Kilian y bebió.

—Hice una declaración a la policía... sin un abogado —continuó—. Un sacerdote es juzgado por Dios y no necesita consejo legal, pensé entonces. Hoy soy más inteligente porque el código penal es mucho más complicado que los Diez Mandamientos. Distingue entre eutanasia pasiva y activa. La eutanasia pasiva, como no proporcionar más cuidados a un paciente gravemente enfermo o ayudar a las personas a suicidarse, está exenta de castigo. Por ejemplo, si yo hubiera preparado a mi madre el té con la medicina y la morfina y ella misma se hubiera llevado el vaso a la boca, habría muerto por iniciativa propia, entonces no se habrían presentado cargos. Pero aquello fue eutanasia activa. Le puse la taza de té en la boca, ella estaba demasiado débil para eso. Y esa pequeña diferencia significó cinco años de cárcel para el juez.

—¿Cinco años?

—Sí, máximo, pero normalmente no se imponen tales sanciones. El juicio con el fiscal, el abogado defensor, el juez y las comparecencias fueron horribles. El juicio salió muy mal. El fiscal, un oponente estricto de tales prácticas, tenía mucha más experiencia que mi defensor de oficio. La joven que contraté a la que no le gustó que la despidiese, afirmó ante el tribunal que mi madre no estaba tan enferma, simplemente yo no quería seguir cuidándola. Además, el médico del hospital que trató a mi madre al principio dijo que habría tenido la posibilidad de recuperarse, si hubiera recibido quimioterapia a tiempo. Pero, en ninguna parte se mencionó que ella se negó a recibir esa quimioterapia. El otro médico que podría haber testificado y que me aseguró en ese momento que a mi madre le quedaba poco tiempo de vida, con o sin quimioterapia, ni siquiera fue llamado a declarar. Y en el pueblo corría el rumor de que yo había matado a mi madre para conseguir la herencia, aunque consistiera solo en una granja poco rentable económicamente y cargada de deudas. De modo que el fiscal ganó el caso. Tuve suerte en ese momento. Fui sentenciado por el juez a solo ocho meses. Estuve en prisión cuatro meses y el resto fui puesto en libertad condicional...

Terminó su cerveza y agitó la cabeza. —Entonces mi vida empezó de nuevo. No quería volver al lugar donde todos pensaban que era un asesino. Para entonces, mi hermano había vendido todo el ganado y arrendado el

campo y los pastos a la granjera vecina. La casa fue alquilada por un precio ridículo a una pareja que ofrecía seminarios espirituales.

—¿Y qué hay de tu carrera en la Iglesia Católica?

—Eso se acabó. Tenía antecedentes penales y fui expulsado del seminario. Al principio todo fue hasta liberador para mí. Después de todo, siempre tuve dudas de si había tomado el camino correcto. Quién sabe, si mi padre hubiera sido una persona diferente, más cariñosa y solidaria. Si por ejemplo, hubiera tenido un taller de coches, entonces a lo mejor me habría convertido en mecánico y no en sacerdote. Sin embargo... ¡Oh, olvídale!

—¿Sin embargo qué...? —le preguntó Joana.

—Oh, eso no importa. Durante el seminario, en esta comunidad regulada, estuve bien. Pero desde el momento en que tuve que dejar la comunidad, todo fue cuesta abajo. Perdí el equilibrio. Totalmente. Y mi terapeuta me aconsejó una y otra vez que volviera adonde me sentía cómodo, a la iglesia.

—Pero te echaron —objetó Joana.

—Sí, así es. Sin embargo, durante mi fase depresiva seguí el consejo de la terapeuta y solicité la readmisión en el seminario. Fue la primera vez que les conté mi versión de la historia. Pero no recibí respuesta.

Joana se volvió hacia él con expresión determinada.

—¡Alégrate!

—¿Eso crees? De todos modos, no quiero hablar más de ello, no quiero aburrirte en absoluto. No estoy acostumbrado a hablar tanto. Así que ni siquiera le con... —se interrumpió a sí mismo.

—¿A quién no se lo contaste? ¿A Xavier? —preguntó Joana.

Kilian agitó la cabeza. —A mi ex esposa.

Joana quitó los pies de la balaustrada y se irguió.

—¿Estuviste casado?

—Sí. Pero solo por un año.

—¿Cómo se llamaba?

—Cornelia, Conny.

—¿Y qué pasó?

—Es una larga historia. No éramos el uno para el otro. Yo tenía veintiocho años y nunca antes había tenido una relación. Al principio a ella le gustaba porque la adoraba. Conny ya había tenido varias relaciones antes que yo, pero no particularmente felices. Nadie la “idolatró” como yo. Hice todo por ella y por eso le gusté y me dio el sí, cuando le pregunté si quería casarse conmigo. Más tarde me diría que la respuesta sí había sido el mayor error de su vida.

—Pero, ¿por qué? Fuiste bueno con ella.

—Sí, lo fui, pero puede que no fuera lo que ella realmente quería. Lo que necesitaba era un macho duro a su lado. De todos modos, intentó cambiarme según sus deseos. Me envió a una peluquería estrella de Múnich, a tiendas de moda carísimas y tres veces a la semana al gimnasio. También fue la época en la que abrí una tienda de Internet con el hijo de nuestro casero. Me alegré de ello, porque ¿quién hace negocios con un sacerdote con antecedentes penales que no tiene ni idea de economía? Después de todo, la pequeña empresa iba tan bien que podríamos haber vivido de ella si hubiéramos tenido un nivel de vida modesto, pero aquello no era suficiente para Cornelia. Ella hizo su trayectoria profesional en una inmobiliaria de Múnich especializada en villas lujosas. Primero solo era secretaria, pero luego, una de las dos vendedoras se puso de baja por maternidad y tuvo la oportunidad de su vida. En seis meses había vendido nueve villas en las mejores ubicaciones de Múnich, incluyendo una en el lago Starnberg a un jugador de fútbol del Bayern Múnich. Conny trabajaba a comisión y ganó mucho dinero. Su jefe la ascendió a gerente de ventas, y sus clientes ricos la incluyeron a la sociedad “Bussi” de la ciudad. Así llaman a la gente en Múnich que aparece en las columnas de cotilleos, donde yo no encajaba, solo era un traficante de chatarra por Internet, como ella me llamaba.

Kilian se levantó, se estiró y se apoyó en la balaustrada. Luego continuó. —Conny comenzó a ir a eventos de celebridades. Ahí es donde se llega a conocer a los clientes importantes, dijo. En la Oktoberfest estuvo en el Käferzelt, una casita de feria frecuentada por los VIP's y pijos y los fines de semana iba a la P1, que es una discoteca de moda, donde se sentía orgullosa por ser reconocida y porque los gorilas la dejaban entrar sin hacer cola. No a todos los dejan entrar así, me aseguraba, como si fuera una prueba de que realmente lo había logrado.

Joana se puso de pie a su lado, sus brazos se rozaban.

—De todos modos, la brecha entre nosotros era cada vez más grande. Cada vez tenía más la sensación de que se avergonzaba de mí. Cuando ella me llevaba a su entorno social, lo cual evitaba cuidadosamente, tenía que mantenerme callado o simular ser un hombre de negocios exitoso. Y si sus amigos me preguntaban, tenía que decir que yo había fundado una empresa de Internet que saldría a la luz y cotizaría en bolsa en un futuro previsible...

Joana dobló los codos sobre la balaustrada y apoyó la barbilla en los puños. —Entiendo que no teníais nada en común.

—Sí, teníamos algo en común.

—¿Y qué era?

—Un niño.

—¿Un niño? ¿Eres padre?

—No.

—¿Qué...? ¿no?

—El niño murió y mi esposa fue la culpable.

---

## CAPÍTULO VEINTISIETE

---

**M**ohammed y Elena salieron de la cocina del hotel por la puerta trasera. El ayudante de cocina marroquí y ella fueron los últimos empleados del hotel en terminar sus tareas poco después de medianoche. Mohammed se despidió y se fue en su motocicleta a Almuñécar, mientras Elena se dirigía al punto de encuentro.

El espacio entre el hotel y las habitaciones del personal estaba desierto. Elena dobló la esquina y dudó cuando oyó un ruido. ¿Ya estaba aquí?

Se dio la vuelta, pero no vio nada excepto unos cuantos gatos vagando alrededor del cubo de basura. Sacó una cajetilla de cigarrillos de su delantal de camarera y caminó hacia la ladera, que caía casi verticalmente hacia Almuñécar, en el lado sureste del hotel. A los pocos metros, el pavimento se acabó y caminó cuidadosamente entre los bajos matorrales, pasando junto a unos olivos hasta su lugar preferido, una roca de superficie lisa. Aquí se había sentado durante muchas horas mirando las luces de Almuñécar. A menudo con él. Últimamente, sin embargo, cada vez menos.

Elena miró la roca, testigo de su amor. Habían estado fumando porros allí, y luego ella se la chupó. Cuando estaba aquí sola, solo podía pensar en él. Se sentó en la roca y encendió un cigarrillo.

Su mirada vagaba sobre el mar que brillaba a la luz de la luna. No lo soportaba más. Al principio ella guardó silencio para protegerlo, solo por amor.

Pero la carga de guardar el secreto se hacía cada vez más pesada con el tiempo, no más débil, como ella había esperado. Además, su amor se disipaba de alguna manera o, ¿tal vez ya no era tan ingenua como hace dos años?

Miró su reloj. Ya llegaba diez minutos tarde. Pero estaba segura de que

vendría.

Se sorprendió a sí misma mordiéndose sin parar la uña del dedo pulgar. Recordó la llamada y la conversación que habían mantenido hace cuatro días. Se sintió estúpida por amenazarlo con denunciarlo. Y, por supuesto, no debería haberle acusado. Ella no creía en serio que él asesinara a Inmaculada. Básicamente, solo quería herirlo, así como él siempre la hería con su permanente infidelidad.

Con su amenaza lo estropeó todo. Quizá sin esa llamada, los dos habrían tenido una oportunidad, pero al hacerlo, la echó a perder.

Elena suspiró y encendió un segundo cigarrillo.

Al final de la llamada telefónica, él había estado muy complaciente y amable con ella, casi como al principio de su relación. Tal vez se dio cuenta de que ella tenía razón. Tal vez él no podría vivir con el peso del crimen más de lo que ella podría. Ese pensamiento le hizo pensar que al final todo acabaría bien.

En su enfado, incluso mencionó que había hablado con Inmaculada. Eso no estuvo acertado. Él se puso furioso.

Lamentaba amargamente haber tenido aquella conversación con la madre de Joana, llevada a cabo por pura venganza. Inmaculada le había sacado más detalles de lo que ella realmente quería. ¿Había dicho su nombre? Apenas podía recordar los detalles, solo que estuvo llorando la mayor parte del tiempo.

Al menos, cuando llamó a Joana después, fue capaz de ponerse en su sitio y simplemente colgó. Y ahora Inmaculada estaba muerta y se llevaría el secreto de Carmen a la tumba. Para él eso estaba genial.

Inhaló profundamente e hizo círculos de humo mirando hacia Almuñécar.

¿La muerte súbita de Inmaculada tenía algo que ver con él después de todo? Él lo había negado, dijo que tenía una coartada, pero ella no quería descartarlo por completo. No podía creer todo lo que decía. Ya le había mentado antes en contadas ocasiones.

Elena agarró una piedra y la tiró por la ladera. La oyó golpear tres veces antes de que se detuviera detrás de los edificios en el Paseo de Velilla. Estaba pensando en todos los agentes que andaban por el hotel. ¿Lo estarían buscando? Un escalofrío le subió por la espalda, como nunca antes lo había sentido. Tenía pánico. Puede que hubiera dicho lo que quería en su última llamada, pero solo una cosa era cierta, ella le había contado a Inmaculada su secreto y ahora Inmaculada estaba muerta. ¿Era él el asesino a pesar de todas

sus negaciones? Si era así, estaba a punto de encontrarse con un asesino a solas, en una noche oscura y en un lugar abandonado.

Se levantó de un tirón y se dio la vuelta. Solo veía el matorral y la parte trasera del hotel, que estaba tenuemente iluminada. La mayoría de las habitaciones estaban situadas en el lado sur y oeste del edificio. No se veía a nadie allí. Por eso, ese siempre había sido su lugar de encuentro.

Ella misma vivía en una habitación en el área del personal junto con otras dos chicas y él se quedaba con sus padres. Solo se encontraban a solas allí o en su coche. ¿Pero ella quería encontrarse a solas con él?

De repente, se acordó de que solo le había hablado de la llamada a Inmaculada cuando ya estaba muerta. Así que no podía saberlo y no tenía razón para matarla, a menos que Inmaculada se hubiera enfrentado a él, amenazado y, por lo tanto...

¡No! Todo aquello se le estaba yendo de las manos. Se calmó un poco. No sabía por qué habían muerto el alemán e Inmaculada, pero descubrirlo también era tarea de la Guardia Civil.

Miró al hotel y luego a los números luminosos de su reloj. Las doce y veinte minutos. Se preguntó si debía llamarlo, pero rechazó la idea. Necesitaba estar más relajada. Elena tiró otra piedra al abismo.

Tal vez él había preparado algunas cosas rápidamente, cerveza, algo de comida y marihuana para un picnic nocturno, como en los viejos tiempos. Pero, cuando de repente apareció ante ella de la nada, con las manos vacías y apretando los puños, ella le miró a los ojos consciente de que todavía tenía que aprender mucho acerca de las relaciones.

Comenzaron a pelear inmediatamente y le siguieron escenas desagradables, que ella presenció con ojos llorosos, como si tuviera una perspectiva diferente y estuviera viendo a una actriz en la televisión.

También era extraño que él no levantara la voz tanto como de costumbre. Pero en lo que respecta a sus absurdos hábitos, todo seguía igual. Le golpeó el pecho. La empujó. Ella le gritó. Él le cerró la boca con la mano y ella se retiró. Quería agarrarla por el cuello y le ordenó que no volviera a decir ni una palabra sobre el asunto con nadie.

—Demasiado tarde —contestó ella, aunque era mentira y le escupió en la cara. Él, enfurecido y lleno de rabia, la empujó con mucha más fuerza que antes.

Ella se tropezó, trató de mantener el equilibrio y se cayó.

No hubo choque contra el suelo. El viento soplabla cada vez más fuerte.

Tiraba de su falda, de su blusa hacia arriba y le retorció el pelo en la cara... Sus ojos miraban las estrellas que se movían a prisa por encima de ella. Qué raro, ni siquiera había levantado la cabeza. Cuando finalmente entendió lo que le estaba sucediendo, gritó. Momentos después se sumergió en la inmensa oscuridad.

Entonces sus sentidos se apagaron, como quien apaga una vela.

---

—¿De qué estás hablando Kilian? Tu esposa no puede tener la culpa por la muerte de tu hijo.

—Sí, la tiene. Ella abortó.

—Oh, ya veo. Yo pensé que...

—¿Qué pensabas?

—Bueno, pensé que ella lo había matado.

—Pues, lo hizo.

—Pero eso es otra cosa, maldita sea. Un aborto es como...

—Era lo mismo para mí en aquel entonces. Para mí fue una tragedia porque...

Joana levantó la mano. —Para. Deberías saber lo que es una tragedia, Kilian. Esta mujer no quería tener un hijo tuyo en ese momento y el aborto era la mejor opción para ella. Una decisión así siempre depende de la situación, ¿no?

—No, eso es exactamente lo que no creo. Creo que un ser vivo debería tener el derecho...

Joana se levantó tan rápido que su silla se inclinó contra la puerta del balcón. —¡Lo siento, pero ahora estás hablando de cosas de las que no sabes nada! —golpeó la balastrada con el puño.

Kilian levantó la vista con asombro. —Lo siento si no estás de acuerdo, Joana. Pero mi hijo tenía solo dos meses y habría tenido toda una vida por delante. ¿No puedes entenderme en absoluto?

Joana extendió sus brazos y absorbió el aire con fuerza.

—¡Sí, lo entiendo, Kilian! Claro que sí, pero también entiendo a tu ex esposa. Estoy segura de que tenía sus razones. Sabes, hay muchas peleas en las relaciones, porque todos piensan que tienen razón. Y la paradoja es que a menudo es cierto. Pero una discusión sobre esto nunca lleva a ninguna parte.

No creo que te peleases con la Santísima Virgen María en tu seminario, y lamento tener que decir esto, pero... -Joana se calló e hizo una negación con la mano. Dirigió su mirada hacia el negro mar.

—Joana, por favor, ¿dije algo malo?

—Oh, olvídalo —murmuró ella—. No quise ofenderte. No tiene nada que ver contigo. He reaccionado de forma exagerada. —Miró su reloj—. Creo que es mejor que me vaya. Solo una pregunta más. ¿Por qué tu ex esposa no quería tener el niño?

—Conny tenía una carrera brillante y había llegado a ser la mejor agente de ventas en la oficina durante tres trimestres consecutivos. En esa etapa se quedó embarazada, y, de todos modos, nuestra relación ya no funcionaba.

Pensé que el niño salvaría nuestro matrimonio, nos conectaría en vez de separarnos. Mi familia era más importante para mí que mi trabajo, pero creo que ella veía las cosas de manera diferente y fue a una clínica a abortar. Dos semanas después, estaba acompañando a su jefe a un congreso en Sylt, una pequeña isla en el mar norte. El día que regresaron, ella se mudó de nuestro apartamento y cuatro meses después nos divorciamos. C'est la vie.

—Sí. Así es la vida.

Intentó esbozar una sonrisa, pero fue un completo fracaso.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —quiso saber Joana.

—Dos años.

—¿Por eso tomas estas pastillas?

—Al principio no, me anesthesiaba con alcohol, pero hice demasiadas tonterías.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, en medio de la noche llamaba a mi ex esposa y maldecía a su jefe. Me emborrachaba en bares. Una noche bañé mi Biblia en alcohol de quemar y la prendí en el fregadero, casi quemo media cocina. Llegué a un punto en el que me di cuenta de que no podía seguir así. Entonces, recurrí a una psicoterapeuta.

—¿Y pudo ayudarte?

—Creo que sí. Ella me recetó estas pastillas y me hizo hablar mucho, pero... —se volvió hacia ella— no podía expresarme con ella como lo hago contigo, no tan abiertamente. Es agradable poder hablar contigo de todo, aunque tú misma...

Joana asintió. —Kilian, no soy terapeuta, pero puedo darte un consejo. Tienes que dejar atrás el pasado. Debes tratar de disfrutar el presente y mirar

hacia adelante, por muy duro que sea para ti. Créeme, sé de lo que hablo. En cuanto a tu madre, yo habría hecho lo mismo.

—¿Sí?

—Sí. Si hubiera estado en esa situación, la habría aliviado de su dolor.

Kilian asintió con la cabeza y observó a Joana tocarse un rizo y mirar hacia el cielo estrellado. La brisa trajo aroma a pino. Se sentaron en silencio uno al lado del otro durante un rato, hasta que Kilian escuchó a su amiga española limpiarse las lágrimas con un pañuelo.

—¿Crees que mi madre se ha aliviado de su dolor? ¿Del dolor de Carmen?

Kilian puso el brazo alrededor de sus hombros, como si esto ya fuera algo natural entre ellos. Ella lloró apoyada en su pecho.

—No lo sé, Joana —susurró y la acarició temblando. —Podría entender a tu madre.

Escucharon un grito ahogado y Joana se separó de él.

—¿Has oído eso tú también?

—Un grito —se inclinó hacia delante, mirando más allá de la piscina iluminada del hotel, donde la pendiente caía casi verticalmente hacia Almuñécar. Parecía que venía de algún lugar ahí fuera, pero no se podía ver nada más allá de las instalaciones exteriores.

—Tal vez era solo un animal —susurró ella— ¿Oyes algo más?

Kilian agitó la cabeza y Joana miró su reloj. —Son casi las doce y media. Sabes, tengo que irme.

No quiso mostrar desilusión y la acompañó hasta la puerta.

—Gracias por venir, Joana. Estoy tan contento... —eso era a todo lo que llegaba con su escaso sentimentalismo. Joana le puso el dedo índice en la boca, lo besó en la mejilla y desapareció por el pasillo.

No quería que la vieran salir de una habitación después de medianoche. A la mañana siguiente, todo el hotel lo sabría. Así que bajó por las escaleras y salió por la puerta de emergencia de la planta baja, aunque el camino por el vestíbulo habría sido más corto. Siguió el camino por el lado oeste del hotel y giró la esquina hacia el estacionamiento. De repente, la puerta lateral del hotel se abrió a tres metros delante de ella. Joana estaba aterrorizada, pero no era la única...

---

—¿Qué demonios haces aquí? —la miró fijamente.

—Oh, Dios mío, me asustaste —jadeó Joana.

Le llevó un tiempo recuperarse. No le gustó para nada encontrarla allí. —  
¿De dónde vienes? —le preguntó mirándola.

Joana parecía avergonzada. —Acabo de oír un grito —dijo ella rápidamente— así que miré...

—¿Un grito?

Joana asintió. —Sí, creo que sí, pero quizá me equivoqué. ¿Y de dónde vienes?

—¿Yo? Bueno, del trabajo. Pero ahora ya salí —fingió mirar a su alrededor —De todos modos, no oí ningún grito... ¿y fuiste a mirar por aquí?

—Sí, pero no hay nadie aquí y el grito podría haber sido solo un perro. Escucha, ha sido un día largo y tengo que irme a casa. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —dijo y la dejó pasar a regañadientes.

Luego la vio cruzar el estacionamiento. Se había esforzado tanto en no ser visto, y al final, de todas las personas con las que se podía encontrar, lo hizo justamente con Joana. Bueno, probablemente no lo había visto con Elena, pero ahora podía confirmar que estaba deambulando por aquí en ese momento. Y para colmo, también había oído el grito de Elena...

En cuanto la vio marcharse, se dio cuenta de que acababa de cometer el mayor error de su vida. Tenía que reaccionar rápido y eliminar a su testigo antes de que ella pudiera incriminarlo.

---

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

---

**A** la mañana siguiente, cuando la señora Josefina quiso quitar la ropa de su balcón, echó un vistazo a lo lejos como de costumbre. La señora Josefina vivía en uno de los edificios de apartamentos de doce plantas del Paseo Velilla, sus ojos ya no tenían la vista de antes, sin embargo, desde su balcón, que estaba a unos quince metros sobre el nivel del suelo, pudo ver un extraño bulto que yacía en el polvoriento suelo entre el pedregal y el matorral. Una vez más se quejó de los visitantes nocturnos que constantemente tiraban su basura allí.

La señora Josefina llamó a su marido y se sorprendió un poco cuando él, con solo mirar hacia abajo, cogió el teléfono para alertar a la Guardia Civil.

Apenas media hora más tarde, el fiscal Puertas apareció en la parte trasera del edificio y miró hacia arriba. El terreno entre el hotel situado en la cima de la colina y el edificio de doce plantas, en la playa de Velilla, tenía una caída casi vertical. Era tan empinada que uno podía caer unos cien metros hasta morir sin tener ocasión de ser frenado por las rocas o los matorrales. Por consiguiente, el cuerpo de la joven que acababan de recuperar estaba completamente destrozado. Como una Barbie aplastada, pensó el señor Puertas, quien tenía que firmar el tercer certificado de defunción del mes.

La noticia de la muerte de Elena hizo que todo el complejo hotelero se paralizara durante horas. El personal fue interrogado por la Guardia Civil y los huéspedes también, lo que originó quejas de algunos turistas, ya que no podían asistir a la excursión prevista a la Alhambra. El personal de cocina lamentó mucho la pérdida de Elena y los fogones permanecieron apagados en señal de duelo.

El pánico se extendía gradualmente. Para la mayoría de los empleados del

Palace estaba claro desde hacía tiempo que un asesino en serie andaba suelto por allí. Nadie quería creer que la joven Elena había muerto por accidente o suicidio. Así que solo quedaba una conclusión lógica y siniestra a la vez. Si tres personas relacionadas con el hotel habían muerto, entonces el asesino tenía que vivir entre ellos, o trabajar allí.

La primera persona que tuvo una sospecha concreta respecto a este asunto fue Ramón, el cocinero adjunto de ciento cincuenta kilos de peso. Cuando se enteró por Sandra, que lavaba los platos y era considerada la mejor amiga de Elena, que Mohammed, el pinche de cocina, fue el último en dejar el trabajo anoche junto con Elena, supo quién era el asesino. El moro, el marroquí. ¿Quién más podría ser?

Así que Ramón agarró al joven asustado por el cuello y lo empotró contra un estante repleto de cazuelas, ollas y tazones. Con la otra mano agarró una de las paelleras más pequeñas y golpeó al gritón de Mohammed en los brazos con los que se estaba protegiendo la cabeza. Fueron necesarios dos camareros y Agustina, la cocinera, para evitar que Ramón infligiera heridas graves al joven marroquí. Después Mohammed tuvo que pasar por un interrogatorio intensivo de la Guardia Civil, durante el cual juró en repetidas ocasiones ante Allah que no tenía nada que ver con la muerte de Elena.

---

¡Maldita prohibición de fumar!

Se sentó en el coche, dio una profunda calada hasta que sus mejillas se arquearon hacia adentro y miró hacia el hotel. No podía ausentarse de su lugar de trabajo cada cuarto de hora solo para calmar sus nervios con un cigarrillo. Justo ahora, cuando el lugar estaba lleno de agentes.

A través de los cristales polarizados vio a cuatro hombres uniformados y a un civil de pie detrás de una barrera en la ladera, parecían estar desconcertados por lo ocurrido la noche anterior. Otras dos docenas de investigadores se encontraban en la sala de conferencias, entrevistando a los huéspedes y al personal.

Tarde o temprano aparecerían también en su lugar de trabajo. Estaba un poco sorprendido de que aún no lo hubieran hecho. ¿Guardarían la mejor tajada para el final? Seguro que no. Si ya tuvieran una sospecha concreta o incluso una pista sobre él, se lo habrían llevado hace mucho tiempo....

Intentó concentrarse, pero su cabeza estaba igual de nublada que el interior del coche. Encendió otro cigarrillo con las brasas del viejo. Dobló el espejo retrovisor y se miró a los ojos en el reflejo. Luego, por quinta vez en ese día, recordó su coartada como si fuera un actor senil en el ensayo. —Estuve en mi lugar de trabajo todo mi turno. Alrededor de las doce y media salí del hotel por la puerta lateral, donde me encontré con Joana, con quien hablé brevemente. Luego fui a los pubs de la playa de Almuñécar, donde me quedé hasta las cinco de la mañana.

Respiró hondo. Todo eso sonaba bien. Nadie podía saber que solo había trabajado hasta las doce y diez antes de salir a encontrarse con esa perra. No había testigos.

Sonrió. De hecho, el día anterior, Elena había sido tan ingenua al asegurarle que absolutamente nadie sabía nada de su encuentro. Literalmente había cancelado su propio seguro de vida.

Ni siquiera había tenido la intención de matarla, en esa roca de mierda que ella llamaba la “Piedra del Amor”. Sin embargo, se había asegurado de que nadie lo viera de camino al punto de encuentro. No fumó y trató de no dejar rastros. ¿Así que había planeado en secreto el crimen después de todo? ¿Quería deshacerse de esa obstinada cómplice, que encima creía en el amor eterno?

En realidad, fue un accidente, después de todo, ella había tropezado... Respiró hondo otra vez.

Afortunadamente, no gritó por mucho tiempo. Por supuesto que se arrepintió de sus acciones inmediatamente, pero solo porque ya no podía preguntarle qué quería decir con el maldito “demasiado tarde”.

Sospechaba lo peor.

A lo mejor esta maldita zorra no era tan tonta como pensaba. ¿Quizás ella tenía una póliza de seguro de vida contra él y, de alguna manera, tomó precauciones en caso de morir?

Recapacitó. Su grito de ayer le había asustado durante unos segundos, pero luego se obligó a tranquilizarse. Satisfecho, pensó en librarse de las correas del bolso de Elena que colgaban de una rama y lo lanzó por la pendiente, por supuesto, sin dejar sus huellas dactilares. Luego se fue de allí, asegurándose de que ninguna fibra de su ropa se quedara atrapada entre los arbustos.

Todo sucedió según lo previsto, si se podía hablar de un plan, hasta que se dio cuenta de que había olvidado las llaves de su coche en el hotel. Así que se coló por la puerta trasera de nuevo, y justo cuando salió se encontró con

Joana. Estaba casi seguro de que Joana había tenido que ver lo que acababa de pasar, pero ella parecía tener otras preocupaciones.

Más tarde en el bar, después de unas copas, se calmó. Quizás este encuentro con Joana resultara positivo para él, porque le daba una coartada, por así decirlo. De todos modos, solo tenía que aferrarse a su versión, entonces nada podría pasarle...

Salió del coche lleno de humo, cruzó el vestíbulo con fiado, saludó a Belén y Maite en la recepción y volvió a trabajar.

---

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó Maite a la afligida Belén.

La sensible secretaria de reservas llevaba conmocionada desde que se había enterado de la muerte de Elena esa mañana.

—No lo sé, Maite. No quiero hablar más de eso. —No tenía muy buena relación con Maite, especialmente desde que oyó un comentario suyo de que iba vestida demasiado cursi para el puesto de recepcionista. Además, Belén solo quería llorar y desahogarse en ese momento porque estaba aterrorizada.

—¿No quieres hablar de ello? —repitió Maite y estiró la frase como un chicle—. La gente muere aquí como si fuera un reactor nuclear con una fuga del tamaño de una puerta de granero, ¿y tú solo tratas de mantenerlo en secreto?

—Maite, por favor...

—¿Crees que Alfonso, el masajista, es el asesino? Si lo miras más de cerca, se parece mucho a Hannibal Lecter, ¿no?

Belén suspiró y no respondió al comentario de su pirada compañera, especialmente porque Alfonso era su primo. Ni siquiera ante esta tragedia, Maite era capaz de mantener a raya su extraño humor. —¿Dónde está Joana? —preguntó para distraer la atención de su interlocutora.

—En el interrogatorio de la Guardia Civil. Imagínate, oyó un grito horrible esa noche. No está muy segura, pero cree que pudo haber sido Elena, ya sabes, cuando se cayó por la pendiente... o fue empujada, que es lo más probable.

Belén se limpió los ojos con la manga. Ya no era tan joven y tuvo suerte de encontrar un puesto de trabajo en la oficina de un hotel tranquilo en una zona tranquila y, de repente, se encontraba en medio de uno de esos thrillers. Le gustaba leerlos, pero leer libros o estar en medio de la historia eran dos cosas

completamente diferentes. Belén se horrorizó al pensar que podría convertirse en la próxima víctima del asesino en serie.

Maite tampoco le ayudó a calmarse. —Me veo corriendo por aquí con un spray de pimienta, te lo aseguro. ¿Tienes uno?

—¿Un qué? Oh, Dios mío, no —dijo Belén, quien había tenido el placer de tener a su primer nieto en brazos hace tan solo dos meses.

Maite asintió con la cabeza y no tardó mucho en presentar una solución a los problemas de defensa personal de Belén. —¡Una patada en las bolas noquea completamente a un hombre así! Aunque aún más efectivo que una patada con zapatos puntiagudos es esto: —se paró frente a la atemorizada Belén—. Frente al primer sospechoso que se interponga en tu camino, te arrodillas así —hizo un paso preciso de karate. —Entonces aprietas el puño y golpeas justo entre... Bueno ya sabes, donde están colgadas esas cosas — Maite detuvo su puño a pocos centímetros del abdomen de su compañera.

Pero Belén no miró al punto de ataque perfecto, sino a la cara de Carlos, quien estaba parado detrás de Maite.

---

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

---

Justo cuando se preguntaba si debía encender un cigarrillo en el hotel, se abrió la puerta.

Esperaba que la Benemérita apareciese en cualquier momento. Se estremeció al ver a dos hombres uniformados de aspecto serio acercarse y pedirle que le acompañaran sin dar más explicaciones.

—Uh... ¿dónde?

Se mordió la lengua por su estúpida pregunta, que no expresaba más que pánico. Ahora era importante mantener la calma y responder a sus preguntas objetivamente.

Los dos agentes salieron por la puerta delante de él. Se daría cuenta de su estado en un minuto. Si iban al vestíbulo y, por lo tanto, a la salida, significaría que lo llevarían a la comisaría por tener una sospecha concreta en su contra. Pero los agentes giraron a la derecha. Aliviado, los siguió hasta la sala de conferencias del hotel, convertida en sala de control de la Guardia Civil. El interrogado esperaba que solo se formularan las preguntas rutinarias.

En la sala de conferencias había media docena de guardias civiles entrevistando a empleados y huéspedes. Al frente de la sala había una gran mesa de conferencias con un grupo de personas sentadas alrededor: agentes uniformados y vestidos de civil y una enfermera con bata blanca. Un hombre de traje oscuro se paró frente a la mesa de conferencias y habló con la gente que parecía estar escuchándolo atentamente. Seguro que era el fiscal. Si se descubriese todo, sin duda pediría el máximo castigo, pensó, limpiándose el sudor de su frente.

Para empeorar las cosas, el gerente del hotel se unió a toda la mesa, a la que le llevaban los agentes. ¿Lo interrogarían frente a su jefe?

Uno de los agentes lo sacó de sus lúgubres pensamientos y lo llevó a una mesa un poco alejada del grupo con el fiscal.

—¡Siéntate! —ordenó con severidad militar. Luego le dio un formulario y un bolígrafo. —¡Rellénalo!

Se inclinó sobre el formulario y anotó su nombre, número de identificación, dirección, fecha de nacimiento, función en el hotel y las horas de trabajo asociadas.

Cuando terminó, una gota de sudor cayó sobre el papel y cuidadosamente limpió la prueba de su ADN con la manga. El funcionario le quitó el formulario de las manos e hizo una señal a la mujer de la bata blanca. La enfermera se acercó a la mesa, se puso un guante de látex y le metió un bastoncillo de algodón en la boca. Su corazón volvió a latir como si fuera un niño yendo al dentista por primera vez. Él hundió la mirada en su generoso escote y notó como le acariciaba el interior de su mejilla con el palillo y sintió que le venía una erección. Finalmente, sacó el palo de su boca y lo introdujo en una pequeña bolsa de plástico en la que ya estaba escrito su nombre.

¡Se llevaron su ADN! Eso tenía que significar... ¿Había dejado rastros después de todo? ¿Esa mocosa lo arañó? ¿Encontraron algo bajo sus uñas?

Miró al fiscal, que estaba escuchando una conversación entre dos agentes. Por un momento, se inclinó para explicarles todo. ¡Fue solo un accidente con Elena! Solo se topó con ella un rato y la torpe tropezó sin querer. ¿Pero cómo explicaría el resto? Ahora, de repente, después de más de dos años. No, tenía que estar sereno. Tenía preparada su coartada y seguiría adelante con ella.

El agente lo condujo al centro de la sala de conferencias, donde un asistente de cocina acababa su interrogatorio. Debe haber dejado su ADN también, trató de calmarse. Es solo rutina. Se secó la frente con la manga y se sentó a la mesa.

---

Paco tomó un sorbo de agua y miró a la otra persona a los ojos hasta que los bajó. Bueno, esta va a ser una conversación interesante, pensó Paco, mirando al joven.

Para Paco Medina había exactamente dos maneras de iniciar un interrogatorio. La primera, arrullar al sospechoso hacia un lugar seguro y jugar las cartas de triunfo al final, y la otra, ir directo al grano.

Eligió el ataque frontal. —Donde sospechamos que Elena cayó al abismo —empezó y cogió su pluma— hay una roca. —Miró por la ventana—. A un lado de esta roca alguien dibujó un gran corazón. —Seguía mirando por la ventana, haciendo clic con su bolígrafo—. Y en este corazón hay dos nombres: Elena... —Paco giró la cabeza y miró a los ojos de la otra persona y luego dejó caer el bolígrafo sobre la mesa—. ¡Y el tuyo!

Satisfecho, observó que su estrategia funcionaba. El joven obviamente quería objetar, pero rápidamente cambió de opinión y se frotó las manos. Paco miró a su alrededor. Estaba prohibido fumar en el hotel, pero durante la investigación se le permitió ignorar esa prohibición. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su pechera y le ofreció uno a su contraparte.

—¿Quieres uno?

El muchacho, confundido, se volvió hacia la mesa donde el fiscal permanecía sentado con varios agentes y el gerente del hotel. El tipo probablemente le tenía miedo a su jefe. Paco hizo un gesto de no importa con la mano y le ofreció fuego. Luego esperó hasta que le dio algunas caladas. —Así que, jovencito, ¿puedes explicarnos por qué figura tu nombre junto al de Elena en el corazón de una roca en la escena del crimen? Realmente me gustaría escucharlo.

—Muchos se llaman como yo —se encogió de hombros.

Paco asintió. —Sin embargo, el problema es que tu apellido también está ahí, y solo conozco a una persona en esta sala que se llame a así: ¡A ti!

—¡No, no está! —el joven estaba indignado.

Paco sonrió.

Su homólogo parecía darse cuenta de que acababa de caer en una trampa. Paco lo miró fijamente. El joven se limpió el sudor de la frente, a pesar de que en la sala había una temperatura agradable gracias al aire acondicionado. No podía afirmar si este tipo había tenido algo que ver con la muerte de Elena, pero, a decir verdad, no era un tipo particularmente duro, pensó Paco.

Era un simple interrogatorio rutinario sin grabación, pero su contraparte se contradecía sin parar. Paco cogió un bolígrafo, abría y cerraba el tapón continuamente, lo que puso aún más nervioso al joven.

—Bueno —admitió finalmente—, una vez Elena estuvo un poco enamorada de mí. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Paco le miró fijamente a los ojos hasta que su interlocutor bajó la mirada a su izquierda, un gesto que, muy probablemente, delataba una mentira, como Paco sabía. Esto se está poniendo cada vez más interesante, pensó.

Paco estaba emocionado y pensó exactamente cómo proceder. ¡Hasta ahora no tenían ni el más mínimo rastro, ni la más mínima pista! Y ahora con esta conversación, el chico parecía delatarse como sospechoso principal.

Paco miró al grupo de trabajo en la mesa de conferencias. Quizás pronto tendría buenas noticias. —¿Cuánto tiempo ha pasado y cuán estrecha era esta relación? —Paco puso una expresión sombría y apagó su cigarrillo en una lata de cola.

—Bueno, nunca pasó nada, como dije, ella estaba...

—¿Te la tiraste? —Paco lo interrumpió.

—¿Yo? ¡No! Ella... era demasiado joven, se lo dije. No sé por qué dibujó mi nombre en las rocas.

De nuevo Paco lo miró a los ojos, como si en ellos estuviera escrita la verdad. Esta vez el tipo mantuvo su mirada más tiempo, antes de tirar su cigarrillo a la lata.

—Así que era demasiado joven para ti, y por eso no tuviste una relación con ella y, por supuesto, no te acostaste con ella a pesar de que era tan bonita.

—Así es. ¡No teníamos ninguna relación!

—Así que ella estaba infelizmente enamorada de ti y tú la ignoraste por completo. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sí, lo acabo de decir...

Paco golpeó la mesa con su puño y la lata de cola dio un pequeño salto. Ahora estaba seguro de haber captado la atención del muchacho y de las demás personas presentes en la sala de conferencias, quienes, como observó con una rápida mirada, se volvieron hacia él.

—Ahora escúchame, muchacho, ¿debería ir por los bares de Almuñécar esta noche con una foto tuya y de Elena y preguntarle a la gente si os vieron juntos? ¿De verdad quieres que me tome esa molestia? ¿O vas a dejar de mentirme?

—Yo...

Paco lo interrumpió de nuevo. —Pero como normalmente duermo por la noche, preferiría visitar a tus padres inmediatamente después de nuestra conversación para preguntarles cuál era la relación entre su hijo y la joven que, probablemente, fue asesinada anoche. Me imagino que a tus padres les gustará conocer el motivo de mis preguntas, y como no soy tan mentiroso como tú, voy a decirles la verdad. Su hijo está en el centro de una investigación y, más precisamente, ¡es nuestro principal sospechoso!

Paco sintió la mirada de sus colegas en su espalda, pero siguió

concentrado en el joven que seguía sentado en la silla como si alguien lo hubiera dejado sin aliento.

Finalmente, el joven susurró tan bajo que Paco tuvo que pedirle que repitiera la frase. —Sí, tuve una corta relación con Elena. Y hemos tenido sexo un par de veces, pero eso se acabó hace meses. —Y como si pudiera hacer esta declaración más creíble, añadió—: ¡Honestamente!

—¿Entonces por qué me mentiste? ¿Quizás porque estás escondiendo algo? —Paco continuó con un tono más suave. Dirigía el interrogatorio solo, así que tenía que jugar el papel del poli malo y poli bueno solo.

—No. No tuve nada que ver con su muerte. Tuvimos algo una vez, pero casi nadie lo sabía, y no quería levantar sospechas innecesarias.

Paco asintió, levantó las manos y le aplaudió. —¡Felicidades! Hiciste un gran trabajo. ¡Simplemente no te comportaste como sospechoso en absoluto! —Paco no podía asegurar si la ironía había golpeado a su oponente, porque el chico se encogió de hombros.

—¿Qué crees que le pasó a Elena? —preguntó Paco, y vio que la persona de enfrente estaba más que asombrada por la pregunta. Así es como debía de ser si quieres sacar a un sospechoso de su juego.

—¿Cómo voy a saberlo? Tal vez se cayó, o deliberadamente...

Una vez más, Paco interrumpió su declaración con un golpe en la mesa y, de nuevo, toda la directiva se volvió en su dirección.

—Así que estás suponiendo que se arrojó ahí abajo con el corazón roto por tu culpa.

—Yo no he dicho eso —contestó el joven en voz baja.

—Muy bien. Ya veo. Tú no lo sabes. Pero eso es lo que vine a averiguar. —Paco se inclinó sobre la mesa hasta donde su tripa le permitía y mirándole a los ojos, dijo—: ¡Y créeme que voy a averiguarlo!

---

Kilian se enteró de la tercera muerte en el desayuno.

Poco después de las doce, se paró en la recepción y escuchó un trozo de conversación entre Joana y Maite de la que apenas entendió nada. Después Maite desapareció en la oficina y Joana se volvió hacia él.

—Creo que fue el grito de Elena el que oímos anoche en tu balcón.

—¿Estás segura?

—¡Bastante segura!

—Bueno, esta vez tengo una buena coartada —dijo con ironía, pero Joana no entró en detalles.

—Miré mi reloj justo después de eso. Eran las doce y veinte.

—Espero que se lo hayas dicho a la Guardia Civil —Joana bajó los ojos y se miró las uñas.

—¿De verdad que no lo hiciste? —preguntó sorprendido.

—Kilian, no pude. Si se enteran de que estaba en tu habitación, podría costarme el trabajo.

—Pero, sin embargo —objetó—, ellos deben saberlo. Porque si se tratase de un asesinato, esa sería la hora exacta del crimen. Tu jefe no tiene por qué saberlo.

Joana le dijo que bajara la voz. —Lo sé muy bien, pero ¿y si nos equivocamos con el grito y era solo un animal? Entonces estaríamos llevando a la Guardia Civil por el camino equivocado.

Kilian agitó la cabeza. —El forense probablemente reducirá la hora de la muerte a una hora o dos, pero, aun así, si todo esto está relacionado, mi hermano, tu madre, Elena, entonces estás bloqueando indirectamente la resolución de los otros casos.

—Y el caso de mi hermana desaparecida —añadió.

—¿Qué quieres decir?

—Poco después de la muerte de tu hermano, recibí una dudosa llamada de un número desconocido. La persona que llamó era una joven que camuflaba su voz. La mayor parte del tiempo lloró, pero luego habló de Carmen. Pensé que mi hermana estaba al teléfono y me puse histérica, pero entonces la chica dijo algo como, Carmen está muerta... Lo siento. Sufrí una crisis nerviosa e incluso me desmayé durante unos minutos. Al día siguiente no estaba segura si alguien había marcado el número equivocado o si la persona que llamó realmente sabía algo sobre Carmen. Sospeché que Elena era la que llamaba y me enfrenté a ella. Pero ella lo negó. Y ahora está muerta. ¡Esto no puede ser una coincidencia, Kilian!

---

Paco bebió un sorbo de agua y siguió con el interrogatorio del joven.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Elena?

—Hace tres o cuatro días.

—¡Un poco más preciso!

—¿Disculpe?

—¿La última vez que la viste fue hace *tres* o *cuatro* días? Además, quiero la hora exacta.

El joven se limpió el sudor de la frente, parecía estar pensando. —En realidad, fue hace dos días. Sí, anteayer, poco después de las ocho de la noche.

—¿Dónde?

—En el vestíbulo.

—¿Hablaste con ella allí?

—No. Solo la saludé de pasada.

—¿No la viste después de ese día?

El joven repitió la pregunta de Paco y sonó como una triste observación. —No, no la vi después de ese día.

—¿Y dónde estabas ayer entre la medianoche y las dos de la madrugada?

El interrogado aclaró su garganta y se sentó derecho en su silla. Parecía estar atrapado y de pronto parecía moverse en terreno seguro.

—Estuve en mi puesto de trabajo toda la noche. Alrededor de las doce y media salí del hotel por la salida lateral. Allí me encontré con Joana, con quien intercambié unas palabras. Después de eso...

Paco levantó la mano. —Espera un minuto, ¿has dicho que te encontraste a Joana y hablaste con ella?

—Sí, estaba a la vuelta de la esquina cuando salí. Casi chocamos.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—Sobre las doce y media.

—¿Y de dónde salió?

—De la entrada de servicio o de la salida de emergencia. No le pregunté.

—¿Hablasteis algo?

—Sí, pero no mucho. Solo que... espera... recuerdo que dijo algo sobre un grito que había oído. Me dijo que por eso salió a mirar afuera, pero no vio nada.

—¿Oyó un grito?

—Eso es lo que ella dijo, de todos modos.

—¿El grito de quién? —preguntó Paco, que no podía creerlo, porque Joana se lo habría dicho de inmediato.

—Dijo que no estaba segura de que fuera un grito. Tal vez fue el sonido de

un animal. Yo, por mi parte, no escuché nada.

—¿Podría haber sido el grito de Elena?

—Es todo lo que sé, sargento. ¡Pregúnteselo usted mismo!

Lo haré, pensó Paco y anotó algo. Pero primero tenía que terminar aquello.

—¿Qué hiciste después de encontrarte con Joana fuera del hotel a las doce y media?

—Bajé a los pubs de la playa, donde me quedé hasta las cinco de la mañana.

—¿Solo?

—Me encontré con algunos amigos allí.

Paco repasó la conversación. El tipo estaba nervioso y confesó haber tenido una relación con Elena. ¿Pero era eso suficiente para una sospecha justificada? Los forenses todavía investigaban la supuesta escena del crimen y el cuerpo de Elena permanecía en Granada para su autopsia. Si los médicos no encontraban ningún rastro que identificara al joven, sería difícil culparlo. Por supuesto, tendría que comprobar si tenía algún motivo. ¿Quizás Elena estaba embarazada de él? Seguramente pronto sabrían más. Hasta entonces no podía hacer mucho más que vigilar al joven y comprobar sus declaraciones.

Paco decidió sorprender al tipo con una ofensiva final, aunque tuvo que desviarse un poco de los hechos. Aún no habían llegado tan lejos en su investigación. Señaló con su bolígrafo a la enfermera.

—Dime —empezó Paco, mirando distraído por la ventana —¿ya has estado con esa señora tan amable para obtener una muestra de ADN?

La confianza de su interlocutor se desmoronó como una piedra arenisca.

—Sí, ¿por qué?

Paco hizo un gesto con la mano, como si este detalle no mereciera ser mencionado. Luego miró fijamente a los ojos marrones caoba del muchacho, que probablemente aumentarían el ritmo cardíaco de algunas chicas, antes de bajar su mirada hacia un rasguño en el antebrazo del joven. —Bueno, encontramos partículas de piel bajo las uñas de la víctima —mintió sin pestañear, levantó su mirada y sonrió al chico—. Pero eso es todo por ahora. Nos pondremos en contacto contigo tan pronto encontremos alguna coincidencia.

Con estas palabras despidió al tipo y lo observó mientras éste se arrastraba fuera de la sala de conferencias, como un torero herido saliendo del ruedo. Paco tomó su bolígrafo y escribió el nombre del sospechoso. También anotó el nombre de la víctima y rodeó ambos nombres con un corazón. Al

final, tachó el boceto y arrugó el papel. Tenían tres muertos y ninguna pista decisiva. Necesitaba un poco de aire fresco. Además, tenía que hablar con Joana.

Paco cogió la lista del personal del hotel y de los huéspedes y salió de la sala de conferencias. Cuando dio la vuelta a la esquina, vio al alemán de pie en la recepción. Aparentemente, él también lo había visto, salió de la recepción y entró en la cafetería. Probablemente quería evitarlo después del interrogatorio de hace unos días.

Paco se volvió hacia Joana. —Necesito hablar contigo —señaló con un gesto a uno de los asientos libres del vestíbulo. Joana lo siguió por el vestíbulo del hotel. En cuanto se sentaron, Paco fue al grano. —Acabo de tomar declaración a uno de tus compañeros, Joana, ¿te imaginas a quién me refiero?

Joana asintió con dudas.

—Bueno, me dijo que coincidió contigo ayer a las doce y media de la noche, cuando salió del hotel por la puerta lateral. Dijo que tuvisteis una pequeña charla y que le comentaste que habías oído un grito y salisteis a mirar, ¿no es así?

Joana suspiró y negó con la cabeza.

—¿Eso significa que él me mintió?

—No, Paco, solo en un detalle le engañé...

Paco levantó una ceja y esperó más explicaciones.

Joana le informó sobre lo que hizo la noche anterior y Paco se enteró de que había estado con el alemán en la terraza en ese momento en cuestión. Probablemente fue por la bofetada que Joana le dio en el cuartel. Bueno, lo que los dos tuvieran que discutir en privado era de poco interés para él, pero fue interesante anotar que el alemán no mató a su madre, sino que, supuestamente, había sido una eutanasia. Entonces Joana le contó lo del grito. Después había utilizado la salida de emergencia para evitar ser vista por el resto del personal del hotel.

—El grito, exactamente, fue a las doce y veinte de la noche, ¿dijiste?

—Sí. Lo sé con seguridad porque miré el reloj en ese preciso momento. Pero como dije, lo pude confundir con otra cosa.

Paco tomó nota. —Y diez minutos después, te encontraste con tu compañero. ¿Estás segura de que acababa de salir del trabajo y no de otro sitio?

—Al menos salió por la puerta lateral justo cuando yo me dirigía al

estacionamiento.

Paco asintió y se levantó. —Es muy posible que las doce y veinte sea la hora en que Elena se precipitó al vacío. Después de una medición inicial de la temperatura del cuerpo en el sitio del descubrimiento, el forense asume un lapso de tiempo desde la medianoche hasta las dos de la mañana. Si la autopsia lo confirma, tendremos que hablar de nuevo. Y Joana, por favor, de ahora en adelante, no más secretos. Si yo fuera otra persona, sospecharía de ti —dijo con un guiño y le entregó unos papeles—. Estas son dos listas de los huéspedes del hotel y los empleados. ¿Podrías hacerme dos copias más de cada una para mis colegas?

Joana asintió y desapareció en la oficina para hacer las copias. Paco esperó afuera de la entrada del hotel y encendió un cigarrillo. Si la declaración de Joana coincidía con el momento del crimen, asumiendo que se trate de un homicidio, entonces era difícil que el amante de Elena fuera el asesino. Joana podía confirmar que el joven acababa de salir de su lugar de trabajo, a menos que el joven empujara primero a Elena y, luego, hubiera vuelto a su puesto de trabajo solo para dejarlo inmediatamente después y encontrarse con Joana. Pero la idea era bastante inverosímil.

Sin embargo, en ese momento todavía se barajaban muchas suposiciones. Paco esperaba ansioso los resultados de las huellas. No había cámaras de vigilancia en el hotel, pero quizás pronto encontrarían una pista que los guiara. Paco encendió su cigarrillo y entró en el “hotel de la muerte”, como sus colegas ya lo llamaban.

---

## CAPÍTULO TREINTA

---

Después de imprimir la primera hoja, el papel se acabó. Joana lo reabasteció y continuó copiando la lista de huéspedes. Echó un vistazo a las páginas, mientras esperaba junto a la fotocopidora. Trescientos doce nombres en la lista, pero solo marcados unas pocas docenas de ellos. Cuando terminó, grapó las listas y se la llevó a Paco, que esperaba en la recepción. Dudó antes de entregarle los papeles.

—¿Tienes la copia impresa de Belén?

Paco agitó la cabeza y buscó las listas. —No, tu jefe se encargó de eso personalmente —contestó.

Joana se quedó dubitativa. Carlos solo utilizaba los programas de reservas cuando era inevitable, lo mismo que hacía con los idiomas. —¿Qué criterios le diste para hacer la lista?

—¿Disculpa? —Paco no parecía entenderle.

—¿Qué le dijiste exactamente a Carlos que hiciera?

—Paco puso los ojos en blanco. —Le dije que me imprimiera, lo antes posible, una maldita lista completa de todo el personal del hotel y los huéspedes que se han quedado desde... —Paco levantó los brazos y suspiró—. —Lo siento, Joana. No he dormido bien en mucho tiempo, y no avanzamos con la investigación. Y lo de tu madre a mí también me ha afectado mucho. Puedes creerme.

Joana asintió con la cabeza y le entregó las copias. —Está bien. Buena suerte.

Paco sonrió, se dio un golpecito en la gorra y salió de la recepción.

Joana lo observó. Parecía cansado. Mientras se arrastraba de vuelta a la sala de conferencias, uno casi podía pensar que los documentos que tenía en la

mano le pesaban un quintal.

Kilian regresó a la recepción con tres tazas de café y preguntó si había alguna novedad.

Maite le agradeció el café a su manera. —Espero que solo contenga leche y azúcar y no una mezcla de somníferos, valium y morfina.

Joana hizo a un lado a Maite y luego agitó la cabeza. —No, no hay nada nuevo, Kilian. Paco solo quería las listas de huéspedes y del personal.

—¿Y hasta dónde han podido averiguar con los interrogatorios?

—No mucho, supongo. Solo unas pocas docenas de nombres marcados. Pero había más de trescientos nombres en la lista y menos de la mitad hablan español.

¿Por qué Carlos no asignó esta tarea a Belén que estaba familiarizada con el programa de reservas? Desafortunadamente, no podía preguntarle a Belén, ya que había dejado su trabajo antes de su hora por miedo a convertirse en la próxima víctima del asesino, según afirmó Maite. Joana se mofó de la idea de que las cosas allí no eran como debían ser. Le hizo a Kilian una señal para que la siguiera hasta la oficina y le pidió a Maite que se quedara sola en la recepción por un rato.

—¡Algo va mal, Kilian!

—¿Qué quieres decir?

Joana hojeó la lista y agitó la cabeza. —Carlos no sabe mucho sobre el programa de reservas. Tampoco es su trabajo, sino el de la encargada de reservas o el mío en caso de que Belén no esté aquí. De todos modos, la lista no está de ninguna manera completa —Joana puso su dedo índice en las hojas.

Kilian hojeó la lista mientras Joana abría el programa en el ordenador.

—Tenemos trescientas veinte habitaciones. En las últimas semanas hemos tenido una ocupación media de alrededor del sesenta por ciento. Hasta un ochenta por ciento los fines de semana, lo que no está mal para la pretemporada. Esta lista es de esta mañana. Aquí, la impresión muestra las once y veintitrés como la hora exacta. Vine a trabajar al mediodía. —Joana introdujo más parámetros en el ordenador—. Para cuando Carlos imprimió la lista, había trescientas doce personas en ciento noventa y siete habitaciones.

—¿Quieres decir que Carlos...?

Joana asintió. —Exactamente. Carlos solo imprimió la lista de la gente que durmió aquí anoche. Eso no está mal para el caso de Elena, pero si incluyes a tu hermano y a mi madre, la lista está lejos de estar completa.

Kilian parecía entender. —Y ahora que la Guardia Civil tiene que asumir

una conexión entre mi hermano y tu madre, no pueden hacer mucho con una lista del día de hoy. La pregunta es, ¿por qué tu jefe...?

Joana asintió. Esa era una buena pregunta. ¿Por qué Carlos le dio a la Guardia Civil una lista incompleta? ¿Porque no sabía lo que hacía? ¿Por conveniencia? ¿Por la urgencia? ¿O el director tenía algo que ocultar?

—¿Qué piensas tú? —preguntó Kilian.

—No lo sé. —Estudió el calendario de su escritorio—. La pregunta es si la muerte de Xavier, hace dieciséis días, o la muerte de mi madre, hace nueve, está relacionada de alguna manera con el accidente de Elena. Eso nos daría un total de dieciséis días.

Kilian parecía estar pensando. Luego señaló el ordenador. —¿Podemos compilar una lista de todos los huéspedes del hotel que se han alojado aquí en los últimos dieciséis días?

Joana asintió y acercó el teclado.

Kilian miró mientras tecleaba los filtros. Se alegró de que ella se hubiera recuperado algo desde la muerte de su madre. Durante la visita de Joana del día anterior al igual que en estos momentos, sintió que su cuerpo derramaba endorfinas que, durante mucho tiempo, había creído extintas.

Trató de obviar este hormigueo. Pronto volvería a Alemania, a su vida allí. Y probablemente no volvería a ver a Joana nunca más, y enamorarse platónicamente tampoco le ayudaría con su estado de ánimo actual. Además, en las últimas semanas y meses había estado madurando una decisión. Tenía que dar otra dirección a su vida si quería finalmente salir de esta espiral decadente, y aparentemente, solo había un lugar en el que podía conseguir esa estabilidad.

—Ochocientos setenta y cuatro personas se han quedado aquí desde el veintiuno de abril, es decir, desde que tu hermano... —explicó brevemente cómo había llegado a este número. —Tenemos viajeros de negocios españoles que se quedan un máximo de dos o tres noches, más paquetes turísticos desde Inglaterra o Escandinavia. También vienen de Alemania, porque cooperamos con Neckermann y TUI. Algunos huéspedes solo han estado los fines de semana, casi todos son españoles. Pero si los sumas todos, obtienes ochocientos setenta y cuatro huéspedes y no los trescientos doce nombres de la lista de Carlos.

Llevaría semanas revisar esa lista. La mayoría de los huéspedes que estaban alojados cuando murieron el hermano de Kilian e Inmaculada probablemente ya se habían ido.

Joana miró a la pantalla. De repente, Kilian tuvo una idea que no podría haber sido más sencilla. Se volvió hacia Joana y sus ojos se encontraron. Aparentemente el mismo pensamiento cruzó por sus mentes. ¿Era posible que una docena de agentes no lo hubieran notado todavía?

Joana dejó su taza. Kilian quería decir algo, pero Joana se anticipó. —Si suponemos que las tres muertes están relacionadas y especulamos con que el asesino es un huésped, entonces solo tenemos que estar atentos a los huéspedes que estuvieron aquí en el hotel durante las tres muertes.

—Eso significa que buscamos huéspedes que llevan dieciséis días alojados.

—Exactamente —confirmó Joana—, y probablemente la lista se reducirá a un puñado.

Joana ya estaba tecleando y poco después lanzó un silbido. La impresora empezó a tararear.

—¡Ocho! —Joana se dio cuenta y se acercó a la mesa de la impresora—. Desde el día que tu hermano murió hasta esta mañana, solo ocho habitaciones han estado ocupadas permanentemente. —Ella puso la impresión en el escritorio, tomó un lápiz. Estaba a punto de revisar la lista, cuando Carlos irrumpió en la habitación, como si quisiera entrar por sorpresa.

Joana levantó la vista. Carlos lanzó a Kilian una mirada que normalmente uno como huésped de un hotel de lujo nunca esperaría y se plantó frente a ella. —¿Qué estás haciendo aquí, Joana?

Bueno, ella no era tan descarada como Maite, pero cuando la situación lo requería, tenía una respuesta ocurrente para su jefe. —Trabajo en este hotel, Carlos.

—¿Y por qué está él aquí? —preguntó Carlos. Obviamente sabía que Kilian no le entendía.

—Quiere irse y necesita una factura para su empresa. Lo hice pasar para que me diera los datos. La propia Joana se sorprendió de lo descarada que estaba siendo últimamente con su jefe.

—¿Se va?

—No.

—¿Entonces?

—¡Se quedará en mi casa de ahora en adelante! Hace unas horas ocultó su presencia en la habitación de Kilian a la Guardia Civil por miedo a ser despedida, habían pasado tantas cosas que ya no le importaba nada. —¡Hasta que encuentre algo mejor!

Y ahora me echará, pensó Joana.

Carlos resopló como un toro herido y salió de la oficina sin decir nada más. No se había fijado en la lista con los ocho números de habitación.

—¿Qué dijo, Joana?

—Nada importante. Recoge tus cosas de la habitación.

—¿Qué?

—Haz tus maletas. De ahora en adelante, te quedarás conmigo.

Kilian estaba demasiado sorprendido como para hacer más preguntas, así que simplemente hizo lo que ella le mandó. Joana lo acompañó hasta la puerta, le puso el dedo índice en la boca y le susurró. —Terminaré de trabajar en una hora. Vete a tu habitación, nos veremos junto a tu coche en el garaje a las ocho en punto.

Kilian quería decirle algo, pero Joana lo invitó a salir. —Ahora vete. ¡Algo me huele mal aquí!

Miró sigilosamente al vestíbulo. Maite hablaba con un cliente, por lo demás, todo parecía tranquilo. Carlos había desaparecido y cuatro agentes acababan de salir del hotel. Joana cerró la puerta y se sentó de nuevo en el escritorio.

Un nombre en esa lista llamó su atención. ¿Podría ser que Carlos...? Lo pensó hasta que oyó pasos afuera. Rápidamente dobló el papel y lo escondió bajo el teclado. Luego cogió el teléfono para fingir una llamada, pero los pasos de afuera se esfumaron.

Después se puso a preparar una factura para Kilian, como le había dicho a su jefe. Pero no era una tarea fácil, porque ella le había asignado a Kilian una habitación libre sin anotarlo en el ordenador.

Joana le inscribió en el programa de reservas y le cobró solo cuatro días en lugar de doce. Si Carlos se enteraba, ella podría decir que cometió un error. Carlos tenía preocupaciones más importantes en ese momento que cualquier incidencia en el programa de reservas.

Imprimió la factura de Kilian.

Luego sacó la lista de debajo del teclado y volvió a coger su bolígrafo. Anotó los números de las habitaciones individuales en un pedazo de papel. 136, 341, 521, 214, 404, 349, 225.

El último número fue el 107. Joana empezó a relacionar datos. La habitación 107, estaba ocupada por Narcís, el sobrino de Carlos, un imán de conflictos. Llevaba en el hotel desde enero, para el disgusto de todos, completó su pasantía y con el permiso del director, fue alojado en una

habitación de hotel en lugar de las habitaciones del personal.

Joana dobló la lista y la metió en su bolso. Luego abrió los formularios de inscripción de esos números de habitación y se puso a llamar a los respectivos huéspedes. La mayoría de las personas de la lista habían pasado por la recepción todos los días durante más de dos semanas, lo que facilitaba a Joana su identificación.

La habitación ciento treinta y seis era una habitación familiar ocupada por una pareja joven y un bebé de dos años. Ella misma había dispuesto una cuna allí. Tachó el número.

Una pareja mayor de daneses se alojaba actualmente en el número trescientos cuarenta y uno. Les había dado información varias veces en la recepción. Era muy poco probable que fueran ellos.

La habitación quinientos veintiuno era una suite en el quinto piso. La factura de la misma ascendía ahora a varios miles de euros, que seguro pagó el padre rico del novio. Allí pernoctaba una pareja de gallegos que estaban de luna de miel. Joana lo pensó. Una luna de miel tan larga era inusual, pero eso no hacía a los jóvenes sospechosos de haber matado a tres personas. Tachó el número.

La habitación número doscientos catorce estaba ocupada por una pareja francesa para la que ya había tenido que contratar varias veces un taxi accesible para minusválidos porque el hombre estaba en silla de ruedas. Así que nada.

La habitación cuatrocientos cuatro estaba ocupada por un inglés, un tal Brian Sundler, con domicilio en el 21 Wharf Street, Warrington, Inglaterra WA1 2GZ. Joana introdujo el nombre del lugar en Internet y encontró Warrington en algún lugar a medio camino entre Manchester y Liverpool. Siguió buscando Wharf Street y la encontró en Google maps, la calle estaba en un pequeño canal.

Joana cerró los ojos y trató de recordar a Brian Sundler. Ella solo había hablado con él una vez, cuando se quejó de que su transmisor de televisión SKY no funcionaba en la habitación. Entonces llamó al técnico de la casa que resolvió el problema.

¿Y por lo demás?

Casi siempre, Brian Sundler salía del hotel a última hora de la mañana y casi nunca le veía volver, probablemente se quedaba fuera hasta después de su turno. Joana también recordó que el inglés, de aspecto malhumorado, siempre estaba solo, nunca conversaba o saludaba a nadie. Ese tipo de turistas más

bien se pueden encontrar en un hotel de tres estrellas en Torremolinos en lugar de en el Costa Tropical Palace, pensó. El tipo parecía fuera de lugar. Tenía los brazos tatuados con todo tipo de símbolos, puede que tuviera un estudio de tatuajes, y su rostro era redondo y lleno de cicatrices de viruela, como si solo comiera carne de cerdo. Sundler también era calvo. Joana recordaba bien la cicatriz de su frente. Y cuando lo mirabas por detrás, notabas a primera vista las tres cortezas de grasa que sobresalían del cuello de su camiseta roja de fútbol del Liverpool en lugar de su cuello.

Joana introdujo el nombre del inglés en Google y se encontró con el anuncio de una inauguración del pintor Brian Sundler en Auckland. En otra entrada encontró el nombre en una lista de participantes del maratón de Boston hace cuatro años. Obviamente, tampoco era el huésped del hotel. Ella introdujo su dirección exacta en el campo de búsqueda y encontró una coincidencia en 21 Wharf Street, Warrington, WA1 2GZ.

Joana se quedó asombrada.

¿Acaso existía otro Warrington en Inglaterra? Tal vez... pero el código postal coincidía y confirmó sus sospechas.

Joana retocó sus rizos. Ningún Brian Sundler vivía en aquella dirección que correspondía a una tienda de moda llamada “Vanessa Cooper Fashion Outlet”.

¿Había dado el hombre una dirección falsa? ¿Quizás Brian Sundler no era su nombre real? ¿Viajó con un pasaporte falso?

Joana respiró hondo. Tal vez había encontrado una pista.

No tenía ni idea de cómo eran las investigaciones policiales, pero intuía que no se permitía que las apariencias influyeran en la búsqueda de sospechosos, porque entonces Brian Sundler tendría que estar en la cima de la lista. Su apariencia encajaba perfectamente con el prototipo de un hooligan. Pero, ¿también de asesinos en serie?

Joana anotó el número de habitación, nombre y dirección falsa del inglés y tachó los dos últimos números 349 y 225, porque los huéspedes de estas habitaciones eran parejas mayores. Luego dio unos golpecitos con el bolígrafo en el escritorio y pensó.

Había filtrado a dos sospechosos de las ochocientas setenta y cuatro personas que pasaron por allí los últimos dieciséis días desde las misteriosas muertes. En realidad, todo lo que podía hacer ahora era informar a la Guardia Civil de sus investigaciones hasta la fecha, pero en el caso de la habitación ciento diecisiete era un poco complicado. Narcís era el protegido del director.

El chico era de Girona, como el propio Carlos y el resto de la magnífica familia. Al parecer, el hermano de Carlos, también director de un pequeño hotel de Girona, como se rumoreaba, había pedido a Carlos que contratara a su inútil hijo para la pasantía. Probablemente no se llevaba bien con Narcís y esperaba que su tío se deshiciera de sus problemas en el extremo sur de España. Un plan que había fracasado completamente hasta ahora. Narcís tenía veinticinco años, había abandonado la universidad y solo le interesaban las fiestas y las chicas. En el Palace, había chocado con todo el mundo.

Desafortunadamente, el sobrino del jefe disfrutaba de algo así como la libertad de un tonto, excepto en unas pocas ocasiones en las que llegó demasiado lejos. Joana recordó cómo su madre se había quejado a Carlos hacía unas semanas del estado de la habitación de Narcís, que ella se encargaba de limpiar: botellas vacías de champán y cerveza yacían en la alfombra, restos de comida esparcidos por el escritorio y el suelo de la terraza lleno de colillas de cigarrillos. Para colmo, un condón flácido colgaba de la lámpara de la cabecera de la cama. Su madre se negó a limpiar la habitación en ese momento, pero Carlos simplemente asignó el cuarto a otra limpiadora en lugar de cantarle las cuarenta al muchacho.

Joana respiró fuerte. ¿Sería motivo suficiente? ¿Este estúpido chico era capaz de asesinar a una limpiadora solo porque ella lo delató ante su tío?

Estaba pensando. Narcís había pasado por varias áreas del hotel en las últimas semanas. Primero le asignaron el área de bienestar hasta que Alejandro, el gerente, lo empujó a la piscina cubierta con la ropa puesta, porque Narcís le había mostrado el dedo índice, una respuesta típica en él ante la orden de Alejandro para que distribuyera toallas limpias en los sofás.

Después de este incidente, Narcís fue a la oficina para que Carlos pudiera vigilarlo. Pero ni siquiera aguantó allí tres días, ya que fue abofeteado durante una de sus disputas con Belén, quien iba a enseñarle el programa de reservas. El detonante había sido su comentario, mientras que él le entregaba un paquete de pilas. —Es mejor cambiar las baterías de tu vibrador, tal vez te relajes un poco. Después, Carlos ordenó al joven que lavara platos en la cocina del restaurante principal, donde también trabajaba Elena.

Joana se frotó las sienes. Así que los dos coincidieron trabajando durante unas tres semanas. ¿Tendrían alguna discusión? No era tan improbable. Se podría suponer que Narcís intentó ligar con Elena, ya que probablemente era la única mujer del personal del restaurante que encajaba en su perfil. Pero era igual de concebible que Elena hubiera rechazado a ese macho descarriado. A

nadie le gustaba Narcís, y Elena seguramente no era una excepción. ¿Se había ofendido por su rechazo? ¿Tenía motivos suficientes para matar a Elena?

Joana estaba jugando con el bolígrafo y apuntando toda su cadena de pruebas. Sin duda, un poco improvisada y agarrada de un fino hilo, pero, sin duda, la Guardia Civil estaría interesada en el muchacho. Tal vez la investigación de Narcís sacaría a la luz más pruebas. ¿Pero qué había del hermano de Kilian? ¿Cómo encajaba él en aquel rompecabezas? ¿Había tenido Xavier contacto con Narcís en las pocas horas que estuvo en el Palace?

Joana decidió ir a la Guardia Civil con sus sospechas. Miró su reloj. Eran las ocho menos cuarto. En quince minutos se encontraría con Kilian en el aparcamiento subterráneo.

Dejó la oficina, intercambió algunas palabras con Maite, pero se guardó los resultados de su investigación para sí misma. Luego caminó por el pasillo hasta la sala de conferencias y llamó a la puerta. Esperó un momento y entró. Al parecer, la mayoría de los agentes ya habían abandonado el hotel, solo seis seguían ocupados, interrogando a los huéspedes y al personal. En otras cuatro mesas, los agentes estaban trabajando con sus ordenadores y un colega de Paco hablaba por radio. Paco no se encontraba allí y Carlos estaba conversando con el fiscal.

Joana murmuró una disculpa y salió de la sala de conferencias. No era el momento oportuno, sobre todo, porque con la mejor voluntad del mundo, no podía acusar al sobrino del director de ser un potencial asesino en serie estando su jefe en la sala. Podría haber hablado de Brian Sundler, el inglés tatuado con dirección falsa, pero vio más oportuno tratar el tema en privado con Paco, después de todo él era su hombre de confianza en este club.

Regresó a la recepción donde uno de los agentes hablaba con Maite mientras se tomaba un café. Joana miró el reloj de recepción. Tenía que salir para encontrarse con Kilian, pero también tenía que hablar urgentemente con la Guardia Civil. ¿O solo estaba fantaseando? Junto a la taza de café del agente estaba la misma lista que había copiado hoy, ahora con más tachones junto a los números de habitación.

Le pidió al agente si le podía entregar la lista que Carlos le imprimió. Joana condujo su dedo a lo largo del listado. No había ninguna nota junto a la habitación cuatrocientos cuatro. Así que nadie había interrogado a Brian Sundler aún. Siguió buscando la habitación número ciento siete, pero no encontró la entrada, aunque debería haber aparecido en la lista. Volvió a repasar las cinco páginas, número por número, pero no la encontró.

Joana trago saliva. ¡Carlos!

Su jefe no conocía el programa de reservas tan mal como ella sospechaba. Puede que manipulara las listas para ocultar el nombre de su sobrino. Tal vez tenía una buena razón para ello, pensó ella amargamente y le devolvió la lista al guardia.

Apretó los puños. Si Narcís había tenido algo que ver con la muerte de su madre, y su tío, su propio jefe, lo había encubierto, entonces ella...

Joana se obligó a calmar, entró en la oficina, cerró la puerta detrás de ella y marcó el número de la Guardia Civil, que conocía de memoria. Paco estaba en el cuartel, pero en una reunión, le comunicaron. Ella dijo que iría inmediatamente porque tenía algo importante que discutir con él. Luego se despidió de Maite y bajó por las escaleras hasta el segundo sótano, estaba demasiado inquieta para esperar el ascensor.

Miró su reloj. Las ocho y cinco. Kilian le estaría esperando, los alemanes eran conocidos por su puntualidad.

Abrió la puerta de la planta del aparcamiento y quiso buscar el interruptor de la luz, pero el aparcamiento subterráneo ya estaba iluminado. Con la cantidad de coches que había, no pudo ver inmediatamente el coche de alquiler azul oscuro de Kilian. Así que fue a través de los coches. Estaba tan absorta pensando en la falsa lista de Carlos que solo cuando llegó a la mitad del garaje se dio cuenta de la importancia de que las luces estuvieran encendidas. El interruptor de la luz estaba acoplado a un temporizador. Así que alguien debía de haber estado allí recientemente.

¿Kilian? No.

Encontró su coche vacío detrás de una camioneta roja. Joana se volvió. Estar sola en un aparcamiento subterráneo le hacía sentir incómoda. Pasó entre dos coches mientras las luces se apagaban con un ruido seco. De repente, el garaje se quedó a oscuras.

Joana respiró hondo y trató de mantener el pánico bajo control. La iluminación duraba tres minutos, el tiempo necesario para entrar o salir del garaje. Hacía tres minutos que alguien había encendido el interruptor de la luz. ¿Había alguien más allí aparte de ella?

Se chocó contra una columna y se asustó. Cuidadosamente la rodeó y mantuvo los ojos semicerrados para enfocar mejor. Después de todo, podía ver una franja de luz bajo la puerta de salida. Ahí es donde tenía que ir. Se calmó un poco, caminó más rápido y se golpeó la cadera contra un coche. En cuanto extendió las manos, las quitó inmediatamente, como si hubiera agarrado

una plancha de cocina. Estaba parada frente a un capó. Y el capó estaba muy caliente.

De repente, se iluminó el interior de un vehículo al abrirse la puerta del conductor. La luz dibujaba su calva y la cicatriz de su frente brillaba desde arriba, la mitad inferior de la cara de Brian Sundler yacía en la sombra.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

---

**A**l caer la noche, Paco se sentó en la sala de reuniones de la Guardia Civil y conversó con el teniente Lozano y el capitán Morales, jefe del Departamento de Homicidios de la provincia de Granada, que iba acompañado por el sargento Peralta. También estaban presentes los muermos de los sargentos Méndez y Carranza, dos de los agentes más eficaces del cuartel de Almuñécar.

El capitán Morales acababa de resumir los acontecimientos de las últimas dos semanas en el Costa Tropical Palace y explicó que estaban esperando la autopsia de Elena, que debía llegar esa misma noche, así como los resultados de los interrogatorios pendientes en el hotel. Durante las autopsias de Xavier Huber e Inmaculada Ramos Ortiz, el forense descubrió que ambos habían comido la misma “última cena”, como él decía. Un bocadillo de jamón.

—Por favor, no me malinterpreten con esto —dijo—, pero estoy casi seguro de que se trata de un jamón de pata negra.

¿Era solo otra coincidencia? También estaban desconcertados por el misterioso trayecto en taxi de Inmaculada a las tres de la mañana. Y su enfermedad, de la que no había hablado a nadie, ni siquiera a su propia hija Joana. Sin la autopsia del cuerpo realizada por el doctor Manuel Castillo, probablemente nunca se hubieran enterado de su grave enfermedad. ¿Inmaculada había tomado una sobredosis de medicamentos, o había conocido a un extraño en el hotel? Y si fue este misterioso desconocido el que envenenó a ambos, ¿por qué el presunto asesino cambió de estrategia en su tercer asesinato y arrojó a su víctima por una pendiente?

En la ronda se asumió que Elena debía de conocer al autor de los hechos. ¿O era ella la autora de los dos asesinatos? Según las estadísticas, el

envenenamiento era más propio de las mujeres. En cualquier caso, difícilmente habría sido posible arrastrar a Elena contra su voluntad cien metros hasta esta ladera sin llamar la atención. ¿O era un suicidio? ¿Se habrían suicidado Elena, Xavier e Inmaculada por iniciativa propia?

Paco no creía en la teoría del suicidio y al parecer el fiscal tampoco. Mientras tanto, había dado luz verde a las investigaciones de uno o más homicidios. Deberían hacer todo lo que tenían a su alcance para aclarar los acontecimientos tan pronto como fuera posible. Esto significaba que, a partir de ese momento, el departamento de homicidios sería la más alta instancia responsable, bajo el mando del capitán Morales.

Morales planteó una nueva hipótesis: ¿Cabía alguna posibilidad de que estuvieran tratando con un maníaco? ¿Con un psicópata que mataba sin razón aparente? Si esto fuera así, la situación era alarmante, porque pronto podría haber más muertes.

Sin embargo, algunos de los colegas se preguntaban si el capitán Morales no habría visto recientemente demasiadas películas de acción y ahora proyectaba la brutalidad de los thrillers de Hollywood en la apacible Andalucía. ¿Realmente el jefe evaluó la situación tan drásticamente, o solo quería motivar a su gente a trabajar aún más duro en el caso? Nadie quería creer que en el idílico Almuñécar andaba suelto un psicópata asesino. Pero el jefe había mencionado explícitamente esta posibilidad y, por lo tanto, dio prioridad absoluta a la investigación. Después de todo, no se perseguía a un posible asesino en serie todos los días.

El sargento Serrano señaló que todo podía haber comenzado tiempo atrás, dos años antes, cuando la joven, Carmen Soto Ramos, desapareció. Era la hija de la mujer de la limpieza fallecida. Sin embargo, el teniente Lozano, quien había visto el expediente de Carmen, reportó que no había evidencia de alguna conexión con los crímenes recientes.

Al final de la reunión, se distribuyeron las tareas, el sargento Peralta revisaría la coartada del ex novio de Elena. Méndez y Carranza regresarían al hotel, y el capitán Morales se dirigiría al departamento forense, donde esperaba que el doctor Castillo ya tuviera algún resultado.

Justo cuando Paco volvió a la oficina, un compañero de trabajo entró y le dijo que Joana le había llamado hacía un rato. Ella quería hablar con él sobre un asunto urgente. Paco quiso saber de qué se trataba, pero su colega se encogió de hombros.

El reloj de pared de la oficina de Paco mostraba las veinte y veinte horas.

Sería una noche larga. Pensó en lo que dijo el fiscal: —Deben hacer todo lo posible para aclarar los incidentes de la manera más completa y rápida posible—.

Como si fuera tan simple. Si los tres casos se habían cometido por el mismo asesino, entonces estaban tratando con un maldito psicópata que no cometía errores, ni dejaba rastros y tenía cierta creatividad en la ejecución de sus actos. Paco no podía deshacerse de la sensación de que estaban persiguiendo a un fantasma.

---

Kilian entregó a Maite su tarjeta de acceso y le preguntó por Joana, ella le dijo que había salido hacía unos minutos.

Kilian miró el reloj.

No quería hacer esperar a Joana, y podía pagar la cuenta en otro momento, así que cargó su bolsa de viaje y le dijo a Maite que regresaría a pagar al día siguiente. —No hay problema —dijo ella guiñándole el ojo.

En ese momento Carlos, quien aparentemente no había escuchado la conversación, salió de la oficina.

—¿Oí que se marcha? —le preguntó a Kilian en inglés.

Kilian asintió y Carlos se volvió un poco irritado hacia Maite, quien se encogió de hombros.

—Bueno, gracias por quedarse con nosotros —dijo Carlos—. ¿Y la cuenta?

Kilian le dijo al director que volvería mañana para pagar la cuenta, porque tenía que irse inmediatamente. Carlos lo miró como si acabara de perderse el remate de un pésimo chiste.

—Desafortunadamente no es posible —contestó y agitó la cabeza con vehemencia—. Por favor, espere aquí. —Lanzó a Maite unas duras palabras que la dejaron helada y desapareció en la oficina, dejando la puerta entreabierta.

Maite se inclinó en el mostrador. —Lo siento, pero es un poco complicado —susurró señalando a la puerta de la oficina.

—No importa —contestó Kilian, esperando que todo ese asunto no le llevase demasiado tiempo. Joana ya estaría esperando. Cuando el zumbido de la impresora se detuvo, Carlos salió de la oficina y puso una copia impresa

frente a Kilian. Con su pluma Mont Blanc, picoteaba en el importe de la factura tan fuerte, que resonaba en el vestíbulo.

—Debe haber un error... quiero decir... ¿cuándo llegó?

Kilian le dio al director la fecha correcta. Carlos agitó la cabeza, rompió la cuenta y desapareció en la oficina de nuevo.

Kilian miró su reloj y cogió su tarjeta de crédito. Pasaron unos minutos antes de que Carlos regresara, esta vez con tres páginas de papel en la mano. Kilian pasó a la última página y se mordió los labios. Tendría que trabajar casi un mes para ganar aquella cantidad, contando con que el negocio fuera bien. Dado a que estaba constantemente negociando precios en su trabajo, pidió un descuento, pero solo recibió la respuesta esperada.

—¡Desafortunadamente no es posible!

Kilian firmó la factura y cogió su tarjeta de crédito. Con un breve saludo se despidió de Carlos. Le dio dos besos a Maite y corrió escaleras abajo para llegar hasta su coche, donde Joana estaría esperándolo.

En el momento en que Kilian llegó al segundo sótano, un grito sordo resonó en el aparcamiento. ¡Joana! Kilian dejó caer su bolsa, de un salto llegó hasta la puerta y la abrió. Dentro estaba oscuro.

—¡Joana! —gritó en la oscuridad y apretó el interruptor de la luz. Las lámparas del techo se encendieron de forma intermitente, como si no quisieran iluminar la siguiente escena. Joana corrió hacia él, seguida por un hombre calvo que empuñaba algo brillante en la mano.

Joana se arrojó a sus brazos, del impulso Kilian se golpeó la espalda con un extintor que estaba sujeto a la pared justo detrás de él. Sintió el cuerpo tembloroso de Joana. Ella dijo algo que él no entendió. Lentamente el hombre se acercó a ellos. Su cara era tan rígida como una máscara.

Kilian se separó de Joana y se paró frente a ella. Se preguntaba si debía sacar el extintor de su anclaje, pero el hombre ya estaba frente a ellos. —¿Qué coño te pasa? —maldijo y con la mano en la que tenía un manojito de llaves abrió la puerta de hierro tan violentamente que golpeó la pared. Luego se fue.

El olor a loción de afeitar barata se mezclaba con el resto de gases. Kilian respiró profundamente. —¿Qué ha pasado? ¿Te ha atacado?

—No —jadeó Joana—, pero creo que llegaste justo a tiempo. Tenemos que ir a la Guardia Civil.

En el coche, Joana le contó los resultados de su investigación. Ocho habitaciones habían estado ocupadas durante ese período, pero solo se podían tener en cuenta dos personas. Joana acababa de toparse con uno de ellos en el

oscuro aparcamiento subterráneo. Kilian podía entender su horror, ¿pero estuvo realmente en peligro? ¿Qué habría pasado si hubiera llegado más tarde?

Poco después, estaban sentados en la oficina de Paco. Mientras Joana explicaba sus conclusiones sobre la lista de huéspedes, éste le sonrió en agradecimiento. Al parecer, se dio cuenta de la acertada pista que Joana le acababa de regalar.

Presionó un botón en el intercomunicador y murmuró unas breves palabras. Segundos después apareció el teniente Lozano y Joana tuvo que contarle todo de nuevo. Describió lo ocurrido en las dos últimas horas, desde la lista incompleta del gerente del hotel hasta el incidente en el aparcamiento subterráneo.

Paco y el teniente Lozano se miraron. Todo se había desarrollado de manera positiva, pero era, al mismo tiempo, vergonzoso para la Guardia Civil. Una recepcionista y un empresario alemán de dudoso pasado, jugando a ser detectives, habían encontrado dos posibles pistas y en solo una hora de investigación.

Paco se acarició el bigote. Habían logrado mucho más que las dos docenas de investigadores entrenados, desde que Elena fuera encontrada a primera hora de la mañana. Como conclusión, tenían un inglés sospechoso con dirección falsa entre los huéspedes del hotel que, además, se alojaba allí durante el tiempo que se habían producido las tres muertes.

Y luego estaba Narcís, el sobrino díscolo del gerente del hotel, descubierto por Inmaculada y que, como compañero cercano de la bella Elena, probablemente también hubiera tenido problemas con ella. Además, el propio director del Palace ocultó información a la Guardia Civil, ya que su sobrino no figuraba ni en la lista de personal ni en la de huéspedes. Tendrían que intercambiar algunas serias palabras con él. Al menos podrían culparle de no progresar en todo el día debido a su lista incompleta.

Cuando Joana terminó su historia, pidió a los dos oficiales que dejaran su nombre fuera del juego. Después de todo, Carlos era su jefe y ella acababa de delatarle, a él y a su sobrino. Si el director se enteraba, sin duda perdería su trabajo.

Paco encontró una solución aceptable para todos los interesados. —Lo entendemos, Joana. Podríamos argumentar que estos resultados son fruto de la investigación de la Guardia Civil.

Joana asintió y se levantó. Los dos agentes le dieron las gracias e incluso

le dieron la mano a Kilian, a quien habían retenido como sospechoso de asesinato días antes.

Cuando salieron, la vergüenza de los oficiales dio paso a una euforia total. Acababan de conocer dos pistas importantes y una de ellas debía llevarles al asesino. El resto ya no podía ser tan difícil. Tenían que ponerse en contacto con la Interpol con respecto al inglés, y el joven español sería acosado por ellos mismos. Paco ya había olvidado la estimulante charla con el sudoroso amante de Elena.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

---

**E**staba sentado en el coche bebiendo una botella de coñac. A pesar del agotador interrogatorio había pasado bien la tarde. Su papel en este teatro le parecía bastante aceptable hasta el momento. La Guardia Civil no tenía nada contra él, de lo contrario no le habrían dejado marchar tan fácilmente. Solo tuvo que admitir que se la había tirado un par de veces, pero eso era todo. Lo principal era que nadie lo había visto cuando Elena se tropezó por la ladera y esperaba que el arañazo de su brazo no hubiera dejado ningún rastro en ella.

Encendió un cigarrillo y luego miró la pequeña costra. ¿Cuándo sucedió? No fue cuando empujó a Elena, pero tal vez antes de eso, cuando tuvieron la pelea, cuando ella le amenazó con contarle todo y él la agarró por los hombros y la sacudió.

Dio otro trago y tiró las cenizas del cigarrillo por la ventana. En realidad, no quería haber terminado así con Elena, pero tenía que admitir que se sentía muy bien ahora que esa tediosa historia acabó. Solo dos personas sabían lo de Carmen: Elena y él. Y ahora el secreto estaba exclusivamente en sus manos, y así sería para el resto de su vida.

*Demasiado tarde*, fueron las últimas palabras de Elena. Esta amenaza le preocupaba, pero probablemente solo quiso molestarle como tantas otras veces. Elena no podría haber hablado con nadie de Carmen, de lo contrario la Guardia Civil le habría arrestado hace mucho tiempo, pero aparte del interrogatorio rutinario de esa tarde, no había sido molestado más. Elena había fanfarroneado... y había perdido.

Pensó en Joana y en su encuentro accidental de esa noche. Mirándolo bien, aquello también resultó ser una ventaja. El hecho de haber olvidado las llaves

de su coche y tener que volver a su lugar de trabajo fue un verdadero golpe de suerte. Joana podía confirmar que él seguía trabajando después de escuchar el grito, que probablemente determinaría la hora del crimen. ¡Qué ironía del destino! Encontrarse con la hermana de Carmen, entre todas las personas posibles, pensó.

Y ahora se sentía eliminado del círculo de sospechosos. En el transcurso de la velada, corría el rumor entre sus compañeros de que la Guardia Civil buscaba a un asesino en serie, alguien que se deshizo de los tres como si fueran molestas moscas.

Para no parecer sospechoso, hizo correr este chisme, despertando aún más el temor entre el personal. Algunos empleados ya estaban tan asustados que se mantenían alejados del trabajo.

Se recostó en su asiento, relajado. Era demasiado bueno para ser verdad. Debido a la sospecha del asesino en serie, automáticamente él ya no era sospechoso, porque el día en que Inmaculada fue encontrada muerta, tenía una coartada perfecta. Había estado en una reunión de moteros de su club, Los Tiburones. Cincuenta chicos duros y una tierna rubia vestida de cuero podrían confirmarlo.

Por supuesto, también pensó en cómo había muerto la vieja, después de todo le caía muy bien. Inmaculada lo iba a ver a menudo y él la invitaba a tomar café. A cambio, ella ocasionalmente le traía algunas cosas para comer. Por ejemplo, churros, que solía tirar porque tenía que cuidar sus abdominales y, también, frutas y aguacates.

Sí, a él le caía bien, pero ya no importaba, porque de todos modos ella nunca llegó a saber lo que realmente le sucedió a su hija. Sin embargo no sabía los motivos por los que el turista alemán estiró la pata, pero su muerte no le importaba una mierda. Lo importante era no ser sospechoso de nada en el caso de Elena.

Dio otro trago de la botella de coñac. No podía volver a casa todavía, algo así tenía que celebrarse como era debido. Tiró el cigarrillo por la ventana, arrancó el coche y se dirigió a los pubs de la playa. Con su nivel de alcohol en sangre ciertamente ya no se le permitía conducir, pero la Guardia Civil tenía otras preocupaciones más importantes que organizar controles de alcoholemia. Estaban buscando a un asesino en serie.

Sonrió. Se sentía libre.

No parecía haber mucho ambiente en los pubs. Saludó al portero, le pidió un gin tonic a la camarera de las tetas grandes del segundo bar y brindó: —

¡Por la libertad! —murmuró y se bebió la mitad del vaso de un trago.

Luego eructó y se limpió la boca con la manga. En el pub de al lado descubrió a una compañera de trabajo muy guapa que, sin duda, se tomaría una copa con él. Sonrió aún más cuando vio que sus deseos se harían realidad. Celebraría el último acto de este teatro con ella. Y la mejor parte es que ella no sabía nada de su fiestecita.

---

Cuando se subió al coche de Kilian en el cuartel de la Guardia Civil, Joana se sintió aliviada. Quizás las muertes podrían ser finalmente aclaradas con la ayuda de sus pistas.

Kilian arrancó el motor. —¿Y ahora? —preguntó.

Joana lo pensó. Esa era una buena pregunta. Al enfadarse con Carlos, quizás la decisión de que Kilian se mudara a vivir a su casa, había sido un poco precipitada.

Se puso el cinturón y bajó la ventanilla. —Vamos a tomar una copa —le sugirió y le mostró el camino a los chiringuitos de Almuñécar.

No había mucha gente allí, aún era temprano. Se sentaron en unas sillas de mimbre, bajo las ramas de las palmeras, entre las que brillaban las primeras estrellas, y pidieron cerveza. Joana miró hacia el mar resplandeciente. En la bahía descansaban unos barcos pesqueros cuyas luces brillaban en el agua para atraer la pesca. A lo lejos, un crucero, que parecía necesitar más electricidad que una pequeña ciudad, se dirigía hacia el Estrecho de Gibraltar. El sonido de las olas, que salpicaban suavemente la playa, tenía un efecto soporífero.

Por primera vez desde la muerte de su madre, el estado de ánimo de Joana mejoró. Poco a poco notaba una liberación interior. Ahora estaba sola y no tenía que mostrar consideración por nadie. Sí, incluso podría dejar Almuñécar sin problemas.

Kilian pidió otra cerveza y trató de entablar una conversación amena, pero para ellos no era fácil hablar de otra cosa que lo acontecido en las últimas semanas. La conversación no fue fluida, pero ellos no sintieron el silencio como algo desagradable. Durante las pausas, se apoyaban en las sillas de mimbre y observaban el crucero en su trayectoria hacia el oeste, como una pareja de ancianos frente al televisor.

Joana no recordaba la última vez que había estado tomando algo con un hombre. Ahora estaba sentada allí con Kilian y sentía una extraña familiaridad que, de otra forma, quizás solo podría haberse establecido con el paso de los años. Probablemente porque compartían el mismo destino, pensó. Sabía que él también se alegraba de haberla conocido. Se necesitaban el uno al otro, pero sin motivos ni segundas intenciones. Él la necesitaba para superar la barrera del idioma y aclarar la muerte de su hermano, y ella lo necesitaba para encontrar un punto de apoyo de nuevo. A ella le gustaba, pero solo como un buen amigo. Kilian era el primer hombre del que simplemente era amiga. Hasta ese momento, ningún amigo suyo se había quedado satisfecho con este papel. Todos querían más y si no lo conseguían, la amistad se acababa pronto. A Joana le gustaba Kilian, pero incluso aquella amistad terminaría pronto, por razones geográficas, a menos que...

—¿Y cómo era tu vida en Hamburgo? —preguntó Kilian, interrumpiendo sus pensamientos.

—Hamburgo es una gran ciudad.

—¿Por qué no te quedaste allí?

—Porque mi familia vivía aquí. Además, nunca me lo planteé. Solo fui a Alemania para perfeccionar el idioma y hacer unas prácticas en hotelería. Porque mi familia “vivía” aquí, pensó y se bebió su cerveza. En aquel entonces, tenía un padre, una madre y una hermana.

—Ajá, ¿pero luego te quedaste más tiempo?

Joana sabía adónde quería llegar. —Sí, desafortunadamente. Tres meses.

—¿Desgraciadamente?

—Puedes imaginártelo. Conocí a alguien, pero después de unos meses se acabó.

—¿Qué pasó? —quería saberlo, pero Joana no parecía dispuesta a entrar en detalles.

—No éramos el uno para el otro. Era como me describiste a tu ex esposa, superficial y sin amor.

—¿Y luego rompisteis y volviste a España? —preguntó Kilian.

—Sí, pero no fue tan simple.

—¿Por qué? ¿Porque estabas enamorada de él?

—Al principio sí, porque él también era diferente, o interpretó un papel, como actor de profesión que era. Pero luego cambió, coqueteaba con otras mujeres, se quedaba en los bares con sus amigos y perdió todo el interés por mí, hasta que rompí con él.

—¿Él también quiso romper?

—No. Juró que lo haría mejor si me quedaba con él y me regalo un anillo.

—¿Y te quedaste con él?

Joana lo miró brevemente. La holgura de hace un momento parecía haber desaparecido, Kilian ahora parecía un poco apurado.

—Sí, me dejé convencer —continuó—. Hasta que una noche...

Joana trazó un círculo en la arena con el tacón. No comentó con nadie lo ocurrido esa noche, ni siquiera con su madre. —Se emborrachó en el pub y quería sexo, pero yo no quería. Olía a alcohol y cigarrillos, me resistí, y luego.... me golpeó en la cara y me obligó.

Kilian resopló. —¿Él qué?

—Sí, me violó —dijo ella y lo pronuncio por primera vez. Permaneció en silencio durante un rato. El crucero desapareció en el horizonte.

—¿Acudiste a la policía? —preguntó finalmente Kilian.

—No. Al día siguiente fui a un hotel y a una agencia de viajes, y en veinticuatro horas estaba de vuelta en España.

—Pero, ¿por qué no lo denunciaste?

—Soy española y quería volver a mi país. No quería un juicio que durara meses y tener que verle la cara de nuevo. Solo deseaba salir de allí tan rápido como pudiera.

—Así que se escapó sin más —dijo Kilian.

—No fue exactamente así —Joana tomó un sorbo de la botella—. La noche siguiente, justo antes de mi vuelo a España, fui con un martillo al garaje, donde tenía su Volkswagen Beetle, y cuando terminé, su coche parecía un culo lleno de celulitis.

Kilian sonrió y aplaudió. —Dices que era un actor, ¿es conocido?

—No, apareció en el teatro un par de veces y tuvo un papel secundario en una estúpida serie de televisión. Sin embargo, al final de nuestra relación, apenas tenía compromisos y se sentía bastante frustrado. Cuando llegué a España, solo quería olvidarlo. Pero ese no fue el final de la historia —Joana cruzó las manos delante de su torso—. Estaba embarazada de él.

—Dios mío —Kilian, se incorporó en su silla y le preguntó. —¿Y qué hiciste?

—Al principio estaba horrorizada. Y luego no supe qué hacer. Por aquel entonces, mi padre aún vivía, y él y mi madre eran muy tradicionales en esas cosas. Matrimonio, hogar, hijos, exactamente en este orden. En aquella época me gustaba la idea de ser madre, pero cuando pensaba en cómo había sido

concebido el niño, no sentía más que un vacío en el estómago. Y las madres deberían estar contentas con su embarazo. También pensé en que pasaría cuando el niño me preguntara sobre su padre y cómo tendría que mentir, así que tomé la decisión de abortar, aunque eso era ilegal en España.

Kilian, que aguantaba la respiración, dejó escapar el aire ruidosamente. — ¡Gracias a Dios, esa fue la decisión correcta!

—¿Disculpa? ¿Qué dijiste ayer: Creo que un ser vivo debería tener el derecho...?

—Sí, eso dije, pero lo tuyo era algo diferente que lo mío con Cornelia — se defendió.

—Tú cambias de opinión como un político después de las elecciones, las circunstancias eran diferentes, pero si estás en contra del aborto, entonces eso debería aplicarse a todas las situaciones, ¿no es así? Después de todo, el embrión no puede evitar cómo, por qué y por quién es concebido. Yo sufrí mucho por haber tomado esa decisión entonces, y tú sufriste por la decisión de Cornelia. Estoy segura de que tampoco fue tan fácil para ella como tú piensas.

—Vale, probablemente tengas razón. Como dijiste ayer, se lucha mucho en las relaciones porque todos piensan que tienen razón. Pero una discusión sobre esto no nos va a llevar a nada.

Kilian sonrió, levantó su botella de cerveza y vitoreó a Joana.

—Aprendes rápido, así que hay esperanza —dijo, chocando su botella contra la de él.

Bebió su cerveza y se disculpó. Joana lo observó mientras entraba en el restaurante para ir al baño. Un grupo de muchachas levantó los brazos haciendo una ola cuando Kilian pasó cerca y una de ellas le lanzó un beso con la mano a sus espaldas. Las chicas serían unos diez años más jóvenes que ella, pero Joana se sentía mucho mayor. Había pasado una eternidad desde que se divertiera en los pubs como esa risueña pandilla.

De repente fue interrumpida en sus pensamientos.

—Hola, Joana —dijo el Casanova del hotel y se sentó en la silla de Kilian. El aliento de su compañero Antonio, el camarero de la cafetería, olía a alcohol. Él le dio unas palmaditas en la mano—. ¿Está sola, señorita? Nos encontramos cada vez más a menudo. Anoche en la puerta trasera de la cafetería y ahora aquí otra vez. Empiezo a pensar que el destino trata de decirnos algo.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

---

A Joana no le emocionó la idea de que Antonio se sentara en la silla de Kilian. Estaba teniendo una agradable velada hasta entonces, especialmente porque, por una vez, apenas hablaron de lo acontecido en el hotel. Pero entre los empleados de allí, incluido Antonio, no tenía otro tema que tratar. Él en particular, que preparaba el café para todos los empleados y huéspedes era, en cierto modo, el epicentro informativo del Palace. Antonio hizo señas a la camarera y pidió un gin tonic.

—No estoy sola —le dijo Joana—. Kilian está en el baño en estos momentos.

—Oh... Uh—huh —Antonio ni siquiera intentó ocultar su decepción al principio.

Kilian se acercó a la mesa, saludó a Antonio y se sentó en otra silla de mimbre.

—Encantado de verte, ¿cómo estás, Kilian? —balbuceó Antonio.

La noche había terminado, pensó Joana enojada y puso los ojos en blanco. Antonio no pareció notar nada de su desagrado y dio su visión aventurera de los dramáticos acontecimientos en el Palace en un monólogo en español e inglés. También se quejó de la incapacidad de los investigadores. Cuando Antonio se dio la vuelta para llamar la atención de la camarera para pedir otra copa, Joana le dio un golpe con el pie a Kilian como señal de partida.

La chispa de la magia entre ellos había desaparecido. Después de un largo día en el hotel, ella estaba en contra de repasar lo sucedido otra vez con Antonio. Pero cuando su compañero empezó a hablar sobre Elena, y Kilian desapareció en el pub para pagar la cuenta, se le ocurrió algo que le gustaría saber. Se aclaró la garganta.

—Antonio, quiero preguntarte algo, pero me gustaría que quedara entre nosotros, ¿de acuerdo? —Ella deslizó su silla para acercarse más a él.

—Por supuesto, siempre tendré oídos para ti. ¿Es por ese tipo? —Antonio hizo un gesto despectivo en dirección a la barra—. ¿Qué quieres hacer con el alemán soso? Lo que necesitas es...

—¿Puedes callarte y escucharme? Es sobre Elena.

Su nombre era suficiente para silenciarlo.

—Hace dos semanas, antes de que todo empezara, alguien me llamó sin decir su nombre. Aparentemente era una mujer joven, y después me pareció que podía ser Elena. La persona que llamaba estuvo llorando la mayor parte del tiempo y no estoy muy segura de lo que decía exactamente, pero creo que era algo así como: ¡Carmen está muerta, perdóname! ¿Sabes algo de esto? Eras el novio de Elena, ¿no?

Bajó los ojos y agitó la cabeza. —No, no era su novio, solo estaba un poco enamorada de mí, eso es todo. ¿Y qué hiciste después de la llamada? —Antonio parecía mucho más sobrio que segundos antes.

—Al día siguiente pensé que mi subconsciente me estaba gastando una broma, tal vez la persona que llamó marcó el número equivocado. —Se encogió de hombros—. Decidí hablar con Elena sobre ello en el hotel.

Antonio, que en ese momento se estaba llevando el vaso a la boca, se echó la mitad del gin tonic sobre los pantalones. Joana frunció el ceño, en ese momento Kilian volvió a la mesa y ella aprovechó para levantarse rápidamente. —¿Puedes decirme algo o no?

Antonio alzó la vista. —No —murmuró con voz ronca—, ¿por qué debería?

Joana asintió. —Está bien —Cogió su bolso.

—¿Y te encontraste a Elena en el hotel? —quiso saber.

—Sí, lo hice, pero no quiero hablar más de ello. Tengo que irme a casa ahora. Nos vemos mañana. —respondió ella y se fue del pubs con Kilian.

---

Antonio sintió que su corazón se aceleraba como si estuviera sentado en una bicicleta de spinning. Elena, esa perra miserable, había llamado a la hermana de Carmen para chismorrearle algo. ¿Pero qué? Trató de pensar, pero no podía concentrarse tan borracho como estaba. Los miró fijamente mientras se

alejaban. ¿Aún no había terminado esa pesadilla? ¡Maldita sea! Necesitaba una respuesta y decidió seguir a los dos tortolitos.

---

Después de sacar la bolsa de viaje de su coche, Kilian y Joana pasearon por las estrechas y sinuosas calles del casco antiguo de Almuñécar. Afortunadamente, la bolsa no pesaba mucho y les venía bien dar un corto paseo durante la noche.

Kilian miró el reloj. Eran las dos de la mañana y, a excepción de sus pasos que resonaban en las paredes de piedra de las estrechas calles de apenas tres metros de ancho, no se oía nada más. Joana lo llevó a casa de sus abuelos. Si la situación fuera diferente, pensó Kilian, habría abrazado a Joana y la habría besado hace mucho tiempo, pero el amor y el dolor no iban de la mano, y tampoco el sexo.

Además, mientras revisaba sus correos electrónicos esa tarde, había encontrado un mensaje del seminario de Passau que podría reconducir su vida de nuevo. La emotiva propuesta, que envió al seminario hace semanas, tenía tres páginas y la hizo con la ayuda de cinco botellas de cerveza de trigo. Por lo que parecía una carta rogando a su gran amor una nueva oportunidad.

Los recientes acontecimientos le hicieron olvidar todo el asunto durante ese tiempo. Además, de todos modos, no había creído en su confirmación. Pero ahora el director del seminario San Esteban de la diócesis de Passau le había enviado un correo electrónico, indicándole que existía la posibilidad de reincorporarse al comienzo del próximo semestre. Sin embargo, antes de eso, Kilian tendría que viajar a Passau, donde tendría que presentarse ante una comisión el doce de mayo a las diez en punto, eso era exactamente en el plazo de una semana.

Tal vez podría continuar con el seminario y así, volver a sentir la paz interior que le embargó el tiempo que estuvo allí. Sí, tenía que volver a darle sentido a su vida y transformar las nubes oscuras de su cabeza en libertad espiritual.

Kilian se dio la vuelta. Había escuchado algunos pasos, pero no vio nada en los callejones, excepto un perro piojoso acurrucado y durmiendo en un rincón.

Subieron en silencio la cuesta pavimentada de adoquines. Joana iba

enganchada de su brazo y se dejaba arrastrar un poco.

Se detuvo frente a una puerta rústica de madera y buscó la llave en su bolso. Kilian puso su equipaje sobre el pavimento de piedra, estiró la espalda y miró a su alrededor. La casa tenía tres plantas de altura y el frontal de la fachada tendría unos cinco metros de ancho. Miró a ambos lados del callejón. Las casas estaban adosadas, por lo que las paredes parecían un muro cerrado. El edificio frente a ellos desprendía tal encanto mediterráneo, que bien podría ser el motivo de una postal andaluza. La fachada estaba dominada por unas persianas verdes como la hierba y unas macetas de terracota de las que brotaban exuberantes geranios rojos.

Joana empujó con fuerza la puerta que se abrió de un tirón, luego se limpió los pies en la alfombra de entrada que descansaba sobre un suelo de mármol impoluto. Kilian estaba a punto de inclinarse para coger su bolsa, cuando vio una sombra al final del callejón. Al principio creyó reconocer a Antonio, pero la silueta desapareció a la vuelta de la esquina.

Kilian siguió a Joana por la casa, detrás de la puerta de entrada había una acogedora sala de estar con cocina abierta. Algunos de los muebles le resultaban familiares. Al parecer, tanto Joana, como él, habían amueblado sus respectivos apartamentos principalmente con la ayuda de una tienda de muebles sueca, donde uno mismo tenía que montarlo todo. En una esquina de la sala de estar había un sofá de cuero negro con una mesa auxiliar, y en la pared opuesta a la entrada una cocina que terminaba al pie de una estrecha escalera. Frente a la cocina se alzaba una robusta mesa de comedor con cuatro sillones y una pantalla plana en una cómoda, sobre la que colgaban tres estantes negros de diferentes longitudes, al igual que en su piso de Múnich.

En los estantes descansaban algunos libros y algunas fotografías familiares enmarcadas. Kilian se acercó más. Una de las fotos mostraba a la familia de Joana en una playa detrás de una gran pila de arena, aparentemente un castillo que el padre acababa de construir con su hija menor. El padre tenía bigote, la madre un traje de baño con volantes, Carmen sostenía una pala y un cubo de plástico, y Joana, mucho mayor que su hermana, lucía coqueta con gafas de sol y sombrero. Todo el mundo sonreía a la cámara. Kilian se puso sentimental. Eso debía ser hace quince años y ahora solo quedaba Joana. Se preguntó a sí mismo cómo podía soportar tener esa foto frente a ella todos los días.

En su apartamento de Múnich tenía algunas fotos similares, una de su hermano y él sentados en el tractor con su padre cuando tenían menos de diez años. Otra de su familia en una de las pocas excursiones dominicales en las

que cruzaban el lago Chiemsee con un barquito eléctrico, en una etapa en que la frustración y la tiranía de su padre aún estaban dentro de los límites. Pero a diferencia de Joana, las fotos de su familia se guardaban en un cajón, bien escondidas bajo viejas instrucciones de uso de aparatos eléctricos, donde solo podrían evocar aquellos dolorosos recuerdos de infancia la próxima vez que se mudara.

Joana lo agarró de la manga y subieron las escaleras. Kilian tuvo que agacharse para evitar golpearse la cabeza.

En el primer piso estaban el dormitorio de Joana, su baño y un trastero, que aparentemente usaba como vestidor. Joana dio un giro alrededor de su cama y subió al último piso. Kilian apretó su bolsa contra él y la siguió por la estrecha escalera. Arriba había un pequeño apartamento con una cama individual pegada a la pared y una mesa redonda frente a una cocina americana. Todo amueblado con buen gusto, sin embargo, daba la impresión de estar deshabitada. Junto a la cama, una puerta que daba al baño. Joana le quitó la bolsa, la puso en la cama y lo agarró de las manos.

—Kilian, quiero ser franca contigo.

Sintió que su pulso se aceleraba.

—No me he acostado con un hombre en dos años, y no lo haré hoy tampoco. —Ella le quitó un mechón de pelo de su frente.

Kilian asintió con la cabeza y sintió el deseo irrefrenable de abrazarla y protegerla. Con la tenue luz de la lámpara de techo de cuero rojo marroquí, se veía tan hermosa, pero también tan vulnerable.

—No estoy mentalmente preparada —le susurró al oído.

—Lo sé —le acarició el pelo. Sus emociones fluctuaban entre la decepción, el alivio y la excitación. No podía evitar imaginar que habría pasado si ella lo hubiera tocado y besado, pero, sobre todo, ¿qué habría hecho? Él no lo sabía. Sin embargo, parecía no estar sometido a una prueba tan severa.

Joana se separó, lo besó en la mejilla, le susurró buenas noches al oído y bajó despacio las escaleras hasta su habitación. Kilian se dirigió a la cama con las piernas temblorosas y se sentó. La entrepierna de sus vaqueros le venía un poco más justa.

---

Antonio apenas podía creerlo. ¡El maldito alemán se había ligado a Joana! Agitó la cabeza y golpeó con el puño la fachada de una casa. En realidad, hubiera preferido enfrentarse solo a Joana. Pensaba que el alemán volvería al hotel después de su cita, pero, en vez de eso, había sacado su bolsa de viaje del coche y acompañado a Joana a casa.

¿Qué demonios estaba pasando aquí? ¿Acaso la señorita frígida, que tenía tantos pretendientes aguantándose las ganas, de repente se ligaba a cada uno de los turistas que llegaban?

Mientras los seguía por el casco antiguo, volvió a pensar en Elena. ¿Así que la pequeña perra se atrevió a llamar a Joana? Afortunadamente, Joana no estaba segura de si la persona con la que habló, había marcado el número equivocado. Durante la conversación de Joana con Elena en el hotel, ¿lo habría delatado?

Se escondió detrás de la esquina de una casa y esperó agazapado entre las sombras a que ese tal Kilian saliera de la vivienda. Pero, durante veinte minutos no pasó nada. Y luego se apagaron las luces.

¿Y ahora qué? ¿Ir a casa o volver a los pubs? Decidió lo más obvio. Si tomaba un trago, reconsideraría la estrategia, tarde o temprano Joana vería la conexión y eso tenía que evitarlo.

Se le ocurrió una idea diabólica y debía planificarla ahora. La idea era bastante simple. Tenía que eliminar a Joana.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

---

**K**ilian se despertó a la mañana siguiente un poco desorientado, por un momento no supo dónde estaba. Había dormido en una mullida cama de hotel durante las últimas dos semanas, y ahora le dolía la espalda por los resortes helicoidales. Miró su reloj, las ocho y media. Se estiró y pensó en lo sucedido con Joana la noche anterior. Tomaron unas cuantas cervezas de más, pero al parecer no habían provocado ningún efecto secundario.

Fue al baño y se dio una ducha fría. Después de eso, se sintió de nuevo en forma, pero con hambre. Todavía no se oía nada abajo. Se vistió y abrió la puerta junto al baño. Detrás de ella, una escalera conducía a una trampilla. Subió las escaleras, abrió la trampilla y salió a la azotea.

Wow!

Estaba entre los tejados de Almuñécar. Desde allí, se podía disfrutar de una magnífica vista del pueblo y el mar, así como desde el balcón del hotel, solo que allí uno estaba en el centro y no tenía que mirar hacia abajo. Casi todas las casas de los alrededores eran más bajas que la de Joana, incluso el castillo estaba a sus pies.

Kilian se dio cuenta de que la mayoría de los tejados de Almuñécar estaban formados por terrazas de tejas rojas. La superficie del techo de Joana estaba enmarcada en tres lados por una balaustrada. Desde el límite sur se podía pasar fácilmente a la casa de al lado, situada solo dos metros más abajo. En la azotea de otra casa, una mujer vestida de luto tendía la ropa. Ella se detuvo y le miró con asombro. Kilian la saludó con la mano, en ese mismo momento sospechó que Joana y él se convertirían en el nuevo tema de conversación de las mujeres mayores de ese callejón que se sentaban a cotillear frente a sus casas durante el día.

En la azotea de Joana había una mesa y dos sillas de teca junto a una tumbona. El lado norte de la terraza estaba bordeado por la pared de la casa del otro lado. También había una antigua pila, en la que probablemente en el pasado, la abuela de Joana lavaba la ropa. En contraste, la lavadora moderna de Joana se encontraba a un metro de distancia bajo un dosel de hierro. De un tendedero colgaban unos vaqueros, toallas, una braga de seda y un tanga. Kilian quería cogerlo, pero con solo tocarlo, el tanga crujió como si estuviese bajo tensión eléctrica. Suspiró, se sintió algo lascivo y fue rápidamente a la parte delantera de la terraza, para acallar sus estúpidos pensamientos.

Apoyó sus manos en la balaustrada y miró hacia el mar. Sin dudarlo, cambiaría esta casa por su aburrido apartamento de Múnich, pensó, mientras tomaba el aire fresco de la mañana. Se sentía bien a pesar de no haber tomado ninguna pastilla en dos días. ¿Era la presencia de Joana o las buenas noticias de Alemania? ¿O significaba que el luto por su hermano disminuía gradualmente?

Se aferró a este pensamiento y se sobresaltó cuando Joana se acercó sosteniendo una taza de café.

—¿Te gusta la vista?

—Buenos días, —dijo en español, pensando que no estaría nada mal aprender un poco de esa lengua—. Me sentaría aquí todo el día si esta fuera mi casa. —Notó la mirada de una mujer clavándose en ellos desde el otro lado de la calle entre las cortinas.

Joana siguió su mirada. —Aquí estás tan solo como en la plaza del ayuntamiento, o como en el mercado, pero te acostumbras. —Tomó un sorbo de café y señaló con el dedo un cabo con un faro—. Donde se encuentra el faro es la Punta de la Mona, la zona más cara de aquí. Hay un romántico puerto deportivo por allí. ¿Ya has estado?

Kilian agitó la cabeza. Durante las dos últimas semanas, lo último que se le ocurriría era hacer turismo.

—Iremos ahora. No trabajo hasta las cuatro.

Kilian asintió, no necesitaba mucho tiempo en ser persuadido para visitar lugares románticos con Joana.

El puerto deportivo Marina del Este no era particularmente grande, lo que lo hacía aún más encantador. En la entrada del puerto, se amarraban algunos yates de casi treinta metros de eslora mientras que los pequeños barcos flotaban en la parte menos profunda de la dársena portuaria. En el lado de tierra se alzaba un complejo de apartamentos, un puñado de restaurantes, una

tienda de equipos de navegación para yates, una escuela de buceo y una agencia inmobiliaria que ofrecía villas y apartamentos exclusivos en la zona.

Kilian miró en el escaparate las espectaculares ofertas, que probablemente nunca podría permitirse, antes de seguir a Joana al restaurante “El Barco”. Joana pidió dos tostadas de tomate y dos cafés con leche a Alfredo, un camarero con barba blanca. Ella sonrió cuando un poco más tarde Kilian miró escépticamente su pan tostado, una botella de aceite de oliva y un tazón de tomate rayado.

—¿Creías que te traerían una salchicha blanca con mostaza dulce aquí, como en vuestras cervezas matutinas? ¡Mírame! —dijo Joana en español.

—¿Qué?

—Mírame significa “schau mir zu” —le tradujo.

En el camino, Kilian le pidió que le enseñara alguna palabra suelta en español y Joana le explicó el significado de algunos términos. Parecía gustarle que él se interesara por su idioma. Tomó el pan tostado y lo pinchó varias veces con el cuchillo. Kilian hizo lo mismo.

—Y ahora un poco de aceite de oliva encima —le recomendó. Agarró la botella y roció el pan hasta que no quedó ninguna miga seca. Luego le entregó el aceite y continuó el curso de desayuno andaluz para principiantes—. Ahora extiendes el tomate, le echas sal, pimienta y... listo.

—¿Listo?

Joana le tradujo el significado.

—Fantástico. Casi tan bueno como una salchicha blanca de Múnich.

Después del desayuno siguieron conduciendo y pasaron por una serie de magníficas villas rodeadas de coloridos setos, hasta que Joana golpeó dos veces en la guantera en señal de que se detuviera junto a un bosque de pinos.

—Después de todo lo que me has contado, ¿cuál es tu relación con Dios ahora? ¿Todavía crees en él?

Kilian se sintió sorprendido y le devolvió la pregunta.

—¿Y tú? ¿Crees en un Dios?

Joana negó con la cabeza. —No especialmente y mucho menos desde que perdí a toda mi familia. Además, la fe lleva a menudo a la guerra y a la miseria. Hace quinientos años, los españoles invadimos el Nuevo Mundo y torturamos a los indios hasta que les hicimos creer en el mismo Dios que nosotros. Hoy en día la gente sigue luchando entre sí bajo el disfraz de la fe. Pero esto ahora se llama terrorismo y ya no es una cruzada. Entonces, ¿por qué creer en algo? Sin embargo —objetó— creo que hay un poder que juzga el

bien y el mal, y tampoco tengo ninguna duda de que este Jesucristo realmente existió. Solo que creo que era algo así como un Che Guevara. Un revolucionario cuya imagen distorsionó la Iglesia Católica y mistificó siglos después para hacer un gran negocio con él. Pero, de todos modos, hay una pequeña capilla por aquí y vamos a encender velas allí. Sacó tres velas pequeñas de su bolso. —¡Una para tu hermano, otra para mi madre y otra para mi hermana!

Kilian quiso decir algo, pero Joana ya había salido. La siguió por el pinar hasta la capilla. Conocía muchas opiniones sobre la Iglesia Católica, pero hasta ahora nadie había comparado a Jesucristo con el Che Guevara. Sonrió. Pero si lo piensas con más detenimiento... El Che Guevara quiso liberar a su pueblo y fracasó por ello, así como Jesucristo quiso liberar Israel y también fracasó. Ambos fueron asesinados e incluso, con la barba se parecían un poco. Esa mujer estaba poniendo patas arriba sus largos años de estudio teológico en pocas palabras.

—En los días festivos importantes hay mucha devoción aquí, —explicó Joana jugando con la mecha de la vela—. En estas ocasiones acompañaba a mi madre aquí porque quería rezar por mi hermana, a diferencia de mí, mi madre era muy religiosa. —Una lágrima corrió por su mejilla—. Pero no sirvió de nada.

Kilian no podía pensar en nada mejor que abrazarla. Comprendía sus cambios de humor, no tenía otra opción, a él le pasaba lo mismo. Surgían buenos momentos, como en el desayuno o la noche anterior en el bar de la playa, pero el dolor no podía ser superado en tan poco tiempo. También se sentía particularmente cerca de su hermano en esa capilla en medio del pinar.

Joana encendió dos velas, le dio la tercera junto con las cerillas y se sentó en el banco trasero. Kilian colocó la vela encendida para su hermano con las demás, se santiguó y se sentó en el banco de madera, justo delante del altar, que no era más grande que un escritorio. Cruzó las manos y rezó en voz baja el Padre Nuestro.

Después mantuvo un diálogo, pero no con Dios Todopoderoso, sino con su hermano. Trató de imaginar que estaba vivo y le habló a Xavier mentalmente, como si estuvieran sentados juntos en una taberna. Finalmente le contó todas las cosas de las que siempre quiso hablarle.

Pasaron los minutos y aparte del canto de las cigarras que penetraba por la puerta abierta de la capilla, reinaba el silencio en este lugar tan especial. Le aseguró a Xavier que pronto lo llevaría a casa, donde quería organizarle un

hermoso funeral. También le prometió que averiguaría quiénes habían sido sus amigos más cercanos en Múnich, para invitarlos junto con sus compañeros de trabajo y algunos parientes lejanos.

Entonces le vino una visión que no tenía nada que ver con estos pensamientos, la imagen de un pequeño barco. Claro, pensó Kilian, el domingo por la tarde en el lago Chiemsee, una de las pocas excursiones familiares. Aquel día se cayó al agua porque quiso pescar un pez con las manos y su padre le dio una paliza por ello, pero ahora algo era diferente. No era él quien se caía al agua sino Xavier. El barco navegaba por el mar, no por el lago Chiemsee. Podía oír el sonido de las olas, el suelo parecía arquearse y oscilar bajo sus pies. De pronto, la inspiración se esfumó. Apretó los ojos aún más, pero no consiguió nada. ¿De dónde venía aquella visión? ¿Realmente se lo había transmitido Xavier?

Kilian abrió los ojos y se limpió la frente. Sintió que estaba conectado a Xavier de alguna extraña manera. ¿Podría Xavier darle una respuesta en su mente a la pregunta sobre su asesino? Kilian hizo la vista gorda y preguntó con los ojos cerrados: ¿Qué te pasó esa noche, Xavier?

Durante un momento, no pasó nada. Kilian se frotó los ojos y unos puntos brillantes bailaron frente a sus párpados, puntos que se condensaron y se unieron creando lentamente una imagen. Al principio no lo tenía claro, pero luego una persona, que ya había visto antes, se materializó más y más claramente. Inmaculada. La madre de Joana.

Kilian se asustó mucho cuando Joana puso la mano en su hombro.

—Vamos —dijo ella.

Aturdido, siguió a Joana desde la oscura capilla hacia el sol radiante y levantó la mano para proteger sus ojos. Se sentó en una roca desde la que se podía divisar el puerto y la bahía de Almuñécar hasta las montañas de Sierra Nevada, pero no le importaba nada la vista panorámica.

—¿Estás bien? —preguntó Joana.

—No sé... ahí dentro... Dime, ¿crees en los espíritus?

—Creo más en los espíritus que en Dios —contestó ella con una sonrisa y se sentó a su lado.

—En serio, he tenido una visión, como si me hubiera comunicado con Xavier de alguna manera. ¿Puede ser, o solo lo estoy imaginando?

—Oh, eso es posible. ¿No solías contactar con espíritus? ¿En una mesa pequeña con un vaso y letras alrededor? Lo hicimos varias veces y algunas veces realmente funcionó y todos aseguramos que no habíamos movido los

dedos. Una vez hasta recibimos a Federico García Lorca, un poeta de la provincia de Granada, a quien mataron a tiros en el mil novecientos treinta y seis por ser homosexual. ¿Quizás los espíritus gays son particularmente buenos médiums?

A Kilian no le pareció muy gracioso.

—Lo siento —dijo ella, poniendo su mano sobre su hombro—. Eso no fue acertado. Entonces, ¿qué te ha desvelado esa conversación con tu hermano?

Kilian se lo contó y Joana no pensó mucho antes de que se le ocurriera su particular interpretación de ese acontecimiento espiritual. —Tú le envías pensamientos al cielo a tu hermano de que quieres enterrarlo en Múnich según el rito de la Iglesia Católica, y él te devuelve un WhatsApp espiritual diciendo que no le importa un rábano y que preferiría tener una despedida en el mar.

—¿Qué?

—Bueno. ¿No viste un barco en el mar en tu visión? ¿Y cómo alguien se cayó al agua? Un entierro en el mar no es nada raro aquí. En particular, los europeos del norte que residen en Almuñécar eligen esta opción. Les ahorra el transporte de vuelta al país de origen. Antonio, el de la cafetería que encontramos anoche en el bar de la playa, tiene un pequeño bote de pesca. Podríamos pedirle que nos echara una mano.

Kilian la miró como si hubiera perdido la cabeza. —¿En serio te refieres a tirar a Xavier al agua así como así?

—Claro. Será cremado y luego sus cenizas serán esparcidas en el mar.

—Tonterías, irá a un cementerio y se hará una ceremonia para recibir los santos sacramentos. Allí todos podrán visitarlo y ponerle flores...

—¿Estás seguro de que eso es lo que quiere? —Joana le interrumpió.

Kilian hurgaba con un palo en el suelo del bosque. Joana, para quien Jesús no era más que un Che Guevara de antaño, le estaba recomendando seriamente que tirara las cenizas de Xavier al mar, como si fueran alimento para peces. Ella ciertamente no parecía una buena compañía para alguien cuya meta era ser ordenado sacerdote.

—¿Y qué piensas de mi segunda visión, la de tu madre? —le preguntó finalmente.

—Yo tampoco lo sé. Pero intuimos que la muerte de Xavier está relacionada con la de mi madre. Piensa en la Biblia de mi madre en la bolsa de viaje de tu hermano. Solo que aún no sabemos cómo está todo conectado.

Joana empezó a bajar por el camino y Kilian se apresuró tras ella. La idea del entierro en el mar zumbaba en su cabeza como una melodía pegadiza.

Volvieron al coche, pero cuando Kilian intentó abrirlo, Joana le hizo un gesto con la mano. En lugar de entrar, siguieron un camino a la izquierda, al final del cual tuvieron que subir más de cien escalones para llegar al faro. Desde arriba se divisaban las villas y el mar. Kilian incluso se imaginó poder divisar el continente africano en el horizonte. En el lado oeste, la vista seguía el litoral de la Costa Tropical en dirección a Málaga. Joana se puso a su lado y señaló en esa dirección.

—Ahí abajo está La Herradura —le indicó qué significaba herradura en alemán.

Kilian ya había aprendido palabras más importantes ese día, pero aquella bahía, todavía a salvo del turismo, estaba a la altura de su nombre.

Ella movió el brazo hacia el horizonte. —Y ahí está Gibraltar, pero está fuera del alcance de la vista.

Caminó hacia el lado noreste del faro y le mostró las montañas, en cuyas cumbres se derretían los últimos remanentes de nieve de la temporada. —Arriba está Sierra Nevada, donde se puede esquiar en invierno. Aquí tenemos algo único: podemos esquiar primero y sentarnos a orillas de la playa una hora y media después. ¿Sabes esquiar?

Kilian agitó la cabeza. Había crecido viendo los Alpes, pero su padre nunca le había permitido dejar su trabajo en la granja para hacer actividades de ocio tan costosas.

—Yo tampoco sé. Esa montaña de allí... —Joana se apoyó en él, puso su mano sobre su hombro y señaló con la otra hacia una cumbre. Sintió los pechos de ella en su espalda e inhaló el olor del champú de manzana que emanaba de su cabello—. Esta es la montaña más alta de España. Se llama Mulhacén. Bueno, la montaña más alta de la península al menos. En las Islas Canarias tienen una aún más alta.

Kilian asintió distraídamente. Se sentía como un adolescente con las hormonas en una montaña rusa y tenía que controlarse para no darse la vuelta y morder la manzana prohibida. ¿Eso lo echaría de su paraíso? Claro que no, porque tenía que entrar primero. Entonces, ¿qué tendría que perder?

Joana lo sacó de sus pensamientos. Señaló hacia La Herradura.

—Ahora iremos a tomar una tapa allí —dijo.

En el pueblo se detuvieron en un restaurante llamado Janot del paseo marítimo. Parecía ser un lugar de encuentro popular para españoles y residentes extranjeros, el lugar era ruidoso y estaba lleno de gente. La barra del bar contenía todo lo que el mar podía ofrecer. Kilian miró la oferta,

mientras que una pareja le daba a Joana su pésame y un abrazo. Luego se sentaron a la mesa y Joana pidió dos cañas.

—¿Te gusta el pescado? —le preguntó.

—Por supuesto. Sobre todo, los viernes. Preferiblemente palitos de pescado con ensalada de papa y mostaza dulce. ¿Podrías pedir esto por mí, por favor?

Joana lo miró frunciendo el ceño. Él sonrió y ella sacudió la cabeza y le devolvió la sonrisa. Al camarero le pidió espetos de sardinas, mejillones a la marinera, gambas al pil pil, calamares fritos, merluza a la plancha y dos copas de vino blanco para acompañar. Kilian se preguntó si alguna vez había comido algo mejor.

Después de comer fueron a la Guardia Civil. Todavía le quedaba algo de tiempo antes de ir a trabajar y querían aprovecharlo para que Paco les informara sobre los avances de la investigación.

Paco comenzó su discurso encogiendo los hombros resignado. —Todavía no tenemos nada concreto, Joana. Respecto al inglés, hemos hecho una petición a la Interpol, pero aún no hemos recibido respuesta. Esta mañana lo interrogamos con la ayuda de un intérprete —Paco cogió los cigarrillos—. Bueno, le preguntamos dónde estaba durante los tres asesinatos, pero no podía recordar nada. Dijo que estaba solo en su habitación o en un pub inglés de Almuñécar. Eso fue lo que se puso en el acta. Por supuesto, dijo que no tenía nada que ver con toda esa historia y lo triste es que no tenemos nada en su contra. Paco se acercó a la ventana y la abrió. El ruido del tráfico penetró en la habitación. Encendió su cigarrillo y se asomó al alféizar de la ventana.

—¿Le preguntaste por qué dio una dirección falsa en el hotel? —preguntó ella.

Paco asintió. —Sí, pero dijo que dio su dirección correcta. ¡Espera un minuto! —Paco dejó el cigarrillo en el cenicero del alféizar de la ventana y fue a su escritorio a mirar, donde se inclinó sobre una carpeta—. Dijo que vive en el veintiuno de Wharf Street, Warrington, pero en el cuarto piso puerta número tres. Y creo que olvidó añadirlo en el formulario de inscripción. La tienda de moda tiene el mismo número de casa, pero está situada en la planta baja del edificio residencial. El inglés dijo que se hizo cargo del apartamento de su hermana Melissa Cartridge. Su carnet de identidad también confirma esta dirección. —Paco se volvió a coger el cigarrillo del alféizar de la ventana—.

Así que estamos esperando a ver si la Interpol nos manda algo, pero tengo la sensación de que esta pista no va a ninguna parte. —Respiró hondo y expulsó el humo por la ventana—. Tenemos el mismo problema con el sobrino de tu jefe. Lo pusimos entre la espada y la pared y al muy mocososo incluso le resultó divertido. Recuerda haber estado en la cama con una danesa la noche que falleció su hermano —Paco miró a Kilian—. Pero la danesa era una turista. El chico la había recogido en algún bar de la playa. No sabía su nombre ni su dirección. La noche que tu madre murió, dijo que estaba fumando porros en su habitación. Solo. Esas son sus patéticas coartadas. Pero mientras no tengamos pruebas en su contra, no podemos hacer nada.

Se detuvo un momento y luego continuó. —Tal vez no debería decírtelo, Joana, porque se trata de una investigación en curso, pero la autopsia de Elena ha finalizado y, ¡qué milagro!, murió al caer por el acantilado. Eso es todo lo que sabemos. Ni fibras de ropa ajena, ni signos de violencia bajo las uñas, nada. Así que, con Elena, todavía hay tres posibilidades: O se arrojó a la muerte intencionadamente o se cayó por error, o alguien la empujó. Si me preguntas, creo en la tercera versión. —Paco dio la última calada a su cigarrillo antes de tirarlo por la ventana—. Tenemos tres muertes en dos semanas y estoy empezando a creer en extraterrestres.

El optimismo de Joana al pensar que los crímenes pronto serían resueltos, se había evaporado. Comprendió el dilema de la Guardia Civil debido a la falta de pruebas en los tres casos, pero se sintió tremendamente decepcionada.

—Una cosa más, Joana. El cuerpo de Xavier Huber fue liberado por el juez esta mañana y él... —Paco señaló a Kilian—, puede recoger su pasaporte y salir del país cuando quiera. —Paco dudó antes de añadir—. Y dile que sentimos haber sospechado de él. Aún no sabemos qué le pasó a su hermano, pero lo averiguaremos, así como averiguaremos por qué murió tu madre, te lo prometo.

—Se lo diré —dijo ella y sacó a Kilian de la oficina.

Joana cerró de golpe la puerta del coche. —¡Putra mierda! Pensé que la Guardia Civil lo estaba resolviendo —maldijo y golpeó la guantera con el puño.

Kilian ya sabía que sus palabras no la tranquilizarían y esperó hasta que se calmó. Justo cuando arrancó el coche, Joana miró dentro de su bolso, sacó su móvil y abrió un mensaje de texto.

Kilian la miró mientras lo leía. Todo sucedió muy rápido: un momento después, la cara de Joana perdió el color y se quedó helada. Su móvil cayó al

suelo y su cuerpo comenzó a temblar como si tuviera escalofríos. Le siguió un grito prolongado: ¡Caaarmen!

---

## CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

---

**P**asaron cinco minutos hasta que Joana logró calmarse. Después ella se colgó de su cuello llorando y no pronunció una sola palabra comprensible.

Todavía estaban en el aparcamiento de la Guardia Civil. Un hombre uniformado golpeó la ventana lateral y preguntó si todo iba bien. Kilian asintió, aunque no fuera así. Solo cuando Joana se separó de él, vio que eran lágrimas de alegría las que empapaban el cuello de su camisa. Joana se inclinó hacia su teléfono que estaba en el reposapiés y leyó el mensaje una vez más antes de volverse hacia Kilian. —¡Mi hermanita está viva!

Ella le mostró su móvil y tradujo el mensaje de la pantalla.

—Ven a Sevilla mañana a las diez de la noche. Esperaré en la Torre del Oro y te lo explicaré todo. No hables con nadie de esto. Tu hermana Carmen.

Kilian no podía creerlo. Estaba tan feliz, como si fuera su propio hermano el que acababa de regresar de la muerte.

---

Las manecillas del reloj parecían arrastrarse a cámara lenta. Eran las cuatro y media de la madrugada. Joana trató de dormirse, pero no había manera. Diecisiete horas y media para poder abrazar a Carmen.

En su mente, había estado hablando con ella durante horas, y decidió no culpar a su hermanita. Todo lo que le importaba era que estaba viva y bien.

Un sinfín de preguntas le rondaban por la cabeza: ¿Sabía Carmen que su madre había muerto? ¿Había vivido en Sevilla durante los dos últimos años?

¿Tenía una amiga o un novio allí, o había terminado en una secta?

Joana volvió a mirar su reloj. Por el momento, no le haría las dos preguntas más urgentes. ¿Por qué te escapaste? Y, ¿por qué no me llamaste antes?

Carmen ya tendría tiempo de explicar por qué había desaparecido entonces...

Joana giró su almohada, empapada de sudor y lágrimas. Arriba oyó crujir la cama de Kilian. ¿Tampoco podía dormir? Era realmente conmovedor lo feliz que se sentía por ella. También había accedido a acompañarla a Sevilla. Tal como Carmen le pidió en su SMS, Joana no le comentó a nadie acerca del SMS excepto a él. Lo único que hizo fue pedirle a Belén por teléfono que le dijera a su jefe que necesitaba tres días libres para resolver algo urgente en Sevilla.

Estaba claro que Carlos se enfurecería, pero cuando se enterase de que Carmen seguía con vida, seguro que entendería su mentira piadosa.

Joana se removió un rato antes de calmarse y se quedó medio dormida.

---

Kilian miró el reloj. Joana había dado veinte vueltas alrededor de esa torre y aún faltaba una hora para el encuentro, pero podía entender su impaciencia. Podía entenderlo todo menos otras cosas: ¿Por qué Carmen había contactado a su hermana en ese momento? Ahora que tres personas habían muerto en ese hotel, el lugar donde ella fue vista con vida por última vez. ¿Existía alguna conexión? ¿Por qué no llamó en vez de enviar un mensaje con un número desconocido? Y si Carmen estaba viviendo en la ciudad más grande de Andalucía desde entonces, ¿por qué no habían podido localizarla allí, dado el supuesto esfuerzo que hicieron las autoridades en ese momento?

Kilian miró a la torre que Carmen había elegido como lugar de encuentro. Parecía una atalaya medieval de unos cuarenta metros de altura y quince metros de diámetro. Durante el día era una atracción turística, pero ahora la zona de los alrededores estaba desierta excepto por una fila de coches aparcados. Solo dos tipos demacrados estaban parados en un Hyundai plateado con alerón trasero y parecían más interesados en sus trapicheos con las drogas que en la torre. No había señales de Carmen, pero quedaban treinta y siete minutos para el encuentro. Kilian esperaba fervientemente que Carmen

apareciera en esa torre como habían acordado y que esto no fuera una broma macabra. Eso sería un duro golpe para Joana...

Kilian empezó a contar las almenas para distraerse.

—¿Qué hora es? —preguntó Joana, aunque ella misma llevaba reloj.

—Las diez y siete. Llegará pronto.

Joana comparó la hora con la de su reloj y fue a dar otra vuelta alrededor de la torre.

Kilian se preguntó si alguna vez había estado tan tenso en su vida.

—¡No va a venir! —Joana se dio cuenta y vaciló entre maldecir o llorar.

Kilian miró el reloj, aunque no habían pasado dos minutos desde la última vez que lo había mirado. Las diez y dieciséis.

—Vendrá. Casi todo el mundo llega tarde en España, tú lo sabes mejor que nadie.

Joana se sentó en un banco y se levantó inmediatamente después para dar la vuelta a la torre una vez más. En ese momento, una furgoneta blanca giró en la calle principal del estacionamiento. Al volante había un hombre. Los miró sin salir. Luego cogió su teléfono móvil e hizo una llamada telefónica.

Otra vez nada... Kilian se sentó en el banco y Joana se hundió a su lado. De repente, el hombre se bajó de la furgoneta y se acercó a ella. Tenía veintitantos años, llevaba una gorra de béisbol y barba de tres días. De alguna manera, a Kilian le recordó a un jugador de fútbol del Bayern Múnich.

—¿Joana? —preguntó el español.

Joana se levantó de un salto. —¿Sí?

—Se supone que debo llevarte a casa de Carmen.

Sin más explicaciones, el hombre regresó a la furgoneta.

Las rodillas de Joana temblaban tanto que Kilian tuvo que sostenerla.

—¡Espera! —gritó ella—. ¿Por qué no vino mi hermana? ¿Dónde está? ¿Y quién eres tú?

El hombre esperó junto a la furgoneta y miró a Kilian con desprecio. —¿Tú también vienes? —preguntó. Kilian quería contestar algo, pero Joana solo asintió.

—Tendréis que ir atrás. No hay sitio para dos personas delante.

—Espera un minuto —dijo Joana enojada—. Te pregunté por qué Carmen no está aquí y quién eres tú.

El joven puso los ojos en blanco y abrió la puerta trasera.

—Carmen y su novio Pepe te han preparado una sorpresa en casa y yo soy amigo de Pepe y tengo que recogerte, porque no tiene carnet de conducir. No

está lejos. ¡Vamos! Entraron dudando, después el tipo cerró de golpe la puerta.

El viaje duró más de lo que el doble del futbolista había prometido. Parecía fontanero de profesión. En una de las paredes laterales de la furgoneta colgaban soportes a los que estaban atados unos tubos de cobre, además de estantes con enchufes, manguitos, material de sellado y cables o alambres para soldar. Joana se sentó en un rollo de aislamiento y Kilian en una caja de herramientas. Apenas se hablaron.

Kilian intentó ponerse en el lugar de Joana. Hacía poco más de veinticuatro horas, antes de este ominoso mensaje de texto, Joana pensaba que su hermana estaba muerta. Ahora estaba de camino a su encuentro y no podía esperar a que terminara el viaje. Por su parte, él mismo se dio cuenta de que la expresión, “This seems Spanish to me” (Esto me parece español) no podía encajar mejor en ninguna otra situación.

Todo esto le parecía muy extraño. Miró a Joana y rezó a Dios para que su intuición lo traicionara. Sin embargo, él no quería confiar solo en Dios, aquellos tiempos ya habían pasado.

Cuando llevaban en la carretera tres cuartos de hora, el camino se volvió más agitado, como si condujeran por un camino de grava o mal pavimentado. Cinco minutos más tarde, el viaje terminó. El motor se apagó y el chofer abrió la puerta trasera. Afuera estaba oscuro.

Joana saltó del vehículo y Kilian la siguió. Bajo sus pies el suelo era blando. No había señales de Carmen. —¿Dónde está mi hermana? —le imploró Joana al joven.

—En la casa —las luces de la furgoneta iluminaban una antigua finca. Joana corrió hacia la casa llamando a su hermana.

El conductor se llevó el dedo índice a la boca y señaló una puerta. —La sorpresa está ahí dentro —explicó, abrió la puerta y dejó entrar a Joana y Kilian en la casa. Él se quedó afuera, de repente cerró la puerta y giró la llave dos veces.

Cuando Kilian oyó el sonido, inmediatamente empujó la puerta, pero llegó demasiado tarde. La puerta ya estaba bloqueada. Estaban encerrados.

A pesar de su pánico, trató de pensar racionalmente. Buscó en vano un interruptor de luz y luego escudriñó las paredes en busca de una ventana, pero no encontró ninguna. Por el fuerte olor intuyó que estaban encerrados en un antiguo establo.

—¿Tienes tu móvil? —preguntó—. El mío no tiene cobertura.

—El mío tampoco. —La voz de Joana se silenció y empezó a sollozar—.

Carmen... ¿Quieres decir...? —fue todo lo que pudo pronunciar en los siguientes diez minutos.

—Aquí no hay ninguna Carmen —contestó Kilian más duro de lo previsto.

—Pero, ¿este mensaje? —preguntó y se aferró desesperadamente a la posibilidad de que su hermana aún seguía con vida.

—No lo escribió ella —Kilian completó la frase.

—Pero, ¿quién si no? —gritó Joana histérica.

—Fue su asesino, y me temo que ahora viene a por nosotros.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

---

—Un café con leche, por favor —Maite puso setenta céntimos frente a Antonio en el mostrador, el precio del café para empleados.

—¿Para Joana también? —preguntó Antonio mientras tosía.

—No, solo uno. Joana está de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Y eso lo aprobó el jefe con todo este ajetreo? —preguntó desconcertado.

—En realidad no. Joana le contó a Belén que tenía algo urgente que hacer en Sevilla durante los próximos tres días. Carlos está enfadado y quiere que la llame para disuadirla, pero no puedo localizarla.

Antonio se dio la vuelta y echó leche al café. No es de extrañar, pensó y reprimió una sonrisa burlona, mientras dejaba la taza para Maite. —Dile que es genial que no baile al son de la melodía de Carlos, díselo la próxima vez que hables con ella. —Algo que probablemente nunca volverá a ocurrir, pensó.

Antonio dio un trago a la cerveza y miró a Maite, quien se alejó moviendo sus caderas, sin derramar una gota de café. Dejó que la cerveza fluyera por su garganta y se sintió como alguien que había logrado grandes cosas. Gracias a su ingenio, ahora no tenía nada más que temer.

Pensó con orgullo en los últimos dos días. La noche que persiguió a Joana, tuvo una gran idea. Tenía que hacer creer a Joana que su hermana aún estaba viva. Al principio había pensado en enviarle a Joana un correo electrónico a nombre de Carmen y usar una dirección recién creada como remitente, pero rápidamente abandonó esta idea porque sabía que las direcciones IP podían ser rastreadas. Así que decidió enviar un mensaje por SMS con un número desconocido. Robó un móvil de un bar en la playa, para que el mensaje no

apareciera en su factura de teléfono, en caso de que lo revisaran.

Su primer pensamiento fue enviar un mensaje de texto en el que Carmen le decía a su hermana que estaba bien, pero que quería dejar atrás su vida anterior y le pedía a Joana que no la buscara más. ¡Fin del mensaje!

Pero cuando lo pensó mejor, esta versión no le parecía lo bastante creíble. Así que fue un paso más allá y planeó un encuentro ficticio entre las dos hermanas. Se sentía como un director de cine que planeaba la aparición de sus actores. Pero ser director no era suficiente, también necesitaba la inventiva de un guionista, necesitaba ayuda.

Se acordó de su amigo Fernando de Sevilla. En la adolescencia habían robado bolsos a ancianas, forzado coches, traficado con cocaína e incluso violado a una muchacha juntos. Algo así fortalece la amistad. Desafortunadamente, un día la Guardia Civil visitó la casa de sus padres. Pillaron un tío con speed, y el hijo de puta dijo que Fernando y él se lo habían conseguido, lo cual era cierto. Luego fue golpeado por su viejo, subdirector de un banco, hasta el punto de ser hospitalizado. Su carrera criminal terminó poco después de cumplir dieciocho años, sus padres se mudaron a Salobreña, donde el padre estaba encargado de dirigir una sucursal bancaria. Sus padres insistieron en que se mudara con ellos, así que a día de hoy aún vivían bajo el mismo techo. No podía pagarse su propio apartamento con aquel sueldo de mierda.

Fernando, en cambio, se quedó en Sevilla y allí cometió delitos más graves, hasta que acabó en la cárcel. Sin embargo, nunca perdieron el contacto, amigos como Fernando pueden necesitarse algún un día.

Antonio sonrió. Tenía razón sobre su sabia previsión. Y aquel era el momento.

Fernando no era útil como asesino. En el caso de la jovencita violada, a diferencia de él, Fernando había estado en contra de matarla, por este motivo se pelearon después de haber terminado con ella. Así que con Joana tendría que hacerlo él mismo, a menos que lo hiciera de tal manera que Fernando ni siquiera se diera cuenta de que alguien iba a morir por su culpa. Un asesinato en el que Fernando, sin saberlo, desempeñaba el papel principal, ¡eso sería el crimen perfecto!

Como no había clientes que servir, Antonio se acercó a la salida de la cocina de la cafetería para fumar. No tuvo que pensar mucho sobre el lugar de la ejecución. En su juventud acudían a menudo a una finca abandonada cerca de Las Colinas. La solitaria finca del bosque pertenecía al tío de Fernando.

Llevaba vacía diez años desde la muerte del tío. Allí es donde solían esconder sus drogas. Y donde nunca nadie pudo oír los gritos de la muchacha que violaron durante un fin de semana, antes de abandonarla medio desnuda en el bosque.

Antonio sonrió, porque el resto resultó muy fácil. Había llamado a Fernando y le dijo que tenía algo con una mocosa llamada Carmen, pero que nadie lo sabía porque solo tenía quince años. La niña estaba tan enamorada de él que abandonó los estudios y huyó de casa. Y ahora tenía un marrón, porque ella se escondía con él y la estaban buscando.

—Sí, ¿y qué me importan a mí tus historias de mujeres? —contestó Fernando, quien aparentemente había creído cada palabra.

—Necesito tu ayuda. Te pagaré cien euros por un pequeño favor —le explicó a Fernando lo que tenía que hacer por ese dinero—.

Mañana a las diez en la Torre del Oro, encontrarás a la hermana mayor de mi pequeña. Su nombre es Joana y por supuesto está muy preocupada. Lo único que tienes que hacer es llevarla a la vieja finca de Las Colinas. Dile que Carmen la está esperando allí. ¡Pero no le hables de mí! Solo dile que eres amigo de Pepe, ¿me oyes? Y cuando pregunte por Carmen, háblale de una sorpresa que su hermana ha preparado. Te dejaré la llave puesta en la puerta del establo. Dile a Joana que la sorpresa la estará esperando dentro y cuando entre, cierra la puerta con llave y lárgate de allí.

—¡Un momento, Toño! Si la encierro ahí, es un secuestro —Fernando no parecía muy convencido—. Escucha, hombre, actualmente estoy limpio, me comprometí hace dos días y además tengo un trabajo como fontanero.

—Es una tontería, Fernando. No quiero secuestrar a Joana. Solo quiero que la mantengas en el establo esperando a que yo llegue, eso es todo. Pero tienes que cerrar, ¿sabes? Si no, le entrará el miedo y se perderá en el bosque. Cuando te hayas ido, llámame y estaré allí en cinco minutos para explicarle todo.

—Pero, ¿por qué no la llevas a tu casa? —quiso saber Fernando.

—¿Eres idiota? Tengo una menor fugitiva en mi casa. ¡Piensa en la policía! Joana estará feliz cuando sepa que su hermana está bien, créeme. La citarí a yo mismo en la torre, pero me conoce porque trabajamos juntos. Seguramente, montaría una escena, porque me acuesto con su hermana, por eso lo de la finca, Fernando. Allí puedo explicarle a Joana todo con más detalle. Entonces, ¿somos amigos o no?

Fernando lo dudó, pero finalmente accedió.

Justo después de las diez Fernando le llamó. —Tenemos un problema. Hay un rubio con ella.

—¡Kilian!

—¿Y ahora qué? Maldita sea.

—Llévate a los dos contigo —decidió Antonio sin más preámbulos.

—¿Ambos? ¡Pero solo por doscientos!

—Escucha, Fernando, si haces bien tu trabajo, hasta añadiré cincuenta a los doscientos, ¿de acuerdo?

Fernando no dudó ni un segundo. —¡Muy bien!

Había hecho un trabajo excelente. Poco después de las once, Fernando le comunicó por teléfono que todo había ido bien, los dos lo estaban esperando. Supuestamente se habían creído lo de la sorpresa sin ningún problema.

Sí, pensó Antonio. Podía estar muy orgulloso de su ingenio. La bonita pareja se pudriría en el establo y nadie podría culparlo, porque no había sido él quien los había encerrado allí. Su coartada era perfecta. Cuando fueron a Sevilla la noche anterior, él estaba trabajando, lo que se podía confirmar por la mitad del equipo de la Guardia Civil que pasaba regularmente por la cafetería.

Joana y Kilian tendrían una muerte lenta en la finca, no deberían haber metido las narices en sus asuntos. Además, en África la gente moría de hambre todos los días, ¿por qué no iba a ser posible algo así en Andalucía? Se metió una loncha de jamón en la boca y sonrió.

---

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Joana, esperando una inspiración de Kilian.

—Intenta dormir un poco primero.

—Bueno, permíteme resumir nuestra situación —comenzó Joana con un trasfondo irónico—. Parece que acabamos de ser secuestrados por un asesino que nos ha encerrado sin pan ni agua en un establo en medio del bosque, donde probablemente nadie puede oír nuestros gritos. Además, supongo que tengo que hacerme a la idea de que mi hermana está muerta, a pesar de que estaba deseando volver a verla hace media hora. Y todo lo que se te ocurre decirme es que debería dormir una siesta en este suelo de piedra lleno de mierda. —Su voz vacilaba entre la rabia y el llanto.

Kilian comprendió su reacción, pero por la noche no podían hacer mucho más que esperar a que amaneciera. Levantó la cabeza. Unas cuantas estrellas brillaban a través de los agujeros del techo. Sin embargo, estaba tan oscuro ahí abajo que ni siquiera se veían las sombras. Por el día, los rayos del sol serían suficientes para ver algo.

Kilian pensó en el hombre con la gorra de béisbol. Era una cabeza más bajo que él y físicamente inferior, pero probablemente estaría armado.

¿Y si no regresaba?

Intentó reprimir ese pensamiento espantoso y tranquilizar a Joana. —Vamos a salir de aquí, Joana. Te lo prometo. Pero tenemos que esperar hasta el amanecer.

Se deslizó hacia ella y puso su brazo alrededor de sus hombros. Mira lo que tengo conmigo, —dijo, llevando su mano a un objeto de metal que tenía en la otra mano.

—¿Qué es eso?

—Un martillo de la caja de herramientas de la furgoneta. Tenía un mal presentimiento sobre todo esto y busqué un arma.

Sintió que Joana se animaba. —¡No quiero morir aquí, Kilian! —dijo finalmente.

—Yo tampoco. No lo haremos —dijo con calma y con la esperanza de tener razón.

Se recostaron juntos y pasaron el resto de la noche en un sueño crepuscular.

Como Kilian había sospechado, su prisión tomó forma al amanecer. Se acercó a la puerta y la inspeccionó. Ya había intentado abrirla a golpes por la noche hasta que el dolor de su hombro se hizo insoportable. La puerta de acero parecía haber sido rehabilitada recientemente. Kilian agarró el martillo y comenzó a dar martillazos contra la puerta, pero no logró nada más que hacer una ligera abolladura en el inmenso acero.

Miró a su alrededor.

Joana se apoyó sobre dos cajas de plástico vacías, el único inventario de este antiguo cobertizo para ganado. Kilian calculó la altura del techo. Imposible subir, incluso con las cajas de fruta. Golpeó con su mano plana contra las paredes, pero sonó como si estuviese golpeando contra la cara norte del Eiger. Luego golpeó el martillo contra la piedra y se torció la mano. El yeso caía al suelo. Le preguntó a Joana cómo se decía ayuda en español y gritó varias veces socorro sobre el macizo muro.

Cansado, se sentó junto a Joana y evitó sus desesperadas miradas.  
—Tengo sed —susurró ella.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

---

—¿Y todavía no se la puede localizar? —preguntó Carlos a Maite por tercera vez ese día. Belén se había ausentado del trabajo por miedo y Joana se había tomado unas vacaciones por amor, aunque el hotel estaba patas arriba. Qué ética de trabajo tan indiscutible, pensó, mientras Maite agitaba la cabeza.

—¡Inténtalo de nuevo! —le ordenó, aunque Maite tenía que atender a tres parejas que querían irse.

Maite apretó el botón correspondiente y le entregó el móvil a su jefe. Carlos escuchó el tono de llamada hasta que saltó el buzón de voz. —Putamierda, no puede dejarnos aquí colgados y desaparecer —maldijo y miró a Maite.

Su expresión facial había cambiado, ella ignoró a los huéspedes y le tiró de la manga.

—Carlos, no le habrá ocurrido nada, ¿verdad?

Puso los ojos en blanco. —¿Qué podría haber pasado? Está paseando por Sevilla con su nuevo novio y no le importa el trabajo, eso es lo que ocurre. ¿Están todos aquí realmente paranoicos?

---

Kilian había estado picando durante una hora la pared que parecía estar hecha de granito detrás del yeso. Todo lo que había logrado era unas manos sangrantes y una muesca en la que, en el mejor de los casos, se podía meter una pelota de tenis. Finalmente se rindió.

No podían atravesar la pared sin antes morir de sed. Su camiseta estaba

sudada y pensaba cada vez más en una jarra llena de agua fría.

Joana había pasado la última hora pidiendo ayuda y llorando, pero era tan inútil como luchar contra esa pared con sus propias manos. La casa estaba aislada y las paredes amortiguaban todo tipo de sonido.

Kilian miró su reloj. Las ocho de la mañana; llevaban atrapados nueve horas. Mientras tanto el sol había salido, las flechas de luz penetraban por las perforaciones del techo, iluminando suficientemente su mazmorra. Miró el techo destartado y pudo ver el cielo a través de un agujero del tamaño de un plato.

Las paredes laterales del establo tenían unos cinco metros de altura, y, desde el borde superior, el techo se elevaba a una altura de unos ocho metros. En uno de los lados, una viga de madera sobresalía aproximadamente un metro dentro del establo. Kilian asumió que esa viga era parte del falso techo del edificio adyacente.

La miró fijamente. Si tan solo pudiera llegar a ella, podría hacer un agujero en el frágil techo con el martillo. Puso las manos delante de su cara y pensó.

—Quítate la ropa —le dijo finalmente a Joana.

—¿Qué?

—Quítate la ropa.

—No estarás pensando en sexo, ¿verdad?

—No, solo en nuestra vía de escape. Necesito tus jeans, tu camiseta, cinturón y calcetines.

Joana se quitó la ropa y Kilian hizo lo mismo hasta que se quedaron en ropa interior.

—Ahora dime qué estás tramando —dijo Joana.

—Fíjate bien.

Empezó a anudar la ropa. Diez minutos más tarde tenían una sarta de jeans, camisetas, calcetines y cordones de zapatos. Tirando de cada extremo saldrían unos cuatro metros de largo, aquello parecía una cuerda resistente al desgarro. Finalmente, Kilian tomó los dos cinturones e hizo una especie de lazo. Joana andaba nerviosa a su alrededor. La esperanza la llenó de ánimo.

—Ahora cruza los dedos por nosotros —dijo Kilian y se colocó bajo la viga de madera.

Con el cordón de ropa en la mano, apuntó a la viga. Tenía que lanzar su cinturón de treinta centímetros de diámetro sobre una viga de unos veinte centímetros de grosor que estaba a cinco metros de altura. Entonces podría

tregar por la ropa. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. La primera vez falló por un metro.

Diez minutos después, Joana contó el trigésimo intento fallido. —Déjame a mí —dijo ella y le quitó el cordón de la mano. Joana calculó el tiro tres veces antes de lanzar. ¡Y lo logró! El cinturón se deslizó sobre la viga de madera. Su vía de escape colgaba justo por encima de sus cabezas. Kilian saltó de alegría. Joana levantó las manos y cayó en sus brazos.

Sus ojos se encontraron antes de cerrarlos en silencioso acuerdo. Unieron sus labios como si estuvieran cargados magnéticamente. Descargaron todas sus emociones reprimidas. Pero no debían perder tiempo, ni siquiera para su primer beso.

—Salgamos de aquí antes de que ese hijo de puta vuelva —susurró Joana mientras se separaban.

—Joana... yo... —Kilian se sintió obligado a comentar su arrebató emocional.

Pero ella urgió a apurarse. —Shhh... Ahora date prisa, vamos.

Kilian agarró la ropa. —Yo subo y me siento en la viga. Luego hago un agujero en el techo con el martillo, y después subes tú y trepamos hacia fuera —explicó y se secó las manos.

La cuerda de ropa parecía resistir su peso. Usó sus pies como un escalador de palmeras caribeñas y, en menos de un minuto, rodeó la viga de madera con sus manos. Ahora todo lo que tenía que hacer era levantarse y sentarse encima. Su cabeza quedaría justo debajo de la inclinación del tejado y desde allí sería fácil, porque el techo parecía cualquier cosa menos robusto. Concentró sus últimas fuerzas y se levantó de un tirón hasta quedarse colgado con el mentón sobre el borde de la viga.

Pero la madera se quebró ante sus ojos en el hueco por donde sobresalía la pared. Antes de darse cuenta de que habían perdido su última oportunidad de sobrevivir, cayó de espaldas al suelo de piedra y perdió el conocimiento.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

---

Paco Medina se sentó a la mesa con el teniente Lozano, el capitán Morales, el fiscal Puertas y el alcalde de la ciudad, José Buenavista. Los micrófonos apuntaban al pequeño grupo. Delante de ellos se encontraban los representantes de los medios de comunicación y canales de televisión más importantes de España. Necesitaban informar a todo el país que los investigadores no habían podido atrapar al asesino.

Era la primera rueda de prensa de Paco y la primera vez que salía por televisión. Después de emitir una multa de tráfico, no solía ser entrevistado por la televisión española.

El día anterior la lavandería cerró dos horas más tarde de lo habitual, su esposa María había insistido en que el mejor uniforme de Paco se limpiara a fondo con un programa especial para su gran aparición en la televisión. Paco estaba nervioso, aunque todavía no había intervenido. Los medios de comunicación prefirieron recurrir al jefe más telegénico de la investigación, el capitán Morales.

La rueda de prensa duró más de media hora. Durante ese tiempo se describió en detalle a los representantes de los medios del país, cómo era posible que todavía no hubiera ninguna pista concreta en estos casos y que los investigadores ni siquiera estuvieran seguros de si tenían que buscar a un asesino en serie o no. La prensa no terminó de hacer todas las preguntas cuando Puertas dio por zanjado el asunto con las siguientes palabras: —Eso es todo lo que podemos decirles hasta el momento.

Este es el final de la mayoría de las ruedas de prensa en las que el perpetrador sigue en libertad, pensó Paco y se puso de pie. Al menos sus dos nietos habían visto salir a su abuelo en la televisión.

---

Lo primero que sintió Kilian fue una gota caliente en la frente. Abrió los ojos y vio la cara de Joana llorando. Otra lágrima corrió por su polvorienta mejilla. Kilian quería levantar el brazo, pero le dolía demasiado.

—Oh, Kilian. Pensé que estabas muerto —le susurró al oído.

Intentó levantarse, pero no lo logró. Luego apoyó la cabeza sobre las prendas que Joana le había colocado bajo el cuello.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Cinco minutos. Kilian, vamos a morir aquí, ¿verdad? —Ella le miró fijamente a través de sus alborotados rizos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No podía ver el sufrimiento de Joana, le dolía más que nada. Ahora era el momento de actuar con valentía. —No debemos rendirnos. Créeme, todo va a salir bien. De alguna manera lo conseguiremos. ¡Ayúdame a ponerme en pie!

Le llevó tres intentos levantarse. Luego dio sus primeros pasos como si acabara de aprender a caminar de nuevo después de diez años en una silla de ruedas. Todo le dolía, pero afortunadamente nada parecía estar roto. Se dirigió hacia Joana cojeando, hasta quedarse frente a ella con toda su ropa interior sucia.

—Alguien vendrá y nos sacará de aquí —dijo, poniendo tanta confianza en su voz como pudo.

Pero Joana agitó la cabeza. —Si alguien viene, será el asesino.

Kilian no quería discutirlo más. Tenía que pensar antes de que su cerebro solo produjera ilusiones debido a la falta de agua. Se inclinó sobre la viga de madera que hasta hace poco podía haberlos salvado. Mirándola más de cerca, comprendió por qué la viga no resistió sus noventa kilos. Por fuera estaba podrida y por dentro comida por los gusanos.

—¿Oyes eso? —preguntó Joana de repente.

Kilian agitó la cabeza.

Se acercó a la puerta y afinó el oído. —¡Sí, alguien viene!

Ahora Kilian también podía oírlo. Sonaba como una moto. ¿Había regresado el tipo para matarlos? ¿O era otra persona la que pasaba por allí? Joana pidió ayuda a gritos y Kilian cogió el martillo y se quedó junto a la puerta.

El motor se apagó y se oyeron unos pasos acercarse.

Joana gritó en español pidiendo ayuda como una maníaca, pero nadie

respondió a sus llamadas. La persona tampoco hizo ninguna maniobra para abrir la puerta, pero golpeó contra ella desde afuera. ¿Así que no era su secuestrador el que estaba al otro lado después de todo? Entonces, ¿por qué no respondía a los gritos y súplicas de Joana, maldita sea?

Hubo otro golpe.

Como respuesta, Kilian golpeó con su puño la puerta. ¡Quienquiera que estuviera ahí fuera tenía que oírlo! La voz de Joana, ronca de tanto gritar, se quebró y empezó a suplicar de forma tan lamentable que le rompió el corazón. Luego escucharon arrancar la moto y el misterioso visitante se alejó.

Le venían a la cabeza las escenas de una película: un hombre y una mujer aparecieron en una isla solitaria, y a lo lejos veían un barco que desaparecía lentamente en el horizonte a pesar de sus gritos. En aquella ocasión, con una cerveza frente al televisor, se pudo imaginar cómo uno se sentiría. Ahora lo sabía.

Abrazó a Joana hasta que se debilitó el temblor de su cuerpo. Luego apoyó la cabeza contra la pared intentando olvidar esa extraña visita. Tenía que pensar. Sus ojos se fijaron en el agujero del techo. Incluso subiendo hasta allí, no era lo suficientemente grande para conseguir salir por él.

Entonces se le ocurrió otra posibilidad, la última. Después de todo, tal vez ese maldito pedazo de madera les podría salvar la vida. Se arrastró hasta la cuerda de ropa y se arrodilló en el suelo. Inmediatamente Joana le siguió.

—¿Qué estás haciendo?

Kilian sacó una sonrisa a pesar de su dolor. —Lo verás en un minuto. — Enrolló los dos cinturones alrededor de la viga de madera rota y marcó el lugar donde tenía que hacer un agujero para poder atarlos con la mayor fuerza posible. Luego rompió una de las cajas de plástico con el martillo para sacar una astilla afilada con la cual perforar el cuero de ambos cinturones. Después ató los cinturones alrededor de la madera y comprobó que no resbalaran.

Finalmente ató los extremos de los cinturones a las patas del pantalón de sus vaqueros hasta conseguir que aquello pareciera un estribo enorme de una montura de caballo.

—¿Y ahora? —preguntó Joana.

—Ahora cruza los dedos por mí por segunda vez. Tienes que aferrarte a un extremo —dijo—. Usaremos el tronco de madera para lanzarlo como ariete contra ese agujero hasta que se haga más grande. Si lo conseguimos, puedo tirar el tronco afuera, donde con un poco de suerte, se enganchara en el borde exterior del techo. De esta manera la presión debe ser distribuida sobre todo

el tronco. Si lo conseguimos, el tronco puede servirnos de acceso.

Joana asintió ansiosa. —¿Pero puedes controlar tu dolor?

—No tengo otra opción. Esta es nuestra última oportunidad. Sujeta bien este extremo, de lo contrario la cuerda se saldrá por detrás del tronco.

Kilian sostuvo en su mano el extremo liso del muñón de madera como un lanzador de peso. Apretó los dientes y empujó el trozo de madera con todas sus fuerzas. Golpeó el techo junto al agujero. El yeso y las virutas de madera cayeron al suelo. Trató de ignorar el dolor en el hombro y repitió el lanzamiento hasta que tuvo que detenerse porque se mareaba. Pero el agujero ya era el doble de grande. Esa sensación de éxito, junto con la idea de un litro de limonada fría, le permitió volver a ponerse en pie.

Necesitó dar unos cuantos golpes más con el ariete antes de que un pedazo de medio metro cuadrado cayera del techo y se estrellara contra el suelo. El siguiente golpe sería decisivo.

Kilian tomó el extremo de la cuerda que Joana sostenía en la mano y se la ató alrededor del brazo por seguridad. Ahora tenía que lanzar el tronco por el agujero como un gancho y esperar a encontrar un hueco de enganche en el borde exterior del techo.

Joana apartó la mirada. Sabía que era un asunto de vida o muerte. Kilian lo tiró y la madera salió volando por el agujero. Oyó el golpe de la viga rota en el techo. Hasta ahora todo bien, pensó y tiró de la cuerda. Hubo resistencia. Tiró un poco más y cedió.

—¡Mierda! —maldijo Joana.

Kilian tiró más fuerte hasta que la madera volvió a caer al suelo. No se atrevió a mirar a Joana. La cuerda de ropa era demasiado corta. O él mismo demasiado pequeño. Para empeorar las cosas, había destrozado una de las dos cajas de frutas, solo para conseguir una astilla de plástico.

Empujó con los pies la otra caja hasta colocarla debajo del agujero y se subió sobre ella, lo que le hizo treinta centímetros más alto. Volvió a lanzar y otra vez la madera salió por el agujero y golpeó el techo. Kilian tiró de la cuerda. En los primeros centímetros apenas hubo resistencia, pero luego oyó un ligero crujido en la pared exterior del edificio. Su corazón latía con fuerza mientras seguía adelante, pero la cuerda no se podía bajar ni un centímetro más.

—¿Y bien?

—Parece que la madera se ha quedado atrapada bajo el borde del techo.

—¿Crees que aguantará?

Kilian no contestó. Lo sabrían en unos momentos. Agarró la cuerda y sintió que la adrenalina fluía por todo su cuerpo. Entonces miró hacia arriba. El obstáculo parecía insuperable, pero ya lo había hecho antes. Sin embargo, antes no había tenido que trepar con las costillas rotas. Miró a los ojos a Joana, se levantó de un tirón y movió sus piernas hasta que consiguió poner la cuerda entre sus pies. Agarró más arriba y tiró con las manos. Creyó oír el crujido de la viga, ¿o era Joana quien le había gritado? Tiró de nuevo con la mano por encima de su cabeza y empujó con las piernas. ¿Hasta dónde había llegado? ¿A mitad de camino? Estaba exhausto. No podía continuar.

Apretó los dientes, volvió a levantar las manos, pero no podía cerrar el puño alrededor de la cuerda provisional, porque la cuerda ya estaba sobre el borde de la pared. Sus dedos se clavaron en la cornisa. Ahora todo lo que tenía que hacer era agarrarse con la otra mano y escalar por el borde. Intentó apoyarse con las piernas en la cuerda, pero las tenía entumecidas.

Kilian gritó, llegó hasta la pared con la otra mano y se resbaló. Quedó colgado del borde de la pared como un mono, con la única sujeción de los dedos de una mano. Se limpió el sudor y se pasó la mano por encima de la cabeza. Esta vez encontró un punto de apoyo. Noventa kilos colgaban de las puntas de sus dedos. Kilian jadeaba como si le estuviera dando un ataque de asma.

Pero, centímetro a centímetro, se fue abriendo paso a través de la pared. Gimió de dolor y esfuerzo, hasta que pudo mirar por encima del borde de la pared a través del agujero del techo. Esta vista activó sus últimas reservas de energía. Trepó cada vez más hasta apoyar su barbilla en el filo del techo que le sirvió de soporte adicional. A través del agujero, con una mano podía alcanzar hasta el borde exterior de la pared y tirar de la otra mano. Hizo fuerza con los pies en el interior de la pared, lo que le permitió levantarse, aunque no dejaba de resbalarse. Finalmente pudo sacar el torso por el agujero. Las piedras y astillas de madera se le clavaron en el vientre, pero al menos, podía relajar las manos.

Escuchó a Joana gritar desde abajo, parecía como si estuviera hablando con él bajo el agua. Todo se volvió negro ante sus ojos. Se resistió a perder el conocimiento y se apoyó en la pared, era tan ancha que le habría llevado dos semanas perforarla con un martillo. Miró a Joana y ya se enfrentaba al siguiente problema. ¿Cómo la sacaba de allí? Mientras pensaba en ello, Joana trepó como si estuviera usando una escalera de incendios. Cuando llegó a la cima, la ayudó a sentarse en el borde de la pared con los pies colgando sobre

su cárcel, donde habían permanecido encerrados once horas.

Kilian se dio la vuelta. A su alrededor un gran bosque de pinos, ninguna otra finca y ninguna carretera, aparte del camino forestal que terminaba frente a la casa. Los dos tenían la misma idea en mente: ¿Y si no lo hubiéramos logrado?

---

Antonio vació el lavavajillas y miró el reloj. Un poco después del mediodía. El primer golpe fuerte de trabajo en la cafetería había terminado, era momento de una cerveza. Dio un trago y se limpió la boca. Habían pasado tres días desde que secuestró a Joana y al alemán. A la mañana siguiente, en su día libre, se marchó a Sevilla a encontrarse con Fernando y darle los doscientos cincuenta euros para que no sospechara. Continuó el juego y le contó que todo estaba bien con su pequeña y que su familia estaba de acuerdo con la relación, siempre y cuando ella regresara al instituto.

Antonio pensó en su viaje a Las Colinas. Solo tenía que comprobar que todo siguiera en orden. Nada más parar la moto frente a la finca, oyó a Joana pedir ayuda. Se acercó a la puerta y llamó. Los gemidos desesperados de Joana se hicieron más fuertes y le dieron un subidón adicional.

Satisfecho, regresó a Almuñécar. Todo estaba bajo control. Pronto, a más tardar en una semana, morirían deshidratados sin agua ni alimentos. Él solo tendría que volver en su día libre para enterrar los cuerpos en algún lugar recóndito del bosque. Lo único que le sorprendía era el hecho de que en el hotel, nadie comentara nada sobre Joana. Prestó mucha atención al personal desde la barra, pero no fue capaz de captar ningún rumor. La noche anterior había soñado que los dos se liberaban y huían. Pero cuando despertó, inmediatamente le quedó claro que eso solo podía haber sido una pesadilla. No existía escapatoria alguna. Antes de todo visitó la finca para comprobarlo, puerta, cerradura, mampostería, incluso la cobertura del teléfono, por si acaso.

Antonio llenó el lavavajillas con vasos sucios. Estaba tan absorto en sus pensamientos que, al principio, no las oyó venir.

—Dos cafés con leche —pidió Maite.

Antonio se dio la vuelta y se golpeó la espalda contra la máquina de café, al darse cuenta de para quién era el segundo café. ¿Qué demonios...? Su pesadilla de anoche se había hecho realidad.

---

Maite todavía no podía creer lo que Joana le acababa de contar de sus supuestas vacaciones.

—¿Y si no hubieras salido de ahí? —Maite quiso saber.

—Salimos y ni siquiera quiero pensar en nada más.

Maite asintió. Ella tampoco quería imaginárselo. —¿Y ese chico que os llevó allí...?

—Maite, escucha. No lo recuerdo exactamente. Estaba tan emocionada por ver a Carmen...

Como la alegría por el éxito de la fuga y el informe a la Guardia Civil habían terminado, Joana tenía tiempo para pensar. Y todo lo que tenía que pensar era en cómo se habían metido en esa maldita situación. ¿Cómo pudo haber sido tan crédula? Aparentemente porque uno cree lo que quiere creer, ella misma respondió a su pregunta. Durante treinta horas había tenido la ilusión de que Carmen estaba viva, y ahora ese sueño se había esfumado tan rápido como había llegado. Ese era su verdadero dolor.

—¿Y luego corristeis hasta el pueblo más próximo? —Maite la sacó de sus pensamientos.

—Sí. Deshicimos la cuerda provisional y nos vestimos. Luego anduvimos unos kilómetros hasta llegar a un pueblo, donde en la plaza encontramos una fuente en la que pudimos calmar toda la sed acumulada. Después, alguien llamó a la Guardia Civil y a una ambulancia para Kilian.

—¿Cómo está ahora?

—Físicamente mejor. Se magulló algunas costillas por la caída, pero está...

Joana se perdió de nuevo en sus pensamientos. No se había comportado correctamente con Kilian. En la finca ella había sufrido con la idea de que él iba a morir solo por su maldita credulidad. Kilian nunca le había reprochado nada. A esto se sumó el dolor de volver a aceptar lo de perder a su hermana y además el dolor por su madre. De alguna manera, todo era demasiado para ella y tenía que asimilarlo.

—¿Qué hay de Kilian? —quiso saber Maite.

—Lo eché —contestó Joana—. No he sabido nada de él desde entonces. Me salvó la vida, ¿sabes? ¿Y si él...? —Joana empezó a sollozar.

—Mierda —Maite la agarró—. Vamos donde Antonio a tomar un café.

---

Antonio no podía creerlo. Había planeado el crimen perfecto, sin ni siquiera tener que cometerlo, y ahora Joana se sentaba ante él en un taburete del bar, hablando con su amiga del alma, Maite. De cada dos palabras una era Kilian. Puta mierda, él también parecía estar vivo. Después de la primera sacudida, se obligó a calmarse.

Afortunadamente, Maite y Joana le prestaron poca atención. Eso solo podía significar que todavía no tenían ni idea de quién había organizado la estancia de Joana en esa casa de campo. Pero estaba seguro de que ya habían denunciado el secuestro a la Guardia Civil. En estos momentos estarían buscando pistas. Él no ha dejado ninguna prueba de ADN, pero ¿Fernando tal vez? Joana y Kilian pudieron describirlo con detalle a los agentes. ¿Cuánto tiempo les llevaría atrapar a Fernando y hacer que testificara sobre quién tuvo la gloriosa idea de encerrarlos en la finca?

Él mismo negaría todo con vehemencia, Fernando ya había sido previamente condenado, él sin embargo no, pero tenía la soga al cuello. La Guardia Civil ya sospechó de él en el caso de Elena, y si Fernando les contaba ahora... ¿Debería deshacerse de su viejo amigo antes de que pudiera delatarlo? ¡Maldito círculo vicioso!

Joana puso dos monedas en el mostrador.

—Esto va por cuenta de la casa —dijo.

—Gracias —respondió Joana y le acercó la taza vacía.

—Maite me dijo que estuviste de vacaciones en Sevilla con Kilian —preguntó Antonio.

—Hm, sí —contestó Joana, pero no pareció querer entrar en más detalle.

—¿Y a Kilian le gustó la ciudad?

—Estuvimos en el campo —contestó ella.

—He oído que es muy bonito aquello, ¿y qué tal el hotel? —miró a Joana a los ojos sin pestañear.

—Podría haber sido mejor —contestó Joana, apresurándose a salir de la cafetería.

Le encantaban las emociones y los juegos. Y si su instinto no le engañaba, ese juego estaba lejos de terminar.

---

## CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

---

Joana se sentó en el mismo lugar de la capilla que hace unos días, cuando estuvieron allí la última vez. No sabía por qué Kilian había decidido echar las cenizas de Xavier al mar, si era por su visión o por la dura realidad. En cualquier caso, en los últimos días había intentado organizar el transporte de vuelta de su hermano, pero como no tenía ningún seguro no pudo asumirlo económicamente. Al menos eso es lo que Kilian le contó al encontrarse con ella por casualidad dos días atrás en Almuñécar. Ella lo había estado buscando por toda la ciudad, pero él no dio señales de vida.

Kilian se hospedaba en el hotel Casablanca en la Plaza San Cristóbal, ya había recogido su pasaporte de la comisaría y conseguido un billete a Múnich. Aún no sabía lo que debía hacer con el cuerpo de su hermano. Durante una cerveza de reconciliación a la que le invitó, le recordó sus visiones en la capilla y lo convenció para que echara sus cenizas al mar. Solo necesitaban un barco y el único que se le ocurrió fue el de Antonio, quien inmediatamente accedió a llevarlos para que pudieran esparcir las cenizas de Xavier.

Miró a Kilian arrodillado ante el altar con la urna, improvisando un funeral a su hermano.

Pronto volvería a Alemania y ella lo echaría de menos. Pensó en aquel beso otra vez. A Kilian, el dolor por su hermano se le desvanecería con el tiempo, y antes de eso él habría olvidado los intensos momentos que compartieron juntos. ¿Qué pasaría con ella? ¿Sería capaz de olvidarlo tan fácilmente?

Kilian se inclinó ante el altar como un súbdito ante su reina, se levantó, tomó la urna en sus brazos y abandonó la capilla. Joana recogió las flores con las que decoró la pequeña iglesia y siguió a Kilian hasta el pinar, amenizado

por el canto de las cigarras. Miró su reloj. Sería mejor apresurarse. Antonio debía estar esperándoles en el barco.

---

Antonio estaba sentado en su bote de pesca, fumando. Preocupado, miró hacia el mar y sus espumosas olas agitadas por el viento, más allá de la cima de la roca. Era cualquier cosa menos un día perfecto para este asunto, pero él les prometió hacer este pequeño viaje en barco. Joana incluso le ofreció dinero por ello, pero él se negó agradeciéndoselo.

Había pasado una semana desde la muerte de Elena y cuatro días desde que Kilian y Joana lograran escapar de la finca. Para él, estos días no resultaron apacibles. Los guardia civiles seguían entrando en la cafetería, y cada vez que los veía se le cortaba la respiración y entraba en shock, pero hasta ahora solo querían café. Esto significaba que no tenían más pistas en el caso de Elena y que tampoco habían atrapado a Fernando en Sevilla.

Pudo contener la tensión hasta el día anterior por la tarde en la que Joana se presentó de improviso en la cafetería.

—Tienes un bote pequeño, ¿no? —le preguntó de inmediato y le pidió el favor. En un primer momento se quedó sin palabras. Ella, la hermana mayor de Carmen, le estaba preguntando si quería navegar por el mar en un cortejo fúnebre, como si no hubiera suficientes barcos en la zona más adecuados para este fin que su bote de madera que apestaba a pescado. ¿O Joana tenía algún motivo oculto? ¿Sabía algo que solo Elena podría haberle dicho antes de caer por la pendiente? ¿Era la despedida en el mar solo una excusa?

Observó como una gaviota aterrizaba sobre una oscura roca en el mar mientras graznaba y se puso a reír. No, estos juegos no le pegaban a la inofensiva Joana. Si alguien estaba jugando aquí, era él. Poco a poco se dio cuenta de la ironía del destino: si Joana y Kilian no murieron de sed en la finca, ahora podía hacer lo contrario... y dejar que se ahogaran.

Antonio miró a Joana y Kilian salir del coche. Les hizo un gesto con la mano, puso en marcha el motor fuera borda y se dirigió a la orilla.

---

Kilian ayudó a Joana a subir a la barca, colocó la urna sobre las tablas del

barco y subió también. Mientras Antonio echaba marcha atrás y se alejaban de la playa, Kilian se sentó junto a Joana en el banco delantero de madera. Sostenía la urna en su regazo como un precioso jarrón de porcelana. Joana señaló con el ramo de flores hacia la salida de la pequeña bahía.

—Parece estar bastante movido —dijo.

Kilian asintió. No se sentía bien y prefería quedarse callado. Había hecho todo lo posible para trasladar el cuerpo de su hermano a Alemania, pero aun con toda la mejor voluntad del mundo, no habría podido asumir el coste de varios miles de euros. Y quizás Xavier hubiera preferido que sus cenizas se esparcieran aquí, en el cálido Mediterráneo, en lugar de que su cuerpo se pudriera en una tumba en Riedhofen donde el día de Todos los Santos, cuando la comunidad del pueblo conmemoraba a los muertos, habría siempre medio metro de nieve sobre su lápida.

El rugido del motor fuera borda arrancó a Kilian de su ensimismamiento. El pequeño barco cogió velocidad y tuvo que inclinarse de cara a proa, en la dirección de la marcha para mantener el equilibrio. El agua salpicaba por encima del borde lateral. Él y Joana se acercaron para protegerse de las gotas de agua. Sus cuerpos se tocaban mientras el barco se deslizaba hacia la salida de la bahía.

Kilian pensó en los últimos días. Después de la exitosa fuga, Joana necesitaba tiempo para procesarlo todo. Lo entendió, porque no tenía otra opción. Él se había mudado a un pequeño hotel y pasaba la mayor parte del tiempo reflexionando sobre su vida. Su hermano y las otras muertes en el Palace, Joana y su huida de la finca abandonada... y ese beso... pero de repente, Joana quiso salirse de su camino y él se sintió tan miserable que tuvo que empezar a tomarse dos antidepresivos todos los días. Las pastillas le funcionaban tanto como una sola aspirina contra una monumental resaca. Sin embargo, se había puesto las pilas e incluso había conseguido recuperar su pasaporte. Tuvo que rellenar y firmar un formulario para la liberación de Xavier, después del cual el agente, que hablaba inglés, declaró: —Ya puedes llevarte a tu hermano.

“Take away”, le había dicho, como si fuera tan fácil como en un restaurante chino.

Se encontró con Joana por casualidad. Aunque pensaba en ella constantemente, no se había puesto en contacto con ella, no por terquedad u orgullo herido, sino porque estaba a punto de enamorarse de ella. Se sentía cómodo a su lado, apreciaba su despreocupada manera de tratar con su oscura

alma, y por último pero no por ello menos importante, era la mujer más atractiva con la que había tratado, aunque puramente platónica. Más que gustarle, necesitaba a esa mujer, y por eso se mantuvo alejado de ella. Por un lado no estaba seguro si Joana sentía lo mismo por él, y por otro lado ya estaba decidido.

Cuando se encontraron frente a su hotel notó cierto recelo entre ellos. Le dijo que ya tenía su billete de regreso en el bolsillo, pero que lo había comprado asumiendo que iría en el mismo avión que Xavier. Con una cerveza, Joana le convenció de las ventajas de la incineración y echar las cenizas al mar. Ninguno de los dos habló sobre el beso de la finca. Conversaron de una manera muy diferente y lejos de la familiaridad que había prevalecido entre ellos unos días antes.

Lo que no le dijo a Joana fue que en tres días asistiría a su cita en el seminario de Passau.

Afortunadamente Joana organizó la cremación y el barco en dos días. Pasado mañana podía volar a Múnich como estaba planeado, con la esperanza de pasar delante de la comisión que decidiría sobre su futuro en la iglesia. Para él, volver al seminario era como arrojar un salvavidas a un hombre que se ahogaba. Y tenía que buscar ayuda antes de que fuera demasiado tarde.

Aunque ya no estaba tan convencido de su fe. Estrictamente hablando, su fe había sido sacudida, como si sus pilares básicos se estuvieran tambaleando. ¿Quizás solo creía en Dios porque no se atrevía a no creer en él? ¿O porque durante toda su vida se le había inculcado la fe católica hasta tal punto de no poder desarrollar pensamientos controvertidos sobre este tema? ¿Y si se hubiera criado en Marruecos, el país cuya costa casi se podía ver desde allí? Entonces él sería musulmán y pensaría que el Islam era la única verdad.

Decidió considerar sus actividades sacerdotales como un trabajo más que como una vocación, y a decir verdad, ser un sacerdote de pueblo en una comunidad bávara no sería un mal trabajo. Algunos funerales, bautizos y bodas, misas dominicales y algo de estrés solo en Navidad y Pascua. Él sería respetado por todos en la aldea, y siempre tendría los oídos abiertos para sus feligreses, no solo cuando acudieran a él para confesarse. Sí, así es como imaginaba su futuro.

El mayor problema con su futuro sería la castidad. Tendría que comprometerse con esto, pero en ese aspecto, también tendría que esperar a ver cómo se desarrollaba todo. Después de todo, cuando un hombre se casaba, tenía que jurar amar solo a su mujer durante el resto de su vida, ¿y cuántos

maridos cumplían esa promesa? Incluso como sacerdote podía tener una amante, era humano y ya había probado el fruto prohibido. Él solo tendría que mantenerlo en secreto para la iglesia como lo haría con una esposa.

En ese momento Joana dijo algo y lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Qué has dicho? —le gritó al viento y al motor.

—¡Me siento mal! —repitió Joana.

Kilian miró a su alrededor. La costa estaba muy lejos, apenas conseguían avanzar y las olas eran tan altas que tenían que aferrarse al banco de madera como un jinete de rodeo a su caballo.

En primer lugar, no entendía por qué Antonio se había alejado tanto. Una quinta parte de la distancia habría sido suficiente, especialmente con esas olas, Kilian pensó y apretó los ojos. Su coche de alquiler en la playa no parecía mucho más grande que un coche de juguete.

Le hizo una señal a Antonio para que se detuviera y su patrón apagó el motor fueraborda, haciendo que el barco botara aún más. Sin propulsión perdió su estabilidad.

—¡Vamos! —gritó Antonio. Kilian se dio cuenta del peligro. La barcaza no era apta para aguas tan turbulentas, ni estaba equipada con chalecos salvavidas. Si el barco zozobrara, difícilmente podrían nadar hasta la orilla en estas condiciones.

Kilian quería levantarse, pero se resbaló, el agua llegaba a las paredes laterales.

—¡Vaya mierda... date prisa, hombre! —insistió Antonio con pánico en la voz.

Kilian desenroscó la urna. En realidad, quería recitar una oración, pero Joana estaba inclinada sobre el borde de la barca, vomitando y tosiendo. Por lo que omitió la oración, se santiguó rápido, dio media vuelta y se deslizó sobre la tabla lateral. En ese momento, la barca fue arrollada por una ola.

—¡Ahora no! —Antonio gritó, pero Kilian ya estaba vaciando la urna por un costado del barco. Sin embargo, las cenizas de Xavier no cayeron al mar, sino que fueron desplazadas por el viento sobre el barco. El pelo y las cejas de Kilian se volvieron gris ceniza, y Joana, que estaba jadeando, tenía un tono de pelo que combinaba con el color de su cara. Gritó, y Kilian se levantó con la urna medio vacía, de la que surgió un humo gris como si fuese una chimenea. Antonio estornudó como si hubiera olfateado pimienta y arrancó el motor despotricando, mientras otra ola cogía el barco y los pies de Kilian perdían el equilibrio. Chocó sus costillas ya dañadas contra el costado del

barco, incapaz de soltar la urna, cayó al mar de cabeza.

Luchó desesperadamente con los pies para mantener la cabeza por encima del agua. Se sumergió, luego reapareció y se encontró a cinco metros del barco. El agua sucia salía a borbotones de la urna y se enroscaba alrededor de su cuello.

—¡Qué puto desastre! —gritó.

Todavía sostenía la urna con la mano, como si soltarla significase la separación final de su hermano. Joana extendió los brazos hacia él, pero una ola se interpuso entre él y la barca, de modo que volvió a perderla de vista. Seguía moviendo los pies y jadeando por el esfuerzo. Le dolía tanto el pecho que ni siquiera sentía el agua helada.

Sus botas empapadas y la pesada urna lo arrastraron bajo las olas, cubiertas de una capa gris y fangosa, justo cuando estaba a punto de respirar, Kilian tragó una bocanada de aquella repugnante mezcla. Tosió y vomitó, tomando aún menos aire y tragando aún más agua. Otra ola le pasó por encima y lo empujó hacia abajo. Envuelto por un remolino de agua dio unos giros, y por un momento, no supo si estaba arriba o abajo.

Poco a poco, al igual que las burbujas que se desprendían de su boca hacia la superficie, se dio cuenta de que estaba a punto de ahogarse, a pesar de ser un excelente nadador. La idea de hundirse con su hermano no le amedrentó. Abrió los ojos y miró fijamente al sol, que brillaba para él a través de la oscura nube de ceniza, como si ella quisiera prometer que la tormenta podría terminar pronto si él lo quisiera. La sombra del barco pesquero, vacilando sobre la superficie, terminó alejándose lentamente de él.

¿Cuántas veces había pensado en el suicidio en los últimos meses y se había imaginado cómo podría hacerlo? Ahora solo tendría que dejarse llevar, luego se hundiría pacíficamente hacia el fondo, seguido por la nube de cenizas de su hermano que flotaba sobre él. Le faltaba el aire. Todavía podía salir a la superficie si quería, la decisión dependía de él...

Desde el barco, un cuerpo se estrellaba contra el agua envolviéndolo en burbujas de aire. En aquel instante tomó una decisión.

---

## CAPÍTULO CUARENTA

---

— **A**yúdale —gritó Joana y tiró de la mano de Antonio. La cabeza de Kilian no se veía por ningún lado, tal vez ya se había ahogado.

—¡Antonio!

—¡No, yo no voy a meterme en el agua! —le gritó y la empujó—. ¡Es demasiado peligroso!

—¡Pero Kilian se está ahogando! —se lamentó.

—Si salto, podría ahogarme también. ¿Qué culpa tengo si se cae al agua?  
—Eché un vistazo al mar embravecido. Ni rastro de él.

—¡Cobarde! —increpó Joana, respiró hondo y se lanzó de cabeza al mar.

Maldita perra, pensó Antonio. Joana estaba arriesgando su vida por ese alemán. Trató de sacar un cigarrillo de la cajetilla, pero sus manos temblaban tanto de excitación, que finalmente abandonó su plan y se aferró al barco. Podía volver inmediatamente a la costa y así asegurarse de que los dos morían, pero antes quería ver un poco el espectáculo, aunque el barco se estaba llenando de agua cada vez más rápido.

Antonio no podía creer su suerte. Ni siquiera había tenido que empujarlos al agua. Habían saltado por sí solos.

Se rio y puso su mano en el acelerador. Lo mejor de todo era que nadie podía demandarlo de nuevo. No era más que un trágico accidente de barco. Dos muertos más, dos muertos menos; eso no importaba ahora. Por supuesto, tendría que enfrentarse a los molestos interrogatorios de la Guardia Civil, que al final no podrían probar nada.

Antonio giró el acelerador y el barco empezó a moverse. Acababa de decidir que ya era suficiente y que tenía que volver a la bahía ahora que aún era posible. De repente escuchó gritos detrás de una cresta de ola. Descubrió a

Joana y a Kilian, tratando de mantenerse a flote y haciéndole señales. ¿O le estaban saludando? Empujó la palanca del lado del motor fuera borda hacia el punto muerto y dudó.

Aunque quisiera, no podría subirlos a bordo. El casco estaba tan lleno de agua que su barco simplemente no soportaría ningún peso adicional. Podría volcar, y luego se ahogarían todos por culpa de una urna llena de cenizas. Así que trató de ignorar los gritos.

Antonio se dio la vuelta. Calculó que la distancia a la playa era de poco más de dos millas náuticas. Tendrían que luchar contra las olas, el viento y la corriente durante casi cuatro kilómetros. Joana era fuerte y el alemán también parecía estar en buena forma. Además, consiguieron salir de la finca, así que estaban acostumbrados a luchar por sus vidas. Si se fuera a la costa en ese momento como si no hubiera pasado nada y los dos pudieran nadar hasta la orilla o, incluso, ser recogidos por otro barco, entonces sí que estaría obligado a dar explicaciones.

Miró a su alrededor.

No había ningún otro barco que no fuera el suyo, solo un buque cisterna a muchas millas de allí.

Antonio maldijo y les miró a los dos, que todavía agitaban los brazos con fuerza. Kilian rodeaba con sus brazos la urna como un salvavidas. ¿Conseguiría mantenerles a flote? Si tan solo hubiese ido más lejos, pensó, entonces podría despedirse de ellos ahora y volver a tierra cómodamente, como si acabase de llegar de pescar.

De repente supo lo que tenía que hacer. Las ideas más simples siguen siendo las mejores, se dijo sonriendo y metió la marcha hacia adelante. Solo tenía que pasar por encima de Kilian y Joana con la hélice del barco, y el problema habría acabado.

---

Joana no entendía a qué estaba esperando Antonio. ¿Por qué no se acercaba a por ellos? ¿Acaso no funcionaba el motor?

De nuevo le hizo señas y gritó a los cuatro vientos, aunque sabía que Antonio la había visto hacía rato. Se sentía exhausta y sin aliento de tanto gritar y patear en el agua, no podía preguntarle a Kilian qué estaba pasando. Cuando saltó por la borda, solo podía ver su sombra a unos pocos metros de

profundidad. Ella se había zambullido a por él, creyendo que había perdido el conocimiento y se estaba hundiendo. Pero a mitad de camino, él se puso a nadar hacia ella, la agarró por el brazo y la empujó a la superficie como si tratara de salvarla y no al revés.

Joana vio que por fin el barco giraba en su dirección y se acercaba rápidamente a ellos. Pero en lugar de frenar delante de ellos, el barco pasó a medio metro a toda velocidad. La cresta de una ola rompió sobre ellos.

Joana luchó para volver a la superficie. —¡Cuidado, idiota! -gritó a Antonio. El oleaje la levantó bruscamente y vio a Antonio girar el bote. Luego se hundió en el valle de olas y lo perdió de vista.

—¿A qué esperas? —increpó—. No podrían mantenerse a flote mucho más tiempo.

Antonio parecía haberla oído. El motor rugió y el barco volvió hacia ella. Pero de nuevo parecía ir demasiado rápido. ¿Qué está haciendo este tipo?, se preguntó. El fuselaje, cubierto de algas peludas y conchas, de repente le pareció amenazante.

A mitad de camino, Antonio aceleró y miró hacia el oeste. Joana giró la cabeza y enfocó su mirada hacia el cabo cerca del Aquatropic, un barco de aduanas sorteaba las olas como un hidroala. Antonio giró su bote de pesca frente a ellos. El casco se levantó y cayó peligrosamente delante de sus cabezas. Joana quería subir por el costado del barco, pero Antonio le recomendó esperar. Antonio le quitó la urna de las manos a Kilian y se dispuso a achicar el barco, mientras Joana y Kilian se aferraban con turbación a los laterales del barco.

---

Antonio dejó subir a los dos a bordo sin prestarles ayuda. Joana cayó en el casco y se deslizó sobre las tablas de madera hacia el otro lado del barco. Inmediatamente se levantó y lo recriminó con una mirada, él pensó que estaba a punto de abofetearlo.

—¡Podrías habernos matado!

Eso es exactamente lo que yo quería, pensó, pero en vez de eso le explicó. —El acelerador estaba atascado y mi mano estaba tan mojada que resbalé con la goma. Lo siento, menos mal que no os pasó nada.

Joana le miró furiosa y él mantuvo la mirada. Luego se hundió en el fondo

del barco exhausta. Se ha tragado la historia, pensó Antonio y miró a Joana, como si fuera un miembro del jurado en un concurso de camisetas mojadas. Inclino la palanca de cambios hacia adelante y regresó a la seguridad de la bahía, mientras el barco de aduanas pasaba a menos de cien metros de distancia. Levantó el brazo como señal de que todo iba bien. Pero no era así, podría haber estado todo bien si ellos no hubieran aparecido en ese preciso momento.

La mirada de Antonio se centró de nuevo en la húmeda blusa de Joana, cuyo interior subía y bajaba al ritmo de los golpes del casco, como si estuviera montando a caballo. Ella tenía los ojos fijos en el horizonte y apretaba las manos contra su regazo. Antonio se dio la vuelta para controlar el barco de aduanas. El capitán de aquella embarcación acababa de salvar dos vidas con su acción sin darse cuenta y ni siquiera podría decírselo a su esposa en la cena. Antonio rechinó de rabia. Había desperdiciado su oportunidad. No tenía más remedio que dejar a Joana y Kilian a salvo en la playa y seguir desempeñando su papel de buen camarero en la cafetería.

---

Minutos después llegaron a la parte protegida de la bahía, navegaron los últimos doscientos metros hasta la playa, Joana se quitó la blusa y la escurrió. A Kilian le hubiera gustado ponerle una manta seca sobre los hombros para que no se congelase. Él era consciente de que acababa de arriesgar su vida por salvar la de él. Si ella no hubiera saltado al agua, probablemente él no habría salido a la superficie a través de la nube de cenizas para ayudarla, sino que se habría rendido a su destino.

El barco se deslizó en la playa. Tan pronto como Kilian y Joana saltaron a tierra, Antonio se fue sin decir una palabra para amarrar su barco en la bahía vecina. Kilian podía entenderlo. Al fin y al cabo, él había puesto en peligro a Antonio y a su barco con su loca idea de echar las cenizas al mar.

Se quedaron en la desierta bahía. Joana se quitó su falda y la extendió en una roca junto con su blusa para que se secaran. Luego se acostó con la ropa interior empapada junto a Kilian en la playa de guijarros para que el sol la calentara.

Él también se quitó la ropa y se tumbó boca abajo en el duro pero cálido suelo. Joana se dio la vuelta, se quitó un mechón de pelo de su mejilla y puso

su cara tan cerca de la de él que sus mejillas se rozaron.

—Escucha, Joana, siento muchísimo que tú...

Pero Joana lo silenció con el dedo índice sobre su boca. Así que se tumbaron uno al lado del otro en silencio durante un rato.

—¿Qué piensas? —Lo intentó de nuevo más tarde. Pero en vez de responder, Joana le mostró su puño y lo abrió. Algo que parecía un anzuelo oxidado con una bola de plomo del tamaño de un guisante colgando de él, cayó a la arena.

—¿De dónde sacaste esto?

—Estaba atrapado en una grieta entre las tablas de madera.

Se apoyó en los codos y frotó la bola con los dedos. Entonces ella sostuvo el gancho frente a sus ojos y lo miró.

—Joana, ¿puedo preguntar qué tiene de interesante este gancho oxidado?

—Esto no es un anzuelo.

—¿Entonces?

—Un pendiente, *mi* pendiente para ser exactos.

Kilian se sentó y le quitó la pieza de la mano. Efectivamente, la supuesta bola era una piedra roja y el gancho era de oro.

—Todavía no entiendo a dónde quieres llegar, Joana.

—Compré este pendiente en Hamburgo, es una gota de jade rojo —explicó, tocando la piedra con su dedo índice—. Y no creo que puedas comprar uno igual aquí.

—Lo habrás perdido cuando... —le interrumpió—. Espera un minuto, ¿llevabas pendientes cuando subiste al barco?

Joana tomó la joya de la mano de Kilian. Le temblaban los dedos. —Le presté estos pendientes a mi hermana porque iban muy bien con el vestido rojo que se compró para la boda de nuestra prima —se inclinó hacia Kilian y le susurró—, este pendiente estaba en el bote de Antonio y parece como si llevara allí bastante tiempo, Kilian. ¡Quizás desde el día en que Carmen desapareció!

---

## CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

---

**A**l día siguiente, a las diez de la mañana, Kilian y Joana se sentaron en la oficina de Paco y esperaron a que terminara su llamada.

Kilian miró por la ventana y pensó en su vuelo a Múnich del día siguiente. Todavía no sabía lo que le había pasado a su hermano esa noche, pero parecía que la muerte de Xavier seguiría siendo un misterio. Deseaba pasar un poco más de tiempo con Joana, pero ella tenía otras preocupaciones. El día anterior por la tarde se lo pasó haciendo hipótesis sobre el pendiente y el lugar donde fue encontrado. Ahora se movía impaciente de un lado a otro en la silla del despacho de Paco. El agente seguía al teléfono, pero les hizo una señal de que no tardaría mucho. Kilian se temía que esta visita a la Guardia Civil no fuera tan exitosa como esperaba Joana.

El día anterior, Joana estuvo en su sala de estar viendo las fotos tomadas en la boda de su prima con una lupa. Una de las fotos era un primer plano de Carmen y la novia abrazándose. Era una foto preciosa y Kilian pensó en el profundo dolor que Joana podría sentir al mirarla. Pero Joana estaba concentrada en su tarea. —Aquí se ve claramente —apuntó con satisfacción y le pasó la lupa. En la foto, los dedos enguantados de la novia tocaban los rizos de Carmen, y el pendiente que colgaba de la oreja de Carmen era exactamente igual al que Joana había encontrado en el bote de Antonio.

Después de eso, fueron a algunas joyerías de la ciudad. Dos de las tiendas tenían a la venta pendientes muy similares. Sin embargo, Joana decidió ponerse en contacto con la Guardia Civil por ese detalle. La foto de la boda, el pendiente y una lupa estaban en el escritorio de Paco.

El agente colgó el teléfono y tomó la foto.

—Siento la espera —le dijo a Joana, señalando el teléfono—. Bueno, si

me permitís repetir. Estuvisteis ayer con Antonio en su barco para esparcir las cenizas de Xavier Huber y el mar estaba muy revuelto, ¿verdad? —miró por encima del borde de sus gafas, se las colocó bien y espero a que Joana le confirmase que así era.

Joana asintió.

—Pero entonces Kilian se resbaló y cayó al agua con la urna, y a ti no se te ocurrió nada mejor que saltar directamente a las olas de varios metros de altura. La gente se ha ahogado en mares mucho más tranquilos. —Cruzó sus brazos sobre su majestuosa barriga y recriminó a Joana con una mirada—. Joana, puede que no sea tu padre, pero tu padre era mi amigo, así que por favor, prométeme una cosa. Será mejor que te cuides más. También te dejaste arrastrar de buena fe y sin decirme nada por aquel mensaje de texto sospechoso. Ambos podríais haber muerto en las dos ocasiones.

Joana sabía que Paco tenía razón y buenas intenciones. Pero ella había ayudado a Kilian porque creía que corría peligro. No pensó en su propia seguridad. Simplemente lo hizo. Y lo haría de nuevo en una situación similar.

—Vale, Paco, sé que hemos tenido suerte, pero estoy aquí para hablarte del pendiente que encontré en el barco de Antonio.

Paco sostuvo el colgante frente a sus ojos. —Así que crees que es de tu hermana.

—Sí... no, no exactamente, Paco. Compré los pendientes en Alemania y se los presté a Carmen para la boda.

Paco tomó la lupa y estudió la foto. —Se parece mucho a este, estoy de acuerdo, pero también se ven iguales a los pendientes que compré en la joyería Torres la semana pasada para el cumpleaños de mi sobrina Sandra. —Paco golpeó con la punta de su bolígrafo sobre a la mesa—. Supongo que hay muchas chicas o mujeres en Almuñécar con pendientes parecidos.

Joana saltó de la silla y Kilian se estremeció. —¡Pero seguro que Antonio no los usa cuando va a pescar!

—Joana, por favor siéntate. Entiendo...

Joana agitó la cabeza. —¡No estoy segura de que me entiendas, Paco! He perdido a mi madre y a mi hermana, además hemos sido secuestrados por un psicópata, y si no hubiésemos conseguido escapar de aquella apestosa cuadra los gusanos ya estarían comiéndonos a bocados. La policía no tiene en ninguno de los casos la más mínima pista. Ahora te estoy dando una prueba y lo único que estás haciendo es buscar razones para que no sea válida, como si fueras el abogado defensor de Antonio y no un agente de la Guardia Civil.

—Ya hemos interrogado a Antonio dos veces por el caso de Elena, Joana. E incluso cuando tu hermana desapareció. Créeme, entiendo tu enojo pero por favor, trata de entenderme. No puedo pedirle al fiscal que me dé una orden de arresto por un pendiente oxidado. Aunque se pudiera probar que son las mismas joyas, un abogado penalista podría fácilmente anular esa evidencia. Podría decir que una amiga de su cliente lo perdió o que su cliente a veces presta su barco a amigos que luego navegan por ahí con sus novias. O incluso más fácil, el barco está desprotegido sin vigilancia en la playa cuando no está en uso, ¿verdad? Puedo imaginar que muchos amantes se habrán besado dentro de él, bajo el cielo estrellado y probablemente, en ese impulso apasionado se ha perdido el pendiente.

Joana se hundía cada vez más en la silla, mientras que a Paco se le ocurrían más objeciones.

—¿Tenía Carmen algo que ver con Antonio por aquel entonces? ¿Eran amigos? ¿Alguna vez viste a tu hermana con él? ¿Y hay algo más aparte de este pendiente que te haga pensar que tiene algo que ver con la desaparición de Carmen?

Joana agitó la cabeza y se levantó. Metió la foto y el pendiente junto con la lupa en su bolso y se volvió hacia la puerta. Esa visita a la Guardia Civil había sido tan inútil como lavar el coche bajo la lluvia.

Paco se apresuró a abrirle la puerta, pero luego la agarró por la manga. — Joana, estamos trabajando con una docena de agentes de la Guardia Civil más refuerzos de Granada para resolver las muertes. Entiendo que, por razones personales, quieras ayudarnos a resolver estos crímenes, si lo fueran. Pero las pistas del inglés calvo y su supuesta dirección falsa o la del sobrino grosero del director nos han hecho más mal que bien. Solo nos robó tiempo. También sería una pérdida de tiempo molestar a los investigadores por un pendiente oxidado. Joana, por favor, trata de entenderlo.

Joana se deshizo de la mano de Paco y salió por la puerta con un adiós seco.

—¿Paco no piensa lo mismo que tú? —preguntó Kilian cuando volvieron al coche.

Joana hizo un gesto con la mano y sacó un paquete de pañuelos de papel de su bolso. Entonces notó sus ojos empapados en lágrimas.

—Sí, y probablemente tenga razón. Será mejor que no vaya por ahí culpando a otras personas solo porque tengo algún tipo de alucinación. No, por fin debería hacer lo que te he estado aconsejando a ti; dejar el pasado

atrás.

Joana se limpió la nariz, Kilian arrancó el coche y se incorporó a la carretera. —No debes culparte por eso, Joana. Hiciste lo correcto. —Sabía lo huecas que sonaban sus palabras, pero ella no respondió de todos modos.

—¿Me dejas en el centro, por favor? Tengo que ir al banco y cambiarme para trabajar.

—¿Hasta qué hora trabajas?

—Hasta las diez.

—Después, ¿puedo invitarte a un italiano?

Joana le dio una palmadita en la rodilla. —Me temo que no puedo. Ya he quedado con Maite.

—Ya veo. Fue difícil para él ocultar su decepción. Le hubiera gustado salir con Joana en su última noche en Almuñécar.

Joana salió del coche en un cruce en el centro de la ciudad.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó mientras el coche de atrás tocaba la bocina.

—No sé, tengo que ir a Málaga al consulado antes del vuelo.

Joana metió la cabeza por la ventanilla del pasajero. —Si no nos vemos, te deseo todo lo mejor, Kilian... y si buscas un hotel para unas relajantes vacaciones, ya sabes a dónde ir. —Su pequeña broma no encajaba con su voz quebrada y sus húmedos ojos—. ¡Adiós, Kilian! —dijo y dio un golpecito en el techo del coche.

—Espera... —gritó él, pero sus palabras fueron tragadas por el claxon del coche que estaba detrás de él, y Joana desapareció entre los peatones.

---

Joana tenía poco tiempo antes de que la oficina de correos cerrara. Intentó recordar la última vez que vació su apartado. Debía haber sido hace semanas. Pensó en Kilian, mientras dirigía sus pasos hacia la oficina de correos. Se preguntó qué es lo que le parecía tan notable para que sus pensamientos volvieran a él desde el incidente en la finca. Incluso, había tenido que despedirse rápidamente para no romper a llorar en la calle como una adolescente. Él le había salvado la vida. ¿Pero más allá de eso? ¿Era su sensibilidad lo que le hacía destacar entre todos los hombres con los que ella solía tratar? ¿O era su manera discreta de intercambiar ideas con ella, no solo

hablando de su parte más luminosa sino también de su lado oscuro?

Joana no encontraba respuesta a esta pregunta, pero ya nada importaba. Kilian se había ido y ni siquiera habían intercambiado sus números de teléfono o direcciones de correo electrónico. Al menos su dirección figuraba en el hotel junto con su nombre, probablemente podría obtener su número de teléfono y más información en Google o en Facebook. ¿O debería escribirle una carta? Solo que, ¿qué podría decirle? Bueno, en primer lugar, podía disculparse por la pequeña excusa que acababa de darle para protegerse de sus emociones. No tenía ninguna cita con Maite. Pero después de tres semanas de amistad platónica, la pequeña llama que ardía en ella desde hace unos días, probablemente se habría convertido en un fuego ardiente e incontrolable, en una última cena romántica. El fuego habría quemado su corazón de nuevo y, seguramente, esta vez para siempre.

La funcionaria de la oficina de correos le expresó sus condolencias por la muerte de su madre. Joana le dio las gracias con educación y se inclinó hacia el apartado de correos con el número seiscientos cuarenta y nueve, que estaba repleto de extractos bancarios, facturas, publicidad y tarjetas de pésame. Debajo, descubrió un formulario amarillo de un envío certificado e hizo que la empleada de correos le entregara un sobre marrón forrado.

—Joana, si hay algo que pueda hacer para ayudar...

Ella asintió distraídamente mientras metía todo el contenido del compartimento en el bolso. Dejó la oficina de correos con el sobre en la mano. Había llegado a un punto en el que ya no podía soportar la compasión. Primero por su hermana, luego por su madre, y ahora Kilian desaparecía de su vida.

Fuera, Joana miró el sobre y encontró su nombre escrito a mano en la parte de atrás, debajo del número de su apartado postal y el lugar de residencia. No se necesitaba un remitente, ella sabía quién lo había enviado.

Rápidamente empezó a abrirlo, pero se le ocurrió algo mejor. La oficina de correos estaba al lado de un pub y todas las mesas estaban llenas. Decidió leer la carta en soledad y no en público, porque ya sospechaba que se pondría a llorar.

En la playa se apoyó en uno de los barcos de pesca verdes y blancos que durante el día descansaban en la arena con sus cabrestantes mirando fijamente al mar turbulento. Allí estaba sola, solo una chica caminaba por la playa con su perro labrador. Joana puso el sobre en su regazo. Le tomó un tiempo encontrar el valor para sacar las hojas escritas a mano del sobre.

Leyó la carta tres veces, y cada vez sentía algo completamente diferente. La primera vez dolor, la segunda ira y horror, y cuando la leyó por tercera vez, se dio cuenta de que todo aquello aún no había terminado...

---

## CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

---

Justo cuando los últimos clientes salían de la cafetería, el reloj de pared marcaba exactamente las doce y cuarto de la noche. Antonio cerró con llave la puerta principal y empezó a lavar los vasos. Quería salir lo antes posible. Sí, no quería trabajar allí, pero necesitaba algo más de dinero para empezar en otra parte, y para eso tenía que seguir en aquella cueva por unos meses más, metiendo mano en la caja registradora. Ya habían sucedido demasiadas cosas en el Palace y desafortunadamente él era de alguna manera el centro de estos incidentes, al menos en lo referente a Carmen y Elena.

Se limpió las manos y agarró la botella de coñac. El “Magno” le quemaba con agrado. Satisfecho, cerró los ojos. La tensión de los últimos días había disminuido. Todo se había acabado. Después de la muerte de Elena y del infructuoso secuestro de Joana, había pasado demasiado tiempo sin que la Guardia Civil le molestara. Y si, hasta ahora no tenían una pista que lo condujera a él; no lo encontrarían.

Antonio levantó el vaso, brindó consigo mismo y lo vació de un trago. Quería tomar otra copa, pero cambió de opinión y lavó su vaso. Suficiente por hoy. Tenía que limitar su consumo de alcohol, de lo contrario caería en la bebida como su madre.

Cuando terminó de pulir la máquina de café, apagó las luces y entró a la cocina por la puerta que conectaba con la cafetería. Todavía quedaba algo por hacer allí, pero eso podría esperar hasta mañana. Se asustó cuando alguien llamó a la puerta exterior de la cocina. La puerta conducía a la parte trasera del hotel, donde estaban los contenedores. Aparte de él, solo unos pocos proveedores utilizaban esa entrada, pero no a esta hora del día. Dieron otro golpe, más urgente esta vez. Antonio se quedó quieto.

—¿Antonio? —oyó una voz muy conocida.

¿Maite? ¿En la puerta de atrás?

Abrió. —Maite, ¿qué haces todavía aquí?

Maite entró. Hacía mucho tiempo que no veía a su compañera vestida de calle, en privado, en realidad desde su corto romance. Maite se apoyó sobre el aparador de acero inoxidable, balanceaba sus caderas y le miraba de forma coqueta, vestía una minifalda negra y una blusa escotada. Antonio miró descaradamente sus pechos, que le marcaban más cuando Maite se inclinaba un poco hacia adelante. Su falda ajustada permitía intuir sus bragas.

Hacía unos meses que se habían acostado, pero sin tener una relación seria. Maite no quiso saber nada más de él, porque seguía haciéndolo con otras mujeres y no era bueno para nada más que el sexo, y eso solo a un nivel raso de tercera división. Al menos esas fueron sus palabras. Las recordaba muy bien, porque nunca antes había tenido que soportar una crítica tan dura. Más tarde, su relación se limitó a los cafés y bocadillos que Maite le pedía en el mostrador de la cafetería. Y ahora ella se sentaba frente a él, como un mango maduro y jugoso esperando ser recogido. Apenas podía creer su suerte.

—Maite, ¡qué sorpresa! ¿Quieres pedir algo, tal vez un perrito caliente? —sonrió y puso una mano en su muslo.

Ella buscaba algo en su bolso. —Oh, estaba aburrida. Solo hay ancianos o maridos fieles en el hotel, y como me sentía tan aburrida, leí una revista de mujeres que solo escriben sobre sexo —se sacó un condón del bolsillo—. Y pensé en venir a verte. Después de todo, nos hemos divertido mucho juntos, ¿no?

Antonio asintió ansioso, le subió la falda y le tiró de las bragas bruscamente.

—Shhh, no tan rápido, cariño. ¿Estamos solos o hay alguien más en la cafetería? —Ella acarició sus mejillas. Estaba tan excitado que solo podía asentir con la cabeza mientras amasaba sus pechos.

—¿Y la puerta de la cafetería también está cerrada? —preguntó Maite.

—Sí, cojones, solo estamos nosotros. Nadie nos puede molestar, Maite. ¡Dios mío, estoy caliente! ¿Sabes cuántas veces pienso en ti...?

Lo apartó y se deslizó hacia abajo. —Yo también, Antonio. Siéntate un momento aquí —tocó el aparador—, para calentarte. Espero que todavía te guste, ¿no?

Antonio se desabrochaba el cinturón mientras Maite le bajaba la cremallera. Qué locura, pensó, no podía creer lo que le estaba pasando. Se

echó hacia atrás sobre el aparador, entre una pata de jamón y un bloque de cuchillos. Maite le quitó los calzoncillos. Antonio gimió, mientras que las hábiles manos de Maite comenzaron a tocarlo. Por el rabillo del ojo, vio a su compañera sacar un cuchillo del bloque de madera. Pero su cerebro, dominado por las hormonas, tardó demasiado en clasificar esa información adecuadamente. En cuanto bajó la mirada se dio cuenta de para qué servía el cuchillo.

---

## CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

---

Paco estaba sentado en la sala de reuniones con su superior y otros tres agentes cuando la centralita pasó una llamada al teniente Lozano.

—No queríamos que nos molestaran —recordó el jefe al guardia bruscamente. Pero Lozano escuchó las explicaciones al otro lado de la línea, finalmente se disculpó y le pidió a centralita que pasara la conversación.

El teniente Lozano se limitó a escuchar, su expresión denotaba una conversación importante.

—Era el capitán Balaguer de la Guardia Civil de Sevilla —explicó el teniente Lozano en cuanto colgó—. Localizaron al conductor de la furgoneta blanca. Es un fontanero sevillano llamado Fernando Aragonés con varios delitos a sus espaldas. Al parecer, admitió haber encerrado a la señorita Soto y al señor Huber en la cuadra, pero afirma que no tiene nada que ver con todo eso y trata de convencernos con ridículas historias. Pero aquí viene lo importante: Dice que actuó en nombre de otra persona, de alguien que trabaja en el hotel Costa Tropical Palace.

Ahora no lo hagas tan emocionante, pensó Paco, antes de que el teniente continuara. —¡Es Antonio Salazar, el joven que trabaja en la cafetería del hotel!

—¡Maldita sea, lo sabía! —exclamó Paco y pegó un salto.

Eran las diez y cuarenta y cinco. Tres minutos más tarde el fiscal fue informado, y a las diez y cincuenta y dos de la mañana cuatro patrullas de la Guardia Civil salieron del cuartel para arrestar al tipo.

Concha, la ayudante de cocina de la cafetería, abrió la puerta y se preguntó si Antonio todavía no había llegado. La cafetería solía abrirse tan pronto como se despejaba el buffet del desayuno, lo que normalmente ocurría entre las diez y media y las once de la mañana. Ahora eran exactamente las once y ni las mesas estaban puestas, ni nadie había encendido la máquina de café.

Concha presionó el interruptor de la cafetera. Tardaba diez minutos en calentarse y pronto los primeros clientes pedirían un café. Sacudió la cabeza, salió de detrás de la barra y se dirigió hacia la cocina para hacer bocadillos.

---

En el vestíbulo, Jaime, el botones, se asustó al oír un fuerte grito que parecía una sirena. Dejó el vagón dorado de equipajes y a una pareja de belgas y entró en la cafetería, donde Concha temblaba asustada, agazapada en el suelo frente a la entrada de la cocina. Jaime pasó por encima de su compañera y giró la cabeza tan lentamente a través del marco de la puerta que percibió todo como si fuera a cámara lenta: las suelas desgastadas de los zapatos, los calcetines negros del hombre, las pantorrillas afeitadas y la punta blanca de una camisa que sobresalía de su cinturón...

—¿Antonio? —Jaime preguntó asustado y en voz baja, pero ya sospechaba que no obtendría respuesta. Asomó su cabeza más allá del poste de la puerta.

A menudo se preguntaba por qué en las películas vomitaban cuando llegaban al lugar del crimen. Probablemente era porque una muerte violenta era demasiado horrible para presenciarla, pensó mientras escupía su último trozo de desayuno en el fregadero.

La camisa blanca de Antonio estaba empapada de sangre. Sus manos, cruzadas frente a su vientre, como si estuviera rezando a Dios, yaciendo tendido en un ataúd. Desde la nariz le caían regueros de sangre seca que pasaban por las comisuras de la boca hasta el cuello. La frente y las mejillas estaban salpicadas por unas finas gotas de sangre que simulaban pecas. Los ojos abiertos parecían mirar la deslumbrante lámpara de techo. Solo entonces, Jaime se dio cuenta de que Antonio estaba tieso como un clavo. Bajo el cuello de su compañero yacía un objeto grasiento que, junto con las manos dobladas, daba la impresión de una puesta en escena macabra, la cabeza descansaba sobre una pata de jamón.

Por sus pezuñas, Jaime supo que tenía que ser un Pata Negra. Le dieron

arcadas de nuevo y salió corriendo de la cafetería.

—Llama a la Guardia Civil. Date prisa —le gritó a Joana al otro lado del vestíbulo. Pero no fue necesario, en ese momento una docena de hombres uniformados y armados atravesaron la puerta giratoria.

La pareja belga sacó sus maletas apresuradamente del vagón dorado y partió en busca de otro hotel.

---

Alrededor del mediodía la situación en el hotel Palace parecía completamente fuera de control. El estacionamiento del hotel estaba lleno de coches patrulla, entre los que se amontonaba la prensa, ya que se les había negado el acceso al hotel. Los pocos huéspedes ya no querían quedarse en un lugar donde habían muerto cuatro personas en poco tiempo, y los empleados tampoco querían continuar trabajando allí. Hubo un motín en el vestíbulo entre agentes, huéspedes y empleados que querían abandonar el hotel, pero se les impidió hacerlo. La sala de conferencias fue utilizada de nuevo como sala de interrogatorios, pero aquí también reinaba el caos, faltaban agentes y muchos de los clientes no hablaban español. Se limitaron a entrevistar al personal presente mientras esperaban a los intérpretes y refuerzos de Granada.

Paco se paró en la entrada de la cocina de la cafetería y examinó la escena del crimen. El juez a cargo, el señor Puertas, habló con el teniente Lozano y el doctor Manuel Castillo. El capitán Morales de Granada discutía con dos forenses al lado del cuerpo. Lo único positivo era que, con un poco de suerte encontrarían rastros, pensó Paco. Esta era la cuarta muerte en ese hotel. Dos hombres y dos mujeres habían muerto en las últimas tres semanas. Hasta la tercera muerte se tuvo la esperanza, con mucha imaginación de que sólo fuesen accidentes o suicidios, porque no existían pruebas de violencia en las víctimas. Pero era evidente que Antonio había sido golpeado hasta la muerte. Precisamente él, a quien iban a arrestar como principal sospechoso.

Paco recordó el interrogatorio a este tipo. Se fue volviendo más desconfiado en el transcurso de la conversación, pero desafortunadamente no tenía nada que probar en el caso de Elena. Esa mañana recibieron la esperada llamada de Sevilla y salieron para atrapar al presunto autor, y ahora yacía allí, golpeado hasta la muerte por un objeto contundente, probablemente la pata de jamón, según la suposición del forense. Tendrían que esperar hasta el final de

la tarde para poder trasladar el cuerpo y realizar la autopsia.

El caso provocaría una ola informativa en todo el país y, probablemente en el resto de Europa. Cuatro muertos en un hotel de vacaciones en Andalucía era un gran titular en la prensa sensacionalista europea. El capitán Morales ya había telefonado al Ministro de Interior, y se rumoreaba que pronto llegaría un equipo de la capital para ayudarlos en la investigación.

Estaban sometidos a una presión considerable y les acusaron de no haber investigado suficiente los casos anteriores. Una acusación que Paco no consideró justificada, porque la falta de pruebas había impedido llevar a cabo una investigación exitosa. Pero quizás Antonio, una vez muerto y después de las sospechas expuestas en vida, al menos ayudaría a resolver la serie de asesinatos. Y tal vez, encontrarán allí las huellas que les llevarán a su asesino, que tenía que ser el mismo que mató a Xavier, Inmaculada y Elena. Y una vez que atrapen al tipo, sería interesante saber por qué, y sobre todo, cómo había administrado la medicación a las dos primeras víctimas. Paco llevaba tres semanas preocupado por ese tema.

Hasta ahora las entrevistas mostraban que Antonio había sido visto vivo a medianoche, al menos un matrimonio de madrileños, que salieron de la cafetería a esa hora, lo confirmaron. Después de ese momento, probablemente Antonio no había sido visto por nadie más, excepto por su asesino. El doctor Castillo calculó la hora de la muerte entre las doce y las dos de la mañana.

Paco era uno de los dos responsables que tenían que hablar con el personal del hotel, centrándose principalmente en los empleados que estaban de servicio en ese momento. Paco preguntó al gerente del hotel, que daba la impresión de estar aletargado. Tenía en mente a siete personas; dos vigilantes nocturnos, el portero, un conserje, dos limpiadores y el camarero del bar del hotel, que cerraba a las dos de la madrugada. —Pero ahora están todos fuera de servicio —explicó Carlos. Paco le ordenó que les hiciera venir al hotel inmediatamente.

Luego se acercó a la recepción y les pidió a Joana y Maite que fueran con él, aunque una cola de varios metros de largo de huéspedes enojados esperaba frente al mostrador a ser atendida. Las dos mujeres lo siguieron hasta la sala de conferencias. Paco se quitó la gorra verde y suspiró, como si la gorra fuera responsable del peso sobre sus hombros.

—¿Podéis decirme algo sobre el nuevo caso de asesinato? ¿Visteis algo, notasteis algo?

Joana agitó la cabeza y Maite se encogió de hombros.

Paco se dirigió a Maite. —¿Cuándo has empezado a trabajar hoy?

—A las diez de la mañana.

—¿Y tú, Joana?

—También a las diez.

—¿Cuánto duraron vuestros turnos ayer?

—Hasta las diez de la noche —respondió Joana.

—¿Y cuándo fue la última vez que visteis a Antonio?

—Ayer pedí un café para Maite y para mí alrededor de las seis y media de la tarde —dijo Joana.

—Y la última vez que yo lo vi fue ayer al mediodía, cuando pedí un bocadillo, añadió Maite.

—Desde la recepción se tiene una buena vista de la entrada a la cafetería. ¿No notasteis nada inusual allí ayer, tal vez un huésped que se comportó sospechosamente, o un extraño que no tenía nada que ver con el hotel?

Ambas pensaron en ello durante un rato y luego agitaron la cabeza.

Paco miraba a Joana. La valiente Joana, que era como una sobrina para él. Joana, que supuestamente había sido secuestrada por orden de Antonio. Pero, ¿por qué? Desafortunadamente ya no podían preguntarle al tipo sobre eso. Y luego estaba lo del pendiente que Joana encontró en su barco. Joana tiene algunos cabos atados, pensó Paco. Todavía no le había dicho que Antonio era el responsable del secuestro, si es que el sevillano decía la verdad. ¿O acaso Joana lo sabía de todos modos?

—Tengo que preguntaros esto ahora. ¿Dónde estuvisteis anoche? —Joana y Maite se miraron divertidas.

—¿No creerás que...?

Paco limpió la mesa con la mano. —No creo nada, Maite, te hice una pregunta rutinaria y necesito una respuesta.

Maite sonrió, agarró la gorra de Paco y la giró sobre la mesa frente a ella. —No me creerás, Paco, pero anoche estaba en la cama.

—¿Sola? —quiso comprobar.

—No, no del todo.

—¿Con tu novio?

—Yo no lo llamaría exactamente así.

Paco le arrancó la gorra a Maite de las manos y se la puso. Su paciencia había llegado a su fin. —Estamos buscando a un asesino múltiple y no tengo ni el tiempo ni el deseo de jugar a este tipo de juego, así que, ¿quién fue el afortunado que puede confirmarlo?

—Paco, esto puede ser un poco embarazoso. ¿Lo dejamos así?

—No, pero lo trataremos discretamente, si quieres. ¿Fue tu jefe, Carlos?

—No, no fue mi jefe... ¡fue tu jefe! —Maite le guiñó un ojo.

—¿Disculpa?

—Bueno, tu supervisor, el teniente Lozano, ¿no es guapo?

—¡Pero está casado!

—Su esposa vive en Córdoba, ¿no? Paco, tengo una coartada perfecta, y puedes ponerla en los archivos. —Maite pasó la mano por encima de la mesa y golpeó el formulario con su dedo índice—. Además, puedes anotar que el caso se habría resuelto hace tiempo, si el teniente en su investigación fuera tan experimentado como en la cama.

Paco se sonrojó. Tendría cuidado de no mencionar esto en los expedientes de la investigación. Después de todo, no era necesario que el equipo lo leyera como si fuera una revista de cotilleos.

—¿Es verdad lo que dices?

—Pregúntale tú mismo, si no me crees.

Paco lo pensó. Pero no podía enfrentarse a su superior, sería demasiado delicado, y si lo negaba, sería una confrontación de testimonios y todo el equipo se reiría de él. Decidió no seguir adelante con el asunto, ya que era sólo una pregunta rutinaria. Simplemente por su constitución, Maite no era capaz de matar a Antonio, que era una cabeza más alta que ella.

—¿Y tú dónde estabas, Joana? —preguntó en su lugar—. ¿Acaso estabas en la cama con el alcalde anoche?

Maite se rio y Joana puso cara de preocupación. —No, rompimos hace una semana.

Maite relinchó como un caballo y Paco resopló como un toro. No llegó a ninguna parte. Tendría que esperar a que llegara el personal que estaba trabajando en el momento del crimen y concentrarse en ellos.

—Encontramos al hombre que os encerró en la finca —dijo y esperó la reacción de Joana.

—Bueno, ¿quién era?

—Un sevillano con varios antecedentes.

—¿Dijo por qué lo hizo?

—Testificó que alguien le había persuadido con una historia endeble y le pagó doscientos cincuenta euros por ello.

—¿Y quién pudo ser?

—Antonio, el mismo Antonio que fue asesinado anoche.

—Eso es mentira, ¿por qué haría eso Antonio? —preguntó Joana.

—No lo sabemos, y desafortunadamente ya no podremos interrogarlo, pero, ¿tal vez tú tienes alguna idea?

—No, ¿por qué debería?

—Pensé que quizás sabías más que nosotros. No sería la primera vez que yo recuerde: el inglés calvo, el sobrino de tu jefe y el pendiente de tu hermana.

Joana se encogió de hombros y Paco miró su reloj. —Piénsalo de nuevo y si se te ocurre algo, házmelo saber. Volviéndose a Maite, añadió. —¡Y, por Dios, no le cuentes a nadie sobre el asunto del teniente!

—Yo no quería, tú me obligaste a hacerlo. Pero no te preocupes Paco, será nuestro secreto —le aseguró con expresión conspiradora.

—¿Podemos irnos? —quiso saber Joana.

—Podéis iros.

—Quiero decir, ¿podemos irnos del hotel? —preguntó Joana.

—No os detendré —dijo, mientras abandonaba la sala.

---

El vestíbulo rebosaba de huéspedes nerviosos, agentes agitados y empleados consternados. El fiscal había solicitado suspender el funcionamiento del hotel como medida cautelar temporal hasta que se resolviera el caso. En la recepción se apiñaba una cola de maletas como si fuera un mostrador de vuelo chárter en el aeropuerto. A los huéspedes con los que ya habían hablado y que habían dejado sus datos de contacto a los agentes se les permitió salir del hotel después de realizar los trámites de salida con Carlos. El director se quitó la chaqueta y la corbata, su camisa tenía manchas de sudor.

—¿Dónde coño estabais chicas? ¿No veis lo que está pasando aquí? —gritó, cuando Joana y Maite aparecieron de nuevo. Sus dos recepcionistas lo ignoraron y pasaron de largo. Maite no pudo resistirse a lanzarle un beso con la mano a su jefe.

Carlos golpeó el mostrador con el puño de tal manera que el primer huésped de la cola se asustó, se echó hacia atrás y tropezó con su maleta. Carlos gritó, pero Maite y Joana ya habían desaparecido por la puerta giratoria y no podían oír el resto de su enardecido discurso.

Cuando Joana y Maite se abrieron paso entre el caos de coches patrulla y furgonetas de transmisión de la televisión, se abrazaron. Trabajaban juntas en

el hotel desde hacía cinco años y ahora todo había terminado. Ninguna de ellas volvería a entrar en ese edificio. Aunque todavía tenían mucho que decirse la una a la otra, sentían que las palabras estaban fuera de lugar. En algún momento se volverían a encontrar, pero por ahora querían alejarse de todo lo que tenía que ver con ese lugar.

Maite quería irse a Jaén con su familia. Se sentó en el coche y abrió la ventanilla lateral. —Que te vaya bien, Joana —dijo antes de irse.

—A ti también —contestó Joana en voz baja.

Durante un largo rato Joana estuvo sentada en un banco, contemplando Almuñécar. Un coche oficial llegó por el camino, un helicóptero aterrizó en la terraza junto a la piscina. Tres hombres de traje salieron agachándose y fueron recibidos por el teniente Lozano. El amante de Maite. Ella sonrió. Extrañaría a su loca amiga.

Joana sintió una profunda paz interior como no había sentido en dos años. La pesadilla había terminado. Al menos para ellas, pero probablemente no para los investigadores. No tenía ni idea de la labor policial, pero podía imaginar que la Comisión Especial de la Guardia Civil se ampliaría por especialistas de Granada y Madrid.

Las muertes de Almuñécar serían noticia en la prensa local y nacional. Todo un país seguiría las especulaciones. Joana se imaginaba cómo se regodearían algunos periodistas con teorías cada vez más espantosas sobre lo sucedido. Bajo los ojos de una nación, las autoridades investigarían en todas las direcciones imaginables, pero Joana ya sabía que estos esfuerzos no tendrían éxito. El misterio de Almuñécar quedaría sin resolver para siempre, y probablemente pasaría a la historia criminal como uno de los casos más misteriosos del país. Nadie, ni siquiera Paco, tendría idea de lo ocurrido en las últimas semanas. A menos que...

Joana sacó la carta de su bolso. Ya no tenía que leerla, se la sabía de memoria. Buscó el radio cassette que no era más grande que una caja de cerillas. Escuchó la cinta una vez y eso fue suficiente. A diferencia de la carta, ella no quería quedarse con la cinta. Por un momento jugó con la idea de volver al hotel y mostrarle la evidencia a Paco.

Pero sabía que no podía hacer eso. Su madre no lo hubiera querido.

Joana se levantó, dejó caer el cassette al suelo y lo aplastó con los tacones hasta que sólo quedaron astillas de plástico. Luego dirigió sus pasos hacia Almuñécar.

Era la última vez que caminaba a casa desde el hotel, por el mismo camino

que su hermana antes de desaparecer y daba cada paso con plena conciencia, como en una marcha fúnebre. Después de eso, todo habría terminado.

¿Sería capaz de seguir viviendo en ese lugar? Ella nació allí y no podía imaginar un lugar mejor para vivir, pero habían sucedido demasiadas tragedias. Una y otra vez los habitantes le recordarían todo y cotillearían sobre la pobre Joana a sus espaldas. Todos los días su mirada se fijaría en el hotel, que se elevaba como un monumento exhortatorio en la colina. Los callejones estrechos de Almuñécar, los olores del mercado, donde iba de compras a menudo con su madre, el ruido en los bares de la ciudad, donde su padre la había llevado, las playas donde ella solía tomar el sol con Carmen, todo esto le recordaría a su familia todos los días. Pero, ¿a dónde iría?

Justo cuando estaba cruzando la calle, un coche la sacó de sus pensamientos. El coche pasó rápido junto a ella, pero se ralentizó a menos de veinte metros de distancia. El conductor echó marcha atrás y le bloqueó el paso. Ella respiró hondo, conocía el coche.

¿Qué hacía él aquí todavía?, se preguntó cuando Kilian salió.

—Te he estado buscando en el hotel. Alguien me dijo que Antonio fue golpeado hasta la muerte, ¿es eso cierto?

Joana asintió.

—¡Eso es terrible! ¿Sabes cómo?

Joana agitó la cabeza. —No, Kilian, pero tampoco quiero hablar más de ello. El hotel está cerrado temporalmente y, probablemente, nunca más volveré a entrar en el Palace. Conseguiré otro trabajo. Pero, ¿qué haces aquí? Pensé que ya estabas en el avión.

—En Málaga, la tripulación de tierra está en huelga y mi vuelo ha sido aplazado hasta mañana por la mañana. Así que quise... —Kilian abrazó a Joana torpemente—. Quería volver a verte y despedirme de ti, no tan rápido como ayer.

Joana miraba por encima de su hombro el pintoresco casco antiguo con sus casas blancas anidadas, el castillo y los barcos de pesca en la bahía de Almuñécar. A lo lejos, el faro de Punta de la Mona sobre el puerto de Marina del Este brillaba como una señal de salida.

—Eso no será necesario.

Kilian se separó de ella.

—¿Perdón?

Joana levantó la cabeza, le agarró por el cuello y lo besó.

—No tienes que despedirme, iré contigo —le susurró al oído antes de

besarlo de nuevo.

Pero Kilian se retiró. —Joana, eso no es posible... no puedo hacer esto... yo...

Joana lo miró asombrada.

—Voy a volver al seminario, tengo que hacerlo, sé que suena estúpido, pero...

Joana se rio. —¡Y que digan que los alemanes no tenéis sentido del humor! Kilian miró en silencio al suelo.

—No me vengas con esas tonterías, después de todo lo que hemos pasado. Di que alguien más te está esperando en Múnich, o que no te importo, ¡pero por favor no me mientas!

—Lo siento, Joana, pero es mi decisión. Y quería volver a verte para decirte que he pasado un tiempo maravilloso contigo después de todo.

---

Se subió a su coche. Le ardían los ojos. No podía mirarla a la cara mientras ponía la marcha y soltaba el freno de mano.

—¡No somos compatibles, Joana! —intentó justificar.

—Si realmente quieres ser sacerdote, vete ahora, pero déjame decirte algo primero. —Joana se apoyó en la ventana abierta. —Tienes que cuidar de tu paz interior tú mismo, ni Jesucristo, ni una mujer, ni un psicoterapeuta, ni ninguna píldora pueden hacer eso por ti —Ella golpeó el dedo índice contra su frente—. Vas a tener que manejar todo esto tú solo ahí dentro. —Se dio la vuelta y continuó caminando.

Kilian estaba tan fuera de sí que detuvo el coche nada más arrancar. Maldijo, tiró del freno de mano y saltó del coche.

—¡Joana! —Corrió tras ella—. Joana... por favor... no quise hacerte daño. Sé que debería haber hablado contigo, pero... maldita sea... no sabía qué hacer.

—Creí que los curas no maldecían —contestó y quiso seguir adelante, pero Kilian la retuvo.

—Joana... por favor. Pero es que, ¡te quiero!

Se quitó un rizo de la cara. —Ajá, ¿ahora de repente?

—Sí, todo este tiempo, solo... oh, no importa. ¿Quieres venir a Alemania conmigo? Pero, ¿tú también me amas?

—No, porque los sacerdotes no son amados, al menos no aquí en España.

—Pero aún no soy sacerdote, y si quieres, nunca lo seré, ¡lo juro por Dios!

—¿Juras por Dios que no serás sacerdote? —repitió Joana. —¡Kilian, realmente has hecho un pacto con el diablo!

Permanecieron en silencio uno frente al otro hasta que sus rostros se relajaron y sus lágrimas se secaron con el cálido viento.

—Entonces, ¿qué? Ahora, ¿me llevarás a Alemania o no? —preguntó Joana al cabo de un rato, como si estuviera hablando de una excursión dominical.

Kilian la abrazó y le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Y realmente crees que somos buenos el uno para el otro?

—Vosotros, los alemanes, siempre tenéis que analizar todo de inmediato. ¡Por supuesto que no encajamos! Pero eso es lo bueno. Si un hombre tuviera mi carácter, no duraría dos semanas con él, y si tú te juntases con una tía afligida como tú, no podríais seguirle el ritmo a las pastillas.

—No contestaste mi pregunta de antes —le susurró al oído—. Dime, ¿me amas?

—¡Por supuesto que no! Después de todo, hace solo cinco minutos decidí convertirme en tu María Magdalena, y eso solo debido a la huelga del personal de tierra en el aeropuerto, pero lo que no es, todavía puede llegar a ser. Estoy bastante segura de eso. Pero ahora salgamos de aquí.

---

## EPÍLOGO

---

**K**ilian puso las bolsas de la ferretería en el suelo de la entrada y abrió la puerta del apartamento. Quería aprovechar el sábado para convertir el trastero de su apartamento en un cuarto para el niño.

Joana estaría trabajando en el restaurante español de moda hasta altas horas de la noche. Allí recibía a los clientes, les asignaba mesas y hacía reservas por teléfono, casi como en su trabajo de recepcionista en el Palace. No era el trabajo de sus sueños, pero estaba contenta de haber encontrado un trabajo en Múnich. De todos modos, pronto cogería la baja por maternidad. Faltaban unos tres meses, el ginecólogo les dijo que sería un niño y querían llamarlo Xavier.

Después de que Kilian realizara todos los cambios oportunos en el trastero, lo primero que hizo fue desmontar la lámpara de techo, para instalar una bonita luna azul oscuro en su lugar. Tuvo que mover los paneles del techo para poder meter la cabeza, las manos y un destornillador por el hueco. Se limpió el polvo de los ojos y agarró el destornillador, dudó al ver un sobre oculto más atrás. Lo cogió con cuidado, le sacudió el polvo, estornudó y volvió a bajar por la escalera con el sobre en las manos.

Era un sobre marrón en formato A4, Kilian lo abrió y se sorprendió cuando leyó la dirección: “Joana Soto Ramos. Apartado de correos N° 649. 18690 Almuñécar.” La carta, en la que faltaba el remitente, debió ser enviada en la época en que Joana vivía en Almuñécar. Le tomó un tiempo darse cuenta de la importancia de la fecha descolorida del matasellos. La carta estaba sellada tres días después de la muerte de Xavier y ahora estaba escondida ahí, en el trastero. Kilian tragó saliva y se limpió las palmas de las manos en los vaqueros. ¿Tenía Joana secretos para él?

Del sobre sacó ocho hojas escritas a mano en español. Desde que estaba con Joana, se había interesado por su idioma y había alcanzado el nivel dos para estudiantes avanzados en el centro de educación de adultos de Múnich. Hablaba con Joana cada vez más a menudo en español, y habían decidido que su hijo Xavier crecería siendo bilingüe.

Kilian hojeó la carta, se quedó atascado en algunas partes de las frases, pero no quiso detenerse en detalles hasta que no tuvo la última página en su mano. Se asustó cuando se enteró de quién la había firmado y no sabía qué hacer. Lo más obvio sería volver a poner la carta en su sitio y fingir que no había pasado nada. La carta solo abriría viejas heridas y, sobre todo, no estaba dirigida a él. Leerla sería traicionar a su amada Joana. Pero estas letras resolverían muchas dudas. Desde los incidentes de Almuñécar, él y Joana apenas habían hablado de esa época. Joana quería olvidar y mirar hacia el futuro, así que ese tema era tabú para ambos, pero no podía evitar preguntarse una y otra vez qué le sucedió realmente a su hermano.

También se preguntaba por qué Joana había perdido interés en lo sucedido con su madre, o, ¿seguía pensando en ello y se callaba al respecto? Lo que también le parecía sospechoso era el hecho de que Joana no dijera ni una palabra sobre su hermana Carmen, a quien oficialmente todavía se consideraba desaparecida. ¿Quizás estaba en las garras de una secta? Kilian pensó en el SMS ficticio que alguien escribió en nombre de Carmen. ¿Qué propósito tenía ese engaño y el consecuente secuestro?

Por lo que él sabía, Joana ya no tenía ningún contacto con España. Si Carmen seguía con vida, no podía saber que su hermana mayor vivía ahora en Múnich. Después de la precipitada mudanza de Joana a Alemania, ¿no sería normal llamar de vez en cuando a la Guardia Civil de Almuñécar para preguntar por novedades de la investigación? Con el tiempo, crecieron las sospechas de que Joana sabía más de los acontecimientos de Almuñécar que él.

Kilian sacó un grueso diccionario alemán—español del armario de la sala de estar, se sentó en el escritorio de su oficina de casa y extendió la primera página de la carta que Inmaculada había enviado a su hija:

*Querida Joana:*

*Te escribo esta carta con la última pizca de fuerza que me queda. No tengo que decirte lo que es perder a tu amado esposo, también era tu padre,*

*y tampoco decirte lo que es no saber nada sobre el paradero de tu propia hija, también era tu hermana. Mi querida Joana, solo tú me has dado la fuerza para resistir en los últimos años, hasta que el dolor se ha vuelto insoportable. En cuanto a mi salud, te mentí para no cargarte con más sufrimiento. Te dije que todo estaba bien, pero el médico descubrió que tenía cáncer de páncreas. Cuando oí eso, pensé “ahora nunca sabré qué le pasó a Carmen”.*

*Joana, créeme, ese era mi único pensamiento mientras el doctor hablaba de metástasis, quimioterapia y medicamentos. Sí, es así, y no te equivocas al leer: Sólo me quedan unos meses de vida. Es posible que las personas más jóvenes y felices no se rindan y luchen contra el cáncer, pero yo, no puedo encontrar la fuerza para ello.*

Kilian se detuvo y miró su diccionario. ¿Por qué no se detectó el cáncer durante la autopsia de Inmaculada? Eso debería aparecer en el archivo médico. Se levantó y caminó en círculos, incapaz de ordenar sus pensamientos. Luego siguió leyendo.

*Sabes, soy creyente, y a menudo visito la iglesia para encender una vela por tu padre y rezar por el regreso de tu hermana Carmen. Entonces, ¿quién hubiera pensado que yo, de entre todas las personas, rompería el quinto mandamiento?*

¿El quinto mandamiento? Eso no puede ser, pensó Kilian. Se sentó de nuevo en su escritorio y escuchó el latido de su corazón mientras seguía leyendo.

*Seguramente te acuerdes, Joana, como tu padre llamaba a tu hermana cuando todavía era tan pequeña que no podía protestar. Pata Negra, le llamaba así por la gran marca negra de nacimiento que tenía en el tobillo izquierdo. Pero, Joana, ¿sabes también lo que decía tu padre? —Si alguien le hace daño a mi pequeña, lo mataré con una pata de jamón Pata Negra,*

*como esa mujer de la película de Pedro Almodóvar, —decía.*

Kilian sabía que “Pata Negra” era el nombre de una pierna de jamón secada al aire, procedente de cerdos criados con cuidados especiales. Las pezuñas, que eran negras en contraste con las otras, servían como una simple distinción de las patas normales de jamón. Kilian frunció el ceño. ¿Antonio no había sido golpeado hasta la muerte con una pata de jamón como esa?

*Joana, no te escribo esto para justificar mis acciones. Tampoco te pido perdón por mi decisión de dejar la vida unas semanas antes de lo que el Todopoderoso y Buen Dios quiso para mí.*

*Solo quiero contarte cómo llegué a matar al turista alemán.*

Kilian dio un salto. Su silla se volcó y cayó al suelo retumbando. ¿Inmaculada? ¿La madre de Joana? ¿Ella era la asesina de su hermano? Pero, ¿por qué?

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar que Joana sabía todo esto desde la muerte de su madre y le había ocultado aquel terrible secreto. Levantó la silla, se sentó y volvió a inclinarse para seguir leyendo.

*Maté a un hombre inocente que no me había hecho nada. Puede que tenga una familia, mujer e hijos. ¿Y qué importa si fue un accidente? No le devolveré la vida.*

*¿Qué es peor que matar a un hombre, Joana? No puedo vivir con esta carga, ni siquiera las pocas semanas que me quedan.*

*Todo empezó con la llamada de una chica. No paraba de decir que sentía lo de Carmen mientras lloraba. Yo misma no fui capaz de pronunciar ni una sola palabra, porque esperaba saber algo más sobre el destino de Carmen. La chica dijo que ya no podía vivir con ese secreto, pero que no quería mencionar su nombre. Aunque camuflaba su voz, me sonó familiar. Pero eso no me importaba en ese momento. La chica me contó exactamente todo lo*

*que sucedió la noche en que Carmen desapareció.*

*Cuando mis lágrimas se secaron, mucho después de la conversación, me preguntaba si debía decírtelo y si querías saberlo. Pero creo que el dolor de la muerte de Carmen se desvanece más rápido que la vana esperanza de su regreso, que también pesa sobre tu vida. Joana, tu hermana fue...*

Kilian maldijo porque no entendía la palabra “atropellada” y comenzó a buscar en el diccionario. Fue entonces cuando sonó su móvil. Dudó, al ver que “mi amor” parpadeaba en la pantalla.

—¡Hola, cariño! —contestó con una fingida alegría, pero su voz sonaba preocupada.

—¿Ya regresaste de la ferretería? —preguntó Joana.

—¿Qué? Oh, sí.

—¿Y cómo van los avances?

—Trabajando en el nuevo cuarto del niño.

—Dime,... ¿estás bien?

Hace una hora todo seguía bien, pensó. Encontré la carta, quería decirle, pero decidió no hacerlo.

—No, no, quiero decir, sí... solo estoy pintando.

—¿Encontraste una lámpara de techo bonita?

—No... Oh, sí, sí, sí. Muy bonita. Una luna azul.

—Suenas raro, ¿hay malas noticias de la empresa?

—No, mi amor. Está todo bien, pero la pintura se secará, tengo que dejarte ahora.

—Bien. Probablemente estaré en casa alrededor de las diez y media.

—Muy bien, nos vemos entonces.

Cuando colgó el teléfono, tenía un gran nudo en la garganta. Nunca debería haber leído esa carta. ¡Nunca!

Cogió el diccionario de nuevo. Cuando por fin encontró el término, lo cerró tan bruscamente que dos páginas de la carta cayeron al suelo. Sostuvo su barbilla con los puños. ¿La hermana de Joana fue atropellada por un coche? ¿Entonces el misterio de su desaparición no fue más que un accidente? ¿Pero por qué nadie había encontrado su cuerpo, y por qué la persona que llamó lo sabía? ¿Atropelló a Carmen? ¿La misma persona envió ese siniestro mensaje de texto a Joana? Recogió las hojas del suelo y volvió a inclinarse sobre la carta.

*La muchacha dijo que sucedió en el camino entre el hotel y la entrada de Almuñécar. Ella misma iba de pasajera y su novio conducía. Estaba borracho e iba demasiado rápido. En una curva empezó a derrapar y el coche embistió a Carmen, que casualmente caminaba por allí. Fue arrojada por un terraplén a una obra en construcción. El chico no quiso llevarla al hospital. Era demasiado tarde para eso, dijo, y quería desaparecer. ¡El hospital estaba a menos de quinientos metros de distancia! La chica le rogó que no dejara a Carmen allí, pero en respuesta le dio un puñetazo en la cara y luego la arrastró hasta el interior del coche. Metió a Carmen en el maletero y escondió las manchas de sangre bajo el polvo de cemento de la obra.*

*Créeme, quería tirar el teléfono contra la pared con rabia, pero me obligué a escuchar esta historia hasta el final. Creí a la chica. La persona que llamó era muy joven, estoy segura de que conocía a Carmen, tal vez incluso eran amigas. La niña afirmó que su novio la llevó a su casa y le advirtió que no hablara con nadie al respecto, de lo contrario iría a prisión por mucho tiempo. Luego se fue con Carmen.*

*¡Quizá Carmen aún estaba viva! Tal vez estaba inconsciente y habría sobrevivido si hubieran llamado a una ambulancia...*

La escritura se volvió más sucia y emborronada. Kilian intentó ponerse en el lado de Inmaculada y pensó en el dolor inimaginable que esta mujer tuvo que sufrir. Sin embargo, aún no entendía cómo encajaba en esta historia la muerte accidental de su hermano.

*Cuando dos días más tarde la búsqueda de Carmen estaba en pleno apogeo, la chica casi perdió los nervios, su novio la tranquilizó y le aseguró que no tenía nada de qué preocuparse, porque la Guardia Civil nunca encontraría a Carmen. Esa misma noche él la llevó al mar en su bote y le ató el cinturón de plomo que usaba para bucear alrededor de la cintura. Después tiró a Carmen al mar. Mi hijita querida, la niña de mis ojos...*

*Puedes imaginar cómo me sentí. La conmoción y el dolor desesperado se*

*convirtieron en rabia ciega. —Dime quién eres y dime quién era el conductor—, le rogué. La chica me dijo que ya no eran novios. Pero no me reveló los nombres. Ella sólo quería que supiera lo que le pasó a mi hija. No podía decir más. Tampoco hablaría con la Guardia Civil, no quería ir a la cárcel y tenía mucho miedo de su ex novio porque todavía la amenazaba. Le pregunté por qué se puso en contacto conmigo en ese momento y no antes y ella me respondió que hasta hace unos días todavía lo amaba a pesar de todo. Pero ahora lo odiaba.*

*Le prometí que yo tampoco se lo diría a nadie y le hablé de mi cáncer. En las pocas semanas que me quedaban, no quería nada más que saber toda la verdad, ella me lo debía para poder morir en paz. —¿Quién mató a Carmen?—, le pregunté. Estuvo callada un largo rato, hasta que finalmente reveló su nombre. Entonces la línea se cortó.*

*No sé si Dios podrá perdonarme alguna vez, pero desde esa llamada mi ser más profundo estaba dominado por un sentimiento que nunca antes conocí, el odio. Poco después descubrí quién había llamado. Delante del hotel, vi a una chica hablando con un joven y me resultó fácil asignar la voz del teléfono a la cara de la muchacha.*

*Fue Elena, la que servía en el restaurante. En realidad, era amiga de Carmen. Debió haber sido una tragedia para ella también, e incluso sentí lástima por esa ingenua muchacha...*

Kilian contuvo la respiración. ¿Elena? Así se llamaba la chica que se cayó por la ladera una semana después de la muerte de Inmaculada.

Su teléfono sonó de nuevo. Era Philip, su socio. Kilian interrumpió la llamada y apagó el móvil.

*Joana, solo quiero que sepas lo que le pasó a Carmen. Intenté vengarme, pero he fallado y llevo la carga de la culpa por la muerte de un hombre inocente. Recé por el joven como signo de mi remordimiento ante Dios, más tarde pondré mi Biblia, en la que había derramado tantas lágrimas por Carmen, en la habitación donde murió el joven alemán. Que Dios lo proteja y me juzgue. También meteré una foto de Carmen dentro de la Biblia como señal de que la muerte del alemán fue un sacrificio sin sentido por ella...*

Kilian se limpió las lágrimas de los ojos. Se levantó y se acercó a la ventana. El ruido del tráfico penetró en su apartamento de una manera moderada. El cielo de Múnich estaba cubierto de oscuras nubes; comenzaría a nevar en cualquier momento. Así que por eso estaba la biblia en la bolsa de viaje de Xavier. Poco a poco, iban encajando las piezas del rompecabezas. Como limpiadora, Inmaculada tenía acceso a todas las habitaciones. Recordó que ella le había preguntado por el número de la habitación donde Xavier había muerto. En ese momento, Kilian se preguntó por qué estaría interesada en saberlo. También se acordó de que el precinto que colocó la Guardia Civil apareció rasgado, supuestamente por niños que pasaban por allí.

*Todo fue planeado para otra persona, para el conductor cuyo nombre se supone que no debía decirte, el hombre que se llevó a nuestra Carmen y nos ha tenido todo este tiempo con vanas esperanzas. Pero debido a que tú tienes tanto derecho a la verdad como yo, debo darte el nombre, y ruego a Dios que, al decírtelo, no caigas en desgracia como yo. Porque ahora que mi intento ha fracasado, no tengo fuerzas para volver a intentarlo. Además, no tengo suficientes medicamentos, y no quiero vivir un minuto más con la conciencia de haber matado a un inocente.*

*Así que el conductor borracho tendrá que seguir con su culpa mientras yo pronto moriré. Mi único consuelo es saber lo que le pasó a mi pequeña Carmen. El dolor se puede superar, pero la incertidumbre no. Me alegro de que el dolor desaparezca pronto, tanto físico como psicológico. Escogeré para mí la misma muerte que quise para el culpable. Mi pan está preparado.*

*Tu padre dijo que mataría al que lastimase a su hija con un Pata Negra. Me faltaba la fuerza para hacerlo, pero quería llevar a cabo mi venganza con algo similar. Los médicos me han recetado una variedad de medicamentos para aliviar el dolor y ayudarme a dormir, incluyendo pastillas de morfina, que el médico me advirtió que son fatales en grandes dosis.*

*Eso fue exactamente lo que me dio la idea. Se suponía que las pastillas me aliviarían el dolor, pero no tomé ni una sola de ellas y soporté el dolor, de todos modos no era tan malo como el sufrimiento por Carmen. En vez de eso, molí la mitad de las pastillas y las usé para polinizar el pan. Luego lo*

*rocié con aceite de oliva para disimular el sabor de la medicina y cubrí el pan con jamón. ¡Con jamón Pata Negra! Después le llevé el bocadillo al hotel. Él no se dio cuenta porque de vez en cuando llevaba algo a mis compañeros. A él también en ocasiones le obsequiaba con pasteles o aguacates, a cambio no tenía que pagar nada por el café. Y ahora ya sabes, Joana, quién nos quitó a Carmen: Antonio, el de la cafetería.*

Los pies de Kilian golpearon el escritorio en shock. Antonio era el último muerto y había sido asesinado a golpes con una pata de jamón Pata Negra. Poco a poco, se dio cuenta a dónde iba a parar todo el asunto, pero trató de reprimir esa terrible corazonada y se dispuso a traducir la última página que le quedaba con la esperanza de que su horrible temor no se confirmara.

*Antonio me dio las gracias y me dijo que se comería el bocadillo más tarde. Pero aparentemente no lo hizo. Supongo que lo puso en el mostrador con los otros y lo vendió sin recibo. Dijiste que la Guardia Civil pensó que fue un suicidio. Desafortunadamente, yo sé que no es así. El joven alemán se comió el bocadillo de jamón y yo soy la responsable de su muerte.*

*Querida Joana, después de haberte explicado esto, todo lo que me queda es pedirte comprensión por mi deseo de terminar con mi vida prematuramente. No podría haberte ocultado mi cáncer por más tiempo y ya no puedo soportar este sufrimiento y dolor. Te amo y no quiero ser una carga para ti. No quiero que la Guardia Civil lea esta carta, así que la enviaré a tu apartado de correos. Tampoco quiero que me encuentres en casa, así que elegí una bonita habitación en el hotel.*

*Deseo disfrutar por última vez de la vista de Almuñécar y luego me comeré mi bocadillo.*

*Por Carmen y por ti.*

*Te quiero.*

*Tu madre.*

El dolor lo golpeó como lo hizo el día que se enteró de la muerte de Xavier, pero también se dirigió a Inmaculada, que indirectamente se había convertido

en la asesina de su hermano, debido al trágico destino de su hija. De repente, el pensamiento de antes le vino a la mente. Se adentró en el trastero, donde se suponía que iba a pintar y cogió una botella de whisky de la estantería. Luego le dio un trago hasta que el ardor en su garganta fue insoportable y llevó la botella a su escritorio.

Apartó la carta que no era para él... ¡por una buena razón! Desearía no haberla leído nunca y dejar descansar este endemoniado secreto, pues la nota de suicidio de Inmaculada revelaba sólo parte del secreto. Otras dos personas habían muerto y sus muertes no se resolvían con esta carta de ninguna manera.

Kilian trató de pensar, pero el impacto de la carta bloqueó sus pensamientos. Primero, la madre de Joana envenenó accidentalmente a su hermano y luego a sí misma. Días después Elena había muerto y unos días más tarde, Antonio. La muerte de Elena podría caer sobre la cabeza de Antonio, ya que era la única cómplice y testigo que presenció el accidente de Carmen.

Antonio, sin embargo, fue golpeado hasta la muerte con un hueso de jamón, al igual que lo hubiera hecho el marido de Inmaculada si alguien le hacía daño a su Carmen. Eso a su vez solo podía significar que Joana, que había leído esta carta, tenía algo que ver con la muerte de Antonio.

Kilian no quería creerlo, pero todo sugería que había estado viviendo felizmente con una asesina durante casi dos años.

---

Joana miró su reloj. Había terminado sus recados y le quedaba una hora antes de empezar a trabajar en el restaurante. Indecisa sobre qué hacer durante ese tiempo, se sentó en una marquesina de la parada del autobús y se acarició la tripa.

El tráfico prenavideño inundaba el centro de la ciudad, el olor a castañas asadas y el aroma del invierno, penetraba en su nariz. El invierno era largo y frío en Múnich, pero aun así era agradable. Por primera vez se sintió segura. Estaba feliz con Kilian y deseaba tener ese bebé junto a él.

No echaba de menos España. Más tarde, cuando su hijo Xavier caminase y sus propias heridas mentales estuvieran cicatrizadas sin riesgo de abrirse, podrían irse de vacaciones allí.

Se quedó pensando en la llamada telefónica que mantuvo con Kilian, sonaba extraño. Trató de contactarlo de nuevo, pero su teléfono móvil estaba

apagado. Poco a poco se inquietó, ¿se había caído de la escalera mientras pintaba? ¿Estaba sin batería?

O... ¡El trastero!

Joana miró el reloj. Apenas le quedaba tiempo para ir a casa y volver al trabajo, pero con esa incertidumbre no podría trabajar. Desde Almuñécar, odiaba las incertidumbres. Joana corrió a través de la nieve medio derretida por un lado del arcén y llamó a un taxi.

Un cuarto de hora después, estaba en la puerta de entrada. No se oía ni un ruido en el interior. Sigilosamente abrió la puerta. ¿No estaba Kilian en casa? Se detuvo un momento en la sala de estar, se quitó las botas y se acercó en silencio hacia el futuro cuarto del niño. Los utensilios para pintar estaban esparcidos por el suelo, pero por lo demás nada había cambiado en el trastero, especialmente la pintura de las paredes.

La puerta de la oficina estaba entreabierta, Joana la empujó con cuidado. Kilian estaba sentado de espaldas a ella. Sus piernas estaban apoyadas en el escritorio, justo al lado de unas cuantas páginas escritas a mano y un sobre marrón...

Él lo sabía.

Joana dio un paso atrás y se preguntó si debería irse. Dejar el apartamento, la ciudad, el país, para empezar todo de nuevo en alguna parte. En un lugar donde nadie conociera su historia. Sólo ella y su bebé. ¿Pero luego qué? ¿Algún día a su hijo no le gustaría saber quién era su padre? ¿O por qué no tenía abuela? ¿Su hijo no le recordaría constantemente esta tragedia con sus preguntas? Tendría que mentirle continuamente porque nunca podría contarle toda la verdad. Si se fuera ahora, el resto de su vida sería una gran mentira.

Tenía que terminar con esto. Para siempre. Y ahora se le presentaba la oportunidad. A pesar de toda su confianza en Kilian, nunca había tenido el valor de contárselo. Confesarle que su madre había matado a su hermano, aunque fuera por error. O para hacerle saber que ella también era una asesina, porque no importaba cuál fuera su motivación o las circunstancias en ese momento. Era una asesina y ahora Kilian lo sabía. ¿Qué iba a pasar? ¿Les abandonaría a ella y a su bebé?

De repente, no le importaba cómo reaccionaría. Lo más importante era que había terminado y ya no tendría que vivir sola con ese secreto.

---

Se oyó un fuerte golpe en la puerta de la oficina que rompió el silencio estrepitosamente. Como un disparo.

Kilian estaba tan aterrorizado que tiró algunas hojas de la carta al suelo. Trató de empujarlas con el pie bajo el escritorio y tapar las de la mesa con las manos. Cuando Joana puso la mano sobre su hombro, dejó de hacer lo que estaba haciendo, no tenía sentido.

Se levantó.

Estaban uno frente al otro.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Kilian rompió el silencio.

—No podía. Y has leído por qué.

—Pero... —Kilian no sabía de qué acusarla. Si Joana no hubiera llegado a casa por sorpresa, habría vuelto a poner la carta en su lugar y habría fingido que no había pasado nada, aunque era más fácil decirlo que hacerlo. Amaba a Joana y no quería que los viejos fantasmas volvieran a aparecer una semana antes de Navidad y tres meses antes de que naciera su hijo. Su hermano seguiría viviendo en su hijo y él quería dejar el pasado en paz.

Sólo necesitaba saber una cosa. —¿Qué le pasó a Elena? ¿Antonio la empujó por la pendiente?

Joana asintió. —Sí. Lo admitió ante nosotras.

—¿Nosotras?

—Ante Maite y ante mí.

—¿Maite lo sabía? —la interrumpió.

Joana asintió. —Elena iba sentada en el coche cuando Antonio atropelló a Carmen. Era su única testigo. Al principio mantuvo la boca cerrada porque estaba enamorada de él. Pero él estaba interesado en otras mujeres y entonces ella comenzó a amenazarlo. Llamó a mi madre y le contó todo, porque sentía pena por ella y su enfermedad. Luego me llamó, pero la mayor parte del tiempo tartamudeaba y lloriqueaba y al poco rato colgó.

—¿Espera un minuto! ¿Sabías lo del cáncer por aquel entonces? Quiero decir, ¿antes de leer la carta de tu madre?

—Sí, lo sabía. Salió en la autopsia, por supuesto y Paco, de la Guardia Civil, me lo dijo, como si me hubiera consolado el hecho de que a mi madre no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Pero, ¿por qué nunca me...? —Kilian empezó, pero Joana hizo un gesto con la mano.

—Te confié muchas cosas en Almuñécar, pero no todo. Me guardé la enfermedad de mi madre para mí, porque hablar de ella después de su muerte

era... Oh, no importa, simplemente no quería. No se lo conté a nadie, bueno solo a Maite.

Kilian tragó saliva y se preguntó qué más le estaría ocultando Joana. —Ya veo, pero ¿por qué Antonio admitió el accidente de Carmen y qué tiene que ver Maite con todo esto?

Joana dudó un momento, luego se agachó, cogió las hojas dispersas del suelo y las colocó con las otras en el escritorio.

—Todo fue culpa mía. Nunca debí habérselo contado a Maite, pero esa noche se juntó todo. Me despedí de ti por la tarde y supuse que no volvería a verte. Y luego estaba la sospecha contra Antonio por el pendiente que encontré en el barco...

Cogió el sobre. —Después me llegó esto. En ella estaba escrita toda la verdad. Después de leer la carta, el dolor y la rabia realmente me aplastaron. Necesitaba hablar con alguien. Te lo habría confiado a ti, pero ya te habías ido...

—Pero, ¿por qué no fuiste a la Guardia Civil? —la interrumpió y señaló el sobre. —¡Dice que Antonio atropelló a Carmen!

Joana se defendió. —Habría traicionado a mi madre con eso, Kilian. Y en lo que respecta a la Guardia Civil, mi confianza en ellos estaba en su punto más bajo de todos modos, se puede adivinar por qué. El pendiente no contaba como prueba, y entonces ¿por qué lo habría hecho la carta de mi madre? Estoy segura de que esa carta no habría sido suficiente para acusar a Antonio. Probablemente habría sido descartada como la loca fantasía de una mujer enferma terminal y mentalmente trastornada. Kilian, mi madre y Elena estaban muertas y no había testigos ni pruebas. Además no quería profanar la memoria de mi madre y eso habría pasado si hubiera acudido a la Guardia Civil. Al día siguiente todo Almuñécar habría chismorreado sobre ella —añadió, limpiándose los ojos con la manga. Llevaba mucho tiempo sin llorar. —Pero tenía que hacer algo, ¿no lo entiendes?

Kilian asintió. Comprendió muy bien su dilema.

—Así que hice lo que todas las mujeres hacen cuando están desesperadas o necesitan consejo —continuó—. Se lo confié a mi mejor amiga. Joana puso la carta en el escritorio y agitó la cabeza. —Pero no debería haber hecho eso...

—¿Y por qué no?

—Le conté todo a Maite. Lo de la llamada de Elena, lo de las cenizas de tu hermano en el mar, lo del pendiente, incluso lo de la carta, fue a la única persona a la que se la di a leer —y se enfadó tanto con Antonio como yo. Ella

estaba tratando de ayudarme.

—¿Ella quería ayudarte a matarlo? —preguntó Kilian sorprendido.

—Tenía muchas ganas, pero no lo pensó seriamente. Yo quería que lo llevaran ante la justicia y Maite tuvo una idea... Un año antes había tenido una aventura con Antonio y dijo que podía volver a seducirlo para que confesara. En la oficina teníamos una grabadora que funcionaba incluso dentro de un bolso. Ella quería encontrarse a solas con él y dirigir la conversación hacia las muertes. Y si se iba de la lengua, podríamos grabar la conversación para la Guardia Civil y llevar a Antonio a prisión por el asesinato de Carmen y Elena, al menos ese era el plan.

Joana trazó una sonrisa torcida.

—Pero el plan salió mal. Ni siquiera entendía por qué Antonio debería confesárselo a Maite, pero ella me dijo: —Eso es asunto mío. ¡Confía en mí! —. Y eso es lo que hice. Esperamos hasta que cerró la cafetería. Entonces Maite llamó a la puerta trasera. Antonio abrió y la dejó pasar. Mientras tanto, me escondí detrás de un contenedor, luego me acerqué y pegué el oído tras la puerta. Apenas entendí nada, en algún momento oí caer una olla al suelo y escuché a Maite gritando socorro. Así que abrí la puerta y... —Joana cerró los ojos. —Y fue entonces cuando vi a Antonio estrangulando a Maite. Sus ojos parecían salirse de las órbitas y su lengua colgaba de su boca. Antonio estaba parado allí con los pantalones bajados, dándome la espalda. Agarré una pata de jamón que estaba en el aparador y el resto no lo recuerdo. Creo que le pegué hasta que dejó de moverse. Al principio pensamos que estaba inconsciente, pero luego... —Joana sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la nariz. Kilian se inclinó a su lado en el escritorio y puso la mano sobre su hombro.

—Pero estaba muerto. Lo maté con una pata de jamón de pata negra. Mi padre habría estado muy orgulloso de mí. —Ella retorció su boca con una triste sonrisa.

Kilian le acarició el hombro. —¿Y luego os fuisteis?

—Primero sopesamos si debíamos ir a la Guardia Civil, pero decidimos que después de todo habíamos actuado en defensa propia. Aun así, nos sentíamos culpables. Así que nos cuidamos de no dejar huellas, limpiamos la cocina y le subimos los pantalones a Antonio.

—¿Por qué tenía los pantalones bajados? —la interrumpió Kilian.

—Maite tenía un método de interrogación poco convencional. No quieras saber los detalles, confía en mí. De todos modos, su plan salió mal, porque,

por supuesto, ella no estaba lo suficientemente decidida como para cortar esa parte de su cuerpo, así que él le quitó el cuchillo y empezó a asfixiarla...

—¿Y los agentes? ¿No os interrogaron?

Joana sonrió. —Sí. A la mañana siguiente. Pero Paco no sospechaba de nosotras. ¿Y sabes lo que la loca de Maite dijo como coartada?

Kilian agitó la cabeza.

—Le dijo a Paco que pasó la noche con el teniente Lozano, su superior. Eso era una completa tontería, pero Paco no podía comprobar su coartada, habría sido demasiado vergonzoso para él. Podría haber salido a la luz que el teniente estaba engañando a su esposa.

Kilian le extendió la mano a Joana, pero ella tomó la carta y se acercó a la ventana. Él la siguió.

—Pero aún no sabes una cosa —dijo mientras él se paraba a su lado y miraba hacia la calle—. Paco me lo contó durante el interrogatorio y eso me hizo sentir mucho mejor. El tipo que nos secuestró en Sevilla era un amigo convicto de Antonio. Y nos encerró en esa cuadra por orden de él.

Kilian la miró aturdido. —¿Por qué harían eso?

—Probablemente pusimos nervioso a Antonio con nuestro fisgoneo y temía que estuviéramos tras su pista. Tal vez Elena le insinuó algo que lo asustó.

Qué historia tan increíble, pensó Kilian. Y qué mujer tan increíble.

Joana le había devuelto la alegría de vivir; desde que se había mudado con él a Múnich sus depresiones se habían evaporado. Echando la vista atrás, casi creía que la depresión era imaginaria y no una enfermedad grave que podría haberle costado la vida. Ni siquiera quería pensar en cómo le habría ido sin Joana.

Kilian se paró detrás de ella y abrazó su vientre. Sintió a su hijo Xavier pataleando contra la pared abdominal como si no pudiera esperar a llegar a este mundo.

Joana abrió la ventana. Había empezado a nevar y una fría brisa soplaba sus rizos y acariciaban la cara de Kilian. Sacó la carta del sobre y empezó a hacerla pedazos, no más grandes que los copos de nieve. Lentamente los pedazos de papel volaron hasta el suelo de la calle. Algunos se posaron sobre el techo de la parada del autobús, otros volaron como confeti hasta la carretera mojada. El destino de su madre fue atropellado por los conductores en la hora punta del tráfico, mientras que otros trozos cayeron sobre el pavimento embarrado y se aferraron a las botas de los transeúntes. Cuando el último trozo de papel aterrizó en el techo de un coche, Joana cerró la ventana y

se volvió hacia Kilian.

Kilian la abrazó, la barriga de Joana le apretaba el torso.

—Joana, ¿quieres casarte conmigo?

Joana alzó la vista y le quitó un copo de nieve del pelo. —Esa historia... siempre se interpondrá entre nosotros, ¿verdad?

Kilian agitó la cabeza violentamente. —¡No, Joana! Tu familia está muerta, como la mía; pero debemos pensar en la vida, en nosotros y en nuestro bebé.

Joana asintió con la cabeza y se limpió las lágrimas de la cara. —¡Está bien!

—¿Eso es un sí? —preguntó seguro de sí mismo.

Joana lo miró de arriba a abajo. —¿Dónde está el anillo?

—¿El qué?

—Cariño, ¿no es cierto que uno tiene un anillo de compromiso preparado cuando pide la mano de una mujer?

—Hm.

—Mal preparado, ¿eh? —preguntó con una sonrisa. Sacó de su dedo el anillo que le había regalado su madre cuando cumplió dieciocho años y se lo entregó a Kilian.

—¡Aquí... y ahora, por favor, empieza de nuevo desde el principio!

FIN

---

## AGRADECIMIENTOS

---

¡MUCHISIMAS GRACIAS!

Es un gran honor para mí que haya leído mi libro.

¡Pero la historia no termina aquí!

“Pata Negra” es solo la primera parte de mi trilogía andaluza, compuesta de los thrillers “Pata Negra”, “La Finca negra” y “En la sombra de la Alhambra”.

Sinopsis de mi segunda novela con el título “La Finca negra”:

Ya hace años que la hermana de Joana desapareció sin dejar rastro. Entretanto Joana dejó su país y construyó una nueva vida en Alemania. De pronto recibe un mensaje comunicando que Carmen aún podría estar viva y Joana vuelve a Andalucía. La certeza sobre el destino de Carmen está al alcance de su mano, pero bajo el sol de la costa Tropical le esperan otras oscuras verdades...

Esta novela no existiría en español sin la ayuda de Sandra Martín, ya que me cuesta imaginar a otra persona invirtiendo tanta paciencia, dedicación y cariño en la lectura y corrección de la versión Española de “Pata Negra”.  
¡Muchísimas Gracias, Sandrita!

A mis lectores les invito a seguirme en Amazon para estar informado sobre las próximas publicaciones de “La Finca Negra” y “En la sombra de la Alhambra” en español.

Estoy a la espera de cualquier tipo de comentarios a: [info@freundlinger.com](mailto:info@freundlinger.com)  
O a: [www.facebook.com/EduardFreundlinger.Autor](https://www.facebook.com/EduardFreundlinger.Autor)

Eduard Freundlinger  
[www.freundlinger.com](http://www.freundlinger.com)

---

## SOBRE EL AUTOR

---

Nací en Plainfeld, un pequeño pueblo cerca de Salzburgo en Austria que, a pesar de su belleza, dejé hace más de veinticinco años para explorar el mundo y realizar los viajes que tanto había soñado de joven. De un viaje que inicialmente estaba planificado que durara tres meses, surgieron viajes llenos de aventura de bajo presupuesto en más de sesenta países y algunos años de navegación en un velero en América del Sur y el Caribe.

Desde hace ya veinte años estoy viviendo en Almuñécar, en la provincia de Granada, donde al principio me dediqué a diversas actividades (una escuela de buceo, una empresa de energía solar y una inmobiliaria) antes de encontrar mi verdadera vocación, ser escritor.

Después de las primeras cinco páginas escritas, tenía muy claro que llegaría bastante lejos con mi nueva vida de glamuroso autor. Por lo menos, figuraría en el primer lugar de la lista de los libros más vendidos en la revista “Der Spiegel”, mis novelas serían traducidas en más de veinticinco idiomas, hasta en mongol y mis libros llegarían a la gran pantalla. Por supuesto no en los Bavaria Film Estudios en Múnich, si no directamente en Hollywood. Por desgracia, la realidad se presentaba algo diferente...

Cuando por fin terminé mi primer manuscrito, cayeron docenas de rechazos de editoriales. Hasta que la pequeña, pero agradable editorial Allitera, en Múnich, tuvo compasión con el autor, Eduard Freundlinger, que aterrizó de vuelta a la realidad y publicó finalmente su primera novela “Pata Negra”. Mi editor no tenía grandes expectativas respecto al trabajo de su futuro autor estrella y habría sido feliz si su participación no finalizara en un desastre financiero, pero “Pata Negra” se convirtió en un sorprendente éxito y fue el libro más vendido en la historia de aquella pequeña editorial.

Mientras tanto, he publicado dos novelas de suspense más en la prestigiosa editorial Piper: “La Finca Negra” y “En la Sombra de la Alhambra”. Las tres novelas forman mi trilogía andaluza de suspense sobre los investigadores poco comunes, Rubén de Freitas y Lucia Cienfuegos. Las novelas se plantean una sobre otra, pero son historias acabadas.

Después de finalizar mi trilogía, me centré en un género diferente. Con el libro “Wie ich vom Weg abkam, um nicht auf der Strecke zu bleiben”, en proceso de traducción, he creado una mezcla de novela peregrina y autobiografía, con un toque de humor y moraleja o, como dijo una lectora: “Una novela profunda sobre momentos de oscuridad y comprensiones iluminadoras, sobre el amor y la felicidad, sueños y cambios y las señales borrosas que da la vida. Un libro, como un amigo sabio, que estimula de manera enternecedora y humorística y de quien uno cree al final de la lectura hay que despedirse.”

Las enormes reacciones positivas de mis libros que, por cierto, me gusta responder personalmente, son mi motivación para continuar escribiendo y traducir mis libros al español. Me encanta apasionar a mis lectores con mis novelas y sería un gran honor si mis

siguientes novelas también encontrasen un hueco en su estantería.